3 1761 09545358 5

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/ensayospoticosya00hart

ENSAYOS POÉTICOS.

LS
H338e

ENSAYOS POÉTICOS

Y

ARTÍCULOS EN PROSA,

LITERARIOS Y DE COSTUMBRES,

DE

DON JUAN EUJENIO HARTZENBUSCH.

31.0.31
25.1.35

MADRID.

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NUM. 6.

1843.

ADVERTENCIA.

El público ha visto ya en diversos periódicos las difrentes obras asi de prosa como de verso que forman esta miscelánea, verdadero cajon de sastre en que hay retazos de todo; pero pocas aparecieron como el autor hubiera querido. La premura con que fueron escritas las mas, y la premura con que se imprime toda publicacion periódica, fueron causa de que salieran con hartos defectos, parte ajenos y parte propios. De unos y otros se ha procurado que salga libre esta reimpresion, en la cual algunos artículos en prosa llevan enmiendas y aumentos considerables. El que dá noticia de la vida y escritos de nuestro apreciabilísimo poeta dramático D. Dionisio Solís, va acompañado de algunas composiciones suyas hasta ahora no publicadas.

En cuanto á los versos, por mas que el autor haya procurado pulirlos, le es forzoso confesar, con harta pesadumbre por cierto, que Dios no le llama por ese camino: la lira no es para su mano. En honor de la verdad y para consuelo de su amor propio, conviene que diga tambien que de las composiciones orijinales que comprende el tomo, no pasan de tres las que ha escrito por impulso espontáneo; las demas han sido hechas (á instancia, mandato ó ruego) ya para un periódico, ya para un amigo, ya para leer-

las en alguna reunion literaria; y á veces hasta se le ha dado el asunto: de esto nace tal desigualdad en ellas, que mas parecen poesías de varios autores que obras de una mano misma. *Encargos*, y no *ensayos*, era como debia justa y propiamente llamárseles. Solo se deben considerar como *ensayos del autor* las traducciones é imitaciones que ha hecho del aleman. Acerca de las últimas, que son unas cuantas fábulas de Lessing, conviene añadir dos palabras.

Lessing escribió el apólogo partiendo de un principio diferente del que han tomado por base los fabulistas de otras naciones, los cuales trataron siempre de espresar la moralidad del modo mas claro. Lessing se propuso dejársela adivinar al lector, creyendo sin duda, y no sin motivo, que de una misma combinacion se podia sacar un documento moral, otro literario, otro político y relijioso, y que este documento ó máxima podia ser diverso en cada pais y en cada época: fijando la moralidad, solo servia la fábula una vez; omitiéndola, podia usarse siempre. De aqui resulta que la mayor parte de las de Lessing son mas á propósito para hombres que para niños; pero en el mismo caso se hallan las de Iriarte por limitarse á la literatura, y no por eso dejan de ser útiles y buenas. La version á veces va muy ceñida al orijinal, y á veces no tanto, á fin de conseguir que puedan leerse sin estrañeza ni disgusto en nuestro idioma. No se han traducido todas las del autor, porque para una prueba, con pocas basta.

ÍNDICE.

Páj.

Advertencia. V

ENSAYOS POÉTICOS.

El amante desdeñado. 1
Al busto de mi esposa. 7
La muerte. 13
Isabel y Gonzalo. 19
A Jacinta. 31
Para el album de Julia. 35
A las aguas de Panticosa. 37
Los esposos en Panticosa. 41
En la inauguracion del Instituto Español. 45
Recuerdos del Dos de Mayo. 51
España vindicada. 57
El Alcalde Ronquillo. 61
La composicion para el Licco. 67
Ellas y ellos. 73
A Calderon. 77
El pintor ciego. 78
Otro pintor ciego. 79
La vida. 80
Al Salvador en la cruz. 81
A nuestra Señora. 83
La mediania de injenio. 87

Traducciones del aleman.

La infanticida. 93
La campana. 99
La flor «no me olvides». 115

FÁBULAS.

I. *El ruiseñor y la calandria*. 117
II. *La zarza*. 118
III. *Esopo y el burro*. 119
IV. *El lobo guerrero*. 120
V. *La estátua de bronce*. 121
VI. *El racimo*. 122
VII. *El asno y el caballo*. 124
VIII. *El gorrion y el avestruz*. 125

IX. *El arco.* 126
X. *El oso y el elefante.* 127
XI. *La golondrina.* 128
XII. *La oveja y la golondrina.* 130
XIII. *El caballo y el toro.* 131
XIV. *El espíritu de Salomon.* 132
XV. *El pelicano.* 134
XVI. *El raton y la hormiga.* 135
XVII. *Los gorriones.* 136
XVIII. *El cordero protejido.* 137
XIX. *El avaro.* 138
XX. *El leon con el asno.* 139
XXI. *El asno con el leon.* 140
XXII. *El cuervo y la zorra.* 141
XXIII. *Hércules.* 143
XXIV. *El leon y la liebre.* 145
XXV. *Los dos ciervos.* 146
XXVI. *La culebra de agua.* 147
XXVII. *Júpiter y la oveja.* 148
XXVIII. *Los beneficios.* 150
XXIX. *El caballo de ajedrez.* 151
XXX. *Las Furias.* 152

ARTÍCULOS EN PROSA: *Crítica literaria.*

Examen del teatro de Don Ramon de la Cruz. . . . 157
Noticias sobre la vida y escritos de D. Dionisio Solís. 173
Discurso sobre las unidades dramáticas. 215
Apuntes leidos en el Ateneo. 234

Artículos de costumbres.

Historia de dos bofetones. 241
El lunes. 253
El madrileño en la aldea. 258
El lugareño en Madrid. 267
El mercader de la calle Mayor. 273
El jornalero. 279
Tropiezos de una escalera. 285
Un entreacto. 289
Un viaje en galera. 293
Querer de miedo. 303

El amante desdeñado.

Desierta deja verse a ventana
descanso de los brazos de mi esquiva;
ni su májica voz se oye lejana,
ni suena su laud, ni fujitiva
su sombra vaga en el opuesto muro,
en cuyo lienzo con la noche oscuro
traza la luz que arroja
la estancia refuljente
claro de tinta entre amarilla y roja,
donde mi vista clávase impaciente;
y con el rico velo fascinada
que á sujestion del alma enamorada
la echó la fantasía,
se me figura percibir abierta
de un mundo de placer y de alegría
la esplendorosa puerta;
y espera el corazon á cada instante
que del hermoso Eden que ve delante
mensajero aparezca de ventura
un ánjel de bondad y de hermosura.
¡Ay del amante que suspira en vano!
¡Ay del que busca amor y halla desvío!
Naufraga y á un bajel tiende la mano,
y se la hiere marinero impío;
y en ciego desvarío,
mientras vigor alcanza
sigue la senda cándida espumosa
(fiel símbolo de frájil esperanza)

que en la rizada superficie undosa
tras sí bullendo deja
la corva quilla de luciente cobre
de la nave que rápida se aleja.
Lucha el mísero y vence la pujanza
del piélago salobre,
que brama de que el hombre le resista;
lucha hasta que se esconden á su vista
sobre el hirviente azul la espuma blanca,
tras el hirviente azul la oscura punta
del mástil elevado.
Exhala el nadador desesperado
un ay entonces que el dolor le arranca,
cierra los ojos y los brazos junta,
y entrega al mar con despechado arrojo
su cárdeno cadáver por despojo,
que se sepulta como piedra inerte;
porque la accion robándole á la muerte,
con la esperanza, en su veloz huida,
de aquel hombre que fué salió la vida.
Héme al pie de la reja sabedora
del congojoso afan del pecho mio,
que una sierpe abrigó que le devora.
Héme aquí donde pierdo
los ayes que en liviano desacuerdo
del triste corazon al aire envio.
Sedientos de gozar mis ojos vagan
por la rejion fantástica risueña
donde ilusiones pérfidas me halagan,
donde feliz el ánima se sueña;
y la espalda entre tanto
vuelvo á la realidad, embebecido
en el goce ideal del bien finjido:
porque es en este mar de acerbo llanto
privilejio el mayor de los mortales
poder entre el delirio y el olvido
soñar placeres padeciendo males.
Y males son los que la noche anuncia
lóbrega y temerosa;
males la voz del huracan pronuncia
tronando estrepitosa;
y el rayo serpeando por la esfera,

escribe en letras de color sangriento
la sentencia fatídica severa.
Fuego despiden que requema el viento
el macizo sillar y la ancha losa,
cual si volcan sepulto
de Madrid bajo el sólido cimiento
tenaz abriese con empuje oculto
paso á la llama que su seno encierra,
taladrando las capas de la tierra.
De la nube que vela el firmamento
desprendiéndo se rara, el suelo azota
gruesa, pesada gota,
cuyo golpe levanta
del polvo humedecido
repugnante vapor, hálito ardiente
con voz lúgubre canta
el agorero pájaro en su nido;
del benéfico sueño abandonado,
con el cuchillo de la fiebre herido,
lanza infeliz doliente
sobre potro de pluma
penetrante jemido prolongado;
vil pesadilla abruma
la mente de la púdica doncella,
jérmen fatal desenvolviendo en ella;
y de su labio, del coral envidia.
voz que huye, con afan articulada,
descubre las quimeras con que lidia,
y amedrenta á su madre desvelada.
Jime cada morada,
que bajo cada techo
sufre en sueños fantástica tortura
quien no se ajita en doloroso lecho:
y al jemir allegándose el zumbido
del aire que murmura,
y la voz del cuidoso centinela
de las nocturnas aves al graznido,
y al ronco trueno que la sangre hiela
el son de religiosa campanilla
y el susurro de rezo misterioso,
que se oyen y se dobla la rodilla,
por sí temblando el corazon piadoso,

naturaleza en confusion tan fuerte
manda al hombre temer próximo daño;
y yo en delirio estraño,
provocando á la suerte
á que con brazo de rigor me oprima,
quieto en la orilla estoy de la honda sima
que socava á mis pies el desengaño.

Sobrado conozco, bellísima ingrata,
que no hay en tu pecho amor para mí;
si empero piadosa te hallara mi pena,
tornárase gozo mi triste jemir.
No aspiro á que empañe tus claros luceros
de llanto amoroso rocío feliz,
ni pido á tu labio que trémulo se abra,
y lánguido diga dulcísimo sí.
De insecto pequeño, que es átomo vivo,
la estrecha pupila no alcanza á medir
la curva jigante que ciñe los orbes,
y caben en ella mil mundos y mil.
Tú númen de amores, tú sol de hermosura,
si quiero á tu esfera la vista subir,
hundido en el polvo del suelo me miro,
y tú te me escondes detras del cenit.
Mas si es tu belleza de estirpe divina,
¿por qué sus blasones desmientes así?
Con rostro de cielo, con alma de fiera,
mirarte es amarte, y amarte sufrir.
Al ídolo salta la sangre que arroja
de víctima herida la humilde cerviz;
y al ídolo en vano su turbia mirada
la res inocente levanta al morir.
Asi cada dia con frente serena
los ayes escuchas, que vuelan á tí,
de aquel que postrado te muestra la llaga
que hicieron tus ojos con dardo sutil.
La queja del triste regala tu oido,
porque es de tu triunfo bastardo clarin:
tambien el balido de inerme cordero
deleita á la tigre que asalta un redil.

De lloro y suspiros al alma impusiste
acerbo tributo que ya te rendí:
¿no habrá una sonrisa, no habrá una mirada
que á tantos rigores dé plácido fin?
¡Ah, sí! yo confio; mi amor me asegura.
Perdóname ¡oh bella! si no conocí
que máscara adusta de fiero desvío
sagaz ocultaba lejítimo ardid.
Quisiste que en rudo crisol de desdenes
mi fé sus quilates hiciera lucir:
vencida la prueba, la harás de tu seno
joyel con que adornes su puro marfil.
Quizá de mi gloria ya toco el instante.—
Su voz se ha escuchado, sus pasos oí.
Balsámica el aura me avisa que llega,
y el alma á los ojos se quiere salir.
¡Oh! ven á esa reja; ven ya, mi señora,
y dulce tu labio de fino carmin,
vertiendo en mi pecho raudales de gozo,
le dé la esperanza de un plácido sí.

Cortó la voz al desdeñado amante
otra voz de suavísimo sonido,
lisonja sospechosa del oido,
caricia de enemigo mofador.
Palabras de pasion brotando ardientes
oyó el tímido siervo á su tirana,
y creyó que al dintel de la ventana
llegar no la dejaba su rubor.
«Tú eres mi único bien,» ella decia;
«tuyo es mi pecho que leal te adora;
cesa de darme nombre de señora,
que ya de tu querer esclava soy.»
»Premio debido á la constancia firme,
sabré en halagos desquitar desdenes;
contigo ya mi pensamiento tienes,
y en esta mano el corazon te doy.»
Y viéronse dos sombras en el muro,
frente de la ventana luminosa;
y asido de la mano de su hermosa,

un doncel á la reja se asomó.
Un amargo jemido á los amantes
pudo turbar en tan feliz momento;
mas le apagó con su zumbido el viento,
y la noche ocultaba al que jimió.

Al busto de mi esposa.

Imájen de mi adorada,
consuelo de mi dolor,
única prenda salvada
del naufragio de mi amor,
¿Por qué clavados están
siempre mis ojos en tí,
si jamás en tí verán
á la hermosa que perdí?
¿Dónde el fuego de sus ojos
me ha conservado el cincel?
¿dónde los matices rojos
de su labio de clavel?
Mas ¿pudo quedar cautiva
en piedra, tela ó metal
su belleza fujitiva,
su mirada anjelical?
Naturaleza al formarte,
ídolo del alma mia,
quiso luchar con el arte
que en imitarla porfia;
Y dijo con altivez
despues que en tí se miró:
«que venga el hombre esta vez
á copiar lo que hice yo.»
Triunfabas, naturaleza,
y triunfas en mi memoria;
pero ¡con qué lijereza
renunciaste la victoria!
Polvo ya la criatura
donde brilló tu poder,
no tiene esa piedra dura
competencias que temer.

Diestro, escultor, anduviste;
disculpa mi loco error:
no hay en la boca del triste
sino acentos de rigor.
¿Qué dejaras por hacer
al que rije las esferas,
si tú una piedra pudieras
trocar en una mujer?
Debiera yo comprenderte,
y en ese mármol fatal
ver el triste material
de las urnas de la muerte.
Memorias de destruccion
graba en él la humanidad:
¡era fatídico el don,
escultor, de tu amistad!
Yerta me representaste
la faz del bien de mi vida:
¡pronto la ví convertida
en el mármol que labraste!
Como él encontré de frio
su labio cárdeno y mudo
la única vez que no pudo
responder al labio mio.
¡Cuántas veces, dulce dueño,
turbó con su huella ardiente
la dulzura de tu sueño
el beso que dí en tu frente!
Mas no te pudo arrancar
de aquel letargo profundo:
de él solo has de despertar
al ay de muerte del mundo.
¡Qué condicion miserable!
¡cuánta es del hombre la mengua!
¡Tener un ánjel que le hable,
y no comprender su lengua!
Aquella noche postrera,
bien mio, de tu vivir,
tú me hablabas placentera
de un dichoso porvenir.
En tu semblante lucia
profética inspiracion:

era tu hablar de alegría,
y era lúgubre su son.
¡Cerca de la dicha estabas!
¡no fué el presajio falaz!
Poco despues habitabas
las rejiones de la paz.
Como antorcha moribunda
tal vez aviva su fuego,
y el aire de luz inunda,
y en luto se abisma luego;
Asi auréola brillante
de esperanza y juventud
te ciñó por un instante,
palpando ya el atahud.
Fugaz relámpago aquel
de dicha para los dos,
todo fué ternura en él
porque era el último adios.
Asi nos viene á halagar
con su plácido arrebol,
y se hace mas bello el sol
al sepultarse en el mar.
Leia en tu languidez
la muerte su triunfo vil,
y asomaban á tu tez
sombras de bastardo añil.
Bella y fuerte de improviso,
venturas te prometias...
Era que abrir te veias
las puertas del paraiso.
Tal te miro en ilusion,
que en mi despecho me arredra,
muchas veces en la piedra
que te retrata en borron.
Que allá en las horas de calma
vestidas de oscuridad,
en que misterios al alma
revela la eternidad;
Si á tu imájen la estremece
huracan que ronco zumba,
que levantas me parece
la cabeza de la tumba.

Luz que de purpúrea tinta
se reviste cuando pasa
por pliegues de roja gasa,
tu bulto cándido pinta;
Y sus rayos se despuntan
en el cristal que es el velo
de tu semblanza de hielo,
y resbalan y se juntan;
Y ornan la impasible sien
con diadema esplendorosa,
cual la que tu frente hermosa
lleva junto al Sumo Bien.
La piedra entonces se mueve,
se reaniman tus luceros,
ya coral en vez de nieve
son tus labios hechiceros;
Y eres tú, la misma, aquella
que yo delirante amé,
la que mi vida, mi estrella,
mi cielo en la tierra fué.
Tú, mi anjélica MARÍA,
tan bella como te ví,
tan llena de amor, el dia
que diste el modesto sí.
De tus labios el consuelo
nace entre sonrisa pura,
tu frente exhala ventura,
derraman tus ojos cielo.
Yo te adoro de rodillas,
y vienes á donde estoy,
porque á abrazarte no voy,
ciego á la luz con que brillas,
Y tu ósculo al recibir,
comprendo tu ser divino,
y de su encierro mezquino
tras tí el alma quiere huir.
Con tu diestra la detienes,
y batiendo blancas alas,
vuelas ¡ay! y me señalas
la mansion de donde vienes.
Y el aire al atravesar,
despidiéndote de mí,

te paras á pronunciar
un *espera* y un *alli*.
Y en el espacio azulado
luego mis ojos no ven
mas que un iris empapado
en fragancias del Eden.
Disipada la vision,
cobras la forma glacial;
mas dejas al corazon
esperanza celestial.
Que el hombre que á poseer
llegó entre delicias mil
un puro anjélico ser
en un cuerpo femenil,
En el valle del dolor
querer solo puede ya
unirse pronto á su amor
en el cielo donde está.

La muerte.

Miradle: sobre púrpura sentado,
la copa del placer bebiendo está.
Oid:—en su cantar regocijado
ay de dolor discorde sonará.

«El hombre, del mundo rey,
siervo de la muerte vive;
dicta á la tierra la ley,»
de la nada la recibe.
«Gloria y oprobio eslabona;
pero en desigual razon:
seguros sus hierros son,
disputada su corona.»
«No halla el hombre criatura
que á su cetro no resista:
Dios le dá la investidura,
y él el poder se conquista.»
«Osado en su frente á herir
insecto mísero viene,
que armas para herirle tiene,
y alas tambien para huir:»
«Y ante las aras se vé
de la muerte sin defensa
el ínclito ser que piensa
con una cadena al pie.»
«Y la segur del destino

le postra al golpe fatal,
cual troncha cañas de lino
granizada ó vendabal.»
«Es resistir á la parca,
es huirla insensatez:
con sola una mano abarca
del orbe la redondez.»
«El hombre en tal situacion,
para encubrir su flaqueza,
con risible sutileza
forjó la resignacion.»
«Y quiso hacerse creer,
sofista consigo mismo,
que cabia un heroismo
en su falta de poder.»
«¿Por qué ese título falso
de rey, hombre, se te dá,
si eres un reo que vá
de la cárcel al cadalso,»
«Cuya muerte á proporcion
se retarda ó se acelera
segun dura la carrera,
segun aguija el sayon?»
«¡Ay! para haber de arrastrar
tan efímera existencia,
esclavo de una sentencia
que no se puede evitar,»
«Yo en el caso de elejir
hubiera dicho: «primero
quedarme en la nada quiero,
que nacer para morir.»

Asi el hombre delira y se atormenta
luchando con idea tan cruel:
insecto que de flores se alimenta,
y labra acibar en lugar de miel.
Tímido caminante en noche oscura,
se asusta del benéfico pilar
que próximo descanso le asegura

tras largo y afanoso caminar.
Cáliz la vida por el fondo abierto
que al licor deja sin cesar huir,
y único punto al hombre descubierto
la muerte en el nublado porvenir,
¿Por qué dar á esa copa y á esa meta
furtivas ojeadas de terror?
Mirarlas sí; mas con la vista quieta,
y naciera del hábito el valor.
Despavorido huyó la vez primera
que vió el salvaje el bélico corcel,
y osadò luego á la temida fiera
clavó el harpon, y se vistió su piel.
Si al término de todos los caminos
hay un despeñadero que rodar,
¿por qué en la hondura amontonar espinos?
Flores donde caer conviene echar.
¿Y qué es morir? ¿qué es eso que desvela
tanto al hombre que eterno quiere ser?
Hallar al fin la eternidad que anhela,
y un vestido prestado devolver.
No es el hombre la caja quebradiza,
forma perecedera si jentil,
que la mano del tiempo pulveriza,
y restituye á su principio vil:
Allí dentro un espíritu se encierra
noble, puro, de oríjen celestial:
aquello es hombre, lo demas es tierra,
y aquello no perece, es inmortal.
Sediento el hombre de ventura vive,
y apenas en la vida la entrevé:
¿será posible que la mano esquive
que de los cielos posesion le dé?
Breve es la vida.—¡Brevedad dichosa,
que los dias acorta de ilusion,
y nos lleva en carrera presurosa
de la verdad á la feliz rejion!
¿Qué pide la virtud en la bonanza?
¿Qué anhela en la desgracia la virtud?
El piélago cruzar de la esperanza,
sirviéndole de barca el atahud.
El malvado que jima y se amedrente

de rendir á la muerte la cerviz;
huélguese en la miseria de viviente,
temeroso de ser mas infeliz;
Pero es al cabo por decreto eterno
desastroso el vivir del criminal;
y si en la muerte asústale el infierno,
su vida es otro infierno temporal.
Mezcla el hombre de espíritu y de lodo,
ya escepcionado de la ley comun,
¿por qué si el alma sobrevive á todo
mas privilejios pretender aún?
Esos orbes vivíficos de lumbre
que al mundo animan y le dan color,
florones de la diáfana techumbre,
ó joyas del vestido del Señor,
Esta del hombre equívoca morada,
cementerio con galas de jardin,
todo al voraz abismo de la nada
corre y en él encontrará su fin.
Y en medio del magnífico vacío
que llenará la eterna majestad,
el hombre jirará con señorío,
satélite de un sol divinidad.
Plazo es la vida que emplear debemos
en adquirir felicidad mayor,
felicidad que adivinar podemos
en los goces que dan virtud y amor;
Y consumir en quejas vanamente
los dias de este plazo de merced
es en vez de limpiar escasa fuente,
cegar su vena y perecer de sed.
Muerte, centro de todo, ley temida
mucho rijiendo, al abolirse mas,
porque el dia fatal de tu caida
contigo al universo arrastrarás;
Anjel eres que al alma aprisionada
libertas de prolija esclavitud,
y ya del roce con el cuerpo ajada
la vuelves á su hermosa juventud.
¡Muerte! si tú me guias á los brazos
de los seres que amé, de aquellos dos,
que de mí se llevaron dos pedazos

en el amargo postrimer adios;
Si al padre caro, si á la esposa amante
ya para siempre me uniré por tí;
si á la madre he de ver que tierno infante
primero la lloré que conocí;
Ven, que tú eres la dicha errado el nombre:
tú haces la vida dulce de dejar,
y tú puerto seguro das al hombre
que errante boga por inquieto mar.

Isabel y Gonzalo,

LEYENDA.

I.

EL DESCUBRIMIENTO.

Niebla densa y fria
que sube del Tajo,
cubriendo á la noche
la luz de sus astros,
envuelve á Toledo
en húmedo manto.
Reina por las calles,
reina en el palacio
profundo silencio,
gustoso descanso.
Ni el ave agorera
con lúgubre canto
prontos funerales
intima al anciano,
ni agudo ladrido
despierta al avaro
que nuevos tesoros
apila soñando.
Ni suena campana,
ni escúchanse pasos;

la villa parece
sarcófago vasto,
donde confundidos
godos y romanos,
á sus sucesores
están aguardando.
Solo entre la sombra
descúbrese un claro,
de luz moribunda
resplandor escaso;
solo en el alcázar
del rey castellano,
y en rico aposento
de techo dorado,
un hombre no goza
del sueño de tantos.
Enrique el segundo,
Enrique el bastardo,
que vida y corona
quitóle á su hermano,
solícito espera
la aurora velando.
No porque le acosen
recuerdos amargos
del crímen que vieron
Montiel y su campo:
temblaba algun dia
de verse las manos;
mas ya se envanece
del golpe villano:
truecan de conciencia
reyes adulados.
Del lecho mullido
le tienen lejano
sospechas que abriga
de cierto vasallo,
que en prenda vedada
sus miras acaso
por desdicha suya
puso temerario.
Paséase inquieto,
y asómase cauto,

en una ventana
la vista clavando.
Ventana es aquella
que fué muchos años
hito de los ojos
de los toledanos,
colgada de flores,
vestida de ramos,
verdes esperanzas
que allí se secaron.
Jamás los suspiros
y amantes regalos
aquella ventana
abierta encontraron;
ó nunca á lo menos
el bello milagro,
de mil albedríos
ríjido tirano,
señales visibles
de aprecio ni pago
dió á los homenajes
que le tributaron.
«Tienes, Isabela,
corazon de mármol,»
cantábanla luego
sus enamorados.
Hoy ya no se culpa,
sabido el arcano,
su dura esquiveza,
su honesto recato.
De rey y vasalla,
de ilícito lazo,
la triste Isabela
nació para el claustro,
y ya el sacro velo
la está preparado.
Vino para darla
su primer abrazo
Enrique á Toledo:
vendióselo caro.
Por toda una vida
de dias de esclavo,

sin goces el alma,
y el cuerpo penando,
la dió un apellido
rejio, pero vano.
Cierto que con ella
no anduvo bizarro
el mas generoso
de los soberanos:
¡fiad en virtudes
de razon de estado!
La víctima hermosa
del triste holocausto
el cuello sumiso
tendia llorando:
Enrique por eso
vijila azorado
de su hija la casa
frontera á palacio:
aquellos luceros
deshechos en llanto
«amor nos anubla»
dijeron incautos.
Burlan las tinieblas
el celo del Argos,
y abierto el postigo,
la luz con sus rayos
el espïonaje
revela callando.
Sale del alcázar
el rey embozado,
celoso dos veces,
padre y soberano;
y al tocar los muros
que le dan cuidado,
siéntense pisadas,
llaves y candados,
puerta cautelosa
que se abre despacio,
y seda que cruje
rozada con paño;
y dos voces oye
decirse muy bajo

en son de cariño,
en eco de halago:
«adios, Isabela,
adios, mi Gonzalo.»
El rey queda inmóvil,
la espada en la mano.

II.

LA VENGANZA.

«Cumplid la piadosa ley,
noramala para vos:
sacerdote, hablad de Dios,
y no me nombreis al rey.»
«¿No queda bien satisfecho
su enojo con mi cabeza,
si no postra la entereza
de este generoso pecho?»
«Pues á ese mezquino afan
yo mi pundonor igualo;
no triunfará de Gonzalo,
que soy Nuñez y Guzman.»
«Tengo vuestra absolucion
de lo que á Dios ofendí;
pero fiel vasallo fuí:
no pido á Enrique perdon.»
«Crédito á mi labio dad,
y tened por cosa cierta
que no se miente á la puerta
de la oscura eternidad.»

«Solo supe que Isabel
sangre de Enrique tenia
cuando era ya esposa mia:
culpe á sus misterios él.»
«Que si al mas alto lugar
sabe amor alzar el vuelo,
timbre oculto con un velo
mal se puede respetar.»
«Pero decís que al Señor
un corazon usurpé.—
Jamás Isabel su fé
consagró á su Redentor.»
«Si encarcelada vivir
la mandó precepto injusto,
el silencio del disgusto
no es promesa de cumplir.»
«Dios su corazon formó,
y pues que no le hizo suyo,
sin temeridad arguyo
que á mí me le destinó.»
«Porque solo hacer dichosa
mi vida Isabel pudiera,
y falta al Señor no hiciera
entre tantas una esposa.»
«Y me dice la ventura
que en sus brazos he gozado,
que pude, sin ser culpado,
ser dueño de su hermosura.»
«Pues bien no se halla real
donde la virtud no asiste,
y es inquieto, amargo y triste
todo placer criminal.»
«El negro cadalso asi
veré con serena cara,
contemplando en él un ara
de martirio para mí.»
«Y si aunque erguida, me ven
pálida un tanto la frente,
es que al paso que inocente,
soy querido y amo bien.»
«Y no puede sin temor
latumba ver un amante,

pues le señala el instante
de renunciar al amor.»
«Esto, padre, repetid
al monarca de Castilla,
y que empuñe la cuchilla
luego al verdugo decid.»

Enmudecido y absorto
de admiracion y piedad,
dejó la fúnebre estancia
el ministro del altar;
y detras del cortinaje
descubrió, con pasmo igual,
á un rey trocado en espía
menguando su majestad,
monarca en la vestidura,
y reo en el ademan.
Con violencia respiraba,
como en su sordo bramar
hórrida esplosion anuncia
el hervoroso volcan.
En esto llegó un anciano
en hábito monacal,
y entrególe un azafate
cubierto de un tafetan.
Un pliego y unos cabellos
venian allí no mas,
súplicas de una infelice,
despojos de una beldad.
Volvióse Enrique de espaldas
para poder ocultar
la conmocion que del pecho
se le asomaba á la faz,
de recia interior batalla
inequívoca señal.
Llegóse luego á una mesa
donde víanse á la par
cadenas y escapularios,
licores, frutas y pan,

cirios de amarilla cera,
una segur y un dogal,
y al pie del crucificado,
Dios de mansedumbre y paz,
hecho cetro de la muerte
un pergamino fatal.
Desarrollóle el monarca,
y en él con celeridad
dos palabras escribió
vencido el enojo ya.
Perdon era la primera,
la segunda *libertad*.

III.

LA SEPARACION.

De dos vírgenes tiernas
apoyada en los hombros,
trémulas las rodillas,
desencajado el rostro,
respirando congojas
y hablando por sollozos,
Isabel lentamente
se arrastra al locutorio,
donde la está Gonzalo
esperando anheloso.
Detiénese la triste
para alentar un poco,
desembargar la lengua

y serenar los ojos:
mostrar abatimiento
parécela desdoro
de la consorte fina
que con ánimo heróico
en vida se sepulta
por dársela á un esposo.
Para que á su semblante
suban matices rojos,
sangre le pide al pecho
dilacerado y roto;
y para ver al hombre
que en tiempo mas dichoso
su ídolo fué adorado,
su bien único y solo,
de la virtud y el cielo
confia en el socorro.
Compónese la toca,
desdobla el cuerpo airoso,
del traje penitente
repara el abandono,
fija en una medalla
ósculos mil devotos,
y á vista de su amante
ofrécese de pronto,
cual ánjel cuya planta
huella el poder del Orco.
Largo tiempo es del labio
el ministerio ocioso;
que al través de las rejas
que al mundo ponen coto,
los dos enamorados
se dicen sin estorbo
en las miradas mucho,
en los suspiros todo.
Dando al fin á la lengua
súbito desahogo,
Isabel á Gonzalo
háblale de este modo:

»Al cerrar por mi mano las barreras
que de tí me separan y del mundo,
quise que nunca mi dolor profundo
con tu vista vinieras á aumentar.»

«Hoy te agradezco que mi ley quebrantes,
plácida recreándome la idea
de que Gonzalo la constancia vea
con que sé mi existencia soportar.»

«Entre temer la culpa y expiarla
paso los dias y la muerte espero;
pero á este precio tu vivir adquiero:
dulce por tí se torna mi dolor.»

«Cuando recuerdo que mi amor bizarro
conserva á España su mejor caudillo,
corro al altar y ante el Señor me humillo,
y bendigo su mano de rigor.»

«A vida sin placeres condenada
desde que á ver la luz abrí los ojos,
vejetando entre muros y cerrojos,
fuí como planta que sin sol creció.»

«Las trovas que cantaron á mi reja
galanes mil en amoroso ruego,
yo las oia como escucha el ciego
el bramido del mar que nunca vió.»

«Por tí mi corazon aletargado,
llanura estéril, arenal desierto,
se vió de flores de placer cubierto,
y amaneció la dicha para mí.»

«Aquellas horas de dulzura llenas,
un beso tuyo, tu menor halago,
yo, Gonzalo querido, no los pago
ni con un siglo que suspire aquí.»

«Mil años de penar en el infierno
fueran de tanto bien premio mezquino...—
Perdona mi locura, Juez divino:
compadece á una mísera mortal.»

«Habla al esposo la infeliz esposa,
y se despierta su cariño blando;
hablo al que todavia estoy amando,
porque me vence mi pasion fatal.»

«¡Ah! no lo permitais, Dios poderoso,
ni tú lo creas, mi Guzman querido.

Nunca sobre tu amor caerá mi olvido;
pero á ponerle freno aprenderé.»
«Mas entre tanto que angustiada lloro,
quizá en otra mujer pérfido adores.
No profanes jamás nuestros amores;
prométeme, Guzman, eterna fé.»
«¿Me miras y del manto te despojas?
¡De Alcántara la cruz muestra tu pecho!
¡Y yo, Dios mio, de su fé sospecho,
cuando se acoje como yo al altar!»
«Centro ahora comun de nuestras almas
Dios, que desde su trono nos inspira,
nuestro cariño mirará sin ira
que á su seno amoroso va á parar.»
«Y la esposa podrá de dos esposos
implorar al Eterno por el hombre
que para gloria de su santo nombre
lidiará de Granada en el confin.»
«Y al escuchar las ínclitas hazañas
con que triunfe Guzman del agareno,
confundiré sin crímen en mi seno
mano y oríjen, instrumento y fin.»
«Que de mi amor con dura penitencia
la parte terrenal acrisolada,
yo amaré tus virtudes y tu espada
como destellos del poder de Dios:»
«Y tras vida de paz sin amargura
tranquilos á la huesa bajaremos,
y en el cielo por fin nos uniremos
por edades sin término los dos.»

A Jacinta.

Alma envidiada al suelo,
de conocerte indigno,
consorte que perdida
para mi triste amigo,
dichosa resplandeces
en sólio de zafiros;
vuelve los bellos ojos,
luceros matutinos,
al valle donde jime
quien fué tu regocijo.
En ese de delicias
inmensurable abismo,
donde en perpétuo goce
vivís los elejidos,
¿en qué puede un recuerdo
el bien disminuiros,
que brota, fuente viva,
la faz del INFINITO?
¿Será que hasta vosotros
cerrado esté el camino
al ay del que padece,
al ruego del cariño?
¡Oh! no cabe en el cielo
ingratitud ni olvido.
Aquel afecto dulce,
de las virtudes hijo,
alma del universo,
rayo del sol divino,
que trueca en serafines

á dos amantes finos,
aquel es el que debe
formar el lazo pio,
que inseparables una
la tierra y el empíreo.
Tú en el escelso coro
cantas gloriosos himnos;
solloza solitario
tu esposo de contínuo:
mengua es del amor vuestro
tan desigual destino.
Cuando en la noche miras
que bañan hilo á hilo
sus lágrimas el lecho
que dividió contigo,
tálamo dulce un dia,
ya potro de martirio;
vuela á su cabecera,
y aplica de improviso
la cariñosa mano
al pecho dolorido:
la mano que otro tiempo
contóle los latidos,
en él derrame ahora
el bálsamo de alivio.
Pesares nos aquejan
en tanto que vivimos;
inspírenos el cielo
valor para sufrirlos.
Corran placer y pena
por ley igual rejidos;
no sea el mal eterno,
y el goce fujitivo.
Cual tierna flor ajada
por aquilon impío,
lució tu abril, Jacinta,
con instantáneo brillo:
contaste, caminando
entre ásperos espinos,
años de vida pocos,
de sufrimiento siglos.
¿Y quién en la árdua senda

fué tu constante arrimo,
partícipe en los males,
igual en los peligros?
Tus labios no gustaron
gota de amargo absintio,
que al seno de tu esposo
no hubiese descendido.
Mas tú ves tus afanes
en dicha convertidos;
los suyos cada dia
crecen con doble ahinco:
¡mísero del que vive!
¡feliz quien ha vivido!
¡Ah! logra del Eterno
que separaros quiso,
y á cuyo trono asistes
alado paraninfo,
que ya que en su presencia
dilata el reuniros,
de aquella paz guardada
para el celeste asilo
luzca un reflejo débil
al hombre que has querido,
y aun lícito le sea
dias gozar tranquilos:
no diga, blasfemando
de tu inmortal cariño,
que hasta en el cielo caben
ingratitud y olvido.

Para el Album de Julia.

Vienen volando y pasan
las horas, y en su rápida carrera
llevan consigo á perecer entera
una jeneracion.
Tras aquella sepultan
otra, y sin descansar devoran ciento.
Polvo han de ser, de que se burle el viento,
los hombres todos que serán y son.
Las fábricas alzadas
por ese polvo que vivió, y un dia
leyes á tierra y mares imponia,
sobre él se arruinarán:
Quizá en siglos futuros
abismada Madrid, nueva Herculano,
la ciudad reina del imperio hispano
se oculte de los doctos al afan;
Ó bajo las raices
de antigua ya y enmarañada selva
la hallen, y á ser pisado el suelo vuelva
donde vagamos hoy.
Y al descubrir los senos
que avariento guardaba aquel abismo,
se abra un hueco y arroje el libro mismo
cuyas pájinas yo manchando estoy.
Podrá existir entonces
un sabio que solícito trabaje
para entender los signos y el lenguaje
abandonados ya;
Y al recorrer las trovas

á tí, divina JULIA, dedicadas,
rudas las hallará y desaliñadas;
que ruda entonces nuestra edad será.
Si al papel trasladado
por maestro pincel tu rostro mira,
justamente dirá que nuestra lira
tu belleza ultrajó.
Sentirá de tus ojos
el seductor, el májico embeleso:
yo siéntolo tambien; mas no por eso
á cantar tu hermosura basto yo.
Lectores de otro siglo,
que conocer querais el alma y mente
de la beldad que postra dulcemente
hoy el mundo á sus pies;
Si visteis una hermosa
que en injenio y virtud brilla y descuella;
si todos la adorais... no es JULIA aquella;
bosquejo débil de sus gracias es.

A las aguas de Panticosa.

¡Aun mas subir! ¿Adónde
mis pasos lleva la encumbrada via?
¿Dónde el valle se esconde
término y fin de la esperanza mia?
¿Dónde brota la fuente
que hace al cadáver renacer viviente?
El alma se contrista
del sendero en la bárbara aspereza;
la acobardada vista
con agrias peñas por dó quier tropieza,
y un monte y otro monte
la encarcelan en mísero horizonte.
Descubre el Pirineo
altas cimas de hielo coronadas:
yo ¡triste! no las veo;
que cautivar no puede mis miradas
entre las rocas yermas
sino el cristal de las bullentes termas.
Estrepitoso zumba
Caldarés en la quiebra donde osado
de golpe se derrumba,
y de riscos enormes contrastado,
embravecido ruje,
y alza sus olas con doblado empuje.
Mas yo aparto los ojos
del rio y de los fúljidos cambiantes
áureos, de plata y rojos
que pinta en las espumas vacilantes

la luz del claro cielo:
son otras linfas las que ver anhelo.
Mas allá de la puente,
ya el importuno estruendo se aminora
del rápido torrente,
y al fin el eco mudo lo devora,
como el orgullo calla
cuando traslinda la funérea valla.
Nada el silencio augusto
conturba allí de la pendiente senda;
no hay plácido ni adusto
pájaro cuya voz el aire hienda:
solo en el hueco seno
braman tal vez el huracan y el trueno.
Falta en aquella altura
aliento al ave que volando sube;
solo cruzar segura
puede la esfera la ondulante nube,
que da con forma estraña
pomposo pabellon á la montaña.
Ya se irgue aqui lozano
el roble fuerte, el pinalbar derecho,
y al pie del avellano
convida el césped con florido lecho,
donde á la fresca sombra,
despierta sueño la fragante alfombra.
Allí yace escondida
de Plandigon (1) la deliciosa vega
de rocas circuida,
cuya empinada cumbre al cielo llega:
la nieve que las viste
cuarenta siglos há que al sol resiste.
Guste mi labio ardiente,
guste pronto el licor maravilloso
que aplaque dulcemente
la congoja del pecho fatigoso,
carcoma de mi vida.
¡Oh! dadme la benéfica bebida.

(1) Nombre de la hoya donde brotan las aguas minerales de Panticosa, de las cuales se administran unas en baño y otras en bebida.

Quité al fin de la boca
el vaso, limpio de sangrienta mancha.
¡Oh! ya esperar me toca,
ya confiado el corazon se ensancha,
sin miedo de que quiebre
mis venas ya la devorante fiebre.
¡Qué insólita alegría
por mi espíritu débil se derrama!
Pujante lozanía
los desmayados órganos inflama,
y en vivas ansias arde
de hacer el pecho de su fuerza alarde.
Y suelto me encaramo
de los peñascos por la frente inhiesta,
donde con silbos llamo
al ganado que pace en la floresta,
ó el manantial sorprendo
que se desgaja de la cumbre huyendo.
Ó bien en el estanque,
de mil arroyos con la ofrenda rico,
doy al batel arranque,
y cuando el remo á gobernar me aplico,
cada vez que le hundo,
círculos abro, imájenes confundo.
Y elévase la mente,
y la bóveda azul atravesando,
miro al OMNIPOTENTE
con el dedo en los montes señalando
su giro á los raudales,
piscina milagrosa de los males.
Y alabo el santo nombre
del justo Juez que al imponer la pena
de su soberbia al hombre,
de dádivas espléndido le llena,
con que robusto y fuerte
retarde la victoria de la muerte.
¿Por qué ignotos canales,
Señor, esas corrientes encaminas?
¿Qué ricos minerales,
ó qué gases vivíficos combinas
allá en el antro rudo
que vista humana penetrar no pudo?

¿Cuál es la lumbre que hace
que hiervan los copiosos surtidores?
¿De qué, gran Dios, su diferencia nace
de temple y de sabores?
El orbe me contesta:
«un HÁGASE mi fábrica le cuesta.»
Asilo solitario
único que la paz halló en España,
dichoso santüario
que el fiero Marte perdonó en su saña,
tú cuyas auras quietas
no turbó el son de bélicas trompetas; (1)
Cuando de tí me aleje,
sufre que en esta losa de granito
reconocido deje
mi oscuro nombre por mi mano escrito,
en muestra de que debo
á tu favor el existir de nuevo.
¡Así cuando sonara
de mi postrer anhélito la hora,
pía mano llegara
á mis labios en copa bienhechora
tu licor dulce tibio,
májico elixir de salud y alivio!
Entonces en sus brazos
risueña la esperanza me acojiera,
y los mortales lazos
sin sentirlo mi espíritu rompiera,
y de dolor exento,
vivido hubiera hasta el fatal momento.

1840.

(1) Durante la guerra civil las bandas carlistas no penetraron en aquel punto.

Los esposos en Panticosa. (1)

Ten, zagal, ese caballo;
tenle para que se arroje
desde mis brazos al suelo
la hermosa de mis amores.
Alienta, mi bien, alienta,
y alza los nublados soles:
el verde valle que miras
fin á nuestro viaje pone.
Allí brotan abundosos
los raudales bienhechores,
fuentes de vida que truecan
los cadáveres en hombres.
Para caminar, tu mano
sobre mi cuello se apoye,
y con planta reverente
que apenas la yerba doble,
penetremos en el templo
donde pródiga en favores
nos guarda naturaleza
el mayor entre sus dones.
Vé despacio, Laura mia;
no á tus mejillas asomen,
por la fatiga enjendrados,
encendidos bermellones;
tú, mi bien, no necesitas
para tu esposo arreboles
mientras me digan «te quiero»

(1) Es otra version del asunto precedente.

tus labios fascinadores.
No mires al precipicio
donde con hórrido choque
hunde Caldarés sus olas
entre peñascos enormes:
ellos para detenerle
picos agudos le oponen,
que en espuma desbaratan
los cristales que le rompen;
mas él á cada tropiezo
brios tomando mayores,
libre canal en las rocas
abre á sus linfas veloces;
y cuando encuentra en el llano
blando lecho en que reposen,
pregona en murmullo alegre
sus esfuerzos vencedores.
Aparta la vista, digo,
si no quieres que me enoje,
de esa ruidosa cascada
que ensordece el horizonte,
de esas aguas que se arrojan
sobre las piedras de golpe,
de esas espumas que brillan
con variados tornasoles:
acongójame la idea
del grave riesgo que corres
en un abismo los ojos
y las plantas en el borde.
Ven á la rica pradera
sembrada de hermosas flores,
y solícita mi mano,
para que tu sien adornes,
te escojerá una guirnalda
tejida con las mejores.
Encumbrado Pirineo,
parda jigantesca mole
que en el seno de las nubes
la frente orgullosa escondes,
haciéndolas que te tiendan
magníficos pabellones,
que los vientos caprichosos

ya despliégan, ya recojen,
y el sol obsequioso tiñe
de riquísimos colores:
en tí buscan tu consuelo,
fujitivos de la corte,
dos esposos infelices,
dos amantes corazones,
que jamás han dividido
ni placeres ni dolores.
Aquella potente diestra
que tiene en peso los orbes,
y dá á tu cimiento rocas
y á sus hendeduras bojes,
fresnos á tu falda y pinos
que baten los aquilones,
y agobia con nieve eterna
la cúspide de tus montes,
airada sobre nosotros
descargó tremendo azote;
y el hogar que fué morada
de placeres hasta entonces,
repitió en flébiles ecos
agudísimos clamores.
¡Padre, que feliz ya moras
en las celestes rejiones!
huyeron juntos contigo
nuestra dicha y puros goces,
el júbilo de los dias,
el reposo de la noche.
Los males en nuestro asilo
penetraron en desórden;
y para que mas sintiera
de su furia los rigores,
en mi Laura me han herido,
mi dulcísima consorte.
Vivifica ¡oh Pirineo!
con virtudes superiores
el elixir saludable
que benéfico compones
en las lóbregas cavernas,
cuyos huecos interiores
cerrados á nuestra vista

guardas, para que se ignore
qué oculta llama calienta
tus copiosos surtidores,
ó por cuales encañados
haces que su jiro tomen,
para que den sus corrientes
cuando de la tierra broten,
placer ó martirio al gusto,
regaladas ó salobres.
Combina, pues, Pirineo,
los gases jeneradores,
ó los ricos minerales
que tus venas atesoren,
y haz que en el licor escaso
que yo de la fuente robe
para ofrecerle á los labios
nido de la risa noble,
su salud beba y mi gozo
la hermosa de mis amores.

EN LA INAUGURACION

DEL

Instituto Español.

¿Cuál es la criatura
de tantas como encierra
la doble inmensidad de mar y tierra,
cuál es el triste ser á quien natura
los dones de su amor de suerte tasa,
que de madrastra rigorosa y dura
con él parece codiciar el nombre?—
Pródiga para todos, solo escasa,
solo injusta y cruel es para EL HOMBRE.

Le negó la firmísima pupila
del ave que á su antojo,
cerniéndose en la atmósfera tranquila
examina del sol el disco rojo:
no le armó con la planta
del fujitivo ciervo
que al viento se adelanta;
no con la garra del leon, ni dióle
del coloso selvático la mole:
de nombre rey, por su impotencia siervo,
de riesgos donde quiera
y enemigos sin número cercado;

al verle de pujanza desarmado
con que su ruina el infeliz estorbe,
mejor imajinársele pudiera
nacido para pasto de una fiera,
que para dueño y árbitro del orbe.

Él es empero su señor. Su mano,
si tan débil por sí, tan desvalida,
con otra y otra y ciento y mil unida
se reviste de impulso soberano,
y desata el indómito torrente
de fuerza á cuyo empuje
redoblado y creciente
junta la creacion resiste en vano.
Por el hombre vencido, el tigre ruje,
y dócil á la rienda y acicate
se mueve el alazan: el hombre abate
y ahonda el recio pino,
y tremolando en él tirantes lonas,
sobre el inquieto campo cristalino
lanza flotante puente
que une entre sí las apartadas zonas:
el trueno aterrador copia á la nube,
y á la tierra el volcan; en sus entrañas
negro polvo escondiendo,
lo incendia; estalla, y con bramido horrendo
desquicia la esplosion y al cielo sube,
cual brizna leve de menudas cañas,
deshechas en ceniza las montañas.

Con la preciosa herencia
de la anterior jeneracion uniendo
su caudal todas de poder y ciencia,
veloz el hombre sin cesar camina
por árdua senda que su mano allana,
sediento de arribar al alto punto
límite del saber y dicha humana,
barrera entre el Eterno y su trasunto,
solio que al del empíreo se avecina;
y aquel mísero ser á quien mezquina
dotar nos pareció naturaleza,
formándole de intento

símbolo derisorio de flaqueza;
ese mismo, tan débil cuando SOLO,
erguida la cabeza,
domina EN SOCIEDAD de polo á polo;
y alza su omnipotente pensamiento
ya tan audaz el vuelo de sus alas,
que osa en el aire suspender escalas,
y amenaza asaltar el firmamento.
Asi los rayos fúljidos de Apolo,
que en la diáfana bóveda perdidos
esparcen solamente
blando calor, aliento del viviente,
en el foco á juntarse comprimidos
del espejo de Arquímedes ardiente,
se truecan en centella destructora,
que árboles, piedras y metal devora.
Ved cual de Siracusa
se agolpa en las almenas
muchedumbre que al mar mira confusa.
Tiembla el guerrero, su consorte llora.
«Los bajeles,» esclaman, «son aquellos
de Roma, de la bárbara invasora:
suspendidas se ven de sus antenas,
y prontas á cebarse en nuestros cuellos,
la vara y la segur y las cadenas.»—
Un hombre el rayo de la ciencia vibra,
y de tiranos á su patria libra.
Ved como el brazo tiende
con el escudo fulminante armado,
cuya llama voraz el aire enciende.
Paradas en su vuelo arrebatado
caen en polvo las marinas aves;
hierven las olas; las soberbias naves
nadante hoguera son. Hórrida grita
por entre el humo suena,
y en temerosos ecos se difunde.
Si el romano en el mar se precipita,
síguele el fuego allí: la escuadra se hunde;
Siracusa la frente alza serena
y adora al hombre que su ruina evita,
y en recia voz que el júbilo levanta,
su libertad y su victoria canta.

Pero triunfos sangrientos y crueles
no son de ambicionar. Sendas de gloria
varias el hombre ante los ojos mira:
ramos en sus verjeles
la madre de las Musas, la Memoria,
ramos guarda de plácidos laureles
para el compás y la paleta y lira.
Adoradores fieles
somos del jenio que el saber inspira,
y á coronas pacíficas aspira
nuestro comun afan. Tambien recata
la sociedad en su ajitado seno
monstruos que al respirar vierten veneno,
que contamina y mata.
Crímen, error y tedio forman liga
contra el ínclito ser que siente y piensa:
torre aquí se levante de defensa
donde su diente vil no nos persiga.
Aquí sus luces el saber derrame,
su asilo mire aquí la desventura,
despliegue sus encantos la hermosura,
el injenio se inflame,
y ardiendo de virtud en llama pura,
palpite el corazon, admire y ame.

¡Grande empresa en verdad! A darle cima
no será nuestra fuerza poderosa;
pero español aliento nos anima,
y el májico mirar de tanta hermosa.
¿Quién en ignoble ociosidad reposa,
quién al saber no dá vijilia inmensa
por lograr de unos labios hechiceros,
escondida entre aplausos lisonjeros,
una tierna sonrisa en recompensa?
Obra final del Hacedor divino,
culto de númen la mujer merece:
por ella nuestra vida se embellece,
y enseñarnos tal vez es su destino.
Al lanzarnos nosotros por la via
que allá á la cumbre guia
donde bañado en resplandor descuella

de HUMANIDAD Y CIENCIA el doble templo,
ya en él la planta sella,
coronada la sien, AUGUSTA BELLA,
que con la voz nos llama y el ejemplo.
De virtudes y jenios reverente
cerco la ciñe en torno,
que cien guirnaldas á la réjia frente
solícitos ofrecen por adorno,
colocando á sus plantas en trofeo
las insignias de Apeles y de Orfeo.
Constante bienhechora
de la grande nacion que en ella adora,
tambien del INSTITUTO es esperanza,
cuando al nacer alcanza
que le tienda su mano protectora (1).
Crezca, pues, á su sombra guarecida,
esta que planta débil abre el suelo,
y riéguela el sudor de nuestro zelo;
que dia llegará que se alce erguida,
y en tronco ajigantado convertida,
superior á las nubes se remonte,
llenando de sus ramas con la pompa
el ámbito del cóncavo horizonte.
Brio mayor á la constancia nuestra
los obstáculos den; no haya fatiga
de arredrarnos capaz, hasta que rompa
las auras con los ecos de su trompa
justa la fama, y diga
que la labor de nuestra firme diestra
rinde á la sociedad precioso fruto,
y es digno de su nombre el INSTITUTO.

1840.

(1) S. M. la Reina Gobernadora se habia dignado declararse Protectora del *Instituto Español.*

Recuerdos del Dos de Mayo.

EN 1839.

Allí donde tiene asiento
sobre estériles arenas
el tardío monumento,
viejo ya por el cimiento (1),
por la cima juvenil,
Allí fué donde inhumanos
los que dieron á la Europa
nuevas leyes y tiranos,
contra inermes ciudadanos
asestaron el fusil.

Sangre allí por mano aleve
derramada, formó arroyos,
y encerraron anchos hoyos
sacerdotes con la plebe
confundidos á la par.

(1) Hacia casi veinte años que se habia principiado esta obra, que se ha concluido hace dos.

¿No escuchais esa campana
que se mece en lento jiro?
Cada son recuerda un tiro
que una vida castellana
dejó al mundo que llorar.

Fementidos estranjeros
que aguzaban solapados
contra España los aceros,
falsamente encaminados
á talar otra rejion,
Desnudáronse aquel dia,
que enlutó su verde á Mayo,
del disfraz que los cubria,
y del trono de Pelayo
profanaron el blason.

Generoso y no prudente,
tuvo el hijo de los Cides
á sus plantas la serpiente,
y por no temer su diente,
cariñoso la halagó:
Y á su salvo la traidora
derramó en el seno amigo
la ponzoña matadora.
¡Cruda herida que aun se llora
porque el tiempo la enconó!

Sin defensa abandonado
vióse entonces el Ibero:
su monarca deslumbrado,
por escrúpulos de aliado
se olvidó de que era rey.
Nos mandaron las lejiones
del isleño codicioso
con la voz de sus cañones,

abatir nuestros pendones,
renegar de patria y ley.

Y al insulto ardiendo en saña,
fulminó su rayo España,
y en refriegas pertinaces
disipáronse las haces
que juntó el gran adalid:
Y á las puertas de Vitoria
completóse al fin la gloria
que los cielos prometieron
á los tristes que murieron
en el Prado de Madrid.

Nobles mártires, que ahora
nueva guerra por Castilla
veis cundir asoladora,
que os conturba en vuestra silla
levantada sobre el sol:
Vuestro fin labró la fama
del guerrero esclarecido
que por grande el mundo aclama;
grande, sí, porque vencido
tarde fué del español.

Su grandeza, donde á una
con empeño trabajaron
la ambicion y la fortuna,
fué un altar que consagraron
brazos mil á su interés.
Si del corso estremecieron
las miradas fulminantes
á los pueblos que le vieron,
fué porque hombros de jigantes
sustentábanle los pies.

Esa audacia desmedida
que te alzaba hasta el imperio
devastando un hemisferio,
preparaba tu caida,
destructor Napoleon:
Que á cometas refuljentes
como tú, pero fatales,
los decretos celestiales
protectores de inocentes
dan fugaz aparicion.

Tú en el último destierro
solitario te subias
á la cúspide de un cerro;
tú mil veces dirijias
las miradas hácia el mar:
Y con hórrida congoja
convertirse acaso viste
de azulada el agua en roja,
y la sangre conociste
que mandaste derramar.

Asentaron en las olas
mil cadáveres las plantas,
y con voces españolas
resonaron sus gargantas
que el cuchillo atravesó.
Y envidiaste aquel instante,
precursor de horrible fallo,
al peon que palpitante
bajo el pie de tu caballo
el espíritu rindió.

Tu memoria maldijeron:
que entre todas las naciones
donde huellas imprimieron

tus aciagos batallones
por su mal y mal comun,
Fué la España en quien semilla
prodigaste mas copiosa
de discordia y de rencilla,
y tu sombra rencorosa
de sus creces cuida aún.

Codiciosos tus paisanos
como tú, de nuestra ruina,
fomentaron entre hermanos
lucha bárbara intestina
que enflaquezca su valor:
Que aprendieron con vergüenza,
combatiendo contra España,
que como ella no se venza,
no le es dado á jente estraña
producir su vencedor.

España vindicada (1).

«Al fin de las rejiones europeas
donde acaba la tierra de occidente,
y mares y montañas jiganteas
apartan del antiguo continente
vasto, fecundo suelo,
allí hay una nacion agreste y ruda,
que de saber y de virtud desnuda,
mengua es del siglo, escándalo del cielo.»—
—Esta nacion, á quien asi acrimina
voz lejana y vecina
que al universo engaña,
esta, ¿lo creereis? esta es España.
Fué grande, fué temida, fué señora:
doblaban otro tiempo la rodilla
los pueblos del ocaso y de la aurora
delante de la enseña vencedora
de Leon y Castilla.
Vióse despues de su poder la silla
por crudos adversarios contrastada:
retembló su cimiento al recio embate;
vaciló en medio del mortal combate
la réjia majestad allí sentada,
perdiendo en riesgo tanto
ricos jirones del purpúreo manto;
pero á despecho del comun encono,
salvó su fé, su dignidad, su trono.
Émulos que conservan todavia

(1) Se escribió á la conclusion de la guerra civil, para leerse en el teatro.

de pasadas afrentas la memoria,
hoy nos calumnian con mayor porfía,
cuanto es mayor la castellana gloria.
Se alza en el suelo cántabro pujante
grito de guerra que los aires hiende,
y fuego abrasador en un instante
por la infeliz península se estiende.
Ven cundir el estrago las naciones
que hacen de humanidad pomposo alarde;
y en lugar de estinguir el odio que arde,
hostigan á los fieros campeones.
Así despedazarse dos leones
vé un cazador en la africana arena;
y lejos de que llegue y los amanse,
de intento deja que la lid los canse,
para echarles á entrambos la cadena.
Nos vieron zozobrar y desviaron
del náufrago bajel su firme quilla;
pero las bravas olas se aplacaron,
y nuestro brazo nos llevó á la orilla.
Ya las iras cesaron;
ya no se oye el horrísono estampido
del mortífero bronce,
por el eco cien veces repetido
entre el ay del que muere y el herido.
Gira sobre su gonce
la férrea puerta del cancel de Jano,
movida por la mano
de la PAZ, de la PAZ, que rodeada
de benéficos númenes en tropa,
viene á cerrar el ominoso templo;
y la grande nacion tan ultrajada,
hoy se presenta á la confusa Europa
de heroismo y virtud ínclito ejemplo.
Pudo español contra español la diestra
levantar iracundo,
y regar en el choque furibundo
con la fraterna sangre la palestra;
pudo servir de un hombre á las pasiones
que doró artero con falaz vislumbre,
y ceder al impulso que de lejos
movia infatigable en sus manejos

el jenio de la negra servidumbre,
sediento del dolor de las naciones;
mas nunca pudo desterrar del alma
el jeneroso, innato sentimiento
que la sangre y la PATRIA nos inspira.
Asi en la lid, al huracan violento
sucediendo la calma,
cada guerrero á su contrario mira,
y al ver en él su hermano,
suelta el acero, tiéndele la mano,
con el grito de UNION resuena el viento,
y huye, al oirle, trémulo el tirano.
¡Honor, escelsa prez, á los valientes
que el blason coronaron de su gloria
con un timbre mayor que la victoria!
Madres, esposas, vírjenes dolientes,
que con humilde voto
la piedad implorábais del Eterno
por las prendas ausentes;
de júbilo llenad el pecho tierno,
que el cetro usurpador está ya roto.
Festivo canto vuestro labio entone,
y la mano aperciba
triunfante lauro y amigable oliva,
con que su sien el adalid corone.
Venid ahora á vernos,
y aprended, ¡oh políticos sagaces!
en un rasgo no mas á conocernos.
Vosotros prolongábais la pelea:
obra de nuestra mano son las paces.
Olvidar disensiones pertinaces,
para algun corazon dificil sea;
no para el español: cuéstale solo
tan magnánima prueba de heroismo
las redes quebrantar que le arma el dolo,
y por guia admitir su instinto mismo.
No es la patria del Cid y de Padilla
esa que pinta vuestro labio injusto:
respeto os deba su blason augusto,
que no tolera su leon mancilla.
Ese pueblo fanático y grosero,
juguete del iluso sacerdote,

y armado siempre de cobarde acero,
y alegre con la hoguera y el azote,
no le busqueis en el confin hispano:
buscadle allá donde feroz levanta
brazo de hierro déspota inhumano,
y con el suelo, donde siervo nace,
se vende al hombre reducido á planta.
Vuestro saber que envanecer os hace,
lo admira España, y sin envidia os deja
que deslumbrados con su brillo falso
sobre el ara de Dios paseis la reja,
y arrastreis los monarcas al cadalso.
Domeñar el occéano profundo,
la fé llevar á incógnitas rejiones,
lanzar al moro, conquistar un mundo,
alzarnos libres para darnos leyes,
vencer Napoleones,
sacar de cautiverio nuestros reyes,
estas solas hazañas
en los hijos buscad de las Españas.
Fiel á la mano augusta que le rije,
valiente el español y jeneroso,
si tal vez al error se precipita,
pronto de la razon la senda elije;
y para ser dichoso
cuando su pecho á la virtud le incita,
olvidaros tan solo necesita.

El Alcalde Ronquillo.

(*Muerte del Obispo de Zamora.*)

FRAGMENTO.

Poco antes que en el Duero se sepulte,
cruza Pisuerga plácida campiña,
donde la rica mies, la rica viña
derraman sus tesoros á la par.
Descuella un monte allí; sobre su cumbre
un jigantesco torreon se eleva,
monstruo que con las víctimas se ceba
que le dá la venganza á devorar.

Agrio son de cadenas y cerrojos,
amenazas de bárbaros sayones,
súplicas, alaridos, maldiciones
llenan aquella lúgubre mansion.
Fortaleza la llama quien lejano
su mole vé sin rejistrar su centro;
llámala infierno quien suspira dentro,
cárcel la ley, su afrenta la razon.

Allí un anciano en miserable estancia,
mas bien que calabozo sepultura,
sufre de sus pesares la tortura
con el pie de la muerte en el umbral.
Pero en aquella frente consagrada
señales duran de lo que era un dia;

centellea en su frente todavia
la llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido
violento late el corazon de Acuña:
cuando su mano el pectoral empuña,
fué un acero tal vez lo que buscó.
¡Padilla! sin cesar suena en su labio,
y un ay le sigue, y el prelado llora;
y es el audaz prelado que en Zamora
¡Santiago y libertad! apellidó.

—«¿Por qué, Señor,» arrodillado dice
delante de un ebúrneo crucifijo,
«por qué, Señor, tu cólera maldijo
la jornada infeliz de Villalar?
¿Era pendon de iniquidad acaso
la bandera del noble comunero?
Por defender el injuriado fuero,
¿no es lícito la espada desnudar?»

«Si entronizado el codicioso belga
saqueaba el palacio y la cabaña,
y desangrando á la infeliz España,
rios de oro enviaba á su nacion;
Si reia en espléndido banquete,
sirviéndole de música el jemido
de un pueblo que por él empobrecido
moribundo imploraba compasion;»

«Si al pedirle justicia el triste padre,
padre á quien deshonró vil cortesano,
decia el estranjero al castellano:
cómprame la venganza y la tendrás;
¿Debió Castilla tolerar la afrenta?
¿No debió armarse para entrar en liza,
y gritar á la chusma advenediza:
no reinareis sobre mi suelo mas?»

«¿Condenaste, Dios mio, por mi culpa
la empresa que si no te fuera grata,
porque soltando el báculo de plata,

del profano baston el puño así?
No, que Samuel, ministro de las aras,
tambien en sangre se bañó la diestra,
Joyada de tu templo hizo palestra,
Moisés armó los brazos de Leví.»

«Lo veo, sí; nuestra fatal caida
quisiste que enseñara á las naciones
en dos tremendas útiles lecciones
lo que merecen, lo que deben ser.
Quéjese el pueblo que agobiado llora,
solo de sí, pues que tolera el yugo;
mas sepa, si combate á su verdugo,
que sin union es fuerza perecer.»

«Perecieron por eso en el cadalso
los hijos de la gloria y de la guerra:
su casas igualadas con la tierra
yacen cubiertas de ignominia y sal.
¿Por qué me ha perdonado la cuchilla?
¿por qué esta cárcel mi vivir esconde?»—
Una voz pavorosa le responde:
«porque te espera muerte de dogal.»

Ábrese con estrépito la puerta,
y precedido de villana tropa,
vestido un hombre de funesta ropa
resuelto avanza en la prision el pie.
Vara sutil de majistrado lleva,
que en él parece látigo sangriento:
ningun rasgo de humano sentimiento
en su frente fanática se vé.

Sanguinaria la boca, sanguinarios
los torvos ojos de iracunda hiena,
con desplegar el labio ya condena,
con su mirada martiriza ya.
Mudo, pasmado el infeliz Acuña,
la decision espera de su suerte;
no le acobarda la imprevista muerte;
pero le aterra ver al que la dá.

«En nombre de don Carlos os lo mando,»
grita á los suyos el feroz alcalde;
pero dicta sus órdenes en balde;
tiembla el esbirro, párase el sayon.
«Obedeced,» el bárbaro repite:
los satélites claman: «¡sacrilejio!»
y acatando el sagrado privilejio,
se lanzan en tropel de la prision.

«No teme el vengador de la justicia,»
dice el cruel, «del hombre ni del cielo;
ese dogal tirado por el suelo
no quedará sin víctima esta vez.»
«¡Ronquillo!» fué á esclamar el sacerdote;
pero apagó su voz el duro lazo,
que estrechó con la planta y con el brazo
aquel verdugo en hábito de juez.

Por los tránsitos luego de la cárcel
su trofeo arrastró, dejando en ellos
con la sangre de Acuña y los cabellos
señalado el camino que llevó.
Y á un corredor llegando, guarnecido
de dorado arabesco pasamano,
á ver el espectáculo inhumano
testigos el sacrílego llamó.

Y llegaron, y dijo: «Comuneros,
que desdorar quisisteis la corona,
la clemencia de Carlos os perdona:
de Simancas salid; pero ¡mirad!»
Y el cordel ominoso atando á un hierro,
lanzó al aire el cadáver palpitando...—
Cayó la turba mísera temblando
pasmada de terror y de piedad.

Alzóse un alarido que llenaba
del ancho patio el ámbito vacío:
sucedió al penetrante vocerío
misterioso susurro de oracion.
Oscilaban pendientes entre tanto
del corredor los míseros despojos,

y el llanto que asomaba en muchos ojos
se volvia en secreto al corazon.

Pero el cáñamo vil con un crujido
turbó el piadoso fúnebre homenaje,
y anunció desde el alto barandaje
nuevos horrores que mirar despues.
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...
sonó un golpe violento... y de repente
de sangre salpicósele la frente,
y vió el roto cadáver á sus pies.

«Esconda, «dijo,» su ignominia luego
la sepultura que á pedirme vino.
Comuneros, sabeis vuestro destino:
¡sed fieles al invicto emperador!»
Y salió del castillo á lento paso
con un lienzo enjugándose la cara,
y ajitando en el aire aquella vara
que sembraba el espanto y el horror.

La composicion para el Liceo.

ROMANCE.

Vaya usted con Dios, patrona:
Rosita, abur: anda, Bruna.—
Ya se marcharon, ya estoy
libre de que me interrumpa
la vieja con sus regaños,
la niña con sus diabluras,
y la zafia Maritórnes
con sus rondeñas de Asturias.
¡No tener para este jueves,
que es mi turno de lectura,
por mas que haga en mis legajos
escrupulosa rebusca,
ni una imprecacion al sol,
ni un madrigal á la tumba!
¡Dar equivocadamente
para empapelar azúcar
ayer mi romance esdrújulo
sobre el ósculo de Judas!
Por fin, dos horas me quedan;
y si me sopla la musa,
saldré airoso del empeño
en que me miro sin culpa.
¿Por qué pecado, Señor,
mereció mi triste pluma
que para escribir en verso

no pueda cojerla nunca,
sin que al momento á mi puerta
cien importunos acudan?
Ya el alcalde de mi barrio
para un informe me busca;
y cuando vé que no puedo
responder á su pregunta,
me encaja la historia entera
de don Gaspar Buena-pua.
Ya los que suben á ver
cierta vestal andaluza,
llamados desde el balcon
con jitanas guiñaduras,
trocando su alegre cuarto
con mi tétrica zahurda,
mi campanilla quebrantan
que suena como una zumba.
Ya un Calderon de diez años
largamente me consulta
sobre el efecto que espera
que en el teatro produzcan
los jemidos de la dama
cuando la hieren á oscuras,
si se remeda á lo lejos
el canto de la lechuza.
Ya un vecino que padece
fiebre tercianaria *turca*,
regala á su cara cónyuje
con la mas tremenda zurra:
vuelan los pucheros, se oyen
maldiciones tremebundas,
alborótase el cotarro,
cunde en la calle la bulla,
y al gritar un alguacil:
«¡favor á Isabel Segunda!»
tengo á fuer de miliciano
que danzar en la trifulca.
Hoy hay paz: aprovechemos
tan dichosa coyuntura.—
¿Qué asunto para escribir
tomaré? Mas ¿quién lo duda?
¿Qué objeto para mis versos

mejor que mi dulce Curra?
Una letrilla á sus ojos,
su lunar ó su cintura.
Principiemos. «Anjel bello
que la providencia suma...«
Adios, ya llamaron. Llamen;
que aunque la casa confundan,
no me muevo del asiento.—
¡Pues la cachaza me gusta!
¿A qué porfia ese bárbaro
cuando vé que no le escuchan?
Señor, ¿quién será? Lo voy
á ver por la cerradura.
Sea por Dios: es el mozo
de la compañía.—Lucas,
¿qué quieres?—Que pague usted
sin dilacion esa multa.—
¿Por qué?—Por haber faltado
antes de anoche á la junta.—
Bien: toma.—¿Quiere usted dar
ahora lo de la música?—
Lo de la música.—El cabo
don Hilarion Sanahuja
está enfermo hace tres meses;
y á los gastos de la cura
se le añaden los de madre,
abuelo, la hermana viuda,
diez hijos, y un sobrinito
que le enviaron de Osuna.
Se ha abierto una suscricion
para socorrer su angustia,
y...—Para don Hilarion.
¿Hay otra jorobadura?—
No señor: ¡ah! que esta noche
le toca á usted de patrulla.—
Anda con mil de á caballo,
y mira si te desnucas
esta vez en la escalera,
para que otra no la subas.
¡Por mi fé que el privilejio
de lucir las fornituras
es ganga que va á llevarme

al hospicio en derechura!
Paciencia y bolsa me gastan,
tiempo y voluntad me usurpan:
un santo con charreteras
voy á ser, como lo sufra.
¡Tierno Garcilaso! tú
celebrabas la hermosura
en medio de los horrores
de marcial hórrida lucha;
y yo no agarro el fusil
sin que envidie la fortuna
de quien usa un guante menos,
ó anda en un pie como grulla.—
Una pobre.—Dios la ampare.—
Por la Vírjen...—No me aturda.
Soy poeta.—Ya escapó.
Tal razon ¿á quién no asusta?—
Esto es mejor: ¡que si quiero
chorizos de Estremadura!
No se come cerdo en casa.—
Moros son aquí sin duda.—
Me parece que es preciso
ir á buscar quien me supla,
porque pensar hoy leer
yo en el Liceo, es locura.—
¡Cielo santo! en la escalera
ya suena la voz aguda
de mi patrona que vuelve
riñendo como acostumbra,
y sube tambien con ella
don Sempronio de Larruga,
el hijo mas hablador
de la playa de Sanlúcar.
Ya se colaron en casa:
¡bendiga Dios la cordura
de la vieja que les dice
que no vuelvo hasta la una!
Pero ¿cuántos han entrado?
¡La curiosa doña Justa,
Paco Mochuelo el manolo,
la filarmónica Julia,
y el gangoso don Tomás

y Blasa la tartamuda!
No sabiendo que hay aquí
un pobrete á quien le turban,
rien, corren, gritan, charlan
en infernal baraunda.
Uno al piano se pone,
otro la guitarra pulsa,
este silba, el otro baila,
quien aplaude, quien se burla.
Pide don Tomás silencio;
no le hacen caso: se atufa;
vuelve á instar: no le aprovecha;
pero le ocurre ¡oh ventura!
apostrofarles en verso,
dando voces furibundas:
y mientras él se enronquece,
y no le oyen ó le bufan,
sus versos le copio y cumplo
con mi turno de lectura.

Charlatanes sempiternos,
que al mundo servís de estorbo,
lléveos el cólera-morbo
por la posta á los infiernos;
y el suplicio con que allí
os castigue Radamanto,
para que os abrume tanto
como vosotros á mí,
sea oir siempre leer
versos ramplones y frios,
tan malos como los mios,
peores, si puede ser.

Ellas y ellos.

ROMANCE.

Años há que hay en el mundo
reñidísima cuestion
sobre cuál, de hombre y mujer,
es en lo moral mejor.
Cada uno defiende el pleito
pidiendo sentencia en pró;
y á falta de juez que pueda
fallar sin apelacion,
uno y otro litigante
se proclama vencedor.
Satisfechos de este modo
entrambos con su opinion,
viven en tregua apacible
hombres y mugeres hoy,
y para el dia del juicio
se aplaza la decision
que á *ellas* y *ellos* manifieste
quién acertaba y quién no.
Pero como á cada riña
que tienen hembra y varon,
la suspendida contienda
se renueva con calor,
y es en circunstancia tal
la salida de cajon

decirse ambos al sacarse
todos los trapos al sol:
»ustedes son los peores,—
ustedes sí que lo son;»
yo sin ánimo de hacerme
de ninguno defensor,
quiero agregar á los autos
por via de ilustracion
unos apuntes históricos,
obra de ignorado autor,
que hallé por casualidad
en un viejo cronicon (1).
Cuando la alta Omnipotencia
la obra del mundo acabó,
al poner á hombre y mujer
en su plena posesion,
árbitro de su destino
hizo al hombre el Criador.
Todos los vicios y males
encerrados se los dió
en una caverna horrible,
segurísima prision,
de cuya puerta de acero
la llave al hombre fió.
Las virtudes y placeres
en tanto á su discrecion
dueños del orbe quedaron:
edad venturosa, ¡ay Dios!
y tanto mas envidiable
cuanto mas breve pasó.
Tuvo una vez la mujer
el deseo tentador
de ver qué clase de jente
guardaba aquella mansion;
pues conociendo de trato
la paz, el gozo, el amor,
quiso conocer de vista
y oir un rato la voz

(1) Véase el *Criticon* de Lorenzo Gracian.

á la tristeza, la envidia,
la cólera y la ambicion.
Cojió por desgracia un dia
al hombre de buen humor;
cojióle luego la llave,
y sin mas meditacion
fué á la gruta, y para abrirla
la osada mano tendió.
Los firmes ejes del mundo
se estremecieron al son
que hizo la llave al jirar
de su punto en derredor.
Abrió la puerta; los vicios
salieron en peloton,
y tropezando de golpe
con la mísera que abrió,
hicieron en ella presa
sin ninguna compasion.
El hombre que estaba lejos,
mejor al pronto libró,
porque al fin solo pudieron
entrar en su corazon
los vicios que por salir
con lijereza menor,
no hallaron en la mujer
desocupado rincon.
Pero esta desigualdad
pronto desapareció;
pues llorando la curiosa,
aunque algo tarde, su error,
en busca de su consorte
guió la planta veloz:
abrió el esposo los brazos;
ella en ellos se arrojó;
y al seno del hombre entonces
pasaron sin dilacion
las demas calamidades
con que la mujer cargó;
heredando al abrazarla
cuanta humana imperfeccion
cifró en la naturaleza
la ley del Sumo Hacedor.

De esta memoria secreta
infiere el que la escribió
que á vivir hombre y mujer
con total separacion,
quizá el hombre en ese caso
fuera de ambos el mejor;
mas como ella y él se tienen
invencible inclinacion;
como es á pesar de todo
ese sexo encantador
la maravilla que puso
término á la creacion;
busca el hombre á la mujer,
copia de ella lo peor,
y asi junta en su persona
los vicios de ambos á dos.

A Calderon.

SONETO.

Tú que en acento de desden profundo
dijiste al ver la pequeñez humana:
«sombra *es la vida*, como el *sueño* vana,
fantástica existencia la del mundo;»
Cuando brillabas luminar fecundo,
sol refuljente de la escena hispana,
¿pudo tener tu mente soberana
por ilusion tu injenio sin segundo?
Desde el Tíber al patrio Manzanares,
desde el Rin á los Andes mereciste
universal admiracion y altares;
Y eterna de tu nombre la memoria,
ella te enseña que decir debiste:
«sueño todo será, menos mi gloria.»

EL PINTOR GRIEGO.

A Esquivel.

SONETO.

Faltó la luz al jenio peregrino,
de la gloria de Aquiles instrumento;
mas sin la luz quedóle el pensamiento,
y á la inmortalidad libre el camino.
Vendad los ojos con doblado lino
á Fidias y Arïon: Fidias á tiento
la cera esculpe, y Arïon el viento
suspende con su cántico divino.
¿Qué le resta al discípulo de Apeles
cuando, sin ver, con lágrimas de artista
riega desesperado sus pinceles?
«Para que yo, Destino, te resista,
dame (dirá) que olvide mis laureles,
y arráncame á la par talento y vista.»

Otro pintor ciego.

Versos para un Album.

Emprendió con fanática porfía
pintor que quiso eternizar su fama,
copiar del sol la esplendorosa llama,
y á ruda tela trasladar el dia.
¡Bien su intento pagó desacertado!
pues de clavar con incesante arrobo
tenaz mirada en el ardiente globo
ciego vino á quedar el desdichado.
Y esclamaba despues con desconsuelo,
su cuadro al esplicar: «del sol, impropia
toda imájen será; del sol no hay copia;
no le busqueis aquí, mirad al cielo.»
Laura, sol eres tú; yo receloso
de que si dócil tu mandato escucho,
deje de verte por mirarte mucho,
me niego á bosquejar tu rostro hermoso.
Superior al pincel como á la lira
tu májica hermosura indefinible,
es retratarte bien tan imposible,
como que no te adore quien te mira.

La vida.

Traduccion de Metastasio.

¿Por qué la vida nos parece bella?
¿Qué placer nos ofrece mientras dura,
si no hay edad ni condicion en ella
que dolor no se vuelva y amargura?
Niños, un ademan nos intimida;
juguete somos en la edad florida
de la fortuna y del amor insano;
y al fin cubiertos de cabello cano,
abrumados jemimos
al peso de los años que vivimos.
Ya el ansia de adquirir nos atormenta,
ya el temor de perder nos pone susto:
lid contínua y violenta
entre sí tienen siempre los malvados,
y perdurable lid tambien sustenta
contra la envidia y la falacia el justo.
Fantasmas enjendrados
por loca fantasía,
sueño, delirio son nuestros cuidados;
y cuando al cabo con vergüenza un dia
se desengaña nuestra mente ciega,
entonces es cuando la muerte llega.

Al Salvador en la Cruz.

Cancion para música.

Quien dió la vida al ciego,
quien dió la voz al mudo,
quien vida nueva pudo
á Lázaro infundir,
Hoy pende de un madero,
y espira escarnecido
del pueblo fementido
que viene á redimir.
Quebrántase la roca;
sin luz se queda el cielo,
retiembla, roto el velo,
el arca del Señor;
Y al ver los querubines
la cruz que los aterra,
dirijen á la tierra
miradas de furor.
—«La sangre que han vertido
los clavos y la lanza,
pidiendo está venganza;
dejádnosla tomar.
Descienda nuestro rayo,
y que haga furibundo
cenizas ese mundo
rebelde sin cesar.»—

En tanto que al Eterno,
inmóvil en su trono,
acusa de abandono
la hueste de Miguel;
Bendicen el arcano
de amor ardiente lleno
los justos en el seno
del padre de Israel.
Que ya de su ventura
llegó por fin el dia,
y al hijo de María
unidos volarán;
Dejando el paraiso
la víctima inocente
abierto al descendiente
del ya feliz Adan.

Pero si hoy en patíbulo espira,
juez vendrá severísimo luego,
mas terrible entre nubes de fuego
que en su cima le vió Sinaí.
¡Ay entonces del que haya perdido
de la gracia el divino tesoro!—
Yo, Señor, tus piedades imploro;
yo pequé: ¡desgraciado de mí!

A nuestra Señora,

En la traslacion (1) *de su imájen de la Fuencisla á su santuario.*

Salve, reina poderosa
de los hombres y del cielo,
templo de oro, blanca rosa,
fuente viva de consuelo
para el triste pecador.
Salve, tú que á la serpiente
que rindió nuestra flaqueza
quebrantástele la frente;
salve, espejo de pureza,
Vírjen madre del Señor.

(1) Ha tenido lugar el 25 de Setiembre de 1842 por la tarde. El pueblo de Segovia saca de su santuario en rogativa en tiempo de afliccion pública esta imájen, y la coloca en la catedral, donde permanece vestida con un traje morado, hasta que habiendo cesado la calamidad, es restituida solemnemente la Vírjen á su ermita; y se dice que antes ó al tiempo de verificarse la traslacion, aparece una estrella en el cielo, que se vé perfectamente en medio del dia. A esta creencia y á aquella costumbre aluden estos pocos versos, hechos como de viaje y en un meson.

Como el sol que el orbe dora,
sin descanso tú repartes
del ocaso hasta la aurora
tu piedad en todas partes
con desvelo maternal.
Y á tus pies hoy reunido
todo el pueblo segoviano,
las mercedes que ha debido
al Eterno por tu mano
agradécete leal.

Cuando airado el juez tremendo
en la tierra nos aísla
con los males combatiendo,
¡Madre nuestra de Fuencisla!
nuestros ayes van á tí.
Que es tu seno de ternura
rico vaso que recoje
nuestro llanto y lo depura;
y asi Dios el ruego acoje
que ofendiérale sin tí.

Levantó su voz la guerra
por los ámbitos de España;
y amagó dejar la tierra
plaga horrible con su saña
en total devastacion.
Suspirando, al templo sacro
á implorar tu gracia fuimos;
y á tu augusto simulacro
con el luto le vestimos
que llevaba el corazon.

Y al Altísimo aplacaron
tus plegarias, Vírjen pia;
y las tumbas se cerraron
que la peste cada dia

ensanchaba mas tenaz.
Y cesó la lucha horrenda,
mas terrible que la peste,
y los gritos de contienda
resarció el favor celeste
con los himnos á la paz.

Muda ya la fiera trompa
que sonaba con espanto,
da Segovia en esta pompa
y en la gala de tu manto
grato indicio de su fé.
Signo es doble, Madre nuestra,
de salud por tí alcanzada,
y á la par tambien demuestra
que de España desterrada
la discordia al fin se vé.

Brillen pues los rayos puros
del clarísimo lucero,
que al salir de nuestros muros
testifica al mundo entero
tu dichosa traslacion;
Y hagan hoy sus tornasoles
por influjo soberano,
desde aquí á los españoles
ser un pueblo todo hermano,
mas familia que nacion.

Y esta España, cuyo aliento
se dignó el saber profundo
elejir por instrumento
que rindiera medio mundo
á la cruz del Salvador;
Logre ser ¡oh Vírjen pura!
por lo fiel que te venera,
la nacion de mas ventura,
como ha sido la primera
en virtudes y valor.

La medianía de injenio.

Mediocribus esse poetis
non Di, non homines, non concessere columnæ.

Horacio.

Simbólica verdad mal disfrazada,
grito de la razon á la osadía,
sueño que su impotencia, que su nada
revelas á mi estéril fantasía;
ya dejo la carrera comenzada;
ya inútil reconozco mi porfia,
y á pesar del sonrojo que padezco,
la leccion provechosa te agradezco.

Duerme el avaro y con el oro sueña
que afanoso en sus arcas amontona;
duerme el que sigue la marcial enseña,
y vé en sus sienes la triunfal corona;
duerme el amante, y la beldad risueña
con su cariño fiel le galardona:

dormí yo con mi altivo pensamiento;
pero soñé mi oprobio y mi tormento.

En medio me encontré de una llanura,
piélago inmóvil de sutil arena;
suelo entre cuya incómoda soltura
rodeábase al pie tenaz cadena:
cubria el horizonte noche oscura;
mas brillaba el cenit con luz serena;
luz que afrentando la del sol ausente,
nacia de otro sol mas refuljente.

Del centro levantábase del llano
altísima pirámide, y su cumbre
era escabel de un jenio soberano
cercado en torno de celeste lumbre.
Coronas varias de laurel lozano
tendia á la infinita muchedumbre,
que anhelosa llegaba á cada instante
al pie de la pirámide jigante.

Llamados de la plácida sonrisa
del númen seductor y de su acento,
que aun en el alma débil y remisa
despertaba ambicion y atrevimiento;
rivales todos en alinco y prisa,
ansiaban escalar el alto asiento,
sin reparar en los pendientes lados,
de gradas y asidero despojados.

Bajo la planta ví de algun dichoso
que el mármol ablandaba su dureza,
labrándole escalones obsequioso,
tras él deshechos con igual presteza.
Ceñir ví al jenio con laurel glorioso
del mortal predilecto la cabeza,
y esclamé: «cuando todo me resista,
mayor será la prez de mi conquista.»

En las junturas de la piedra entonces
hinqué las manos con pueril arrojo:
para otros cera, mas conmigo bronces,
mi sangre al punto las tiñó de rojo;
cada cual de los ásperos esconces
de mí quedaba con algun despojo,
hasta que al medio ya de a subida
la voluntad se declaró ve cida.

Rodé precipitado de la altura
donde me alzó para mi mal mi anhelo,
y encontré momentánea sepultura
dentro del polvo del movible suelo:
Con mofa universal mi desventura
solemnizó la multitud sin duelo,
y al dolor del orgullo escarmentado
desperté sobre el lecho acelerado.

Rayos de mústia lámpara oscilantes
hirieron en el muro las facciones
de los injenios como el sol brillantes,
que envidian á mi patria mil naciones.
Ví los ojos de LOPE y de CERVANTES
moverse en encontradas direcciones,
y por sus labios estenderse lenta
sonrisa amarga de piedad que afrenta

Sí, con postizas alas es en vano
querer alzar hasta el olimpo el vuelo;
decreto irrevocable, aunque tirano,
se burla del afan y del desvelo:
dó quier que toca la azarosa mano
que el jenio no inspiró, derrama hielo,
y hasta el aliento del bastardo vate
aja las flores y su tronco abate.

Vislumbrar entre gasa incitadora
purpúrea faz con ojos de centella,

y acercarse á la imájen que enamora,
y huir y el velo redoblar la bella,
y seguirla con planta voladora,
y hallarse siempre separado de ella:
tal suplicio padece el desdichado
que á Febo culto da sin ser llamado.

La verdad siente, adora la hermosura,
y la quiere cantar; mas cuando canta,
con su voz la verdad se desfigura,
con sus acentos la belleza espanta:
el pensamiento que pintar procura
trueca naturaleza en su garganta,
ó irritada con él diestra divina
le fuerza á hablar por áspera bocina.

Puso el jenio á sus hijos en la frente
brilladora señal de vivo fuego,
y abriéndoles su alcázar eminente,
lo cerró á la violencia como al ruego.
«Si hay,» díjoles el númen, «quien intente
mis umbrales hollar osado y ciego,
sin que de allí le arrojen vuestros brazos,
caerá sobre él mi pórtico en pedazos.»

Cedamos á la ley que nos condena;
callar es el deber del labio rudo;
con el destino la razon lo ordena:
muera la envidia en el respeto mudo.
Abandone la cítara sin pena
quien la pulsó de inspiracion desnudo,
y huyendo competencias desiguales,
destrócela á los pies de sus rivales.

Cantad, poetas: vuestras arpas de oro
con su májico son llenen la esfera;

mi voz de mil y mil seguida en coro,
romperá en vuestro aplauso la primera.
Fruto es del tiempo que perdido lloro
la admiracion que mereceis sincera.
Recibid el tributo que os ofrece
quien os escucha y goza... y enmudece.

Traducciones del aleman.

La Infanticida.

(*De Schiller.*)

¿Qué escucho? sordamente clamorea
una y otra campana, y su camino
corrió la flecha del reló. Pues, ea,
cúmplase mi destino;
vamos con el favor del Juez divino:
llevadme, precursores de la muerte,

donde el vil criminal su sangre vierte.—
Mundo cruel, que con fatal encanto
las almas envenenas,
y horas me diste de ventura llenas,
recibe mis cariños y mi llanto
cuando fuera de tí la planta llevo.—
Ya, mundo corruptor, nada te debo.

Adios quedad, contentos de la vida,
cambiados hoy en podredumbre negra;
adios, gozosa edad, edad florida,
cuya embriaguez el corazon alegra.
Sueños tejidos de oro,
ilusiones de bien, hijas del cielo,
quedad en este suelo
donde perdidas al nacer os lloro.
¡Ay! vuestro verde vástago se trunca
para que no dé flor, ni brote nunca.

En otro tiempo fué la gala mia
de la inocencia el cándido vestido
que á la pluma del cisne afrentaria:
realzaba la túnica preciosa
cinta jentil de colorada rosa,
y mi rubio cabello entretejido
con rosas á la par, luengo pendia.
Víctima del infierno en este dia,
de blanquecino traje se me viste;
pero en lugar ¡ay triste!
de flores en mi sien, sobre ella veo
negra banda y capuz, señal de reo.

Lloradme las que libres de flaqueza,
no habeis vuestro decoro mancillado,
y á quienes da su aroma regalado
el lirio celestial de la pureza.
Si os cupo en suerte el brio que domina
la blanda ajitacion del pecho hirviente,
Luisa nació mujer, y no heroina.
Yo sentí, cual mujer, humanamente,
y el sentimiento mi martirio empieza.—

Por el brazo de un pérfido cercada,
quedóse mi virtud aletargada.

Tal vez de otra beldad jira ya en torno
el corazon de sierpe que me olvida,
y al lado de la mesa de su adorno
en plática de amor su injenio apura
cuando abren para mí la sepultura.
Con los rizos quizá de su querida
liviano juguetea,
y el ósculo recoje y saborea
con que ella le convida,
cuando en el tajo mi garganta rota,
la sangre en alto desde el tronco brota.

¡Permita Dios, Herman (1), que donde quiera
te persiga mi coro funerario,
y en tus oidos temerosa hiera
la rebramante voz del campanario!
Cuando del labio de la dama tuya
entre susurro misterioso y tierno
torrente para tí de gozo fluya,
una saeta parta del infierno,
que de improviso deje atravesada
la imájen del deleite sonrosada.

Tanto dolor de quien por tí vivia,
¿no fué para tí nada, ¡oh fementido!
nada el oprobio que por tí sufria?
¿nada para tu pecho empedernido
lo que al leon y al tigre ablandaria,
el ser en mis entrañas escondido?
Huyes ¡ah!: tu bajel rápido boga;
y en tanto que le miro, y que la pena
mis ojos nubla, mi jemir ahoga,
tú en la márjen del Sena
contra víctima nueva, en torpe amaño,
dirijes el suspiro del engaño.

(1) *José* es el nombre que hay en el orijinal.

En el regazo maternal yacia
reposando feliz el tierno infante,
y al capullo entreabierto semejante,
su labio encantador se sonreia.
Con placer congojoso descubria
en cada rasgo yo de aquel semblante
la faz que un tiempo mis delicias era:
y á la vez me asaltaban á porfia,
ya del cariño la piedad primera,
ya desesperacion bárbara y fiera.

«Mujer, ¿qué es de mi padre?» me gritaba
muda su tierna voz, muda y de trueno.
«Mujer, ¿qué es de tu esposo?» retumbaba
cada rincon de mi angustiado seno.
¡Ay huérfano inocente!
Será en vano buscar al inclemente
que tal vez otros hi os acaricia:
tú con harta justicia
maldecirás la dicha delincuente
de la mujer y el hombre
que te legaron de bastardo el nombre.

En el inmenso mundo
solitaria tu madre se veia
con su dolor profundo,
y abrasadora sed la consumia
cada vez que abrazándote, gustaba
goces que el deshonor acibaraba.
Del ya pasado tiempo de alegría
cada vajido tuyo despertaba
el recuerdo cruel y despechado,
y puñal aguzado
para la triste Luisa
era, hijo mio, tu infantil sonrisa.

Suplicio si evitaba tu presencia,
suplicio igual teniéndote presente:
los abrazos que daba tu inocencia,
fatal recuerdo del perdido ausente,
me ligaban el cuello cual dogales
de furias infernales.

Tronando me aturdia
voz como si se alzara de la huesa,
que siempre del aleve la promesa,
que siempre su perjurio repetia;
y en la red de Satan asi sin tino,
se convirtió la madre en asesino.

Permita Dios, Herman, que donde huyeres,
te acose infatigable sombra airada,
que te despierte con su mano helada
en el dulce soñar de los placeres.
De las estrellas en la luz radiante
mires centelleando la mirada
del hijo agonizante;
y cuando rindas el postrer aliento,
salga á encontrarte pálido y sangriento,
y azote que en su diestra te amenace,
lejos del paraiso te rechace.

Contémplale á mis pies inanimado,
y á mi que inmovil, yerta,
y el juicio conturbado,
correr miraba por la herida abierta
de su sangre el torrente,
que se llevó mi vida juntamente.—
Mas ¡ay! de la justicia el enviado
ya pulsa con estrépito mi puerta.—
Golpe mas duro aún mi pecho siente
que el golpe que ha sonado.
Corro: la fria muerte apague luego
este afan que me abrasa como fuego.

Es un Dios de piedad el de los fieles;
yo, Herman, soy pecadora y te perdono:
quiero al morir sacrificar mi encono,
y en holocausto ofrezco tus papeles.
Brotad de los tizones,
llamas, brotad. ¡Albricias!
Arde la oferta de su fé traidora,
y ¡oh! ¡cómo de los pérfidos renglones,
henchidos de lisonjas y caricias,
el fuego se apodera y los devora!

Prendas de gozo ayer, hoy de quebranto,
¿qué hubo que para mí valiera tanto?

Tiembla de tu belleza seductora,
tiembla, mujer, del que adorarte jura;
lazo de mi virtud fué mi hermosura,
y en el cadalso la maldigo ahora.
¿Qué miro? ¡Cielos! ¡el verdugo llora!
Ceñidme ya, y acabe mi martirio,
ceñidme con presteza
un lienzo al rededor de la cabeza.
Para tronchar un lirio,
¿te ha de faltar denuedo?
No mudes de color, hiere sin miedo.

La campana.

(*De Schiller.*)

Vivos voco, mortuos plango, fulgura frango.

Afianzado en el suelo fuertemente
ya el molde está de recocida greda:
hoy fabricada la campana queda:
obreros, acudid á la labor.
Sudor que brote ardiente
inunde nuestra frente;
que si el cielo nos presta su favor,
la obra será renombre del autor.

A la grave tarea que emprendemos
razonamiento sólido conviene:
gustoso y fácil el trabajo corre
cuando sesuda plática se tiene.
Los efectos aquí consideremos

de un leve impulso á la materia dado:
de racional el título se borre
al que nunca en sus obras ha pensado.
Joya es la reflexion ilustre y rica,
y dióse al hombre la razon á cuenta
de que su pecho con ahinco sienta
cuanto su mano crea y vivifica.

Para que el horno actividad recobre,
trozos echad en él de seco pino,
y oprimida la llama, su camino
búsquese por la cóncava canal.
Luego que hierva el cobre,
con él se junte y obre
estaño que desate el material
en rápida corriente de metal.

Esa honda taza que la humana diestra
forma en el hoyo manejando el fuego,
en alta torre suspendida luego
pregon será de la memoria nuestra.
Vencedora del tiempo mas remoto,
y hablando á raza y raza sucesiva,
plañirá con el triste compasiva,
pia rogando con el fiel devoto.
El bien y el mal que en variedad fecundo
lance sobre el mortal destino sabio,
herido el bronce del redondo labio
lo anunciará con majestad al mundo.

Blancas ampollas elevarse he visto.
En buen hora: la masa se derrite.
La sal de la ceniza precipite
ahora la completa solucion.
Fuerza es dejar el misto
de espuma desprovisto:

purificada asi la fundicion,
claro el vaso ha de dar y lleno el son.

Él con el toque de festivo estruendo
solemniza del niño la venida,
que á ciegas entra en la vital carrera,
quieto en la cuna plácida durmiendo.
En el seno del tiempo confundida
su suerte venidera,
mísera ó placentera,
yace para el infante;
pero el amor y maternal cuidado
colman de dicha su dorada aurora.
En tanto como flecha voladora
van huyendo los años adelante.
Ya esquivo y arrogante
el imberbe doncel huye del lado
de la niña jentil cuando él nacida,
y al borrascoso golfo de la vida
lanzándose impaciente,
con el báculo se arma del viajero,
vaga de tierra en tierra diferente,
y al techo paternal vuelve estranjero.
En juventud allí resplandeciente,
y á un ánjel igualándose de bella,
luego á sus ojos brilla
la cándida doncella,
púrpura rebosando su mejilla.
Insólito deseo
el pecho entonces del mancebo asalta:
ya entre la soledad busca el paseo,
ya de los ojos llanto se le salta,
ya fujitivo del coloquio rudo
de antiguos compañeros, que le enoja,
desde lejos le sigue con vergüenza
el paso á la beldad; solo un saludo
mil placeres lê inspira;
y de sus galas el verjel despoja
para adornar la recojida trenza
del caro bien por cuyo amor suspira.

En aquel anhelar tierno, incesante,
con aquella esperanza dulce y pura,
vé los cielos abiertos el amante,
y anégase en abismos de ventura.
¡Ay! ¿por qué han de pasar tan de lijero
los bellos dias del amor primero?

Esos cañones negrear miramos:
pértiga larga hasta la masa cale;
que si de vidrio revestida sale,
no habrá para fundir dificultad.
Sús, compañeros, vamos,
y pruebas obtengamos
de que hicieron pacífica hermandad
los metales de opuesta calidad.

Sí, que del justo enlace
de rijidez al par y de ternura,
de fuerza y de blandura,
la armonía cabal se enjendra y nace.
Mire quien votos perdurables hace
si con su corazon cuadra el que elije;
que la grata ilusion momentos dura,
y el pesar del error eterno aflije.
Sienta muy bien sobre el cabello hermoso
de la vírjen modesta
la corona nupcial que la engalana,
cuando con golpe y son estrepitoso
convoca la campana
de alegre boda á la brillante fiesta;
mas dia tan feliz y placentero
del abril de la vida es el postrero;
que al devolver los cónyuges al ara
velo y venda sutiles,
con ellos de su frente se separa
la ilusion de los goces juveniles.

Rinde al cariño la pasion tributo;
marchítase la flor, madura el fruto.
Desde allí entra el varon en lid constante:
verásele afanado y anhelante
pretender, conseguir; vereis que osado
con cien y cien obstáculos embiste
para que su teson el bien conquiste.
Entonces de abundancia rodeado
se encontrará, que por dó quier le llega:
su troj rebosa de preciosos dones;
crecen sus posesiones,
y la morada que heredó se agranda,
en cuyo íntimo círculo despliega
su zelo cuidadosa
la vijilante madre y casta esposa.
Ella en el reino aquel prudente manda;
reprime al hijo y á la niña instruye:
nunca pára su mano laboriosa,
cuyo ordenado tino
en rico aumento del caudal refluye.
De esa mano, que le hace en remolino
al torno jirador zumbar sonoro,
brota el hilo y al huso se devana:
ella el arca olorosa llena de oro;
ella los paños de escojida lana,
ella la tela de nevado lino
custodia en el armario que luciente
mantiene la limpieza;
ella une el esplendor á la riqueza,
y al ocio junto á sí jamás consiente.
El padre en esto, sonriendo ufano
desde alto mirador sobre la casa,
que deja rejistrar tendido llano,
de sus bienes el número repasa.
El árbol corpulento
ve de crecidas pomas agoviado;
su granero contempla apuntalado,
y en densas olas al batir del viento
moviendo las espigas el sembrado.
Y atrévese á esclamar con vanagloria:
«tan firme como el mismo fundamento
que sostiene la mole de la tierra,

fuerte contra el poder de la desgracia
me hace el tesoro que mi techo encierra.»
¡Oh esperanza ilusoria!
¿Cuál poder eficacia
contra el destino tiene?
No hay lazo que sus vuelos encadene,
y antes de prevenir con el amago,
se nos presenta el mal con el estrago.

Bien se parte la escoria recojida:
ya principiar la fundicion se puede;
mas antes que la masa libre ruede,
récese una plegaria con fervor.
Dad al metal salida.
¡Dios un estrago impida!—
Rio humeante, negro de color,
se abisma en la canal abrasador.

Es el fuego potencia bienhechora
mientras la guia el hombre y bien la emplea;
que á su fuerza divina auxiliadora
deudor entonces es de cuanto crea;
pero plaga se vuelve destructora
cuando una vez de sus cadenas franca,
por la senda que elije libre arranca,
y avanza con fiereza,
salvaje de cruel naturaleza.
¡Ay si sacude el freno, y ya no hallando
quien resista sus ímpetus violentos,
en apiñada poblacion derrama
incendio asolador inmensa llama!
Guardan los elementos
rencor á los humanos monumentos.
La misma nube cuyo riego blando
los perdidos verdores
devuelve á la pradera que fecunda,
rayos tambien arroja furibunda.

¿Escuchais en la torre los clamores
lentos y graves que á temor provocan?
No hay duda: á fuego tocan.
Sangriento el horizonte resplandece,
y ese rojo fulgor no es que amanece.
Tumultüoso ruido
la calle arriba cunde,
y de humo coronada
se alza con estallido,
y de una casa en otra se difunde,
como el viento veloz, la llamarada;
que en el aire encendiendo
sofocador bochorno,
tuesta la faz cual bocanada de horno.
Las largas vigas crujen,
los postes van cayendo,
saltan postigos, quiébranse cristales,
llora el niño, la madre anda aturdida,
y entre las ruinas azorados mujen
mansas reses, perdidos animales.
Todo es buscar, probar, hallar huida,
y á todos presta luz en su carrera
la noche convertida
en dia claro por la ardiente hoguera.
Corre á porfia en tanto larga hilera
de mano en mano el cubo, y recio chorro
en empinada comba
lanza, ajitando el émbolo, la bomba.
Mas viene el huracan embravecido:
el incendio recibe su socorro
con bárbaro bramido,
y ya mas inhumano
cae sobre el depósito indefenso
donde en gavilla aún se guarda el grano,
donde se hacina resecado pienso;
y cebado en aristas y maderas,
jigante se encarama á las esferas,
como en altivo alarde
de querer mientras arde
no dejar en el globo en que hace riza
sino montes de escombros y ceniza.
El hombre en esto ya sin esperanza,

sucumbe al golpe que á parar no alcanza,
y atónito cruzándose de brazos,
vé sus obras yacer hechas pedazos.
Desiertos y abrasados paredones
quedan allí, desolador vacío,
juguete ya del aquilon bravío.
Sin puertas y sin marco los balcones,
bocas de cueva son de aspecto estraño,
y el horror en su hueco señorea,
mientras allá en la altura se recrea
tropel de nubes en mirar el daño.
Vuelve el hombre los ojos
por la postrera vez á los despojos
del esplendor pasado,
y el baston coje luego de viandante
sonriendo tranquilo y resignado.
Consuelo dulce su valor inflama.
El fuego devorante
le privó de su próspera fortuna;
mas cuenta, y ve que de las vidas que ama
no le faltó ninguna.

El líquido en la tierra se ha sumido;
el molde se llenó dichosamente:
¡ojalá á nuestra vista se presente
obra que premie el arte y el afan!
¿Si el bronce se ha perdido?
¿Si el molde ha perecido?
Nuestras fatigas esperanza dan:
mas ¡ay! ¡si destruidas estarán!

Al seno tenebroso
de la próvida tierra confiamos
la labor cuyo logro deseamos.
Así con fé sencilla
confia el campesino laborioso
al surco la semilla,
y humilde espera en la bondad celeste

que jérmen copiosísimo le preste.
Semilla mas preciosa todavia
entre luto y lamentos se le fia
á la madre comun de lo viviente;
pero tambien el sembrador espera
que del sepulcro salga floreciente
á vida mas feliz y duradera.

Son pausado
funeral
se ha escuchado
en la torre parroquial.
Y nos dice el son severo
que un mortal
hace el viaje lastimero
que es el último y final.

¡Ay que es la esposa de memoria grata!
¡ay que es la tierna madre, á quien celoso
el rey de los sepulcros arrebata
del lado del esposo,
del cerco de los hijos amoroso,
frutos lozanos de su casto seno,
que miraba crecer en su regazo
su amante corazon de gozo lleno!
Roto ya queda el delicioso lazo
que las dichas domésticas unia.
La esposa habita la rejion sombría;
falta al hogar su dilijente brazo
siempre al trabajo presto,
su cuidado, su aliño;
falta la madre, y huérfano su puesto,
lo usurpará una estraña sin cariño.

En tanto que se cuaja en sus prisiones
el vertido metal, no se trabaje,

y libre como el ave en el ramaje,
satisfaga su gusto cada cual.
Si al toque de oraciones,
libre de obligaciones
vé los astros lucir el oficial,
sigue el maestro con tarea igual.

Cruza con ájil pie la selva espesa
gozoso ya el peon, bien cual ausente
que al patrio techo próximo se siente.
Abandona el ganado la dehesa,
y en son discorde juntan
el cordero su tímido balido,
y el áspero mujido
la lúcia vaca de espaciosa frente,
caminando al establo que barruntan.
A duras penas llega
atestado de mies á la alquería
bamboleando el carro; y en los haces
una corona empínase y despliega
colores diferentes y vivaces,
fausta señal de que empezó la siega.
El pueblo agricultor con alegría
se agolpa al baile y al placer se entrega.
La ciudad mientras tanto se sosiega,
segun desembaraza
el jentío las calles y la plaza,
formando en amigable compañía
las familias el corro de costumbre,
ya en torno de la luz, ya de la lumbre.
Cierra la puerta de la villa el guarda,
y ella cruje al partir del recio muro.
La tierra se encapota en negro manto;
pero el hombre de bien duerme seguro.
No la sombra nocturna le acobarda
como al vil criminal, ni con espanto
pesadilla horrorosa le desvela;
no: de reposo regalado y puro
disfruta la virtud: un centinela,
la previsora LEY, su sueño vela.

¡Preciosa emanacion del ser divino,
salud de los mortales, órden santo!
mi labio te bendiga.
La estirpe humana que á la tierra vino
en completa igualdad, por tí se liga
con vínculo feliz, que sin quebranto
guarda á todos su bien. Tú solo fuiste
quien allá en la niñez de las edades
los cimientos echó de las ciudades:
tú al salvaje le hiciste
dejar la vida montaraz y triste:
tú en la grosera prístina cabaña
penetraste á verter el dulce encanto
que á las costumbres cultas acompaña;
tú creaste ese ardor de precio tanto,
ese AMOR DE LA PATRIA sacrosanto.
Por tí mil brazos en alegre alianza
reconcentran su fuerza y ardimiento;
y á un punto dirijida su pujanza,
cobra la industria raudo movimiento.
Maestro y oficial en confianza
de que les da la libertad su escudo,
redoblan el ardor de sus afanes;
y cada cual contento
con el lugar que conquistarse pudo,
fieros desprecian con desden sañudo
la mofa de los ricos haraganes.
Es la fuente del bien del ciudadano,
es su honor el trabajo y su ornamento.
¡Gloria á la majestad del soberano!
¡Gloria al útil sudor del artesano!

Paz y quietud benigna,
union consoladora,
sed de estos muros siempre
benéfica custodia.
Nunca amanezca el dia
en que enemigas hordas
perturben el reposo
de que este valle goza.

Nunca ese cielo puro
que plácida colora
la tarde con matices
de leve tinta roja,
refleje con la hoguera
terrible y espantosa
de un pueblo que devasta
la guerra matadora.

Esa fábrica endeble y pasajera,
fuerza es, pues ya sirvió, que se destroce;
y ojos y corazon nos alboroce
obra que salga limpia de lunar.
Recio el martillo hiera:
salte la chapa entera.
La campana vereis resucitar,
cayendo su cubierta circular.

Sabe con segura mano,
sabe en momento oportuno
romper el maestro el molde
cuya estructura dispuso;
mas ¡ay si el líquido ardiente
quebranta indómito el yugo,
y en vivo raudal de llama
discurre al antojo suyo!
Con el bramido del trueno,
con ciego y bárbaro impulso,
estalla, y la angosta cárcel
quiebra en pedazos menudos;
y cual si fuese una boca
de los abismos profundos,
estragos tan solo deja
en el lugar donde estuvo.
Que fuerza á quien no dirije
la intelijencia su rumbo,
no en creaciones, en ruinas
emplea su empuje rudo,

cual pueblo que se subleva,
en cuyo feroz tumulto
desgracias hay para todos
y bienes para ninguno (1).
Horrible es en las ciudades
donde hacinado y oculto
sedicioso combustible
largamente se mantuvo,
verlo de repente arder,
y alzarse un pueblo iracundo,
rompiendo en propia defensa
hierros de dominio injusto.
Entonces la rebelion
dando feroces ahullos,
del tiro de la campana
se suspende por los puños,
y el pacífico instrumento,
órgano grave del culto,
da profanado la seña
del atropello y disturbio.
La LIBERTAD, la IGUALDAD
se proclama en grito agudo;
y el tranquilo ciudadano
cierra el taller y el estudio,
y échase encima las armas,
zozobroso y mal seguro.
Los pórticos y las calles
se llenan de inmenso vulgo,
libres vagando por ellas
los asesinos en grupos.
Revístense las mujeres
de la fiereza del bruto,
y al terror de la matanza
unen la befa, el insulto,
y con dientes de pantera
despedazan en un punto
el corazon palpitante

(1) Alusion á los horrores de la revolucion de Francia, cuyos ejércitos habian penetrado en el território aleman cuando Schiller escribió esta oda, que fué en 1799.

del contrario aun no difunto.
Desaparece el respeto;
nada es ya sacro ni augusto:
el bueno cede el lugar
al malvado inverecundo;
y los vicios y los males
entronizándose juntos,
envanecidos pasean
la carroza de su triunfo.
Peligroso es inquietar
el sueño al leon sañudo;
terrible es el corvo diente
del tigre ájil y robusto;
mas no hay peligro mas grande
ni de terror mas profundo,
que el frenesí de los hombres
poblador de los sepulcros.
¡Mal haya quien en las manos
al ciego la luz le puso!
A él no le alumbra, y con ella
se puede abrasar el mundo.

¡Ah! nos oyó la celestial grandeza.
Ved salir de la rústica envoltura,
como dorada estrella que fulgura,
terso y luciente el vaso atronador.
Del borde á la cabeza
relumbra con viveza,
y el escudo estampado con primor
deja contento al hábil escultor.

Acudid en tropel, compañeros,
y segun la costumbre cristiana,
bauticemos aquí la campana,
y CONCORDIA por nombre tendrá.
Para amarnos, al mundo vinimos;
y es la union la ventura del hombre:
con su voz la campana y su nombre
de esa union pregonera será.

Que ese es el futuro empleo,
ese es el fin para el cual
el artífice su autor
la ha querido fabricar.
Levantada sobre el valle
de la vida terrenal,
en medio del éter puro
suspensa debe quedar;
y vecina de las nubes
que enjendran la tempestad,
y rayando en los confines
de la rejion sideral,
habrá de ser desde allí
una voz divina mas
que alterne con las estrellas,
que en su jiro regular
la gloria de Dios pregonan
y leyes al año dan.
Solo pensamientos graves
inspire á la humanidad,
cuando con sonoro acento
mueva el labio de metal.
Sirva al tiempo y al destino
de lengua para contar
la rapidez de las horas
y el curso del bie n y el mal;
sigüiendo siempre, aunque ajena
de sentir gozo y piedad,
las mudanzas que en la vida
se suceden sin cesar.
El propio sonido suyo,
cuyo armónico raudal
pujante el espacio llena
y se oye y pasa fugaz,
imájen es que nos dice
que asi presuroso va
todo en la tierra á perderse
en la inmensa eternidad.

Ahora con el cable retorcido
salga del foso ya,
y ascienda á las rejiones del sonido,
al aire celestial.
Tirad, alzad, subid: ya se ha movido:
ya suspendida está.—
¡Resuene, ó patria, su primer tañido
con la gozosa nueva de la PAZ!

La Flor

NO ME OLVIDES.

Por la orilla de un torrente
dos esposos paseaban
el dia que se juraron
cariño eterno en las aras.
En silencio pudibundo
la amorosa desposada
el dulce desasosiego
del pecho disimulaba.
Una flor azul celeste
vió flotar sobre las aguas,
y con un tierno suspiro
dijo entre sí estas palabras:
«¡Flor infeliz! de una vida
que ser no pudiera larga,
bien temprano te despojan
esas olas inhumanas.»
No pronunció en voz tan débil
esta esclamacion aciaga,
que no la oyera el que vive
anhelante de agradarla;
y sin tomar mas consejo
que aquel que su amor le daba,
tras la mata que fluctúa
en el torrente se lanza.

Pero ¡ay! que las recias olas
al triste mancebo arrastran,
y en un momento le llevan
muy lejos de su adorada,
que de susto y de congoja
vacila al mover las plantas.
Ya en la desigual pelea
fuerzas al náufrago faltan,
cuando cerca de la márjen
en un remanso se para,
donde la flor se detiene
y parece que le aguarda.
Hace un esfuerzo y la coje,
y arrójasela á su amada;
y ella, creyéndole salvo,
los tiernos brazos le alarga.
¡En vano! que el agua quieta
profunda sima ocultaba,
que tira á su centro al jóven
cual si cadenas le echara;
y al hundirse en el abismo
que rujiendo se le traga,
el desdichado esclamó:
«querida esposa del alma,
para siempre de tu lado
el destino me separa;
no me olvides; ten memoria
del que tanto te adoraba.»
Este trájico suceso
divulgado por la fama,
dar hizo á la florecilla,
oríjen de la desgracia,
el nombre de *no me olvides*,
y *no me olvides* se llama.

FABULAS

de Gotoldo Efrain Lessing

ESCRITAS ORIGINALMENTE EN PROSA,

Y PUESTAS EN VERSO CASTELLANO.

NOTA. Para los que no quieren tomarse el trabajo de adivinar, se ha dado una interpretacion en prosa á las fábulas que no la llevan espresa en sus versos.

FÁBULA I.

El Ruiseñor y la Calandria.

Poeta campanudo que te pierdes
allá por las fantásticas alturas,
sin que en tu vuelo rápido te acuerdes
de que al pobre lector dejas á oscuras,
á ti con las palabras me dirijo
que el ruiseñor á la calandria dijo.
«¿Por qué en el aire tanto te levantas?
¿Es porque no se entienda lo que cantas?»

FÁBULA II.

La Zarza.

A la zarza punzante
un sauce preguntó: «¿por qué manía,
cuando cerca de tí pasa un viajante,
clavas la garra en él con tal porfía?
¿Es que te ofende si contigo topa,
ó tratas de quedarte con su ropa?
«No es,» replicó la zarza, «por quitarla,
pues en mí ya se vé que no la empleo;
pero me tiro á cuanta ropa veo
porque tengo un placer en desgarrarla.»

Así son los satíricos en la literatura y los murmuradores en la sociedad.

FÁBULA III.

Esopo y el Burro.

Al buen Esopo díjole el borrico:
«por quien soy te suplico,
si en algun cuentecillo me introduces,
que de poner no dejes en mi labio
algun razonamiento agudo y sabio.—
¡Hacerte hablar como animal de luces!»
Esopo respondió: «¡Bueno estaria!
¿No ves que todo el mundo clamaria
si hiciera yo tan grave desatino,
que eras tú el moralista y yo el pollino?»

Alabar á necios es la necedad mayor.

FÁBULA IV.

El Lobo guerrero.

Un lobato á la zorra le decia:
«mi padre de gloriosa nombradía
un héroe grande como pocos era.
Temibles hizo en la comarca entera
sus garras afiladas;
pues en lances sangrientos
enemigos venció mas de doscientos,
cuyas almas airadas
envió á las mansiones del espanto.
¿Qué mucho al fin que tras del triunfo tanto,
con un contrario á combatir viniera,
que, mas afortunado, le venciera?»
«Asi» le respondió la zorra lista,
«se espresara sin duda, y fuera justo,
un fogoso orador panejirista;
pero un historiador veraz y adusto
diera á tanta guerrera maravilla
esta esplicacioncilla.
Han de saber ustedes, caballeros,
que los doscientos que venció el valiente,
fueron solo borricos y corderos,
y alguna liebre mas y algun cabrito;
y el enemigo que le dió en la frente,
fué el toro primerito
con quien mi lobo se metió en combate,
y le costó la vida el disparate.»

FÁBULA V.

La Estátua de bronce.

Fué en un incendio por la ardiente llama
una estátua de bronce derretida,
que estimacion gozaba merecida
cual obra antigua de escultor de fama.
Fundió la masa de metal informe
otro escultor moderno con destreza,
y otra estátua produjo diferente,
si bien igual en mérito y belleza.
Vióla la envidia con furor enorme,
por no hallar punto donde hincarle el diente;
pero por fin su dañador anhelo
dió con este pobrísimo consuelo.
«¡Bien, «prorumpió,» «la caúsa se averigua
de no ser esa estátua una miseria!
Como salió del bronce de la antigua,
vino bien preparada la materia.»

Si algo moderno es bueno, ha de ser copia.

FÁBULA VI.

El Racimo.

Conozco yo un poeta distinguido
á quien daños mayores ha traido
la admiracion fanática y ruidosa
de una plaga fatal de imitadores,
que la rabia envidiosa
de todos sus injustos detractores.
Cansada de haber dado
brincos la zorra fuertes y tenaces,
sin conseguir siquiera haber tocado
las uvas de un altísimo emparrado,
concluyó por decir: «estan agraces.»
Oyó un gorrion el dicho,
y para sí esclamó: «será capricho;
pero de aquel racimo yo jurara
que ha madurado ya, segun la cara.»
Al racimo el gorrion se precipita;
pruébalo, y un azúcar le parece,
y de placer y de entusiasmo grita;
vuelve á picar y el entusiasmo crece,
y reune su pio en un instante
un ciento de gorriones,
que no hay que preguntar si eran tragones.
«Acudid,» les decia el convocante.
«¿Creereis que la zorra aseguraba

que este racimo sin sazon estaba?
Yo todo lo contrario os aseguro.
Picad, y me direis si está maduro.»
Picaron, y el racimo de contado
quedó tan mal parado,
que la zorra sin mas perdió el ahinco
de quererle embestir con otro brinco.

FÁBULA VII.

El Asno y el Caballo.

Desafió una vez á la carrera
á un caballo veloz un ruin jumento:
llevó el lerdo animal un escarmiento,
y sufrió la rechifla mas severa.
«Si me venció el caballo, repetia,
ya caigo al fin en el por qué y el cómo.
Tiempo há que un pincho se me entró en el lomo,
y me está dando guerra todavia.»
Asi un predicador impertinente
acostumbraba usar de igual pretesto.
«Estoy ronco, señores, y por esto
no será mi sermon tan elocuente.»

FÁBULA VIII.

El Gorrion y el Avestruz.

«Puedes estar, si quieres, arrogante»
(dijo el gorrion al avestruz jigante)
«de tus fuerzas y mole prodijiosa:
el saber que te gano en una cosa
me sirve de consuelo:
tú no puedes volar, y yo sí vuelo.
No me levanto mucho, ya se sabe;
pero me alzo del suelo;
y el orgullo me cabe
de decir con verdad que soy mas ave.»
Y mas poeta es bien que se presuma
quien en el rato que de humor le pilla,
dejando fácil deslizar la pluma,
compone una cancion, una letrilla,
que el que falto de prendas naturales,
en un poema con afan empalma,
sin vida y sin color, sin brio ni alma,
catorce mil octavas mazorrales,
de cuya aleve y cócora leyenda
librenos el Señor y nos defienda.

FABULA IX.

El Arco.

Un cazador tenia
un arco liso de ébano escelente,
de alcance largo y cierta puntería.
Mirándolo una vez atentamente,
dijo: «me tiene este arco enamorado;
pero ¡caramba! pesa demasiado,
y toda su hermosura
se viene á reducir á su lisura.
Figuras mandaré que en él entalle
el mas hábil artífice que halle;
porque asi, descargándole madera,
se le adorna á la vez y se alijera.»
Fué pues y llevó el arco
á un célebre maestro,
que desbastando á diestro y á siniestro,
una gran cacería
esculpió en él entera;
y aunque en echar adorno no fué parco,
el de una caza confesemos que era
lo que al arco mejor le conviniera.
El dueño que lo vió tan elegante,
púsose medio loco de alegría.
«Merecia,» esclamaba, haciendo estremos,
«todo este lujo un arco semejante.
Probémosle, probemos,
ya que ninguna perfeccion le falta.»—
Lo arma, vá á disparar y se le salta.

Limar con esceso quita enerjía; cultura refinada destruye la fuerza.

FÁBULA X.

El Oso y el Elefante.

Quejábase el oso torpe
al elefante sagaz
de cierta contradiccion
que no acertaba á esplicar.
«¡Cuidado,» esclamaba el pobre,
«que raya en atrocidad
lo que los hombres exijen
de un infeliz animal!
A mí, que soy justamente
la misma formalidad,
¿no se empeñan los malditos
en obligarme á bailar?
Si saben que esas monadas
no son de mi natural,
¿por qué cuando ven que bailo,
me silban sin caridad?»—
«Tambien,» dijo el elefante,
«me enseñan á mí á danzar,
y á fé que tú no me ganas
á respetable y formal;
y sin embargo de mí
nadie se rie jamás;
antes aplaudir he visto
á todos mi habilidad,
admirando que una bestia
tan pesada y colosal
sepa mover diestramente
los cuatro pies á compás.
Creéme; si los mirones
en hacerte burla dan,
no es porque bailas, amigo,
sino porque bailas mal.»

FÁBULA XI.

La Golondrina.

No es el injenio, amigos,
no es la sabiduría
lo que en la tierra vale,
lo que en el mundo priva.
Del sabio y el poeta
el mérito y valía
ninguno lo conoce,
ninguno los estima.
Mas ¿quién si no vosotros
precio á esos dones quita,
la gloria posponiendo
á viles granjerías?
Era en el siglo de oro
la diestra golondrina
un ave que en el canto
ni al ruiseñor cedia.
Cansóle con el tiempo
la habitacion tranquila
del bosque solitario
donde cantar solia,
y solo la admiraban
la simple pastorcilla
y el rústico afanado
en útiles fatigas.
Dió pues á la campaña
eterna despedida,
y en las ciudades hizo
sonar su voz divina.
Allí, con los negocios

la gente distraida,
ninguno á la cantora
miraba ni atendia,
y á tétrico silencio
la pobre reducida,
llegó á olvidar del todo
su música pericia.
Fuerza fué que aprendiese
habilidad distinta,
y al fin hizo primores...
en la albañileria.

Respéteme usted, que soy un *Genio*: la poesía es un don celeste. —
—¡Y la deja usted para ser ajente de policía!

FABULA XII.

La Oveja y la Golondrina.

Iba la golondrina rebuscando
para su nido lana,
y de un tiron, por cierto nada blando,
arrancóle del cuello
un mechon á la oveja,
que le hizo á la infeliz brincar sin gana,
y con triste balido en son de queja
espresar el dolor del atropello.
«No te creí conmigo tan mezquina,»
fué con lo que salió la golondrina.
«¡Bueno es que el ganadero,
sin que pongas obstáculo, disfrute
cada verano tu vellon entero,
y un triste copo á mí se me dispute!
¿De qué nace repulsa tan estraña?»
La oveja dijo: «de tu poca maña.
Todos los años el pastor me pela;
pero lo sabe hacer sin que me duela.»

El pueblo da cuanto tiene, si los gobernantes le manejan con tiento.

FÁBULA XIII.

El Caballo y el Toro.

Un muchacho travieso y presumido:
en un fuerte alazan veloz corria;
y un toro, de mirarlo enfurecido,
su paciencia al caballo reprendia.
«¿Cómo sufres á un títere?» decia.
«Yo de una coz le dejo sin sentido.»
El corcel respondió: «¿qué honra ganara
si á un rapaz miserable desnucara?»

FABULA XIV.

El Espíritu de Salomon.

Un laborioso anciano
de sol á sol sin descansar labraba
la fértil heredad que poseia.
Él por su mano araba,
él por sí mismo el grano
que el sustento comun del hombre encierra,
solícito vertia
en el fecundo seno de la tierra.
A la sombra una vez que en torno arroja
una altanera encina,
copuda en ramas y poblada en hoja,
preséntase al anciano de repente
una vision divina.
Él se sorprende y pasma;
y en acento mas dulce que severo
le dice la fantasma:
«no la presencia mia te amedrente;
soy Salomon: declárame sincero
¿por qué ya que tu edad va declinando,
tan ávido te afanas trabajando?»—
«Si eres el sabio rey gloria de Oriente,»
(el labrador contesta)
«bien puedes figurarte mi respuesta.
Yo estudié con desvelo tus lecciones:

en ellas al mancebo le propones
que á recojer aprenda de la hormiga,
sin perdonar momento ni fatiga.
Yo su ejemplo he seguido;
y lo que dócil aprendí mancebo,
viejo tambien á ejecucion lo llevo.»—
«A medias solamente has aprendido»
(dijo la sombra) «mi consejo sano.
Vuelve de nuevo y á la hormiga observa,
y en su sagaz gobierno
verás que si trabaja en el verano,
prudente se reserva
su cosecha gozar en el invierno.
Tú que al invierno triste
llegaste de la vida,
reposa ya y descuida,
y disfruta por fin lo que adquiriste.»

FÁBULA XV.

El Pelícano.

Por el hijo que al bien es inclinado,
cuanto haga un padre poco me parece;
pero si un padre débil y menguado
se inmola al hijo ruin que le envilece,
entonces yo diria
que pasaba su amor á tontería.
Una vez un pelícano no tuvo
á sus pollos que dar, y en tal estrecho
con el agudo pico abrióse el pecho,
y á costa de su sangre los mantuvo.
El águila esclamó viendo la hazaña:
«tu cariño confieso que me admira;
pero injuriosa compasion me inspira
la ceguedad paterna que te engaña.
Mira los hijos bellos
que ama tan fiel tu corazon sencillo;
míralos bien, y reconoce en ellos
la despreciable raza del cuclillo.»
El águila por cierto no mentia.
El cuclillo taimado
puesto sus huevos en el nido habia
del pelícano honrado.
¿Por qué razon el pobre deberia
unas vidas salvar para él ajenas,
á costa de la sangre de sus venas?

FÁBULA XVI.

El Raton y la Hormiga.

Una vez el raton dijo á la hormiga:
«¡qué poco se te luce tu fatiga!
Tras de tanto afanar en el verano,
corriendo del monton al hormiguero,
¿qué vienes á juntar en tu agujero?
Un puñadillo mísero de grano.
Mi madriguera guarda provisiones
para poder cebar á cien ratones.»
La hormiga respondió: «y ¿usted no piensa
que no amontona mas que necesita
sino robando al hombre su despensa,
y si él le coje á usted, la piel le quita?
Yo con mi pobre haber vivo en reposo,
y tu perecerás por codicioso.»

FÁBULA XVII.

Los Gorriones.

Anidaban á miles, á millones,
en una iglesia antigua los gorriones.
Fué restaurada al cabo enteramente;
y al verla tan decente,
vuelan mis gorrioncitos los primeros
á ocupar los usados agujeros;
y tras una rebusca bien prolija,
no hallaron sin tapar ni una rendija.
«¡Voto al sol!» ofendidos esclamaron,
«que es estraña ocurrencia la que vemos.
¿A qué fin esos hombres trabajaron?
Chicos, abandonemos
esa mole de piedra amontonada,
que ya no es de provecho para nada.»

Hay una reforma social; quedan fuera de juego los miembros parásitos, y se figuran que sin ellos se pierde el mundo.

FÁBULA XVIII

El Cordero protejido.

Morcajo, perro de lobuna raza,
á un manso corderillo protejia.
Juntos los dos un dia,
viólos *Trabuco*, mastinazo fiero,
que de lobo tambien toda la traza
en hocico, en oreja y piel tenia;
y el saludo primero
que dirijió, llegándose, á Morcajo,
fué decirle: «oyes tú, lobo marrajo,
¿qué pretendes hacer con el cordero?»
Morcajo respondió: «calla ese mote,
ó de una dentellada te corcovo:
á tí sí que podrán llamarte lobo.»
(Segun dejaba verse,
debian uno al otro conocerse.)
«Toma,» siguió, «sin dilacion el trote,
si no quieres á costa del pellejo
ver como al corderillo le protejo.»
Trabuco allí quitárselo pretende;
Morcajo lo defiende;
y el infeliz cordero disputado,
del cuello y de las ancas agarrado
por los dos iracundos mordedores,
quedó en un santiamen descuartizado,
gracias á tan celosos protectores.

FÁBULA XIX.

El Avaro.

«¡Me han perdido, Gaspar, me han arruinado!»
Asi esclamaba con amargo lloro
un guardador mezquino,
contándole sus cuitas á un vecino.
«Esta noche el tesoro
que tenia en la huerta sepultado,
un infame ladron me lo ha robado;
y para hacer mi enojo sempiterno,
en vez de mi caudal me deja un cuerno.»—
«No hay razon para tanta gritería,»
respondióle el vecino al despojado:
«tu dinero de nada te servia.
Figúrate que el asta
es el tesoro mismo, y eso basta;
pues solo con que de él jamás te acuerdes,
te sale cuenta igual y nada pierdes.»—
«¿Que nada pierdo?» replicó el avaro.
«Enhorabuena; pero yo reparo,
bien que me fuese mi riqueza vana,
que al fin el robador eso se gana.
Al otro le enriquece mi dinero,
y por lo mismo yo me desespero.»

La avaricia es envidiosa.

FÁBULA XX.

El Leon con el Asno.

Se acordarán sin duda mis lectores
de aquel leon que imajinó la traza
de que el asno espantárale la caza (1),
rebuznos esforzando aterradores.
Pues sepan sus mercedes, mis señores,
que al entrar en el bosque á la batida,
viendo junto al leon con el jumento,
esclamó una corneja presumida:
«¡lindo acompañamiento!
El leon, de las fieras soberano,
¿debe ir con un borrico mano á mano?»
El Leon respondió: «cuando ese burro
ser al leon de utilidad le debe,
muy bien hecho será, segun discurro,
que el leon á su lado se le lleve.»
Don Juan con su amistad á Juan invita:
señal de que don Juan le necesita.

(1) Véase la fábula de Samaniego titulada *el Leon y el Asno cazando.*

FÁBULA XXI.

El Asno con el Leon.

Tambien en la batida precedente
otro lance pasó, y es el siguiente.
Cuando con el leon se dirijia
el asno al bosque donde hacer debia
el ruidoso papel de trompetero,
tropezó con el asno un compañero
que haciéndole un saludo cortesano,
le dijo: «adios, y divertirse, hermano.»—
«Oiga usted, insolente,»
contestó el trompetero furibundo,
«guarde usted miramientos á la jente.»—
«¿Miramientos á tí?» clamó el segundo.
«¿A qué, ni sobre qué los pretendieras?
Por ir con el Leon, díme, camueso,
¿dejas de ser por eso
un pollino infeliz como antes eras?»

FÁBULA XXII.

El Cuervo y la Zorra.

Rabiaba un carnicero
con el pícaro gato de un vecino;
y por matar al animal dañino,
separó una tajada de carnero,
y adobada con dósis algo fuerte
de un tósigo de muerte,
púsola en el tejado,
por donde á su capricho
entraba á merendar el susodicho.
Un cuervo que lo vió, partió flechado,
pilló el macizo trozo,
y á un árbol escapó lleno de gozo.
Al tiempo que iba el grajo
á trinchar el magnífico tasajo,
hétele que aparécese la zorra,
con gana siempre de comer de gorra,
y esclama diestra con acento blando:
»¡ave de Jove! te saludo grata.»—
El cuervo preguntó á la mojigata:
«¿á quién discurres tú que estás hablando?»—
«¿A quién?» (le respondió la zalamera)
«al águila altanera
que del lado de Júpiter clemente
baja diariamente,
y echa desde la copa de esa encina

el don que por sustento me destina.
¿A qué venir disimulando ahora?
¿No miro yo en tu garra triunfadora
la codiciada presa
que á esta desamparada criatura
contigo el Dios envia de su mesa?» —
«La zorra se figura»
(para sí dijo el cuervo complacido)
«que soy águila yo: locura fuera
desengañarla y deshacer el trueco.» —
Soltó con bizarría majadera
el robo por la zorra apetecido,
tendió las alas y se fué tan hueco.
El animal astuto
cojió contento el fruto
debido á sus aleves artimañas.
Cómelo con presteza;
convulsiones estrañas
luego á sentir empieza,
y el veneno le abrasa las entrañas.
¡Qué útil fuera, qué bueno,
si cuanto un lisonjero codiciase,
dentro de sí llevase
una dósis no floja de veneno!

FÁBULA XXIII.

Hércules.

Cuando Hércules en pago
de sus hazañas doce
fué en el cielo admitido
entre los semidioses,
antes que á los que fueron
sus favorecedores,
á saludar á Juno
afable dirijióse.
Admírase el Olimpo,
y Juno misma entonces
estraña aquel obsequio
que no le corresponde.
«¿Cómo es» (le preguntaron)
«queá tu enemiga otorgues
con rara preferencia
corteses atenciones?»—
«Razon sobrada tengo,»
(Alcides les responde)
«que solo debo á Juno
la gloria de mi nombre.
Ella ocasion me ha dado
con sus persecuciones
para que hazañas haga,
para que triunfos logre
que atónitos admiren
divinidades y hombres,

y al fin entre vosotros
sublime asiento goce.»
Aqui en ruidoso aplauso
todo el Olimpo rompe,
y Juno abraza al héroe
por su respuesta noble.

La desgracia es útil cuando sirve de estímulo á un buen natural.

FÁBULA XXIV.

El Leon y la Liebre.

Cierto leon solia
por su bondad de jenio
tener con una liebre
sus ratos de recreo.
«¿Es verdad,» preguntóle
la liebre en uno de ellos,
«que un miserable gallo
con su quiquiriqueo
os hace á los leones
tímidos ir huyendo?»—
«No tienes que dudarlo,»
dijo el leon sincero:
«lo mismo al elefante
le pasa con el cerdo,
que si oye su gruñido,
se asusta sin remedio.
Los grandes animales
(preciso es conocerlo)
una flaqueza de estas
por lo comun tenemos.»—
«¿Sí?» replicó la liebre.
«Vamos, pues ya comprendo
porque tememos tanto
nosotras á los perros.»

FÁBULA XXV.

Los dos Ciervos.

Un ciervo á quien por favor,
acaso sin ejemplar,
concedió naturaleza
siglos y siglos de edad,
á un cervatillo decia
que aun se podia acordar,
entre las cosas notables
vistas en su mocedad,
del tiempo en que no tenian
los hombres para matar
la destructora escopeta,
rayo suyo artificial.
«¡Buen tiempo!» esclamó el corcillo,
suspirando con afan:
«no habria entonces de ciervos
tan copiosa mortandad.»—
«Te juro,» afirmó el anciano,
«que no era muy de envidiar
la época que menos echas,
y allá con esta se vá.
Si armas no usaba de fuego
el hombre para cazar,
arcos y flechas tenia,
y siempre nos iba mal.
En todo tiempo, hijo mio,
sobran medios de dañar,
y siempre al que puede menos
le oprime el que puede mas.»

FÁBULA XXVI.

La Culebra de agua.

Cuando las ranas quisieron
un soberano tener,
y dióles un tronco Júpiter,
y ellas jugaron con él,
la fiera culebra de agua
que entró en el mando esta vez,
ranas empezó á tragarse
dos á dos y tres á tres.
«Si tú,» le gritaron ellas,
«monarca vienes á ser,
¿cómo asi nos esterminas
sin miramiento ni ley?»—
«Vosotras me habeis llamado,»
respondió el monstruo cruel:
«vosotras lo habeis querido:
vuestra suerte padeced.»
Una de las que temblando
estaban ya por su piel,
dijo: «eso no va conmigo,
porque yo no te llamé.»—
«¡Hola!» esclamó la culebra:
«¿tú no me quisiste rey?
Pues porque no me quisiste,
pedazos te voy á hacer.»
Tal sistema de igualdad
en los tiranos se ve.
Si callais, perdeis la vida,
y si replicais tambien.

FÁBULA XXVII.

Júpiter y la Oveja.

Tantos y tales trabajos
hicieron sufrir las fieras
al mas inocente bruto,
á la pacífica oveja,
que á Júpiter hubo al cabo
de pedir que discurriera
cómo buscaba camino
para aliviar sus miserias.
«Veo,» (Júpiter le dijo)
«veo por fin, y me pesa,
mansa criatura mia,
que te he dejado indefensa.
Para enmendar esta falta,
elije el medio que quieras:
las armas que mas te agraden,
te dará mi omnipotencia.
¿Quieres que dientes agudos
en tus mandíbulas crezcan,
ó que tus pies se revistan
de fuertes garras que hieran?»—
«No quisiera, yo señor,»
respondió la pretendienta,
«cosa que me asemejara
á la raza carnicera.»—
«¿Será mejor que introduzca
mortal veneno en tu lengua?»—
«No, que me aborrecerán
lo mismo que á las culebras.»—
«¿Quieres que te arme de cuernos,
y á tu frente dé mas fuerza?»—

«No, que entonces, como el macho,
no me hartaré de pendencias.»—
«Pero, hija, yo solo puedo
salvarte de una manera:
para que no te hagan daño,
preciso es que hacerlo puedas.»—
«¿Preciso?» la oveja esclama,
dando un suspiro de pena:
«prefiero entonces á todo
mi flaca naturaleza.
La facultad de dañar
gana de dañar despierta,
y por no hacer sinrazones,
vale mas el padecerlas.»
Júpiter enternecido
bendijo á la mansa bestia,
y ella no volvió jamás
á pronunciar una queja.

FÁBULA XXVIII.

Los Beneficios.

A un sabio le preguntó
una abeja muy ufana:
«¿quién presta á la especie humana
mas beneficios que yo?»
El sabio le respondió:
«yo mas á la oveja quiero,
pues en el ríjido Enero
su lana el cuerpo me abriga.
Dulce es tu miel; pero, amiga,
la utilidad es primero.»
«La oveja con su vellon
dócil me brinda y leal;
tú acaso al darme el panal,
me clavas el aguijon.
Menos costoso es su don
y de mas valor en sí:
mira la razon aquí
que fuera de duda deja
que debe el hombre á la oveja
mas que recibe de tí.»

FÁBULA XXIX.

El Caballo de Ajedrez.

Dos muchachos una vez
que les dió por lo formal,
con un juego no cabal
jugaban al ajedrez.
Un caballo les faltó;
mas con un peon sobrante
del caballo en el instante
la falta se remedió.
Pusiéronle una señal
para conocerle luego,
y entró con esto en el juego
cada jugador igual.
Mas los caballos al ver
al nuevo sócio saltando,
burlábansele gritando:
«compadre, no hay que correr.»
Los chicos dijeron: «¡chis!
callad, jente sin razon.
Lo mismo sirve el peon
que vosotros nos servís.»

Todas las aristocracias son iguales; la de la utilidad no vale menos que la del nacimiento.

FÁBULA XXX.

Las Furias.

Al correo ordinario de los Dioses
dijo una vez Pluton: «amigo mio,
torpes están las Furias y aviejadas,
y acá para mi avío
jóvenes deben ser despabiladas.
Parte á la tierra, pues, y no reposes
hasta ver si de allí me proporcionas
tres fuertes mocetonas
útiles para dar zurrido largo.»—
Mercurio echó á volar con el encargo.
En el Olimpo casi el mismo dia
Juno á su mandadera le decia:
«Iris, ¿no me pudieras
en el mundo encontrar de los mortales
tres jóvenes intactas y cabales,
del todo puras y del todo austeras,
en cuyo pecho la amorosa llama
no haya jamás entrado?
Envanécese Venus con la fama
de haber sin escepcion avasallado
á todo el sexo hermoso;
y ha de ser lance para mí gustoso
si su jactáncia impúdica desmiento.
Vete, y dá buena cuenta del recado.»—
Iris partió lijera como el viento.
Lo que anduvo la pobre no se diga.

Vueltas dió mil á la mundana bola;
mas vana fué su pertinaz fatiga,
y hubo á la postre de volverse sola.
Juno con el despecho mas profundo
gritó al verla venir: «¡bueno anda el mundo!
«¿Vírjenes encontrarse no han podido
tres, entre tantos femeniles seres?
Vamos, están perdidas las mujeres.»
Iris á Juno respondió: «señora,
bien te hubiera traido
tres doncellas en todo como quieres,
puras como los rayos de la aurora;
que íntegras siempre y castas han vivido,
que jamás dirijieron
á un hombre una sonrisa seductora,
y en su pecho de nieve
pábulo nunca dieron
á la chispa mas leve
del fuego impuro que en las otras arde.
Nuestra desgracia fué que llegué tarde.—
¿Pues cómo?—Por Pluton comisionado,
habia ya embargado
Mercurio á las purísimas doncellas,
y al infierno marchábase con ellas.—
Y Pluton ¿qué destino les ha dado
á esas muchachas de tan casto pecho?—
El de Furias, señora.—¡Buen provecho!»

ARTÍCULOS EN PROSA:

CRÍTICA LITERARIA.

Al pie de cada artículo se cita el periódico donde fue publicado.

EXAMEN

del teatro de D. Ramon de la Cruz (1).

De los bienes mayores que trae á la república de las letras la feliz aparicion de un jenio privilejiado, quizá es el mas precioso el de contener á la medianía en los límites que debe respetar, y conseguir de la ignorancia que escuche y calle. Nace Lope, nace Calderon, dirijen sus atrevidos pasos al alto asiento de la inmortalidad; su siglo los vé colocados en la dificil cumbre, tocando con la frente los cielos; y al contemplar el brillo que los circunda, desmaya el injenio estéril, conoce su nulidad, rompe la pluma, y renuncia á una competencia descabellada: de modo que aquellos insignes varones que de tarde en tarde asoman en la escena del mundo literario, ó bien campean sin rivales, ó los tienen dignos. Por el contrario, no hay quien no se arroje intrépido á escalar el Parnaso, cuando vé vacíos los primeros puestos en él, ó desmerecidamente ocupados. Por eso desde principios del siglo XVIII hasta mucho despues de haber corrido su primera mitad, se halló en nuestra España la musa cómica con tan fértil cosecha de autores chanflones. Cuando Lope, Tellez, Alarcon y Moreto se repartian el señorío de la escena española, no se hubieran atrevido á invadirla los Bazos y Ni-

(1) El autor lo escribió mas diminuto para el certámen que se celebró en el Liceo en 31 de Enero de 1841: no lo leyó porque conoció que no podia menos de disgustar un escrito en prosa despues de haber oido los bellísimos versos de los señores Elipe, Larrañaga y Madrazo á la toma de Granada.

fos, los Valladares y Comellas; pero muertos Calderon y Solís, ¿qué escritor eminente hubo en cuya presencia hubieran debido enmudecer de envidia todos los que plagaron de sandeces los corrales de la Cruz y del Príncipe, desde D. Tomás Genis hasta D. Gaspar de Zavala? Cañizares y Zamora, que entre muchas composiciones dramáticas escribieron muy pocas de mérito, no eran talentos de tan superior gerarquía que hiciesen perder á sus contemporáneos la esperanza de hombrearse con ellos; mucho mas cuando, al influjo de la crítica francesa, empezaba á cundir la opinion de que todo nuestro teatro antiguo no valia nada. Unos escribiendo malas comedias orijinales, porque no habia de quien aprender á escribirlas bien; otros desfigurando con versiones infelices los mejores dramas de nuestros vecinos, contribuian igualmente á completar la ruina del teatro español, y á desacreditar asi el sistema antiguo como el que proponian para sucederle.

En período tan azaroso para las letras españolas, entre Cañizares y Moratin, seis años antes que D. Ignacio Luzan publicara su Poética (1), nació en Madrid D. Ramon Francisco de la Cruz Cano y Olmedilla, poeta dramático despues el mas fecundo de su época entre nosotros, y uno de los mas distinguidos. Consérvanse los títulos de mas de 300 obras suyas, entre las cuales hay ensayos en todos los jéneros de la poesía escénica: trajedias y dramas, comedias y óperas, zarzuelas y sainetes. Estos últimos son los mas y los que componen el verdadero teatro de D. Ramon de la Cruz, tanto porque una gran parte de los otros escritos son imitaciones del francés, del italiano y aun del aleman, como porque ora imitase Cruz, ora inventara, sus fábulas de mayor estension no son las que le han dado la nombradía de que goza. Heredó Cruz de Cañizares la facilidad de dialogar con gracia y viveza, y escediéndole con mucho en malicia, supo evitar la afectacion y el tono exajerado y chillante que deslucen las mejores pájinas del último sostenedor de nuestra antigua comedia. Abandonó la versificacion artificiosa que estuvo en uso hasta su tiempo, y adoptó en todas sus producciones el fácil y flexible romance que Iriarte y Moratin quisieron hacer esclusivo de la comedia en verso; pero la diccion de Cruz, aunque jeneralmente castellana, se quedó harto inferior en correccion, urbanidad y elegancia á la de estos dos escritores. En punto á invencion,

(1) 1731.

dote la mas necesaria al poeta, no fué Cruz tampoco muy favorecido, bien que tuvo la suficiente para su gloria: diestro cual ninguno en el desempeño de escenas sueltas, nunca acertó á ligarlas á un plan que estableciese entre ellas dependencia mútua, que las hiciese concurrir á un fin, servir á un interés y llevar adelante una accion de regulares dimensiones. Con estas cualidades favorables y adversas, aparece claro que el único jénero en que podia sobresalir D. Ramon de la Cruz era en aquella especie de poema que en 25 minutos de representacion presta un festivo desahogo á los espectadores cuya atencion sujetó un drama cuatro ó cinco veces mas largo. Esta razon nos hará dejar en el olvido en que yacen todas las piezas dramáticas que escribió D. Ramon de la Cruz en mas de un acto, parte de las cuales ni se imprimieron ni las ha visto representar la jeneracion presente: hablaremos solo de los sainetes que hemos podido tener á la mano, y cuyas ediciones van haciéndose mas raras de dia en dia. Horacio quiso que para que una fábula dramática mereciera que el público deseara verla repetidas veces, no hubiese de contar mas de cinco actos ni menos: la fama de D. Ramon de la Cruz hubiera ganado mucho si nuestro paisano se hubiera desentendido de la regla dada por el preceptista latino.

Al abrir el teatro de Don Ramon de la Cruz, impreso en diez tomos publicados desde el año 1786 hasta el de 1791, la primera reflexion que ocurre es que proporcionadamente nos quedan poquísimas obras de un autor que escribió tantas. Descontando los dramas mayores inclusos en la citada coleccion, y de los menores los que no son orijinales, poco mas de 30 son los sainetes que dió á la prensa un hombre que los produjo á cientos. Dice él mismo en el prólogo de su teatro que se proponia escluir de él los que habian sido acaso mas aplaudidos en la escena: si lo hizo porque conoció que estaban mal escritos, la resolucion fué disculpable; pero mal escritos y todo hubieran agradado mas que *El Divorcio feliz*, *La Espigadera*, *El dia de campo*, *El Estranjero* y otras comedias que imprimió, para que de nadie fuesen leidas. Los sainetes pues de la coleccion, únicos de que trataremos, se dividen en dos clases: una que comprende aquellos en que entran personas de mediana condicion, y otra en que figuran con especialidad las del ínfimo vulgo; en ambas clases conviene observar qué fin se propuso el autor, qué medios empleó para conseguirlo, y si anduvo acertado ó no en el desempeño.

Publicada la poética de Luzan, jeneralizada la lectura de los dramáticos y críticos franceses, era ya obligacion del poeta escénico español que apreciase la importancia de su ministerio, aspirar á mas que á entretener gustosamente, mira que fue casi la única de nuestros cómicos antiguos. Don Ramon de la Cruz, arrogándose el cargo de censor público antes que Iriarte y Moratin empezaran su carrera, intentó la reforma moral de su época, escarneciendo los vicios en el jénero dramático mas humilde, en el desestimado sainete, amplificacion del entremés, muy necio entonces, muy chabacano y grosero. Fué singularísimo el espectáculo que por muchos años ofrecieron los teatros de España: en ellos se representaban de contínuo comedias nuevas ó antiguas sin asomo de objeto filosófico; y la filosofía (ó la sátira por lo menos) brillaba en aquellos poemas de entreacto, que hubieran cumplido con hacer reir de cualquier modo que fuese: el sainete usurpaba entonces las funciones de la comedia, y la comedia solia carecer del gracejo del sainete. No se crea que atribuimos á D. Ramon de la Cruz intenciones que no tuvo: él propio revelaba al frente de sus obrillas el fin moral de cada una, espresándolo en versos, por lo comun harto infelices.

El medio que empleó nuestro filósofo sainetista para correjir las costumbres fué el de copiar al vivo las que eran dignas de censura. Nada disimula, á nadie perdona: la intemperancia vendida por devocion, la etiqueta impertinente, la manía de denigrar al prójimo sin mirarse á sí, el chisme, el orgullo de quien llega á ser algo y antes no fué nada, las amistades equívocas, la codicia de las madres, la vanidad de las mujeres, la benignidad de los maridos, todo lo descubre, lo acusa y lo ridiculiza. Sus lecciones iban siempre encaminadas á la clase media, porque de ella arriba hay entre los vicios pundonor y vergüenza, por lo cual á veces la humilló delante de la clase inferior; respecto á esta última, casi siempre se limitó á retratarla, renunciando á instruirla, bien persuadido de que eran inútiles sus sermones. En efecto, de un pisaverde vanaglorioso, de una niña aficionada á galanteos, de una mística murmuradora cabe esperar arrepentimiento y enmienda; pero ¿qué puede esperar quien predique amabilidad y cortesía á las verduleras, honradez y delicadeza á los presidiarios? Es opinion casi jeneral que D. Ramon de la Cruz profesaba particular inclinacion á los majos y majas, y que por esto los solia pintar mas constantes en sus amores que la jente de casaca: valien-

tes ellos y garbosos, decidoras ellas y discretas: pudo creer nuestro compatriota que la rudeza de costumbres del pueblo bajo de Madrid (que como entonces era menos pobre que despues lo ha sido, estaba tambien menos degradado) valia mas quizá que la escasa, prematura y violenta civilidad de una clase devorada por el afan de lucir, que á hombres y mujeres conducia á escesos vergonzosos; pero pudo ser tambien que no pensara Cruz mas que en pintar lo que veia, y que indeliberadamente conservase en las tablas á los manolos mezclados con otras personas la superioridad efectiva que tiene el hombre armado de navaja sobre el indefenso, la bellaquería y la insolencia sobre el pundonor.

El desempeño de la empresa acometida por Cruz fué el que dejaban esperar los recursos que tenia en su injenio. Hábil para observar, hábil para describir, sus cuadros eran un espejo de la sociedad, eran la verdad misma. «Los que han paseado (dice él propio en la introduccion á su teatro, ya citada), los que han paseado el dia de S. Isidro su pradera, los que han visto el Rastro por la mañana, la Plaza mayor de Madrid en víspera de Navidad, el Prado antiguo por la noche, y han velado en las de San Juan y San Pedro; los que han asistido á los bailes de todas clases de jentes y destinos; los que visitan por ociosidad, por vicio ó por ceremonia... digan si son copias ó no de lo que ven sus ojos y de lo que oyen sus oidos, y si los cuadros no representan la historia de nuestro siglo.» La briosa confianza que campea en estas palabras, lejos de haber sido desmentida, tiene á su favor el voto del público en sus aplausos y el testimonio de nacionales y estranjeros. Por la lectura de *El señorito mimado* y de *La señorita mal criada*, por la *Historia critica de los teatros* de Nápoli Signorelli, y otros cien escritos contemporáneos, vemos que no son figuras de capricho los payos y los hidalgos estravagantes de provincia, los majos baladrones, las petimetras antojadizas, los usías casquivanos, los abates frívolos y mujeriegos que á cada paso saca D. Ramon de la Cruz á la escena. De otra suerte no se hubiera atrevido á presentar á un abate plegando cinta, como un aprendiz de costura, en una tienda de escofietería, ni á poner en boca de una madre estos versos que horrorizan:

¡Honra! no tuvieron nada
mas de sobra mis abuelos;
pero yo y la chica mas
necesitamos dinero.

Y no se le haga la injusticia de atribuirle la dañada intencion de infamar á su pais, porque el amor patrio de D. Ramon de la Cruz centellea hasta en los asuntos mas insignificantes. Varios jóvenes, entre los cuales hay uno que acaba de llegar de un viaje al estranjero, tratan de ir á una tertulia para oir cantar á una señorita madrileña. Dice con desden el recien vevenido:

Al que viene de la Italia
hecho á oir aquellas orquestas,
que en la menor serenata
hay cuatrocientos violines,
ciento y dos trompas de caza,
cien oboes y ochenta bajos,
¿qué efecto quereis que haga
una mujer.....?
Ser mujer
española la que canta

responde el personaje detras del cual se esconde el autor. Y si sacudió tan duramente el azote de la sátira sobre la clase media, por ventura fué solo porque sus ridiculeces y sus vicios eran importaciones ultramontanas. No nos desvanezcamos empero, figurándonos hoy que somos mejores que nuestros padres: Cruz parece que presintió este arranque de nuestro amor propio, y le previno la réplica en el siguiente diálogo entre D. Zoilo y D. Modesto.

Zoilo.

Hubo entre nuestros antiguos
jentiles estravagancias.

Modesto.

Jentiles serian; pero
ahora no son muy cristianas.

Aquella verdad que resplandece en los cuadros de costumbres que D. Ramon de la Cruz bosqueja, verdad que se admira igualmente en la composicion y en las actitudes, en los caracteres y en el lenguaje, hace ó que no se eche menos en las obras de que tratamos el plan, de que por lo comun carecen, ó que no disguste la sencillez suma de las que tienen alguno. Una señora que al salir de casa con mantilla vé á una amiga

suya que trae sombrero, que se encapricha por otro igual, y no pára hasta que su marido se le compra, forma la accion del sainete que lleva el título de aquella prenda tan suspirada (1). Una manola que descubre que su obsequiante ha regalado en el dia de Noche-buena un pavo á otra ninfa, y que vá celosa á apoderarse del gastronómico regalo, constituye la intriga de *la Maja majada*. Dos solteros tienen una ama de gobierno indómita y provocativa, como todas las criadas de Cruz; encárganla un refresco para unas señoras cuya visita esperan; enfurécese el ama de que vengan allí mujeres, se despide, y aun hace que se despida tambien la que iba á ser su sucesora: tal es el argumento de los *Hombres solos*. En *la Petra* y *la Juana*, en *El sarao*, *La visita de duelo* y otros sainetes, ni aun esto hay; y sin embargo ni un solo instante de distraccion esperimentan los espectadores, porque embebecidos con el natural donaire de cada escena, el drama (gracias á su brevedad) concluye antes que haya habido tiempo para pensar en si tiene argumento ó no. El sistema dramático que sigue el autor en estas composiciones, emana del principio de verdad ya mencionado, y de la precision de encerrar un asunto en un número corto de versos, dando fin con una tonadilla: por eso desde que los actores concluyen sin canto la representacion de estos sainetes, concluyen mal, y el público se marcha antes que bajen el telon. El lugar de la escena unas veces es siempre el mismo, y otras varía segun el argumento lo exije: la unidad de tiempo siempre está respetada; pero tampoco los argumentos piden que se quebrante.

El chiste de Cruz es algunas veces puramente de palabra; y entonces suele pecar de humilde y pueril. Un lugareño cruza una calle con dos caballerías menores; halla jente al paso que se lo estorba, y dice:

Señores,
dejen *pasar los jumentos*.
—*Pasa*, *hijo*,

contesta con socarrona amabilidad uno de los presentes (2).

Otras veces ostenta la malicia mas refinada. Un alguacil pregunta á varios vecinos del Lavapies:

(1) *El sombrerito*.

(2) Equivale á decirle: «pasa tú, que eres otro jumento.» El lugareño podia haber contestado: «ya que usted me llama *hijo*, nada tenemos que echarnos en cara.»

Alguacil.

Estos caballeros
¿quién son?

Olaya.

Yo no sé palabra;
pero con saber que son
hombres conocidos, basta.

Dionisio.

Menos yo, que no conozco
á ninguno de mi casta,
ni á mi padre.

Alguacil.

¿Ni á su padre?
¡Cosa rara!

Dionisio.

¿Cosa rara?
¿Juraria usted quién fué el suyo?

Alguacil.

Ya se vé que lo jurara.

Dionisio.

Eso va en conciencias; yo
la tengo mas delicada.

Estos versos son del *Careo de los majos*: en el mismo sainete vienen á un juzgado dos ciegos como testigos de vista.

Cuantas declamaciones se han hecho contra los ajentes curiales que embrollan y alargan los negocios, no equivalen á este sencillo rasgo:

Habladme, mientras acaban
mis muchachos un estracto
(que se ha hecho en cinco semanas)
de un espediente de un pliego.

Sófocles en el desenlace del Edipo encontró la sublimidad del silencio; D. Ramon de la Cruz encontró en el silencio la sublimidad de la sátira. Todos los inquilinos de la casa de Tócame-Roque se agolpan á las puertas y ventanas en disposicion de armar una quimera; un desconocido les anuncia que la justicia viene; y en el momento enmudecen todos y se encierran en lo mas hondo de sus guaridas: no hay mas que decir en abono de aquella vecindad. Con todo, este pensamiento parece tomado de Cervantes en la novela de *Rinconete* y *Cortadillo*. Antes que pasemos á hablar de los sainetes, á cuya clase pertenece el último á que hemos aludido, copiaremos un

trozo del que se titula *La falsa devota*, cuyos personajes son de clase decente:

El amo de la casa.

Sepamos
al fin qué ha sido esta gresca.

Los hombres.

Es una infamia.

El abogado.

Vecino
mio, si usted no remedia
los negocios de su casa,
es preciso que se pierda.

Amo.

(*A la beata, su mujer.*)
¿Lo oyes?

Beata.

Sí. ¡Ya te conozco,
patillas! Pues ni por esas
me has de alterar.

Amo.

¡Yo patillas!

Beata.

No nos rompas la cabeza,
hombre, que yo no me meto
contigo. ¿Se dará bestia
mas feroz...? Pero ¡ay Dios mio!
poned un freno á mi lengua,
y ¡ojalá que esta no fuese
la menor de mis flaquezas!

Amo.

Calla, gazmoña. Señores,
ya me falta la paciencia:
¿qué es esto?

Abogado.

Yo lo diré
á mi costa, pues apenas
sus algazaras hacer
un pedimento me dejan,
ni estudiar un pleito; y como
hago á bulto las defensas,
me tocan el bulto en todos
los tribunales y audiencias.

Su mujer de usted no pára
en casa.

Beata.

Voy á la iglesia.

Amo.

No es grata la devocion
que á la obligacion desprecia.

Abogado.

La niña es escandalosa.

La señorita.

¡Yo! ¿Con quién?

Abogado.

Con la caterva
de maestros y cortejos.

Beata.

(*A su hija.*)
¿Cómo, infame...?

Amo.

El labio sella,
que ella no tiene la culpa.

Beata.

Pues dí, ¿quién puede tenerla?

Amo.

Yo que me fio de tí,
y tú que te fias de ella.

Abogado.

La criada siempre trae
dos ó tres majos á vueltas,
y con el paje en camorras
y cuchicheos alterna.

Beata.

¿Quién lo diria?

Amo.

En sabiendo
tus abandonos, cualquiera.

Beata.

¡Cómo está el mundo, Dios mio!
¡Ah! ¿quién tan dichosa fuera
que hoy enviudara, y mañana
se encerrase en una celda?

Amo.

Sin enviudar, yo te ofrezco

que logres lo que deseas.
Caballeros, punto en boca,
y todos por la escalera
abajo, para jamás
volver á subir por ella.

Hombres.

La causa fué...

Amo.

Mi mujer.

La criada.

El motivo fué...

Amo.

La mesma.

Señorita.

Todo consistió...

Amo.

En tu madre,
que es una mujer de aquellas
que en rezando por costumbre
sin fervor ni reverencia,
les parece ya que son
canonizables.—Pero esta
no es conversacion de ahora.—
¿Cuál de estos muebles, Manuela,
se casa contigo?

Criada.

Este. (*Por un majo.*)

Amo.

¿Tienes con que mantenerla?

Majo.

Sí señor.

Amo.

Pues buen provecho;
y los demas, todos fuera.

El maestro de baile.

La señorita me dijo...

Amo.

Seria una lijereza.

El maestro de música.

Yo...

Amo.

La solfa de mi casa

desde hoy yo he de componerla.

El petimetre.

Yo, señor, aqui venia
con el fin...

Amo.

Cuando usted tenga
mas juicio, puede volver
á decirme lo que piensa.

Beata.

Terrible estás...

Abogado.

No está tal,
cuando no agarra una buena
estaca...

Amo.

Y le parto á usted
por en medio la cabeza,
por mal vecino; que nunca
avisan las continjencias
á tiempo que se remedien,
y despues las cacarean.

El rasgo final parece de Molière, y acaso lo es.

Pero donde Cruz no toma de nadie sino á los orijinales vivos de su época, y donde es inimitable seguramente, es en todos los diálogos que pone en boca de la jente del bronce de Madrid. Las castañeras, los taberneros, los héroes del Rastro, Lavapies y Maravillas, con su desenvoltura injénita, su propension á reñir por nada, su prosopopeya ridícula, sequedad de razones y hablar enfático, tuvieron en Cruz un intérprete diestrísimo. Véase este trozo de la *Maja majada*.--(Colasa y Blas su marido, que es un bienaventurado, entran en casa de Sebastiana, donde estan de broma varios vecinos de distintas condiciones.)

Bastiana.

¿Quién es á estas horas?

Colasa.

Yo,

Bastiana.

¿Qué buena venida es esta?
Colasa, ¡tú por acá
á esta hora en Noche-buena!

Colasa.

No vengo á cenar; no tienes
que asustarte.

Bastiana.

Aunque vinieras,
creo que no faltaria.

Colasa.

Ya lo huelo: en casa llena
presto se guisa el potaje.

Bastiana.

Siéntate.

Colasa.

Vengo de priesa.

Bastiana.

¿Y qué tienes que mandar?

Colasa.

¿Reñiremos?

Bastiana.

Como quieras.

Colasa.

Mas vale que no.

Bastiana.

Mas vale.

Colasa.

Pues si quieres que fenezca,
como dicen, la visita
en paz y concordia, suelta
al punto el pavo cebado
y las cajas de jalea
que has estafado á Patricio.

Bastiana.

Colasa, ¡qué desatenta
y provocativa eres!

Doña Petra.

¿Se dará tal desvergüenza?

Colasa.

A usted no la dan golilla,
señora doña Escofieta,
para este entierro.

Blas.

Bien dicho.

Bastiana.

Colasa, ¿vienes de veras
por esos chismes?

Colasa.

Andando.

Bastiana.

Pues tiene mucha manteca
el pavo en la rabadilla
para que yo te le ceda.

Colasa.

Vengan el pavo y las cajas.

Bastiana.

¿Las cajas? Vuelve por ellas
en comiéndome yo el duz:
te daré las tapaderas.

Colasa.

Mira que ya se me van
poniendo azules las venas.

Bastiana.

Señal de sofocacion.
Dí que te echen sanguijuelas
mientras yo me como el pavo,
que, á Dios gracias, estoy buena.

Colasa.

¿Te burlas de mí?

Doña Petra.

Hace bien:
y es una gran insolencia
el venir á provocarla.

Don Mauricio.

Usté en eso no se meta,
doña Petronila.

Colasa.

¡Arroz!
Mi señora doña Petra,
hermana de la Bastiana,
pasanta de muñuelera
en las Vistillas, recoja
usté ese *don* que le cuelga,
porque está mal hilvanado.

Bastiana.

Para esto ya no hay paciencia.

Colasa.

¿Y qué harás tú?

Bastiana.

¿Qué haré? Toma.

Colasa.

Vuelvo, y á ver por quién queda.

(*Zurra.*)

El espectáculo de dos mujeres abofeteándose ya no se toleraria hoy. Mejor sufrimos las riñas y muertes de *El Buñuelo*, *Manolo* y *El Marido sofocado*, porque como allí parodia el autor las trajedias de su época, no se toman á pechos esos lances en una *trajedia para reir*. Con todo el lenguaje de aquellas composiciones peca tal vez de libre. Bien está que diga Manolo:

Yo debia morir en alto puesto
sigun la heroicidá de mis empresas;

Pero convendria haber omitido aquellos dos versos célebres:

Mi honor valia mas de cien ducados.—
Ya te contentarás con dos pesetas.

Por los pasajes que hemos escojido, se observará que las gracias de estos personajes humildes nacen solo de su caracter peculiar y de la posicion en que el autor los presenta; y asi, aunque entre las muchas réplicas vivas y agudas sembradas en un sainete se hallan pocos conceptos epigramáticos que luzcan sacados de allí, todo divierte porque todo está en su lugar, porque todo es natural y oportuno. Cruz es cómico sin pretension de serlo; y por eso aunque las costumbres han variado mucho desde entonces acá, sus obras deleitan leidas, deleitan bien representadas, y serán siempre un monumento histórico digno de estudio. Que no hubiese acertado á estender una fábula de mayor ensanche, y que al imitar el habla de sus modelos hubiese adoptado en ocasiones los solecismos como si fueran modismos, no son defectos que le priven del título de poeta, título que no se ha disputado á Villegas en consideracion á sus letrillas, á pesar de que no supo componer una oda ni una epístola buena. La moral, dígase lo que se quiera, no sufrió ningun ultraje en sus dramas, á lo menos en aquellos que él publicó, porque jamás pintó Cruz en ellos el vicio como plausible ni aun como indiferente; y supuesto que la sociedad contemporánea no se escandalizó de la pintura, probado está que no fué aquella ni exajerada ni peligrosa. Para los que le arguyeren con que hay vicios que ni aun debe el poeta retratarlos

para escarnecerlos, dejó de antemano en estos versos la disculpa:

Murmurador sois, don Diego,
y es malo.—Pero es peor
dar motivo para ello.

Por último, nadie le podrá quitar la gloria de haber sido el primer restaurador de nuestro teatro, y de haber convertido en espectáculo digno de un pueblo culto una especie de drama destinado á hacer reir á simples, y en la cual con pocas escepciones, solo se hallaban pullas de taberna, lenguaje tosco, versificacion coja, ruindades y palizas. Cruz desenvileció el sainete, y si despues no se ha ennoblecido mas (porque solo lo ha manejado con buen éxito D. Juan del Castillo), quizá como en el dia se dedicasen á cultivar este jénero algunos de los brillantes injenios que tiene España, sujetándolo á las modificaciones que el transcurso del tiempo ha hecho precisas; quizá, digo, sus producciones agradarian mas que esas otras piececitas en un acto venidas de allende, lijeras y jocosas, es cierto, pero cuyo chiste caprichoso y local solo dura un dia, porque su tono, lenguaje y tendencia no pueden menos de desdecir de la índole de nuestro idioma, de nuestro gusto y costumbres particulares.

(Semanario Pintoresco.)

NOTICIAS

SOBRE

la vida y escritos de D. Dionisio Solís.

1839.

Por si mismo y como á escondidas, dice Don Manuel José Quintana hablando de Moratin, que se formó aquel insigne cómico español en el gusto de la poesía: sabemos, empero, que el célebre Inarco tuvo por padre á un poeta eminente, de quien dificil es creer que no inspirase á su hijo alguna aficion á un arte que tan felizmente habia él cultivado. Contemporáneo fué y amigo de Moratin otro hombre, otro escritor dramático distinguido, que á solas, en la oscuridad, y batallando siempre con obstáculos casi invencibles, dedicó toda su vida al culto de las musas; les debió favorables inspiraciones; enriqueció con muchas obras nuestra escena; y por una calamidad incomprensible, ó como si le hubiese destinado la providencia á vivir y morir oscuro, jamás debió una señal de aprecio á su país, ni una voz de aplauso á la fama.

D. Dionisio Villanueva y Ochoa, conocido con el sobrenombre de Solís, nació en Córdoba en el año de 1774. Fueron sus padres D. Juan de Villanueva y doña Antonia de Rueda, que le destinaron á la música despues que hubo estudiado en Sevilla latinidad, retórica y poética bajo la direccion de

Don Faustino Matute y Gaviria, literato amigo de D. Pablo Forner. Estos fueron los únicos estudios que al joven Dionisio le costearon sus padres; pero se aventajó en ellos de tal suerte, que antes de los 15 años de edad habia ya traducido en metro castellano varias odas de Horacio, y escrito otras composiciones líricas orijinales con diccion tan correcta y robusta, que admirado Forner al mostrárselas el catedrático Gaviria, las comparaba á las de Fray Luis de Leon, y honró á Solís repetidas veces con el nombre de *Leon moderno*. Solo un año tomó en Sevilla lecciones de música y composicion del maestro Ripa, que lo era de capilla á la sazon en aquella catedral; y no mas que con estos conocimientos, con la destreza que habia adquirido en el violin, y la confianza en sus naturales disposiciones, se acomodó, para no ser gravoso á sus padres, con una compañía de cómicos, y compuso la letra y la música de una tonadilla que se ejecutó con aplauso en Valencia.

Hasta aquí nada ofrece la vida de Solís que pueda admirarnos mucho: los talentos precoces en ningun país abundan como en España, aunque en ninguna parte se aprovechan menos: lo realmente maravilloso es, que un jóven que habia abrazado la vida del teatro, que se veia rodeado de hombres, los cuales ni leian ni estudiaban, ni sabian leer tal vez otra cosa que los papeles de su repertorio, hiciese á fuerza de constancia y afan, en medio de mil privaciones, los estudios que son absolutamente necesarios á un poeta, si no quiere escribir desatinos. El francés, el italiano, el inglés, el griego, lójica, metafísica, ética, geografía, historia, lejislacion y economía política, todo lo estudió por sí solo, y todo lo aprendió bien, principalmente las lenguas y la historia nacional. A los 47 dias de haber empezado á estudiar el idioma de Homero, se halló capaz de traducir en verso la Batracomiomaquia.

Por el año de 99, Solís que habia abandonado la profesion de músico, vino á Madrid como primer apuntador del teatro de la Cruz. Esta fué la profesion de un hombre á quien su injenio llamaba á figurar en la república literaria de un modo brillante: sabido es que en España la literatura á nadie dá de comer por sí sola. Hízose conocer como escritor dramático, ó como aficionado á lo menos á este jénero, con la traduccion del célebre drama de Kotzebue, titulado *Misantropía y arrepentimiento*, que se estrenó en el Coliseo de la Cruz á 30 de Enero de 1800, y tuvo 18 representaciones.

La version de Solís está hecha, como todos saben, en verso, no del orijinal aleman, sino de la refundicion que puso en escena en París la famosa actriz Madama Molé. En el mismo año de 1800 un D. A. G. A. (que no sabemos si fué D. Agustin García Arrieta), dió á luz una nueva traduccion del mismo drama, hecha en prosa, á la cual puso por encabezamiento un prólogo, donde decia que la traduccion de Solís era defectuosísima por estar en verso, por haber puesto en tres actos una composicion cuya estructura exijia la division en cinco del orijinal, y sobre todo por no haber seguido aquel con la fidelidad debida. El buen señor de las iniciales, para enseñar á Solís como debian trasladarse al castellano las obras dramáticas estranjeras, copia el diálogo francés sin soltura, sin gracia, sin comprenderlo á veces ó sin acertar á espresarlo dramáticamente; siendo lo mas singular que escribiendo en prosa se quede en ciertos pasajes inferior en sencillez, naturalidad, concision y vehemencia al que escribia con el estorbo de la versificacion. Para traducir un drama, es necesario ser poeta; y aunque la version de Solís adolezca de varios defectillos de aquellos que no puede evitar una mano aun poco ejercitada, se vé allí conocimiento del teatro, y tanto en la lectura como en la representacion aventaja infinito á la que hizo un hombre que parece ignoraba que una obra destinada á la escena no puede ser rigorosamente traducida. D. Dionisio Solís, que dividió su traduccion en tres actos, ya por complacer al actor Antonio Pinto, ya por no desagradar á un público acostumbrado á espectáculos de tres jornadas, aconsejó despues que se representase la *Misantropía* en cinco, y asi la hemos visto hacer hasta estos últimos años.

En el de 1807 dió al teatro la traduccion del *Orestes* de Alfieri, que se ejecutó por la compañía del Príncipe á 30 de Enero. Alfieri debió ser el dramático favorito de Solís, porque en sus obras orijinales trájicas, y hasta en las imitaciones que hizo del francés, se advierte el conato de dar á nuestro romance heróico la entonacion y jiros característicos del ilustre poeta de Asti; y en el prólogo que Solís puso al Orestes, encomia al autor en términos de aventajarle en ciertos puntos al mismo Racine. La traduccion de que hablamos puede señalarse por modelo en el jénero á que pertenece. *Habent sua fata libelli*. La version que Jáuregui hizo del *Aminta*, le ha granjeado una fama inmortal; la traduccion de la obra maestra del Sófocles italiano, traduccion incomparablemente mas dificil y desempeñada

por lo menos con igual acierto, no ha dado á Solís gloria ninguna. Entre los jóvenes que hoy se dedican á las bellas letras, hay muchos que no la han leido, y otros que no saben de quién es; no hay recuerdo de que ningun literato de la época pasada escribiese una línea en elojio del Orestes traducido. Este olvido, esta indiferencia, cuando apenas se veia una traduccion regular en los teatros de Madrid, son muy estraños. ¿Consistiria acaso en que creyesen los que conocian al traductor, que era imposible ser apunte del teatro y poeta de mérito? Dios lo sabe.

No se trata aqui de hacer un exámen de la traduccion del Orestes. En nuestro concepto, Solís bebió al autor orijinal su espíritu de tal manera, que si Alfieri hubiese escrito en lenguaje español, hubiera espresado las mas veces sus pensamientos como Solís, ó no se hubiera podido leer ni representar su trajedia. El público que habia escuchado los fáciles y sonoros versos de la *Hormesinda*, de la *Raquel*, de *Numancia*, y dos años antes los eminentemente trájicos del *Pelayo*, mal hubiera podido soportar una diccion como la de Alfieri, robusta y enérjica sí; pero cortada por lo comun, áspera con frecuencia, y destituida siempre del halago que prestan al metro la rima ó el asonante. Cotéjense el orijinal y la traduccion del siguiente monólogo con que da principio la trajedia, y véase si está conservado el brio del testo italiano, y si ha ganado poco en armonía y soltura, á pesar de la traba que el traductor se impuso adoptando para su version nuestro romance endecasílabo.

Escribe Alfieri.

Eletta.

Notte! funesta, atroce, orríbil notte,
presente ognora al mio pensiero! ogni anno,
oggi ha due lustri, ritornár ti veggio
vestita d' atre ténebre di sangue;
eppúr quel sangue, ch' espiärti debbe,
finor non scorre.—Oh rimembranza! oh vista!
Agamennon, mísero padre! in queste
soglie svenato io ti vedéa; svenato;
e per qual mano!—O notte, almén mi scorgi,
non vista, al sacro avello. Ah! pur ch' Egisto,

pria che raggiorni, a disturbár non venga
il mio pianto, che al cénere paterno
mísera reco in annüál tributo!
Tributo, il sol, ch' io dar per or ti possa,
di pianto, o padre, e di non morta speme
di possíbil vendetta. Ah! sì, tel giuro:
se in Argo io vivo, entro tua reggia, al fianco
d' iniqua madre, e d' un Egisto io schiava,
null' altro fammi ancór soffrír tal vista,
che la speranza di vendetta. E lungi,
ma vivo, Oreste. Io ti salvái, fratello;
á te mi serbo; infín che sorga il giorno,
che tu, non pianto, ma sangue nemico
scórrer farái sulla paterna tomba.

Traduce Solís.

Electra.

¡Oh noche! ¡horrenda, pavorosa noche,
eterna en mi memoria! Cada un año,
dos lustros son (1), te muestras á mis ojos
manchado en sangre el tenebroso manto;
y aun vive, aun vive el que morir debiera
para espiar tu horror.—¡Recuerdo amargo!
¡Dolorosa memoria! ¡Ínclito padre,
debelador del Asia! ¡En tu palacio,
de tus aras domésticas á sombra,
muerto con impiedad...! ¡Y por qué mano!
Deja que en el silencio de la noche
me acerque á tu sepulcro solitario,
antes que venga, al despuntar el dia,
á interrumpir tu matador mi llanto:
llanto filial que en anüal tributo
á tu memoria paternal consagro.
Lágrimas y dolor quiero á tus manes
no satisfechos ofrecer, en tanto

(1) Mejor y mas conforme al testo y á la índole de nuestra lengua hubiera sido decir: *dos lustros há.*

que sacia mi rencor tu sed de sangre:
que si aun aliento ¡oh padre mio! al lado
de mi traidora madre y bajo el cetro
de su adúltero infame, es esperando
el dia afortunado en que á mi saña
el cielo le abandone. Está lejano,
lejano sí, pero aun existe Orestes,
á quien mi amor del pérfido librando,
guarda para ofrecerte en sacrificio
su impura sangre en tu funesto mármol.

Con igual acierto trasladó en el año de 1813 á nuestro idioma la *Virjinia* del mismo autor, y en el de 1822 el drama de Chénier titulado *Juan de Calás*. Estas obras y la *Camila*, ejecutada el año de 1828, fueron las únicas de Solís que vieron la luz pública impresas, poniendo solo su nombre en las últimas y en la *Misantropía*: en la *Virjinia* colocó sus iniciales no mas, en *Orestes* nada. La *Camila* no es una traduccion: Solís no se atrevió á llamarla trajedia orijinal por respeto á Corneille, cuyos *Horacios* se propuso acomodar á la escena española. Mucho fué lo que aprovechó Solís de la trajedia francesa; pero no merece poca alabanza por haber sabido evitar los defectos en que incurrió el padre del teatro francés al manejar aquel argumento. La doble accion, la inutilidad de algunos personajes, la languidez del diálogo y el horror de que muera Camila á manos de su hermano; todos estos y otros inconvenientes hizo desaparecer Solís de la obra que modificó su injenio, conservando muchas bellezas del orijinal, y añadiéndole algunas. Fué una represalia lícita, fué una imitacion de lo que antes habia hecho Corneille, escribiendo el Cid sobre la famosa comedia de Guillen de Castro. Las pocas trajedias orijinales que honran nuestro teatro y se han sostenido en él, han sido igualmente repeticiones aventajadas de un pensamiento ya manejado con anterioridad. Al *Pelayo* de Quintana habian precedido la *Hormesinda* de don Nicolás Moratin y el otro *Pelayo* de Jovellanos; al *Edipo* de Martinez de la Rosa una porcion de Edipos, aunque ninguno en nuestra lengua si no la traduccion que del de Sófocles hizo Estala; y á la *Blanca de Borbon* de D. Antonio Gil, la *Doña Blanca* de D. José María Iñiguez. A estas tres obras, que juntas con la Raquel de Huerta componen lo escojido del teatro clásico-trájico español (entendiéndose por teatro lo representable), debe en nuestro concepto seguir la *Camila*, que las igualaria en todo si á la

buena distribucion de plan, á la graduacion atinada de efectos y armonía del conjunto reuniese mayor naturalidad la diccion, donde por huir del prosaismo suele echar mano el poeta de voces raras y de jiros análogos á la sintaxis latina, los cuales en unos casos prestan sin duda novedad y brillo á su lenguaje; pero en otros lo desfiguran con trasposiciones forzadas que oscurecen las ideas, enmarañan los periodos, y hasta producen equivocaciones ridículas. De uno y otro hallarán ejemplos los lectores en los trozos dramáticos y líricos que acompañan á estas noticias.

Obra de este mismo jénero fué tambien la trajedia titulada *Polimenes ó los Misterios de Eleusis*, representada el año de 1826. Antes que ella habia dado en el mismo año á las tablas la de *Zeidar ó la familia árabe*, traduccion de la que escribió en francés Mr. Ducis con el título de *Abufar*. En ambas, pero especialmente en la segunda, son admirables la versificacion y el lenguaje. Traduccion se ha llamado al Zeidar; pero adviértase que Solís en nada pensó menos que en hacer decir en castellano á los interlocutores de aquella composicion lo mismo que Ducis les habia hecho decir en francés: ya quita, ya añade, ya compendia la espresion, ya la amplifica, ya la sostituye; y por lo comun se observa que en aquellos pensamientos que inspirados para el verso alejandrino y vaciados en él no admiten otra forma, y por consecuencia no pueden amoldarse á nuestro endecasílabo, Solís se queda bien inferior á Ducis; al paso que en lo que le añade, enriquece su obra con nuevas y preciosísimas galas de poesía. Repárense los trozos siguientes.

I.

Abufar.

Soleil, dont la lumière et la chaleur féconde
sont l' œil, l' ame, la règle et la splendeur du monde,
qui, sous l' abri des mœurs, vois l' arabe indompté
dans ce vaste désert marcher en liberté;
(*Il brûle de l' encens sur l' autel.*)
sur nous, sur tes enfans, sur ta famille inmense,
fais luire avec tes feux le jour de l' innocence;

vers tes premiers rayons vois se lever mes mains,
et bénis par ma voix le travail des humains.

Zeidar.

Puro y luciente sol, padre del dia:
ora seas criatura de increada
mente ó mano inmortal, y en tí resida
del escondido Dios á quien retratas,
el productor espíritu; ora seas
tú la única deidad, la única causa
que en la materia inerte y tenebrosa
puso fecundidad, y de su nada
formó cien mundos que en tendidos cercos
la luminosa inmensidad abarcan;
no la oracion del árabe desdeñes
cultor de tu deidad: de mirra y casia
(*Pone sobre el ara los aromas que dice.*)
y blanco incienso la inocente ofrenda
el anciano Zeidar pone en tus aras.
Tú por el morador de estos desiertos
propicio mira, ¡oh sol! nunca la entrada
abras al crímen ó al error en ellos;
nunca ceñido de soldados y armas
caudillo estraño de ambicion traido,
las lindes pise de la libre Arabia.
Pon en nosotros compasion y llanto
para los infelices, tolerancia
danos en las desdichas, odio al ocio,
paciencia en el trabajo; y que de canas
llenos, y de sus tribus bendecidos,
bajen á la pacífica morada
de sus padres los árabes tranquilos,
como tú al mar en el ocaso bajas.

II.

Saléma.

. . . . . .

Pour vaincre mes ennuis, par le conseil d' un père,
ce matin vers nos champs je marchais solitaire,

voulant y recueillir par d' utiles travaux
le fruit de nos palmiers, le lait de nos troupeaux.
Aux plus doux sentimens, à la paix disposée,
je ne sais quel erreur égarait ma pensée:
j' allais, je regardais, mon œil ne voyait pas;
un charme inexprimable entraînait tous mes pas:
mon esprit enivré, plein de son propre ouvrage,
se cherchait un bonheur, s' en composait l' image.
Pour mieux goûter, ma sœur, ce plaisir si profond
d' un cœur qui s' entretient, se parle, se répond,
qui s' écoute, et sur-tout qui craint de se distraire,
je me suis recueillie à l'ombre solitaire
d' un arbre du désert, où mes esprit charmés,
séduits par la fraîcheur, par le repos calmés,
quand déjà le soleil de feux couvrait sa route,
aux douceurs du sommeil se sont livrés sans doute.
J' ai cru que dans la Perse, et sous de cieux si beaux,
j' errais parmi les fleurs, les moissons, les ruisseaux,
les ombrages, les fruits, mille autres dons encore
que le persan reçoit de l' astre qu' il adore.
Tandis qu' à mes esprits vivement enchantés
tant de riches trésors s' offraient de tous cotés,
un jeune homme charmant sembla frapper ma vue:
son front était pensif, son ame était émue;
dans ses yeux pleins de flamme, où régnait la pudeur,
je ne sais quoi de tendre en modérait l' ardeur.
Parmi ces fleurs, ces fruits, ces eaux, cette verdure,
il semblait s' embellir de toute la nature;
et la nature aussi, dont il était l' amour,
semblait de son aspect s' embellir à son tour.
Mais lorsqu' avec transport observant son visage,
de quelques traits chéris j' y démêlais l' image,
à mon bonheur à peine osant ajouter foi,
tout cet enchantement s' est enfui loin de moi.
Dans un vaste désert je me crois transportée,
sur une terre aride, inculte, inhabitée,
meurtrière, brûlante, où des cieux enflammés
dévoraient jusqu' au rocs de leurs feux consumés.
Un jeune voyageur devant moi se présente;
il me semblait mourant. Éperdue et tremblante,
je cours, dans mapitié, le sauver du trépas;
du sable, en gémissant, j' arrache tous mes pas;

je m' arrête, et je marche, et je tremble, et j' espère,
je m' efforce, j' approche: hélas! c' était mon frère.

Odéide.

Lui!

Saléma.

Lui-même, Farhan. «Ma sœur, dit-il, c est toi!
Viens tu t' ensevelir sous le sable avec moi?
Hélas! la même ardeur dans notre sein s' allume,
cet air, ce vent de feu tous les deux nous consume.
Entends-tu, Saléma, l' aquilon mugissant?
Par le sable obscurci, le soleil pâlissant
semble expirer au loin dans ce rayon funeste:
c' est son dernier pour nous, c' est le seul qui nous reste.»
Nos pieds alors, nos pieds cherchent à s' affermir
sur un sable tremblant, prêt à nous engloutir:
nous pâlissons tous deux, nos cheveux se hérisent;
nous nous tendons les bras, nos corps glacés fléchissent;
et ces sables muets, cette mer en courroux,
s' entr'ouvre, nous dévore, et se ferme sur nous.
Ma sœur j' étouffe encor.

Odéide.

Dieu! quelle affreuse image!
Qu' elle a dû vous frapper d' un sinistre présage!

Saléma.

Ma sœur, ce n' est pas tout: un autre objet d' horreur
m' agite, suit mes pas, redouble ma terreur.

Odéide.

Qu' entends-je? ô ciel!

Saléma.

Muette, immobile, surprise,
de ma profonde erreur lorsque je fus remise,
où croyez vous, ma sœur, sans m' en douter, hélas!
que mon égarement m' ait fait porter mes pas?
Ma sœur, ce n' était point dans ces champs de verdure
que de ses dons pour nous orne encor la nature,
parmi ces doux parfums, ces trésors enchanteurs,
amassés par l' abeille, et conquis sur les fleurs;
c' était dans cette enceinte où des cyprès funestes
couvrent de nos aïeux les déplorables restes;
où, gravés sur la pierre, et semés sur nos pas,
leurs noms offrent par-tout les leçons du trépas:
parmi ces rangs de morts, ces dépôts de poussière,

des tombeaux, des débris, les cendres de ma mère.
J' ai cru d' abord, j' ai cru que mon étrange erreur
par le sommeil produite, enfantait ma terreur.
Veillais-je, ô ciel! dormais-je! En ce désordre extrême,
j' ai craint de me tromper, j' ai douté de moi-même;
j' ai voulu par un cri m' en assurer soudain:
ce cri par ma frayeur expira dans mon sein.
Je me parlais tout bas, je fixais la lumière;
ma main pressait ma main, mon pied pressait la terre,
il pressait les tombeaux... Non, tout ce long tourment
n' était point né, ma sœur, d' un assoupissement:
je veillais, je veillais; j'ai droit de m' en répondre:
je ne me trompe pas. Ah! je me sens confondre.
Quel est donc ce pouvoir, cet horrible poison
qui lorsque le corps veille, endort notre raison?
Quoi! du flambeau du jour quand nous voyons la flamme,
serait-il un sommeil qui s' attache à notre ame?
Quel sommeil, juste dieu! je tremble encor d' effroi.
Eh! qu' est-ce donc, ma sœur, qui s' est passé dans moi?
Je ne m' abuse point, j' entends ce triste augure:
Farhan, Farhan n' est plus, tout mon cœur me l' assure:
sans doute en ce moment quelque nouveau danger,
les piéges d' un brigand, le fer d' un étranger,
la soif dans le désert, la tempête, la guerre,
auront tranché les jours de mon malheureux frère.

Séila.

. . . . . .

Por alejar del triste pecho mio
el pesar que le oprime, obedeciendo
de mi padre el mandato, recorria
esos plácidos campos cuando en medio
de su celeste curso con sus luces
inunda el sol la tierra; y nunca creo
que mas pura mi mente, que mas libre
de sus mal concertados pensamientos,
se concedió al placer. Arrebatada
de otros mas deleitosos y risueños
que los pasados mios, y forjando
dichas en ilusion, los campos dejo

que amenos discurria, y las arenas
mido con pies errantes, del desierto.
Cansada y sudorosa, busco en torno
un arbusto benéfico, y no lejos
de mí descubro un árbol que el asilo
de su copa me ofrece: tomo asiento
debajo de él, y á poco, del cansancio
y afan rendida, bajo de él me duermo,
y él estendiendo liberal sus ramas
cubre de sombra en rededor mi sueño.
Dormia, y de fantasmas apacibles
ocupada la mente, pisar creo
las campiñas de Persia, de abundantes
mieses las trojes y los surcos llenos:
de caudalosos rios ví en la orilla
los árboles ceder al dulce peso
de los maduros frutos, y en los montes
mecer su frente los jigantes cedros.
Absorta recorria con los ojos
uno y otro confin, cuando un mancebo
de airoso talle y de aflijido rostro,
postrado ante mis pies y con afectos
enamorados, que le otorgue pide
mi cariño y mi mano. «Mis deseos
corona, Scila,» me decia el triste
bañando el suelo con su llanto, «ó muero.
Tú eres mi bien; sin tí no quiero nada,
nada sin tí.» Su lastimoso acento
y su lloroso rostro, parecidos
al acento y al rostro que en secreto
fijos estan en mi alma y en mi oido,
quiero de cerca examinar; y siento
de huracan repentino y borrascoso
el bramido sonar, y en un desierto
me encuentro inculto y árido y desnudo
de frutos y de sombra, á quien perpétuo
sol abrasa y consume. Sus arenas
piso asustada, y sáleme al encuentro
un peregrino que alentando apenas,
me pedia socorro. Con incierto
paso me acerco al infelice, y miro
que el que socorro me pedia, ¡oh cielos!

era Faran.

Omara.

¡Faran!

Séila.

Faran, Omara.
«Séila» me dijo, «¿y quién á este funesto
sitio te trajo? dí. ¿Buscas acaso
la muerte al lado mio? El mismo incendio
que á mí te abrasa. ¡Ay mísera! ¿no escuchas
bramar el austro, y con oscuros cercos
no miras, Séila, atenebrar las luces
del moribundo sol? ¡Ay, que de nuestros
dias este es el último!» La tierra
siento bajo mis pies al decir esto
fluctuar ajitada; un sudor frio
baña los de Faran, baña mis miembros;
buscando asilo en él, su cuello ciño
con mis trémulos brazos, y él mi cuello
rodea con los suyos; pero al punto
se abre y nos traga el arenoso suelo,
que nos cubre y se cierra tenebroso
sobre nuestras cabezas. ¡Ay, que aun tiemblo
de terror al decirlo!

Omara.

Y no sin causa.
¡Temeroso presajio!

Séila.

De este sueño
tristísimo oprimida, y de mi susto
aun no bien recobrada, en mi funesto
delirio me encamino... no á esas islas
de contínuo frescor, no á esos amenos
campos de mirra y casia que olorosos
embalsaman el aire, y que sustento
al pueblo ofrecen industrioso y libre
que mora en esos troncos; sino á esos
mal labrados sepulcros y ruinas,
mansion de soledad y de silencio,
donde descansan á la oscura sombra
del fúnebre ciprés nuestros abuelos.
Mirándolos estaba, y aun creia
que dormian mis ojos y que el miedo

producia mi error; abro los labios
y quiero hablar, y la palabra en ellos
espira sin sonido. ¡Ah! ¡qué afanoso
mi corazon latia! Y no era sueño,
no, no era sueño ni ilusion, Omara:
realidad era, realidad.—¿Quién ¡cielos!
la mente ofusca y adormece el alma,
cuando del dia al resplandor abiertos
velan los ojos? ¡Ay! ¿son estas sombras
que crea mi delirio, ó son recelos
y anuncios de algun mal? Sonlo sin duda.
Faran, Faran el infelice es muerto:
muerto es, Omara, ó indefenso y solo
al cruel filo de traidor acero,
ó del profundo mar en los abismos,
ó bien perdido y prófugo y sediento
una fuente buscando en la arenosa
árida inmensidad de esos desiertos.

A este tiempo ya, y en diferentes épocas, habia refundido Solís un gran número de comedias antiguas: trabajo dificil, aunque de ningun lucimiento, para el cual tenia una habilidad en la que nadie le ha escedido. *La Villana de Vallecas*; *Cuantas veo, tantas quiero*; *Quien ama no haga fieros*; *La celosa de si misma*; *Por el Sótano y el Torno*; *El mejor alcalde el Rey*; *El Pastelero de Madrigal*; *El alcalde de Zalamea*; *La dama duende*; *La segunda Celestina*; *La dama boba*; *Marta la piadosa*; *El escondido y la tapada*; *Todo es fortuna*; *El rico hombre de Alcalá*; *Garcia del Castañar*; y otras muchas piezas de nuestro antiguo teatro le debieron el revivir en la escena de donde estaban mucho tiempo habia desterradas (1). El tino con que imitaba Solís el estilo del autor cuya obra restauraba era tal, que un célebre humanista y poeta de nuestros dias, habiendo asistido á la representacion de una de estas comedias y escrito despues un análisis de ella, fué á alabar precisamente como lo mejor de la pieza un trozo de versificacion que era todo de Solís: tan felizmente habia sabido darle el colorido dominante en el cuadro. Refundicion hubo en que injirió Solís mas de mil versos, y en alguna solo dejó de la obra orijinal el título y tres ó cuatro escenas.

(1) Tambien tradujo varias óperas como el *Delirio*, la *Griselda*, *Horacios* y *Curiacios*, &c.

Las producciones mas importantes de su pluma han quedado inéditas con sentimiento de los pocos que las han leido. A la época en que se quejaba Moratin de que se imprimiese todo, sucedió otra en que por maravilla se daba á la prensa una obra del jénero escénico: la cavilosidad y barbarie de la censura y la indiferencia con que Solís miraba sus escritos, fueron causas mas que suficientes para que no viesen la luz pública sino los que hemos indicado. Habia traducido ademas el *Maligno* de Gresset con el título de *El Enredador* ; *La Gazmoña* (la Prude) de Voltaire con el de *La Sevillana*, y el *Mahoma* del mismo autor ; y habia hecho una escelente imitacion de la *Fédima* del conde Tana: una controversia literaria que tuvo Solís con Moratin le indujo á escribir una trajedia orijinal que tituló *Tello de Neira*; muchos años despues compuso otra, tomando por protagonista á la desventurada reina Doña Blanca de Borbon; y finalmente dos comedias: *La Pupila* y *Las Literatas*. Inútil es hablar del mérito de unas composiciones que el público no puede juzgar: por las muestras que copiaremos al fin de este artículo, podrá el lector conocer á lo menos como dialogaba Solís en un jénero y en otro. Las cuatro piezas mencionadas están sujetas á todo el rigor clásico: la comedia de *las Literatas* tiene un pensamiento muy moral, interés, movimiento, chiste; y si se hubiera representado en el tiempo á cuyas circunstancias alude, hubiera agradado mucho; pero las dos trajedias le son muy superiores: en la de *Tello* nos parece que hay mas correccion, en la de *Blanca* mas interés, dignidad y grandeza. Cuando el rigor de la censura aflojó y ambas obras hubieran podido aparecer en los teatros, ya el público no queria trajedias. Conviene decir aqui, en elojio de la imparcialidad de Solís, que habiéndole leido Don Antonio Gil y Zárate su *Blanca de Borbon* (1), escrita sin tener noticia de la de nuestro autor, este juzgó que la de Gil era preferible para la escena, y le animó á que la hiciese representar. Por otro lado recordamos haber oido al mismo Don Antonio Gil que la Blanca de Solís era acaso la trajedia española mejor versificada. ¿Por qué este modo de hacerse justicia recíprocamente no ha de ser jeneral entre las personas de talento?

Hablando del autor, nos hemos olvidado del hombre, que si valia mucho en el parnaso, valia mas aun en la sociedad.

(1) Por el mismo tiempo escribia Espronceda en Paris otra trajedia sobre este asunto.

Modesto, juicioso, observador callado, fiel amigo, escelente esposo, escelente padre, si no era estimado de todos, era porque solamente algunos le conocian. La única persona de quien recibia consejos Maiquez en lo perteneciente á su arte, era el apuntador Solís. Ensayaba Isidoro un dia el papel de García del Castañar, y llegando al conocido verso «yo sé la mujer que tengo,» aquel gran actor dió á la frase una espresion fuerte de resentimiento, de enojo. Solís le interrumpió para decirle que García, hallándose tan seguro de la virtud de su esposa, debia pintar esta seguridad, esta tranquilidad, en aquellas palabras. Maiquez se rindió al punto á una observacion tan justa. En la trajedia de *Numancia* acostumbraba Maiquez tambien pronunciar con énfasis aquellos dos versos de Megara:

«Escipion, carne humana nos mantiene;
la sangre de los cuerpos beberemos.»

Solís le replicó: «si vé Escipion que le dan á gritos esa respuesta, le parecerá una fanfarronada, se reirá de ella, y creerá que el jeneral numantino en nada piensa menos que en cumplirla: es necesario que se vea ahí la calma terrible del hombre que ha tomado una resolucion cruel, pero firme, irrevocable.» Maiquez contestó: «todos los galanes que antes que yo han hecho este papel, gritaban aquí; y con un auditorio acostumbrado á esto, si no chillo, disgusto, y la trajedia pierde.» Se vé por los dos ejemplos citados que Solís conocia el arte de la declamacion, y por el postrero, que Maiquez conocia al público.

Cuando ocurrió la invasion de los franceses, año de 1808, Solís, aunque casado y con hijos, impelido de aquel patriotismo puro y ardiente de que tal vez no podemos ya formarnos idea, se alistó de granadero en el segundo batallon de voluntarios de Madrid. Prisionero en la desgraciada accion de Uclés, lo condujeron á Madrid invadido del tifus castrense, dolencia que trasmitió involuntariamente á su familia, cuando fué puesto en libertad á fuerza de dilijencias de su esposa la apreciable actriz doña María Ribera. Habiendo acompañado á Cádiz el año de 1823 al gobierno constitucional, fué confinado despues en Segovia, y la censura se armó en lo sucesivo de un rigor fanático contra sus composiciones, prohibiéndole todas las que pudo. Léase entre los fragmentos que van al fin de este artículo la oda que escribió Solís con motivo de la guerra movida por los franceses á los liberales de España; y por el espíritu que anima allí al poeta, se podrá venir en co-

nocimiento de la ojeriza que bajo el réjimen absoluto le tendria cualquier censor político de teatros, solo con que hubiese traslucido aquellas ideas. Deseoso de contribuir por su parte con algunas piedras á la construccion del templo de la Melpómene española, habia elejido seis asuntos de historia nacional para otras tantas trajedias; pero las enfermedades que le acosaban hacia muchos años, y que se le habian agravado con la edad, solo le permitieron, acabada ya la Blanca de Borbon, trazar el plan de *Guzman el Bueno*.

La sociedad patriótica de la Habana le nombró su sócio corresponsal en señal de la estimacion que hacia de sus escritos, de los cuales habia visto la *Camila* y unas composiciones líricas que poseia el secretario de aquella corporacion Don N. del Monte. Esta fué la única demostracion de aprecio que debió Solís á España, y no se la dieron los españoles de la península. Quien lea sus traducciones, sus refundiciones, su *Camila*, sus obras orijinales (cuando lleguen á ver la luz pública), no podrá negar á D. Dionisio Solís el título de escritor laborioso y correcto, de versificador valiente, de poeta trájico distinguido, acreedor al mismo lauro que algun otro coetáneo suyo, como Cienfuegos, que goza de celebridad, sin haber hecho un drama capaz de sostenerse en la escena. Murió oscuramente en Madrid, como habia vivido, por agosto de 1834, cuando tenia preparada para la prensa la coleccion de sus poesías, parte de las cuales hemos visto. En ellas hay odas de todos los jéneros, romances, fábulas, sonetos y traducciones de los poetas griegos y latinos; y las mas de estas obras sobresalen por un gusto purísimo. Las que insertamos aqui, tomadas á la ventura, son harto inferiores á las que yacen todavia inéditas, aunque nos lisonjeamos de que no permanecerán asi mucho tiempo. Tambien habia escrito Solís una reseña ó juicio crítico de un gran número de comedias de nuestro antiguo teatro. Tuvo tres hijos á quienes educó en el amor á la virtud y en el odio á las tablas; y á la amistad del menor, llamado Don Dionisio como su padre, hemos debido las noticias que damos en estos breves apuntes.

FRAGMENTOS DE LA COMEDIA

Las Literatas.

DE LA ESCENA 5.ª ACTO PRIMERO.

D. FERMIN *y* D. TADEO.

Tadeo.
Mucho puede
el tal huésped.
Fermin.
En efecto,
lo que es mi Hipólita nunca
le replica ni se ha opuesto
á lo que pide don Pepe.
Tadeo.
¡Calle! ¿nunca?
Fermin.
Es su maestro:
no es de estrañar; y le mira
con el amor y el respeto
de un discípulo.
Tadeo.
Está bien;
pero ¿qué la enseña?
Fermin.
En eso
es en lo que aunque quisiera
satisfacerte, no puedo.

¿Qué sé yo? La enseñará
á hacer décimas en verso,
y adivinajas.

Tadeo.

¿Y pierde
lastimosamente el tiempo
en aprender fruslerías,
que hacen ridículo al sexo
femenil lejos de darle
ni estimacion ni concepto
con los doctos, una esposa,
una madre á quien el cielo
confia el honor, el bien,
el buen órden, el aumento
de una familia? ¡Pues qué!
¿cuidar de su casa es menos
meritorio, menos útil
que una charada, un soneto,
ó la traduccion de un drama
disparatado, ó de un cuento
francés inmoral é insulso?
¿De qué utilidad es esto
para nadie? Ni una madre
¿qué es lo que aprende en leerlos,
si no es cosas que la fuera
mucho mas útil por cierto
que ignorase eternamente?
¿No conoce otros modelos
que imitar de honestidad,
de solicitud, de esmero
maternal, de economía,
de humildad y de respeto
amoroso á su marido,
que á Eloisa? ¿No es por cierto
cosa cruel que se afane
por mostrarnos su talento
en coplas, ó en decidir
si es conforme á los preceptos
del arte *El Pirata*, y nunca
en reformar su altanero
carácter, ni en enmendar,
ó en ocultar sus defectos?

¿Para qué aspira á otra fama
que á la de buena? ¿á otro aprecio
que al de su esposo? ¿Presume
que fuera de su aposento
y de su casa, hay mas mundo
para una madre?

Fermin.

. . . . . .
. . . . . .

En lo que no estoy
con tu parecer de acuerdo,
es en cuanto á que es un tonto
mi huésped. Si hay en el reino
literatos, él es uno:
y no literato de estos
de tres al cuarto, sino uno
que no hay nadie entre los nuestros
que le eche el pie.

Tadeo.

Pero tú
¿qué entiendes, ni...?

Fermin.

No lo entiendo,
bien; pero lo entienden otros
que canonizan de aciertos
sus cosas.

Tadeo.

¡Bueno! y tú piensas
que porque lo dicen ellos,
tu don Pepito es un hombre
incomparable, un portento
de literatura, digno
de adoracion y de incienso.
¡Qué! ¿el mérito no consiste
en mas que en citar á tiento
á un autor, ó en confirmar
un dislate con un testo?
¿Qué importa que otros le llamen
erudito, para serlo?
¿ni cuándo á un necio le falta
en Madrid otro mas necio
que le aplauda?—¡Literato!

Hacinar en un folleto
disparates, traducir
con deshonor y tormento
del castellano, comedias
francesas entre el tudesco
y el catalan; ostentar
con otros botaratuelos
su locuacidad; hablar
de ciencias, sin otro medio
de conocerlas que mucha
presuncion y poco seso;
mentir, estafar, comprar
una proteccion á precio
de una infamia, y merecer
con otra infamia un asiento
en la mesa de un marqués
que los mate el hambre, ¿es esto
ser literato?

FRAGMENTOS DE LA TRAJEDIA

Blanca de Borbon.

ACTO SEGUNDO. ESCENA CUARTA.

DOÑA BLANCA *y* DON PEDRO.

Blanca.

Al mandamiento
de su señor, humilde como siempre
la infortunada Blanca, desde el seno
de su infausta prision á tu palacio
y á tus pies viene, á merecer en ellos,
adorándote siempre, que le seas,

ya que no mas amante, no tan fiero.
No te irrites, señor. Sé cuan odiosos
de la triste Borbon le son á Pedro
el amor y los llantos. Sélo y sufro,
y á Dios no mas de mi dolor me quejo.
Dame á besar tu mano.

Pedro.

De esa inútil,
de esa mentida sumision me ofendo
aun mas que de tus quejas. No te jactes
de humildad que no tienes, y á lo menos,
no con artes hipócritas añadas
el fraude al odio inicuo que en secreto
profesas contra el mismo á quien te toca
por superior á tí mostrar respeto,
por rey temerle, amarle por marido.
¿Piensas que me es oculto, ó que no entiendo,
francesa infiel, aunque de tí lejano,
cuál es el torpe, el criminal intento
con que á otra mano trasladar procuras,
de entre las mias arrancado, el cetro
de una y otra Castilla?

Blanca.

¿Blanca?

Pedro.

Blanca,
que de mi madre y mi traidor maestro
dando pretesto á la ambiciosa audacia,
armar de bronce y de rencor los pechos
pudo para mi daño; que en contínua
alteracion á mis discordes reinos
tiene con su artificio; que de Enrico,
de Federico (1), de don Juan, de Tello,
de cuantos llaman padre al padre mio,
infame prole de afrentoso lecho,
apela á la maldad: por quien se tiñe
el Najerilla en sangre, en sangre el Duero;
por quien es quejas, sedicion, insultos
y confusion la patria; por quien siento
resonar en mi oido el insufrible

(1) Don Fadrique.

dictado de tirano. ¡Oh desafuero
culpable é inaudito!—Y tú ¿quién eres?
¿quién eres tú que de mi amor al pueblo
apartas castellano?

Blanca.

Una infelice
aborrecida de su esposo. En esto
consiste, este es no mas el crímen mio,
y este es bastante para tí. No creo
que halles otros en mí, ni tú presumo
que necesites contra Blanca de ellos,
teniéndola en tus manos, indefensa
y á merced de tu ira. Que si á efecto
de que muera la llamas, rompe, ¡oh! rompe,
señor, su corazon, y tu funesto
rencor aplaca en él. Mas no la acuses
de otros delitos, en tu ofensa reo,
que el de amarte á pesar de su infortunio,
y el de no merecer que la ame Pedro.—
Quéjaste de Alburquerque y de tu madre.
¿Qué estraño era, señor, que conociendo
que los aborrecias, é impelidos
á dejar tu palacio con el miedo
de tu cólera, en Toro y tras sus muros
buscaran un asilo en que ofenderlos
de su irritado príncipe la saña
por dicha no pudiera? Porque al eco
de mi lamento, la piedad abriera
el alma de uno y otro, ¿eran por eso
culpables para tí? ¿Todos, ¡ay! todos
han de tener el corazon de acero
como tú para mí? ¿y el no imitarte
acaso en el rencor los hace reos
de tu venganza? ¿A nadie se concede
que muestre compasion de mis tormentos,
sin ofenderte? ¿Es crímen en Castilla
el darle amparo, el ofrecer consuelo
al que yace oprimido?

Pedro.

Eslo sin duda
profesar en Castilla otros afectos
que los de su monarca. Ni el que jime

ó llora es inocente de los riesgos
en que pone á su príncipe, si el llanto
es causa de que infiel, discorde, inquieto,
su pueblo rompa á la obediencia el coto.

Blanca.

¿Y con llorar, señor, tambien te ofendo?
¡Triste suerte la mia, que ni aun dado
me es el llorar sin culpa! Si á los ecos
de mi prision á solas mi infortunio
al son de la cadena les refiero,
y á que llore me induce la memoria
tristísima y cruel de mis sucesos,
es agravio el dolor, crímen la queja;
y cuando el corazon está mas lleno
en mí de su tormento, ni aun que implore
se me concede en libertad al cielo.
Con el llanto me acusas de que irrito
la sedicion, y la discordia enciendo
que tu sosiego altera. Desde el dia
en que pisé del alto Pirineo
las enriscadas cimas, y me pude
madre llamar del castellano pueblo,
¿qué, sino es su quietud y tu ventura,
fué mi constante afan, mi único anhelo?
¿Qué, si no es refrenar los iracundos
ímpetus de tu saña, y sus efectos
atajar con la súplica? Aun caliente
está en tus manos de mi llanto el cetro,
del llanto humilde mio, cuando ansiosa
de inclinarte á piedad, entre tus reinos
y tú, señor, con ellos irritado,
mi mal premiado amor fué medianero.
Aun suena, ¡oh Pedro! aun suena el eco mio
en esta misma estancia, cuando asiendo
de tu mano y llorando: «solo en basas,»
te decia, «de amor, tienen asiento,
señor, los tronos. A tus pueblos ama,
si aspiras á su amor, y no con ellos
te aplazca el ser cruel. Llámente padre,
no te llamen tirano. No de Pedro
el nombre con las lágrimas alterne

de los desventurados. El consuelo
de ellos sé tú; no tú, señor, la causa
de su infortunio seas. A lo menos
considera al mirarlos que eres hombre,
y que reinas en hombres. Pueda el ruego
mas que la ofensa en tí. No esa corona
de que te ciñe en su piedad el cielo,
astro de muerte y de terror asuste
á Castilla en tu frente; antes su aspecto,
puro siempre y benéfico, disipe
la torpe sombra en que la oculta el miedo.»
Estas eran mis súplicas. Y el fruto
de ellas, señor, ¿cuál era? Oprobio y ceño
y desden y abandono. Y yo rendida
de mi dolor al insufrible peso,
¿cuándo otra cosa á tu impiedad opuse
que el llanto y la paciencia? ¡Ay! ¡cuántas fueron,
cuántas las noches lúgubres y eternas,
en que llorar en solitario lecho
tu ausencia fué mi oficio, ó de tu madre
(partícipe no mas de mis secretos)
acompañada, al cielo de mi pena
con ella en la oracion pedir remedio!
De desamor me acusas. ¿Por qué buscas
al infortunio mio otro pretesto
que tu odio mismo? Fábula del mundo
y asunto de su lástima, sin deudos,
sin padre, sin amparo, en reino estraño,
de prision en prision, siempre á lamentos
y á dolor siempre condenada, y siempre
regando con mis lágrimas el suelo
donde los pies estampo, ¿quién ha sido
el único suspiro de mi tierno
corazon si no es tú? ¿quién la memoria
única de mis dias? ¿quién el sueño
único de mis noches? ¿En quién siempre
fijo mi enamorado pensamiento
he tenido, aunque siempre aborrecida.
si no es en mi opresor...?—¡Ah! no pretendo
irritarte, señor. Queja y no insulto
es en mí esta palabra. Mas al menos
concédeme que llore. ¿Y qué otra cosa

me dejas sino el llanto? No (añadiendo
impiedad á impiedad,) á quien padece
y padece por tí, ni aun el consuelo
que encuentra en lamentarse le permitas
á su dolor, ó quieras que ni aun lejos
de tí suspire y de su llanto fie
el sonido tristísimo á los ecos
de su prision, y al menos esta prueba
de que aun te tiene amor te dé con ello.

ACTO 5.º ESCENA ÚLTIMA.

Guido, legado de S. S.

. . . . . Espiró. ¿Qué llanto basta,
hermosa santa, miserable reina,
para llorar tu fin? ¡Pérdida triste,
irreparable, lastimosa, inmensa
para Castilla que en eterno luto
é incesante dolor sin tí se queda!
Ábrale el cielo, oh coronada mártir,
de su mansion pacífica las puertas
á tu inocente espíritu. Corone
tu frente el sol, y de su luz estienda
espléndidas alfombras que tu planta
ya venturosa pise. Premia, ¡oh! premia,
padre de la piedad, los infortunios
con que quisiste en la culpable tierra
hacerla padecer, y que á tu lado
sus lágrimas olvide. De mas cerca
llega y mírala, Pedro. Estos los frutos
son de tu atrocidad. Repasa en ella
tus crímenes. Contempla en ese rostro
teñido de la muerte. Considera
esa cárdena boca y esos ojos
cerrados de tu mano en noche eterna,
para siempre apagados.—¿Llorais todos?
Su matador presente, ¡llorais muerta
á la mísera Blanca! ¡Oh castellanos!
lo sé; no á todos os transforma en piedra
el rostro de un tirano. En él tan solo
no es conocido el llanto. Pero tiembla,

rey delincuente, tiembla; no presumas
que el purpurado manto y la que cerca
corona de oro tu execrable frente
en círculo espacioso, te defiendan
de la celeste inevitable ira.
Para Dios nadie es rey. Ya la sentencia
que el ser eterno contra tí fulmina
firmada está con diamantinas letras
en el libro inmortal que el nombre impio
del pecador contiene. Ya, ya suena,
cual fiero mar en tempestad sañuda,
del arco omnipotente la tremenda
flecha partir, que hácia tu pecho rompe
con vuelo rapidísimo las sendas
tenebrosas del aire. ¡Oh campos, campos
fúnebres de Montiel! ¡Cómo se adensa
en torno de vosotros la nocturna
oscurísima sombra, hórrida, inmensa,
que á presenciar el fratricidio impio
ha estendido la noche! ¡Ah! ¿Quién son estas
descarnadas fantasmas, que ceñidas
de ropas de la tumba, se apoderan
de un destrozado cuerpo, y á la sangre
que de su pecho brota, las sedientas
bocas aplican, y el horrible himno
entonan de la muerte? ¡Ay! no mas, cesa,
Dios vengador, no mas.

(Revista de Madrid.)

POESÍA LÍRICA.

A Don Emilio Solís,

HIJO DEL AUTOR.

Bate del mar profundo
con tormentosas iras
en deslumbrada noche
el ábrego la orilla;
rueda horrísono el trueno;
la esfera cristalina
de sus etéreos ejes
temblando se desquicia;
pálido el marinero
que con las ondas lidia
y sus llanuras ara
con quebrantada quilla,
al irritado cielo
las manos estendidas,
piedad le pide, y poco
de su piedad confia;
que del undoso ponto
en las entrañas frias
sepulcros mil y abismos
inmensurables mira:
cuando callando el austro,

las olas entumidas
se calman, y en el éter
plácido el iris brilla,
y hácia el felice puerto
la mísera barquita
dirije, y de su márjen
la amada arena pisa.
Que no de otra manera
de la deidad propícia,
que del mortal, amante
y sin descanso cuida,
reparte en nuestro suelo
la mano compasiva
el bien y el mal, y entrambos
benéfico equilibra.
Asi que no abatido
el ánimo se rinda,
ni del dolor se postre
medroso á la porfia.
«Consuélese el que llora,
espere el que suspira;
que siempre el infortunio
fué nuncio de la dicha.»

Romance morisco.

«Escuchadme, castellanos,
y tú, alcaide, que paseas,
de su defensa cuidoso,
las murallas de Antequera,
escucha á Celin, si acaso
es que de Celin te acuerdas,

á quien llaman los moriscos
mantenedor de sus fiestas:
el que en el funesto dia
que las lunadas banderas
de las armas de Fernando
fueron por desdicha presa,
á pesar de tres heridas,
sin esperanza y sin fuerzas,
no dudó de solo á solo
hacerte á tí resistencia.
A tí por quien tantas madres
del Albaycin se lamentan,
y al oir tu nombre, al seno
á sus maridos estrechan.
Perdona si baña el llanto
el rostro mio, y no creas
que puede llorar sin causa
quien de tu acero no tiembla;
pero si en ánimos nobles
es la osadía cadena
de la amistad, hoy contigo
la mia te recomienda;
y enternecido y piadoso,
al considerar mi pena,
que te lastimes confio,
y que mi súplica atiendas.
Maleca, ínclito caudillo,
mi idolatrada Maleca,
está en tu poder, y ausente
muero de dolor por ella.
El título de su esposo
quiso el cielo darme apenas,
cuando sonaron en torno
las castellanas trompetas;
y el católico escuadron
tremolando sus enseñas,
cubrió de sombra estos campos
y de terror á Antequera.
Perdímosla, y mas que todos
este desdichado en ella,
pues que Maleca perdida,
¿qué mas que perder le queda?

Tú solo puedes, tú solo,
del pesar que me atormenta
templar la impiedad y hacer
que no me mate su ausencia.
Restitúyemela, alcaide;
y el padre comun que premia
la misericordia, cuide
de remunerarte de esta.
¡Oh! ¡quién para su rescate
poderoso á darte fuera
las minas que el rico Idaspes
y el índico mar rodéa!
Pero todos mis tesoros
en cuatro acémilas bellas
están para tí, cristiano,
de esta ciudad á las puertas.
Treinta telas de brocado,
seis alcatifas de Persia,
tres purpuradas marlotas
recamadas de oro y perlas,
doce espadas, que blandidas
por tu belicosa diestra,
¡guay del triste que en la lid
esté de sus filos cerca!
cinco potros obedientes
al acicate y la rienda,
los mas bellos que del Betis
la orilla pacen amena;
ropas de cándida lana
y paños que labran sedas,
que afrentan con sus matices
las de Milan y Florencia.
Todo es poco: lo sé, alcaide;
pero mi contraria estrella
esto y no mas me permite
ofrecerte por Maleca.
Si esto no es bastante, añade
mi persona á mis riquezas,
y de su mano traslada
á mi cuello su cadena;
ó si á dármela resistes,
manda que de esas almenas

el mas certero dispare
á mi pecho su ballesta.
Mátame, sí: esto te pido:
apiádente mis querellas;
que para sentir desdichas
¿qué importa que el triste muera?»
Calla con esto, y el rostro
inclina lloroso á tierra,
y espera á que desde el muro
le dé el alcaide respuesta.
«No temas,» le dice este;
«moro enamorado, alienta:
no pienses que en mí el oido
á la compasion se cierra,
ni que tienen los cristianos
las entrañas tan de piedra,
que nunca en ellas penetren
del númen de amor las flechas:
tambien sienten, tambien lloran
como los moros sus penas,
y sufriéndolas aprenden
á compadecerse de ellas.
Para que sepas si es cierto,
libre te doy á tu prenda.—
Condúcela tú, soldado,
y franqueadle esas puertas.
Con mi esposa en sus estrados
recamando está una tela
con que mi Alfonso en las armas
contra Archidona se estrena.
Esos tesoros, Celin,
con que rescatalla piensas,
para tí queden, y nada
por ser piadoso me ofrezcas.
Para tí son, nada quiero;
que los hombres de mi esfera
peleamos con la espada,
no traficamos con ella.
Esa es tu esposa, ahí la tienes;
y pues con llanto la mercas,
en cambio de lo llorado
bien mereces que te quiera.

Tómala en ancas y parte;
pártete, Celin, apriesa,
pues ya el padre de las luces
está del ocaso cerca.»
Atónito de su dicha,
lo que el alcaide le ordena
cumple el moro, y con palabras
para responder no encuentra
Por un rato llora y calla;
al fin torciendo las riendas
hácia Conil, pone al bruto
las aceradas espuelas.
Mas antes de que se aleje:
«á Dios, alcaide, te queda;
á Dios,» le dice, «y él tome
tu ilustre accion por su cuenta.»
«A Dios» le repite; y dando
libertad en la carrera
al caballo, desparece
en la cercana floresta.
Dicen que por el camino
la rescatada Maleca
al volver Celin la cara,
quizá con la intencion mesma,
le imprimió en la boca un beso
de su amor en recompensa,
precursor de otros placeres
que para la noche espera.

Soneto.

Puro y luciente sol, ¡oh qué consuelo
al alma mia en tu presencia ofreces,
cuando con rostro cándido esclareces
la oscura sombra del nocturno velo!

¡Oh! ¡cómo animas el marchito suelo
con benéfica llama! y ¡cómo creces
inmenso y luminoso, que pareces
llenar la tierra, el mar, el aire, el cielo!
¡O sol! entra en la espléndida carrera
que el dedo te señala omnipotente,
al asomar por las etéreas cumbres;
Y tu increado autor piadoso quiera
que desde oriente á ocaso eternamente
pueblos felices en tu curso alumbres.

Soneto.

Canta, blanco palomo, y de la aurora
el róseo carro con tu acento llama;
que atenta escucha en la mullida cama
la esposa á quien tu cántico enamora.
Canta y anuncia la estacion de Flora
y el delicioso incendio que te inflama,
mientras sentado en la frontera rama
otro palomo solitario llora.
¡Felice tú que puedes con tu canto
al alma penetrar por el oido
del ave amante en que tu bien se funda!
Y ¡mísero de mí, que el triste llanto
en que á solas me miras consumido,
sin fruto el rostro y sin cesar me inunda!

La Anunciacion de los Pastores.

(*Fragmento de una loa para la noche de Navidad.*)

Adonias, pastor.

Era la noche y entre red nudosa,
mientras tornando el sol, de aquesta orilla
las flores tiñe de carmin y rosa,
en sueño está la blanca manadilla:
nocturna escarcha, cándida y lustrosa
á los reflejos de la luna brilla,
y al derredor de la encendida llama
busca el pastor á su cansancio cama.

Mudo silencio, soledad profunda
en torno reina del tendido prado;
duerme la vaca allí de ubre fecunda
del becerrillo mamanton al lado:
duerme el vaquero á quien el sueño inunda
con su licor, y exento del cuidado
de su rebaño, á la quietud presente
el ánimo abandona, y nada siente.

Cuando en el medio de la noche oimos
que con celestè son cándido coro
rompe los vientos, y en sus manos vimos
las harpas resonar con cuerdas de oro:
músico plectro, y címbalo sonoro

en acuerdos armónicos sentimos,
y el cántico decir: «*cese la guerra,*
«*gloria en el cielo á Dios, paz en la tierra.*»

La admiracion, el sobresalto, el susto,
confundidos allí con la alegría,
y con el miedo batallando el gusto,
absortos y suspensos nos tenia.
¿Cómo pintar, cómo decir al justo
la clara lumbre que afrentando al dia,
en derredor del escuadron alado
enciende el rio é ilumina el prado?

No brilla mas en el rosado oriente
cuando se muestra el sol amaneciendo,
ni la diadema que su roja frente
de rayos ciñe, el mar emblanqueciendo,
es mas pura, mas cándida y luciente,
que el coro celestial que con estruendo
canoro baja, y las etéreas salas
rápido corta con tendidas alas.

Uno de entre ellos, que con rostro humano
y forma de mortal se nos inclina,
soltando, dijo, el labio soberano:
«pastores, no temais, que está vecina
la redencion del infernal tirano,
y su castigo y su inmortal ruina:
el hombre Dios, el poderoso, el fuerte,
viene muriendo á derrocar la muerte.»

»Id á Belen, que en infantiles fajas
y en un portal, á la inclemencia abierto
de fria noche, y entre humildes pajas,
le vereis niño y de favor desierto.
¡Bendito tú que del empíreo bajas,
de mortal carne y de dolor cubierto;
tú, que quisiste en tu saber profundo
ser hombre, y eres Creador del mundo!»

Dijo, y tornando con alegre acento
su cántico á entonar el coro santo,

é iluminando en derredor el viento,
dejó en las almas humildad y espanto:
entonces, pues, á su mandato atento
yo el primero, de tierra me levanto;
incito á todos que á Belen corramos,
y á Belen todos al momento vamos.

Celeridad á nuestros pies sin duda
dió la esperanza y los calzó el deseo,
pues que ni el frio de la noche ruda,
ni la distancia del camino, creo
que pudo entorpecer la lengua muda:
Todo fué en fin placer, todo recreo,
hasta que cerca de Belen á un lado
se vió el portal en cielo transformado.

Estaba el niño que al ardiente estío
en el agosto abrasador inflama,
con señas de dolor temblando al frio,
y un pesebre no mas era su cama:
inmensa luz le cerca, y el sombrío
portal llenando la celeste llama,
muestra que el niño que entre pajas llora,
es el señor de la diurna aurora.

Josef, el padre, con el pobre manto
cubre sus miembros tiernos y desnudos;
una mula y un buey del niño santo
muestran piedad, aunque animales rudos:
la vírjen madre con su boca en tanto
besa los labios de Jesus, y mudos
los dos con el placer y regocijo,
á Dios adoran en Jesus su hijo.

Llegamos á sus pies, y allí cantando
canciones mil en señas de contento,
con fé y amor el labio desatando,
formamos todos musical concento:
y cada cual sus dones presentando
uno la miel, otro el cabrito, atento
dá á la madre del niño, otro sincero
de blanca lana ofrécela un cordero.

Ella admitiendo con amable risa
nuestras ofertas, se nos muestra hermosa
cual blanco lirio ó roja manutisa,
ó como en prado nacarada rosa:
que aunque tienen beldad Zulma y Edisa
y son honor de aquesta orilla umbrosa,
la del tierno Jesus madre doncella
era entre muchas bellas la mas bella.

En fin, contentos de la dicha nuestra,
dejamos aquel sitio, cuando el dia
estos oteros con el sol nos muestra,
y alumbra el techo de la choza mia;
y mi placer es tal, que á la siniestra
suerte no temo ni á la saña impia
del tirano infernal; que mientras vela
Dios en mi ayuda, en vano es su cautela.

Que en tanto que la madre del Eterno
á su inmensa piedad por mí interceda,
ni me da susto el tenebroso infierno,
ni la fortuna con su instable rueda:
á ella dedico con afecto tierno
mi corazon en quien grabada queda;
que en este de dolor destierro mio
en ella solo y su piedad confio.

A la guerra de España y Francia

EN 1823.

Á las armas; no hay medio: del tirano
que á Francia oprime y que su trono afrenta
¿no oís cual ruje en la traidora mano
la bárbara cadena con que el cuello
de la indomable España atar intenta?
¿No oís tronar con eco repetido
el duro bronce? ¿y la arborosa frente
undular no mirais del Pirineo,
de marcial trompa al bélico sonido?
¿Un estruendoso, un rápido torrente
de armas y armados desde su alta cumbre
no mirais descender hácia los llanos,
hácia los llanos que en su ameno curso
el Ebro undoso á fecundar camina,
amenazando á nuestra cara patria
llanto y desolacion, muerte y ruïna?
¿Pues qué esperais, indómitos iberos?
Brille el pendon del castellano Marte
á las lumbres del sol, y los aceros
que en san Marcial de sangre aborrecida
bañasteis animosos.
Las sombras contemplad, que coronadas
de las palmas del triunfo en nuestros campos,
sacan de sus sepulcros tenebrosos
la noble frente, y ¡LIBERTAD! os claman:
y sus pechos mostrando

por ella rotos, pero no rendidos,
incitándoos están á la pelea,
y en vuestro amparo el sacrosanto númen
llaman de Maratón y de Platea.
A su acento, miradle, corta el éter
con alas de oro; de broncíneo cerco
la sien corona, el asta luminosa
blande terrible, y de esplendor inmenso
llena la tenebrosa
tierra, como brillar tras noche umbría
en el radioso oriente
se mira al astro creador del dia.
Él os llama á la lid, él de la espada
os arma de Milcíades, y quiere
que en torrentes de sangre desatada
arda fulmínea en españolas manos,
cual funesto cometa
nacido solo á amedrentar tiranos.
«Por esta senda,» os dice, «se camina
á la inmortalidad: senda es de sangre;
pero senda es de honor, de donde el héroe
nunca el paso declina. ¿Y cuál mas fértil,
cuál mas fecundo en héroes cria el cielo
que el hispánico suelo?
¡Patria del Cid y patria de Padilla!
¡ó tú, ínclita Castilla!
Aun en tus montes respirando el aura
de dulce libertad, nace el soldado
con pecho denodado
á contrastar lidiando á la fortuna:
aun su dichosa cuna
sombra de triunfos plácida rodea;
aun el hórrido son de la batalla
á su oido impertérrito recrea;
al eco de la trompa se adormece,
y entre franceses huesos
la libre madre sin temor le mece.
Ea pues, al combate; siempre al lado
me tendreis, confiad, de acero y saña
y de furor armado.
El estandarte de la libre España
sea terror al mundo: el sacro nombre

de libertad con sonoroso estruendo
del pérfido Luïs en la áurea estancia
haced que suene horrendo:
óigalo y tiemble en sus orillas Francia;
óigalo y tiemble; que del númen mio
los animosos pechos inflamados,
á vuestras armas de mi culto fio
que la gloria estendais. Apresurados
corred, héroes de Hesperia:
corred, y el eco horrísono retumbe
de patria y libertad la ártica Tetis,
del alto Calpe al áspero Rifeo,
del mar de Frijo al turdetano Betis.
Que en vano contra España tiende al aire
las abatidas lises
el tirano francés; en vano llama
huestes de mercenarios asesinos,
que en nuestra ofensa con su acento inflama.
Lleguen, que los caminos
abiertos les están por donde entraron
sus padres y las tumbas que ocuparon:
lleguen, que armado de ínclita osadía,
del Ter ocupa la ondulante arena,
blandiendo en alto el triunfador acero,
Mina, terror del Sena,
y Abisbal y Morillo y Ballestero,
que aun no marchito á la sublime frente
ciñen el patrio lauro
de las francesas lides, y su fuerte
brazo es aún ministro de la muerte.
Sus, españoles, al combate: el canto
de la lid entonad; canto que infunde
de los tiranos al oido espanto,
cuando rápido al aura se difunde.
Por mí lidiais, en pos de mí y á sombra
del estandarte de la patria. Sangre
cubra los campos de purpúrea alfombra,
sangre francesa; y de uno y otro rio
corran triunfantes las cruentas olas
de la hispana Anfítrite al seno frio.
Las cimas escalad, las altas cimas
del helado Pirene;

y el bisoño soldado en nombre mio
su ánimo en ellas y su acero estrene.
¿A qué esperais? mirad como en tumulto
pisa vuestro confin el bando impio:
no es español quien el traidor insulto
no sale á resistir. Héroes, seguidme:
encuentre á nuestras manos su ruïna
esa vil muchedumbre.
La patria os llama, el cielo os patrocina:
no receleis, abierto
el camino teneis, el triunfo es cierto.»

DISCURSO

sobre las unidades dramáticas (1).

Señores: al examinar las tres unidades del drama, cuestion en que se han ocupado tantos escritores distinguidos de todas las naciones cultas, inutil parece recordar que esta regla, en unos tiempos y paises apenas conocida, en otros acatada, repelida en algunos, y debatida mas ó menos en todos, no es (circunscrita á dos de los tres artículos que abraza) una ley de aquellas que tocan á la naturaleza misma de la fábula dramática, no es una de las condiciones de su existencia. Si en medio de una funcion teatral subiese el apuntador á las tablas con un cuaderno en la mano, y dirijiéndose á los espectadores, se pusiera de improviso á leerles una narracion que terminase en forma histórica el hecho que habian empezado á representar los actores; si se intentara suplir el diálogo de una comedia con la accion muda cual se ejecuta en el baile, empleándola por un espacio considerable de tiempo; si hubiera quien escribiese un poema dialogado, no ya de la estension del *Cromwel* de Victor Hugo ó de la *Celestina*, sino que llegase á ocupar un crecido número de volúmenes; á esta singular invencion y á aquella repugnante mezcla, si se les podia aplicar un nombre, no seria ciertamente el de comedia ó trajedia, no seria el de drama. Reglas

(1) Escrito en Marzo de 1839 para leerlo en el Ateneo científico y literario de Madrid, donde á la sazon discutia este punto la seccion de literatura.

tiene, reglas necesita el poema dramático que no podrán ser quebrantadas sin destruirlo; pero si en el número de estas debe contarse la que establece que su accion sea una, las unidades de tiempo y de lugar no pertenecen á tan elevada jerarquía. En las conferencias anteriores de la seccion de literatura, reconocieron esta verdad los oradores que tomaron parte en la discusion, pues jeneralmente propendian á conceder á los autores dramáticos ciertas franquicias que no se avienen con el rigor del clasicismo; pero si algunos de estos señores se mostraron indulgentes ó jenerosos (y otros no tanto) con los que su mala estrella aficiona á tan dificil jénero de poesía, todos los votos se reunieron para desaprobar la licencia de que los dramáticos modernos han usado en sus producciones desde que se declararon en rebeldía contra los dogmas literarios del gran filósofo, que no pensó siquiera en establecer alguna de las doctrinas siglos hace apoyadas en la autoridad de su nombre. En consecuencia de esto, y sin detenerme á esplicar qué cosa sean unidades, hacer su historia, ni averiguar su índole; mi discurso se dividirá en los cuatro puntos sobre los cuales ha jirado la discusion hasta ahora: inconvenientes de la completa sujecion á la regla de las tres unidades; inconvenientes de su inobservancia llevada al estremo; rumbo que han seguido los dramáticos modernos, apellidados *románticos* por apodo; y límites que debe tener esta licencia.

Nadie negará, porque es un hecho, que la mas importante de las tres unidades, la unidad de accion, ha sido respetada siempre, y su necesidad no se ha controvertido. Los mismos revolucionarios de la literatura la adoptan, y cada vez que han tratado esta materia los críticos, los preceptistas, ó los poetas dramáticos, el que menos ha dicho, ha confesado que era conveniente; los demas han afirmado sin vacilar que era precisa, indispensable, esencial al drama. Ver este precepto de un sistema que se combate, abrazado y seguido por los mismos que trabajan para destruir aquel propio sistema; al paso que escusa de discurrir argumentos con que defenderlo, escita tambien al observador á investigar si ademas de la razon ostensible de la necesidad, hay alguna otra particular y secreta que contribuya á la esplicacion de este fenómeno. A poco que se medite daremos con ella. Los inconvenientes que puede traer la ríjida observancia de las unidades de lugar y tiempo son nada en comparacion de los que produciria la re-

gla de unidad de accion cumplida escrupulosamente, si fuera cierto, como decia Voltaire, que la perfeccion del arte seria una *accion sin episodios*; pero estos inconvenientes los han conocido todos los preceptistas desde el primero al último, y los han salvado en la regla misma, la cual prescribe, no ya la unidad de accion estricta, simple y severa, sino modificada y ensanchada con una licencia oportuna. La razon es palpable. Observada la unidad de accion en su mas estrecho sentido, tal como la graduaba de perfecta el filósofo de Ferney, el poema dramático, sencillo hasta la desnudez entonces, despojado de incidentes varios que empeñasen la curiosidad del espectador, que le interesasen, que le conmoviesen, que le suspendieran, muy débilmente podria ajitar el ánimo, muy corto placer pudiera dar al entendimiento. Si Corneille al trazar el plan de su *Polieucto Mártir*, se hubiese propuesto despojar de todo episodio la accion, ateniéndose nímiamente al *simplex dumtaxat et unum* de Horacio, ¿no hubiera tenido que renunciar á una gran parte de las bellezas de aquella trajedia magnífica? Un neófito que derriba un ídolo, un gobernador jentil encargado de castigar á los cristianos, una mujer que une á estos dos hombres, esposa del uno é hija del otro, esto era lo que bastaba en la trajedia de Polieucto para constituir la unidad de accion rigorosa: sobraba, pues, el personaje de Severo. ¿Y se podrá decir que esta figura es inútil en aquel cuadro? ¿Se la puede arrancar de allí sin romper toda la armonía de la composicion? ¿Interesaría Paulina tan vivamente si no se hallase colocada entre un esposo y un amante? Es indudable que no. El mismo argumento puede aplicarse á la *Andrómaca* de Racine. La viuda de Héctor lidiando con el temor de perder un hijo que es su delicia, y con la repugnancia de dar la mano al destructor de su familia y patria; Pirro que ya ruega, ya conmina; y un embajador que reclama á Astianacte en nombre de la Grecia, son en la pieza que nombro los elementos constitutivos de la accion, la cual podia correr á su término sin que interviniese en ella el personaje de Hermione que le dá tanta vida. Pero Racine queria ajitar fuertemente al espectador, sorprenderle, aterrarle; y por eso puso allí aquella mujer zelosa, que en un rapto de ira manda asesinar al hombre que ama, y al saber que ha sido ejecutada la órden, maldice al instrumento de su venganza, se maldice á sí propia, y se clava frenética un puñal en el pecho, cayendo exánime sobre la víctima adorada. Los personajes de Aquiles y

Erífile en *Ifijenia*, el de Lusiñan en *Zaira*, y quizá la mitad de los interlocutores en el *Avaro*, en la *Olimpiada* y en los *Títeres*, debieran igualmente, segun esta poética, ser arrojados de los lugares que tan oportunamente ocupan. Apenas habrá composicion dramática buena, sea del jénero trájico, sea del cómico, en que la accion sin dejar de ser una, no tenga diversos episodios enlazados con ella: es decir, que en todos estos dramas usaron sus autores de la regla de unidad de accion con desahogo: es decir que la regla tiene en sí este ensanche mismo para proporcionar mas movimiento, mas interés, mas vida, mas belleza al poema. Véase, pues, por qué clásicos y románticos, todos admiten la unidad de accion: la admiten, la defienden, la practican, porque les concede cuanto pueden exijir razonablemente; porque al establecerla se ha contado con los inconvenientes que nacerian de restrinjirla mucho. Una accion no puede medirse por horas como un dia, por varas como el recinto de un gabinete, de una plaza, de un templo; por individuos como un cuerpo de tropa; y á esta feliz circunstancia han debido Lope, Calderon, Shakespeare y Schiller que aun los críticos mas intolerantes hayan hallado observada la unidad de accion en casi todas las obras inmortales de estos injenios esclarecidos, sin cuyo descubrimiento no hubieran podido en conciencia despacharles el título de poetas dramáticos, y eso que entre la sencillez de plan de *Cinna*, *Atalia*, *Mérope* y el *Misantropo*, y la multitud de incidentes de *Casa con dos puertas*, *Hamlet*, y *María Estuarda* la distancia que media es enorme.

La unidad de accion, pues, y no su escrúpulo, la unidad de accion cual está recomendada por los preceptistas juiciosos, como la han practicado los injenios mas eminentes de todos los tiempos y paises, no ofrece obstáculos al poeta; no es una traba, es una belleza; no es un inconveniente, es una facilidad: lo dificil es hacer un drama bueno con dos ó mas acciones. En vano se citará tal ó cual trajedia de mérito en que se ha desatendido esta regla: el mérito de las obras á que aludo no consiste en la reunion de dos acciones, sino en el buen desempeño de alguna de ellas, en todo ó parte: son espejos rotos en pedazos grandes, donde aun cabe una fisonomia.

Acordes los dos partidos literarios en lo mas, ¿por qué disputan por lo menos? ¿Son las unidades de tiempo y lugar mas necesarias á la fábula dramática que la de accion?

Ninguno lo ha dicho, ¿Por qué, pues, se pleitea? Porque aquí la medida está dada. «Sea una la accion,» se dice respecto de la unidad primordial.—¿Cómo ha de ser esta accion? ¿cuál su magnitud determinada?—La regla no lo fija, y cada autor obra desembarazadamente á su modo. Pero la otra regla, ó las otras dos, no permiten pasar de veinte y cuatro horas á lo sumo, ni salir de una sala ó una calle desde el principio al fin de la pieza. Aquí los límites están á la vista, y el que los pasa es descubierto al golpe; aquí nada se deja á la libre disposicion del poeta. Mas al sentar estos dos preceptos, ¿por qué no se han tenido presentes sus obstáculos, como se han salvado con un oportuno ensanche los de la unidad de accion? ¿Por qué hay en esta una rijidez que no vemos en aquella regla? ¿Por qué muchos dramáticos insignes la habrán respetado? Unos porque la hallaron establecida, y otros por contentar á los sábios especulativos (á quienes, como dice Corneille, es muy fácil el mostrarse severos,) y por miedo á la censura de los ignorantes, que por mas ignorantes que sean, comprenden muy bien lo que es un lugar y un dia. Para defender la observancia de estas dos unidades, se recurre á varios argumentos fundados ya en la autoridad, ya en la homogeneidad ó armonía, ya en la verosimilitud dramática: todos estos raciocinios son ineficaces. Los griegos y los romanos no observaron la unidad de lugar ciñéndose á la escena única y fija tal como despues ha sido promulgada; con que en esta parte la autoridad no está en favor de la regla. Los que sostienen que por ser *una* la accion ha de limitarse esta á un dia y á un punto, no dicen nada: esto es palabrería pura. Lo que naturalmente se deduce de admitir que sea una la accion, no es que haya de verificarse *en un dia* sino *en un tiempo*, en *su tiempo*, en el tiempo de la accion, en el que necesite para ocurrir; no es que pase en un lugar limitado por cuatro paredes, sino *en el lugar de la accion*; pues lo que para la vista de los espectadores pueden ser muchos lugares, para la accion es uno: todo el espacio que necesita para desenvolverse, le corresponde de derecho; porque allí hay unidad moral, aunque no la haya física, y solo se altera cuando se lleva la accion á un paraje que no le pertenece. Asi puede afirmarse que la unidad de lugar, filosóficamente hablando, se ve observada con todo rigor en muchas comedias de Calderon

para las cuales se emplea media docena de decoraciones, al par que se halla violentamente quebrantada en varias obras clásicas que no tienen mas de una, que en algunas escenas no les conviene. Los cambios de decoraciones y de tiempos son los episodios de las unidades de tiempo y lugar. Se apela en fin á la verosimilitud para ponderar la importancia de dichas dos unidades, porque sin aquel requisito la ilusion se desvanece. Enhorabuena; pero seamos consecuentes en todo: si es necesario respetar las unidades de lugar y de tiempo para no destruir la verosimilitud de la accion que se finje, permítase quebrantarlas para conservar esa verosimilitud misma. Si toda la accion no puede pasar verosimilmente en un sitio y en un dia; si exije la verosimilitud que los interlocutores del drama pasen de un punto á otro distante; el espectador se trasladará sin violencia á aquel dia y á aquel paraje, y le parecerá esto mejor que ver representados en pocas horas y en un sitio lances que no pueden ocurrir allí sino porque tal es la voluntad del poeta, esclavo de la regla de las unidades.

Preguntará alguno: ¿por qué se han de escojer para la fábula dramática asuntos que no quepan dentro de los límites de las unidades de lugar y de tiempo? — Por la misma razon que ha movido á los clásicos á elejir argumentos que no cabian en las dos ó tres horas que durase su representacion, como lo exijiria el rigor de la regla. Por no defraudar al teatro de muchas bellezas y al entendimiento de muchos goces; porque hay infinitos asuntos muy dramáticos, cuyo desarrollo pide mas tiempo; porque un retrato microscópico poca razon dará del sujeto á quien representa. ¿Es creible que un *Malgastador* se arruine en un dia, como se ve en la comedia de Destouches que lleva este título? ¿Se podrá pintar completamente, en la noche de Montiel no mas, el desigual carácter del rey D. Pedro? El cambio del desden ó de la coquetería al amor, verificado en el corazon de una dama por medio de la indiferencia finjida de un galan, ¿dónde aparece mas verosimil? ¿En *La Princesa de Elide* de Molière, y en *La Coqueta correjida* de Lanoue, ó en la bellísima produccion de Moreto?

Estos escollos presenta el rigorismo clásico: los del otro sistema conducido á su estremo son igualmente peligrosos. Si solo por capricho, si con sobrada frecuencia y simultáneamente, se infrinjen las tres unidades, ¿qué espectador podrá deleitarse con una pieza inconexa, sin artificio, sin ob-

jeto? ¿quién entenderá siquiera semejante barahunda? – Salen D. Pedro y Doña Leonor, ó sean el gran turco y la princesa de los Ursinos, dicen treinta versos y se retiran: múdase la decoracion, y aparecen con los nuevos bastidores nuevas personas, nuevo dia ó nuevo año y nuevos intereses; y dando asi un salto mortal en cada escena, recorremos las cuatro ó cinco partes del mundo y la historia de toda una dinastía. Esto ¿quién lo pudiera defender? Tan digno es de censura quien sin necesidad manifiesta, palpable, que la sienta, que la vea el espectador, le hace viajar desde Toledo á Ratisbona, como el que quiere hacernos creer que en el término de un solo dia se pone sitio á una plaza, se le dan varios asaltos, capitula en fin y se rinde por hambre.

¿Han llevado los dramáticos modernos la licencia hasta un estremo tan reprensible? Arriesgado me parece asegurarlo si se atiende á la jeneralidad y no á las escepciones. No hablemos de España, donde se ha escrito poco desde la emancipacion del dominio clásico, y lo poco que se ha escrito es conocido de todos los que me escuchan; pero aun en Francia, donde cuando se desatina, se suele desatinar mas en grande que en nuestro país que llaman ignorante y atrasadísimo, la infraccion de las unidades no es jeneralmente tan violenta que deba calificarse de absurda, y merezca combatirse con todo el rigor de la crítica, con toda la indignacion del buen gusto ultrajado. Desde luego tanto los apóstoles de la nueva doctrina como la numerosa cohorte de sus imitadores, respetan la unidad de accion como quizá tal ó cual autor clásico paisano suyo no la ha respetado: por clásico se reputa á Corneille, y en *Horacio* y en *La muerte de Pompeyo*, diestro será quien halle la unidad de accion observada. Si pasamos lista á todas las composiciones de Hugo, de Dumas, de Delavigne, de Vigny, veremos que en algunas la accion es tan sencilla que apenas admite un lijero episodio, como se vé en *Antony*, en *Chatterton*, en *Angelo*. En otras, la unidad de lugar está limitada á una casa ó palacio, como en *Teresa* y en *Carlos VII*: en otras de mas movimiento, al recinto de una ciudad como en *María Tudor* y *El Rey se divierte*. La licencia con respecto á la unidad de tiempo la usan de tal modo en estos dramas los autores mencionados, que el espectador lejos de ofenderse, ni aun repara en ella. La accion de *Lucrecia Borjia*, sí, pasa en Venecia y en Ferrara, la de *Hernani* en Zaragoza y

en Aquisgran, la de *Anjela* en París y en los Pirineos. A los que parezca escesiva esta licencia, yo sin entrar en el prolijo empeño de justificarla, les rogaré que examinen detenidamente si el argumento que escojió el autor para el drama en que la usa la hace necesaria; si resultan bellezas de este que se mira como defecto; y si las hallan, basta para disculparlo. A nadie menos que á un español está bien calificar de absurda una libertad que no llega á la que ha existido entre nosotros mientras hemos tenido un teatro nacional. El *Napoleon* de Alejandro Dumas comienza en 1793 y acaba en 1821; pero sin citar la comedia de *Los siete durmientes*, tenemos alguna otra cuya duracion abraza siglos enteros: ademas de que el *Napoleon* es una de aquellas piezas de circunstancias, escritas para que se luzcan un pintor y un tramoyista, por las cuales no se puede juzgar á ningun poeta. *Ricardo Darlington*, obra del mismo injenio, tiene un prólogo en el cual se supone que nace el que ha de ser despues el héroe del drama; pero este prólogo, como ya lo indica su título, es una accion completa, aunque reducida, un drama aparte, que hace tan poca falta para la intelijencia del segundo, que en España se ha representado sin él, y nadie lo ha echado menos. Del mismo jénero son el prólogo y el epílogo de *Cristina*. Asi desaparecen, cuando se miran á la luz de una crítica justa y desapasionada, muchas de las que á primera vista se presentan en el teatro francés moderno con el aspecto de monstruosidades.

Desaprobemos altamente el objeto político de alguno de estos dramas, puesto que podemos hacerlo impunemente; desaprobemos su objeto moral; pero acordémonos de que nuestros antiguos dramáticos, aunque escribian de buena fé, sin ánimo de destruir creencias que profesaban, y sin sospechar que podrian ofender conciencias asustadizas, emplearon las mismas situaciones de que nos escandalizamos en las composiciones modernas. Si nos indigna el acto tercero de *El Rey se divierte*, hagamos memoria del final del primer acto de *El Burlador de Sevilla*: la situacion es idéntica, el hecho absolutamente el mismo. Si en la *Adela* de Antony y en *Anjela* vemos con disgusto dos mujeres infelices ó culpables, tengamos presente aquella dama de *El Médico de su honra*, aquella escena del bosque en la comedia de Calderon, *El Alcalde de Zalamea*, y la que se ve en *No hay cosa como callar*, comedia del mismo autor, el cual nadie ignora que

fué sacerdote; y en fin, que si en *Alfredo de Alvimar* ha pintado Dumas un ateo, en la comedia de Tirso *Tanto es lo de mas como lo de menos*, hay un personaje que espone y practica tambien el impío sistema del materialismo, sin mas diferencia entre ambos autores que emplear, para decir impiedades, versos el romántico que fué, y prosa el romántico que vive. No es mi objeto al hacer esta digresion acriminar á nuestros poetas antiguos para disculpar á los escritores franceses modernos: el escrúpulo moral reinante ahora entre nosotros es para mí muy respetable en atencion á su índole, y solo será de sentir que se apodere de él la hipocresía y lo emplee en perjuicio del arte y aun de la moralidad. Si el teatro no se ha de limitar á divertir al pueblo, si ha de aspirar á instruirle, solo cumplirá su mision á medias cuando diga al espectador: «haz bien:» es necesario que le pueda decir: «este es el mal, huye de él.» No hagamos que se repita en España la grosera contradiccion de que hemos sido testigos: á Moratin se le acusaba de inmoral y su *Mojigata* estaba prohibida: cuando veiamos en pacífica posesion de la escena á *Marta la Piadosa*. No atribuyamos al teatro efectos que él no produce. Un estranjero pretende que los suicidios se han aumentado mucho en su país desde que el suicidio es frecuente en el teatro: ninguno se suicida por imitar á un personaje de comedia, sino porque está demente ó porque no cree en la otra vida, y esta incredulidad no se adquiere en el teatro, sino en la lectura de ciertas obras abominables que ni siquiera conviene nombrar. El teatro, es verdad que influye algo en las costumbres, y por eso se ha de procurar que influya útilmente; pero su influencia no es tan grande como algunos han creido. Sabemos los españoles para nuestra satisfaccion y consuelo, que en el tiempo en que apenas se ejecutaba en nuestros *corrales* comedia en que no hubiera escalamiento, rapto, violencia, dama en cinta, y galan que por haber hecho una muerte andaba á sombra de tejado; en el tiempo en que las cuchilladas servian de principio, medio y fin á toda accion dramática, no eran las costumbres en España peores que ahora, ni nos dicen las historias que amaneciesen cada dia cinco ó seis hombres muertos en las calles de Madrid, Sevilla ó Toledo.

Volviendo ya á la infraccion de las unidades, quizá se me oponga que los antiguos no disculpan á los modernos, porque unos estravíos no autorizan otros: mas en ver-

dad que de absurdas fueron calificadas por mucho tiempo las trajedias de Schiller que ahora solo tienen admiradores; que se mofaron del *Cid* de Corneille algunos que habian aplaudido con entusiasmo su *Melita*; y que á Racine le dijeron que la *Atalia* era lo peor que habia escrito. Pasará el tiempo; los autores modernos pasarán á ser antiguos; y la posteridad al juzgarlos, quizá diga de nosotros que tanto al encomiar sus obras como al censurarlas pasamos la línea de lo justo.

Pero si las reglas de las tres unidades acortan el vuelo al injenio, si el que huye de ellas se espone á perderse en la oscura noche del error, ¿cuál debe ser la senda que el escritor dramático elija, y que, igualmente distante de ambos precipicios, le guie con seguridad al acierto? ¿Existe este camino? ¿Se puede fijar este justo medio? Yo juzgo que por lo menos puede indicarse. Enlace íntimo tienen entre sí las tres unidades dramáticas, y de la una se pueden deducir reglas para las otras. Los límites de las de lugar y de tiempo dependen de la unidad de accion, cuyo círculo está fiado al compás de la razon, al buen gusto, á la observacion y al criterio del escritor dramático. Del escritor dramático, repito, porque el drama no es epopeya, ni novela, ni historia, y su accion debe ser la que corresponde á su jénero. Una accion necesita el poema épico, una el teatral; pero no podrán ser de igual magnitud las dos, cuando cada episodio de la epopeya puede constituir una accion completa para el teatro. *Briseyda*, *Dido*, *Olindo*, *Armida*, *Inés de Castro* son personajes episódicos de cuatro poemas épicos, y cada uno de estos personajes ocupa una fábula trájica. El poeta que conozca la empresa que acomete cuando bosqueja en un papel el plan de una obra destinada al teatro; que esté convencido de que para escribir en cualquiera jénero se necesita aquel inmenso *sapere* de Horacio; ese no escojerá para asunto de una comedia toda la vida de un hombre, porque en ella forzosamente ha de haber mas de una accion, á no que bajo este título, como sucede en la comedia del *Gran Tacaño*, se desenvuelva solo el carácter del héroe, sus costumbres, su método de vida, y no los sucesos de ella. Quien abrazase un proyecto tan vasto, comprenderia, ó deberia comprender, cuán enorme responsabilidad tomaba sobre sí al empeñarse en hacer desaparecer á fuerza de injenio los inconvenientes de su desgraciada elec-

cion. Porque esto es lo que exije el espectador del poeta: «yo te haré,» le dice «todas las concesiones que quieras, con tal que por cada una me des una belleza mas, un placer nuevo.»

Esta concesion, claro es que no puede llegar hasta permitirle que acumule en un drama varias acciones, las cuales, aun dentro de un cuadro, forzosamente habrán de estar separadas, y ó no interesarán ó interesarán separadamente, estorbándose la una á la otra. Si basta con una accion, lo demas es inútil, y en el jénero escénico todo lo que no es necesario perjudica, porque desagrada. La esperiencia constante enseña que en los intermedios de acto á acto se disimulan los saltos cronológicos cuando estan bien motivados: allí es, pues, donde deben colocarse. Se observa tambien que si al principiar un acto se fija la hora, y al concluirlo se dice que han pasado muchas, el espectador no lo cree: no hay que argüir con él; lo que importa es conocer el hecho y deducir las consecuencias. Asi los incidentes que se reunan en un acto han de poder ocurrir en el tiempo que dure su representacion, con leve diferencia, ó evitar muy de propósito que se conozca que ha trascurrido mas tiempo; no es fácil de otro modo conservar la ilusion teatral. Qué tiempo pueda concederse á los intermedios, y hasta qué número de horas ó dias pueda estenderse el drama, cosas son que no es dable determinar de un modo fijo: la accion, juiciosamente escojida y planteada, es la que ha de dar la medida del tiempo, porque hay que permitir á la accion todo el que necesite para que aparezca verosímil. Scribe, á quien no cabe acusar de romanticismo, ha empleado en algunas de sus composiciones pocas horas, en otras se ha estendido á un año, en alguna ha llegado hasta diez: es decir que Scribe ha tomado siempre todo el tiempo que requeria el asunto que iba á manejar: poco cuando la accion era pequeña, y mucho cuando la accion era de crecidas dimensiones. Lo mismo que se ha dicho de la unidad de tiempo con respecto á la porcion de drama distribuida en cada acto, lo mismo puede decirse de la unidad de lugar; y yo no aconsejaré á ninguno que mude el sitio de la escena dentro de un acto y á vista de los espectadores, siempre que haya medio de evitarlo. De esta licencia tan comun en nuestro teatro antiguo, y que es la que el público perdona mas fácilmente, usan muy poco los dramáticos modernos. Que pase cada acto en un paraje distinto si la accion lo exije, yo no creo que ofrezca

ningun inconveniente. Apenas hay un autor dramático que no se haya tomado este ensanche: regla es esta, que ha sido quebrantada por todos los clásicos que no han querido sacrificar un pensamiento feliz á una traba injusta. Corneille en el *Cinna*, Molière en el *Médico por fuerza*, Addison en el *Caton*, Lessing en *Emilia Galotti*, Alfieri en *Bruto segundo*, Racine en *Ester*, todos estos escritores insignes, clásicos todos respectivamente, han variado el lugar de la escena segun en sus dramas les convenia: no puede autorizarse una doctrina con testimonios mas respetables. Habrá quien sostenga, á pesar de todo, que por levemente que se falte á las dos unidades de inferior categoría se destruye la ilusion; pero á esto se podrá satisfacer diciendo que jamás ha sido silbada una pieza por semejante falta. El espectador que asiste, por ejemplo, á la representacion de una comedia en dos actos, de los cuales pasa cada uno en un dia distinto con un intermedio de seis ú ocho, y en dos lugares diferentes como Madrid y Barcelona, reflexiona, ú obra como si hiciera esta reflexion, que si vé el primer acto en el coliseo del Príncipe, toma un carruaje luego y vá á ver el segundo al teatro de Barcelona, toda la inverosimilitud desaparece para él sin que la pieza haya variado en una tilde. Dá, pues, el viaje por hecho, que es lo mas cómodo y mas barato, del mismo modo que admite que el lienzo de los bastidores sea mármol, y que el hijo de Agamemnon hable en romance endecasilabo. Un poeta diria en este lugar que el placer alijera y hace imperceptible el curso de las horas, y que siendo el teatro un placer, no deberiamos estrañar que alli corriese el tiempo tan velozmente: que considerásemos el teatro como un anteojo que ya se alarga ya se recoje, y nos ofenderia menos que acercase tanto las distancias.

Recorridos los puntos que me propuse tratar, me resta satisfacer por adelantado á una objecion que preveo. Si es conveniente, si es muchas veces preciso apartarse del rigor sumo en la observancia de las tres unidades de accion, lugar y tiempo, ¿será útil, será forzoso hacerlo siempre? ¿Se deberá convertir en precepto la infraccion de la ley antigua, de modo que se mire como crímen literario el escribir con arreglo á la ley derogada? De ninguna suerte. Con el sistema clásico y con el que no lo es, ha producido el injenio bellezas indisputables que serán siempre objetos de admiracion para cuantos amen la literatura. En *Fedra*, en *Zaira*, en el *Ores-*

tes de Alfieri, en *Cayo Graco*, en *Edipo*, en *el Hipócrita*, en el *Si de las niñas*, en *Marcela* nada se echa menos: la estrechez de las reglas no se advierte; nada es violento allí, todo es natural, animado, interesante, bello: parece que si sus autores hubiesen querido salir de los límites clásicos, sus obras hubieran perdido gran parte de su mérito. En *La vida es sueño*, en *Guillelmo Tell*, en *Luis Once*, y en *La Conjuracion de Venecia* el rigor de las unidades hubiera ahogado la accion, hubiera destruido el drama. Consérvese, pues, la regla; pero permítase el ensanche; aconséjese, si se quiere, la observancia; pero no se censure la disidencia. Si el que abraza la fé de Boileau, salva al escribir una comedia los obstáculos que sus preceptos le ofrecen, felicítesele y apláudase su obra; si el que traspasa el terreno hasta aquí legal, se presenta á nuestra vista enriquecido con tesoros debidos á las incursiones que ha hecho, no le pidamos cuenta de si ha ido muy lejos á buscarlos. El público español ha pensado siempre, sin necesidad de que ningun francés se lo dijera, que todos los jéneros son buenos á escepcion del que fastidia. El nuevo sistema, que para nosotros es harto viejo y aun ha sido el único popular en España, me parece mas favorable al injenio, mas acomodado á nuestro gusto, mas en armonía con nuestros hábitos, mas propio en fin para constituir nuevamente entre nosotros un teatro nacional, si es lícito abandonarse á este deseo cuando las circunstancias políticas de la nacion nó dejan por cierto ver muy cercana una época de tranquilidad próspera, en que los españoles puedan entregarse con ahinco al culto de las Musas. España ha tenido un siglo de libertad dramática, y en ella se formó un teatro con el cual en vano hubiera pretendido competir ninguna otra nacion europea. España recibió despues una ley estraña, de que no necesitaba seguramente, y su teatro desde entonces no ha vuelto á llegar á su esplendor primitivo. A juzgar por estos dos hechos aislados, parece que de ellos se deberia inferir que ciertas reglas del clasicismo que son realmente trabas, en cuyo número pueden entrar las unidades dramáticas en su observancia mas estrecha, han sido inútiles, cuando no perjudiciales y funestas para nosotros; pero es indispensable tomar en cuenta que en tiempo de Lope todo era permitido á los autores dramáticos desde el gracejo hasta la blasfemia, desde la máxima social hasta el ataque mas directo á todo poder, (porque para el teatro no parecia que hubiese inquisicion, ni

censura), al paso que en los reinados últimos, en el chiste mas inocente se veia una ofensa á la moral, y en el simple acto de trasladar desde la historia á las tablas un personaje coronado, un desacato á la dignidad del trono. Asi las semillas clásicas derramadas en el verjel de Talía, muy escasa cosecha nos rindieron en estos tiempos de doble esclavitud literaria, y la austera, la noble Melpómene apenas pudo hallar alguna que otra flor para su corona. Concurriendo á producir tan lastimosa esterilidad dos causas, injusticia seria achacarla únicamente á la introduccion del clasicismo; y aunque esta propia esterilidad contribuyese á mantener en el público español la aficion á los dramas antiguos, en los cuales segun la espresion exactísima de Moratin hasta los desarreglos son hijos del injenio, yo no quisiera que se privase al injenio ni aun de la libertad de ponerse trabas; porque el sistema literario que mas agrade á un escritor de injenio y juicio es el único en que puede escribir con fé, con gusto, con acierto.

Mi opinion, pues, acerca de las unidades dramáticas es que la de accion es necesaria al poema escénico, que debe observarse, y que la han observado todos los buenos autores de todos tiempos y sistemas, unos con mas latitud, otros con menos, pero siempre dentro del ámbito de la regla que es lata por sí, y que debe su establecimiento á la sana razon y no al capricho de un preceptista: que respecto de las unidades de lugar y de tiempo puede usar el poeta de todo el ensanche que requiera una accion bien escojida, sobre todo en los entreactos; y en fin, que los dramáticos modernos franceses de nota, destructores en su pais de un poder que en España nunca estuvo muy firme, no se han tomado jeneralmente en el uso de estas dos unidades de lugar y de tiempo una licencia tan escesiva, que merezca las acusaciones contínuas que se les dirijen, acusaciones en las cuales no tanto veo una opinion, hija de un exámen maduro, como un efecto de que aun en los dominios de la crítica ejerce tambien la moda su tiránico imperio.

(El Panorama.)

Sobre la trajedia española.

1838.

Entre los infinitos despropósitos que de un siglo acá han dicho los franceses hablando de las cosas de España, tengo por uno de los mas incomprensibles el de haber afirmado que los españoles, no solo no tenian trajedias, sino que eran incapaces de escribirlas. Aun cuando los que pronunciaban tan absoluto fallo no hubiesen tenido noticia de las composiciones de este jénero que escribieron Bermudez, Perez de Oliva, Cervantes, Arjensola y Lope; aunque nada supieran de nuestro teatro; aunque ignorasen nuestro idioma, ¿podian recusar el testimonio de sus mas distinguidos dramáticos? ¿podian recusar el de sus ojos mismos, el de su corazon? ¿No habian leido, no habian visto representar, no habian sentido *el Cid*? Y esa trajedia, la primera digna de este nombre en el teatro francés, ¿era acaso mas que una imitacion, y á veces una copia, de un drama castellano, imitacion confesada con noble orgullo por el injénuo Corneille, que á la márjen de su obra estampó un buen número de los versos que habia traducido? De los que afectaban desconocer este hecho, claro es que no se podia esperar la confesion de que *el Venceslao*, trajedia anterior al *Cid*, y que aun se sostenia con crédito en la escena francesa cuando la clamoreada *Sofonisba* de Mairet yacia en largo olvido, era tambien un traslado mas ó menos fiel de una comedia de Rojas; ni mucho menos que el *Heraclio*, sublime modelo de la trajedia de intriga, debia gran parte de

sus bellezas á Calderon (1). A críticos tan poco ilustrados ó tan poco jenerosos hubiera sido inútil citarles las escenas, realmente trájicas, que ni querian ni podian conocer, de la *Estrella de Sevilla*, de *El mas impropio verdugo*, de *Los Bandos de Verona*, de *El Tetrarca*, de *García del Castañar* y otras mil composiciones que desde Cádiz al Pirineo escitaban altamente el terror y la piedad, á pesar de que llevasen el título de comedias, título que dos siglos há significaba simplemente en nuestro pais *obra dramática*. Lo verdaderamente singular y raro es que el francés á quien habian hecho derramar lágrimas Rodrigo y Jimena, el francés que sabia que Corneille habia sacado aquella pieza interesantísima de una pieza española tomando de ella y quitando, no creyese posible que otro español que hubiese vivido despues de Corneille hiciera lo que él hizo. ¿Qué se necesitaba para ser autor trájico segun la opinion que á principios del siglo pasado se tenia de la trajedia? A juzgar por el efecto de *El Cid*, bastaba con reducir á límites algo mas estrechos ciertas composiciones nuestras; bastaba con refundir nuestras antiguas comedias heróicas. Esta era la grande obra que nuestros vecinos creian superior al injenio de un español ó de todos juntos.

Acusacion tan injusta produjo el doble resultado de dar á conocer nuestra antigua Melpómene, y de que saliesen á luz, entre muchas pruebas infelices, la *Numancia*, el *Munuza*, la *Hormesinda* y la *Raquel* y mas tarde las cuatro trajedias de Cienfuegos. Fueron estas obras, en aquella época de esterilidad y de crítica, aplaudidas y censuradas con injusta parcialidad; fueron mal representadas, porque los actores de aquel tiempo no podian de un golpe ser eminentes en un jénero casi del todo desconocido para ellos; y el público que veia á los que respetaba como oráculos de la literatura divididos entre sí, sosteniendo unos que aquello era malo y otros que era escelente, sin resolver la cuestion siguió el impulso de sus sensaciones, y continuó acudiendo donde hallaba mas diversion, mas interés y mejor desempeño; es decir á las comedias antiguas, á las modernas traducidas (aunque jeneralmente mal) de buenos orijinales, y aun á los dramas de Comella, cuyo aparato le seducia. Pasaron años, apareció en la escena española Maiquez,

(1) Voltaire lo ha confesado despues.

el rival digno del honor de Talma, como le ha llamado el mas digno rival de Molière; resonaron las bóvedas de nuestro teatro con los jemidos de Otelo, de Moncasin, de Oscar, de Nino, de Bruto; lloró el público español en la escena y aplaudió entusiasmado al que le hacia llorar; rindió el público español solemne homenaje y adoracion á Melpómene... y entonces... ¿Por qué entonces no se vió poblado de trajedias nuestro teatro?

¡Ay! apenas en el *Duque de Viseo* y el *Pelayo* habia conocido España el sello de un talento trájico eminente, cuando el grito de la guerra retumbó por los cuatro ángulos de la península, y enmudeciendo las Musas castellanas al ronco son del clarin y del parche, corrieron á refugiarse á la sombra de las columnas de Hércules, como si se prepararan á tender las alas sobre los anchos mares para buscar en los desiertos de América la paz y sosiegó de que los despojaba un hombre, grande sí, pero á quien bastaba lo que tenia de francés para ser injusto y para equivocarse con respecto á España.

Unico monumento trájico (1) de aquella época de libertad y de ajitacion fué la *La viuda de Padilla*; único monumento de otra época posterior mas breve, tambien de libertad y de combates, fué *Lanuza*. Despues de ambos dramas hubo paz; pero hubo una censura bárbara, y no pudo haber trajedias. Cuando el censor político prohibia (son hechos) el título de la comedia de Calderon *Peor está que estaba* como susceptible de alusiones poco favorables al gobierno de Calomarde; cuando el censor relijioso anatematizaba el título de la comedia de Lope *Los milagros del desprecio*, diciendo que solo Dios hacia milagros; cuando con la pluma de la suspicacia se enmendaba, se tachaba, se servilizaba (por decirlo asi) la Numancia, y se permitia su representacion, y se prohibia luego porque se aplaudia, ¿quién podia tener el valor suficiente para emprender obras que solo hubieran de acarrearle disgustos ó persecuciones? Y sin embargo, aun en esa época D. Dionisio Solís escribia la *Fedima*, la *Camila* y la *Blanca*; Don Antonio Gil el *Rodrigo* y otra *Blanca*; y D. Francisco Martinez de la Rosa publicaba su *Edipo* en París, donde se representaba el Edipo de Voltaire,

(1) Entiéndase *digno*.

del cual se habia dicho que aventajaba al de Sófocles, y que sin embargo no puede entrar en competencia con el Edipo español; es decir con la obra de un hombre hijo del país con cuyo clima está reñido el talento trájico. Verdad es que nacida esa trajedia á las márjenes del Sena, tal vez la musa de Racine puede querer reclamarla como inspiracion suya: ¡sin duda que en las orillas del Darro ó del Manzanares el autor de *La Viuda de Padilla* no hubiera sabido pintar con tan maravillosa maestría la infelicidad y las virtudes del hijo y de la esposa de Layo!

Cuando subió por fin á la escena la *Blanca de Borbon* de D. Antonio Gil, ya estaba mas que principiada la revolucion del teatro. Hízose sordamente á aquella bellísima trajedia, en medio de las imparciales aclamaciones que le dieron las jentes sensatas, una guerra injusta porque era trajedia, y se aspiraba á entronizar despóticamente el drama. Hoy que ya ha calmado aquel hervoroso pronunciamiento; hoy que aparece (sintiera engañarme) que la parte juiciosa del público, que es la mas numerosa, no quiere privarse de ningun jénero dramático porque seria privarse de un placer; hoy en fin que la literatura cuenta un considerable número de jóvenes que han dado ya de sí mas que esperanzas, y que existe un gobierno que deja escribir, todo induce á creer que es llegada la época en que la trajedia puede ocupar brillantemente el puesto que le corresponde en el Parnaso español. Enhorabuena que el público desee en este drama mas movimiento y mas ensanche, para que adquiera mas verosimilitud que ha tenido en las trajedias escritas segun las reglas de Boileau y de Luzan; enhorabuena que ya se deje en la paz del sepulcro á los Atridas, á la familia de Príamo y á la de Edipo: si no se quiere ya una égloga en cinco actos terminada por un á Dios como la *Berenice* de Racine; si no se apetece tampoco un poema heróico en diálogo, de cinco horas de representacion, como el *Don Cárlos* de Schiller, no creo que pueda desagradar al público español una trajedia, esencialmente española, de la estension, movimiento y jiro que *Marino Faliero* y *Los hijos de Eduardo*. Las trajedias que han obtenido en España un éxito menos dudoso, mas popular, las que han agradado, las que han interesado, las que han conmovido á todos, son el Pelayo y el Otelo, son el Oscar y el Edipo, Camila, María Estuarda y Blanca de Bor-

bon, piezas donde se ven grandes hechos, grandes pasiones, grandes desgracias; y de estos elementos es, á mi juicio, absolutamente indispensable que se componga la trajedia que haya de sostenerse en la escena española. Nuestra nacion no tiene que envidiar héroes á ninguna, y en la distribucion de las calamidades, patrimonio de los hijos de Adan, no hemos sido seguramente los que hemos recibido porcion mas corta: de manera que el poeta que quiera escitar la admiracion, como el que aspire á arrancar el llanto con una fábula trájica, no tiene necesidad de ir á buscar argumentos fuera de nuestra historia. D. Ramiro y D. Fernando el Santo, Bernardo de Cabrera y Rui Lopez Dávalos, el gran capitan y el conquistador de Méjico siempre hallarán mas simpatías entre españoles que los Clodoveos y los Bayardos, los Califas y los Czares. Y mientras la trajedia sea grande, interesante, enérjica; mientras se contenga en los límites de la justicia y de la verosimilitud; mientras tenga por objeto instruir á los pueblos sin alucinarlos, haciéndoles conocer sus derechos y sus deberes, la trajedia será acojida con entusiasmo del público, el cual ni se considerará ofendido si se le presentan en ella las fatales consecuencias de la discordia popular y del desenfreno, ni al ver en las tablas un rey víctima de sus pasiones, escarnecerá ni creerá escarnecido su carácter sagrado. Todos los hombres, estén ó no constituidos en dignidad, merecen, mientras viven, consideraciones y respetos; pero al hundírseles el pie en la eternidad, el mundo debe juzgarlos como Dios, conforme á sus hechos. El poeta debe gozar hasta cierto punto del privilejio del historiador, y ciertas flaquezas de un rey se pueden presentar en la escena, porque al fin el rey es hombre, siempre que se respete al trono, cuya existencia es una necesidad.

(El Alba)

APUNTES LEIDOS

EN EL

Ateneo científico de Madrid

en la conferencia que tuvo la Seccion de literatura el 25 *de Febrero de* 1842.

TEMA PROPUESTO PARA LA DISCUSION DE ESE DIA.

Primera parte. En el estado actual de la literatura y de las circunstancias políticas y morales de España, ¿puede haber un teatro nacional?

Segunda parte. Caso de poder existir, ¿cuál será la marcha mas conveniente para conseguirlo que deberán adoptar nuestros poetas?

Se trata de responder á la cuestion siguiente: «si en el estado actual de la literatura y circunstancias morales de España, puede haber un teatro nacional; y si puede, porqué medios se ha de establecer.»

Para decidir esta cuestion, es preciso averiguar primero cuál es el estado actual de la literatura española con relacion al teatro, cuál es el estado de la moralidad española, qué cosa es teatro y qué debe entenderse por teatro nacional. Del examen de estos puntos se deducirá la solucion de la última parte del tema.

«Estado actual de la literatura, ó sea de la poesía dramática en España.»—Hay autores que escriben para la escena: pocos, si se atiende al número de los que tuvo la nacion cuando poseyó un teatro verdaderamente nacional; pocos si se atiende al número que España necesita; no tan pocos, si recordamos la época trascurrida desde Luzan hasta nuestros dias, en la cual hubo todavia menos.

«Opinion del público acerca del teatro moderno español. Gusto del público en el teatro: aficion de los españoles á él.» —Estas tres circunstancias contribuyen á manifestar cuál es el estado actual de la poesía dramática, porque el drama, á diferencia de cualquiera otra obra escrita, no puede juzgarse únicamente por la lectura, sino por su efecto en la escena.

«Opinion del público en el dia respecto á los autores ú obras que juzga.»— En el teatro todo es ilusion; y jeneralmente hablando, el que vá á una funcion dramática con ánimo de recrearse en ella, se divierte siempre si alguno no le dice que es mala. Esto sucedió en otro tiempo al público español; pero engañado despues por los elojios desmedidos que se dieron á las primeras producciones dramáticas orijinales del jénero no clásico; engañado por la censura desacertada que se ha hecho últimamente de las mismas, no espera nada bueno en el teatro, duda de su gusto mismo, y á la primera representacion se cansa de un espectáculo al que no vá con fé. De aquí se infiere que en España, y en Madrid mas particularmente, no hay verdadera aficion al teatro; se vá á él sin mas estímulo que el de la mera curiosidad.

«Gusto de los españoles en el teatro.»—Si concurren al teatro nada mas que por curiosidad, el gusto de los españoles no debe ser muy pronunciado. Asi es: hay sin embargo hoy dia un jénero de composiciones algo mas favorecido de los espectadores que las otras; y son las estranjeras, la mayor parte de las cuales tiene poquísimo mérito literario. ¿Por qué son preferidas á las orijinales? ¿Cómo atinan los franceses mas con el modo de agradar á los españoles, que los españoles mismos? Porque hace nada menos que un siglo que

el público español casi no vé, ni oye, ni lee sino dramas franceses, escritos, traducidos y representados en francés: esto lo entiende porque está acostumbrado á ello; y cuando se le representa un drama español, lo mira con la misma estrañeza con que vé una niña el retrato de su abuela: no para la atencion en las facciones de familia de aquel semblante, y se rie de la singularidad del traje y del peinado que ella no usa.

«Estado moral de los españoles.»—La organizacion moral de los españoles estaba antes reducida á los pocos principios que ha espuesto el Sr. Moron en una de las sesiones anteriores; religion, honor, amor á la guerra y á los reyes: todos ellos se han debilitado mucho: alguno es ya perdido enteramente para el teatro. Póngase en escena un monarca: el público le compadecerá si es infeliz, le admirará si es valiente, jeneroso y enamorado; le aplaudirá como hombre, como rey no. Píntese un vasallo fiel: se aplaudirá la fidelidad porque es virtud, no por el personaje á quien se guarda: el sentimiento monárquico, pues, por sí solo no produce efecto en el teatro; prueba de que se halla tan debilitado que necesita del auxilio de otros que lo están menos, á saber, el honor, el amor, el valor, el nacionalismo y la relijion. Cada uno de estos sentimientos existe entre los españoles con un poco de verdad y otro poco de hipocresía; pero existen al cabo de cierta manera que da á la sociedad española un carácter diferente del de otras naciones. Ambas circunstancias tienen ventajas é inconvenientes para el teatro.

El teatro es el poema dramático en todos sus jéneros: el teatro de una nacion es el conjunto de obras escénicas escritas en una época en que ha podido el poeta escribir lo que veia y sentia como lo sentia; donde por una ó muchas circunstancias la pluma del poeta no ha podido ser tan libre como el pensamiento, no hay que buscar teatro completamente nacional. Dividiéndose el poema dramático en drama histórico, de pasion, de costumbres y de enredo, se vé en primer lugar, que alguno de estos dramas debe reunir mas caracteres de nacionalidad que otro, porque el histórico y de costumbres necesitan ser nacionales en el fondo y en la forma; en el drama puramente de pasion ó puramente de enredo pueden entrar afectos y lances comunes á cualquier sociedad, y solo será nacional la forma: ahora bien, su-

puestos todos estos antecedentes, ¿puede tener España un teatro nacional en fondo y forma? Yo creo que hay dados á este fin algunos pasos y que se puede caminar mas adelante; pero creo tambien que para la creacion de un teatro nacional en todos los jéneros se necesitan dos cosas: ó ir venciendo poco á poco los obstáculos gravísimos con que los autores dramáticos tienen que luchar ahora; ó que venga un jénio de primer orden que dé la ley á los poetas y á los espectadores y cuya popularidad consiga fijar el gusto.

Inconvenientes actuales. 1.º El poeta hoy dia no sabe á quien dirijirse, ni para quien ha de escribir, porque van á juzgar de su obra dos públicos diferentes confundidos en un teatro. Cierra los ojos, sigue los impulsos de su corazon ó su cabeza (que es lo mejor que puede hacer), y halla que no ha complacido á ninguno, porque la estructura y la índole de su obra no son las de la comedia francesa ó drama francés, ni tampoco una mezcla de ambas cosas. De estos dos públicos el uno dice que quiere verdad, urbanidad, lijereza, delicadeza, elegancia: el otro pasion, fuerza, enerjía, énfasis y estruendo: el poeta español da al primero verdad española, y aquel público la desprecia por comun; le dá lijereza española, y para aquel público es gravedad; le dá gracejo español, y aquel público que habla un lenguaje que no es español, se escandaliza del chiste castellano que le parece grosero. El otro público es menos dificil de contentar; pero aprende del primero á ser descontentadizo, y tambien se halla contajiado por el gusto estranjero: su gusto es algo mas español; pero su voto menos importante.

Otro inconveniente mayor todavia es la falta de libertad para escribir, sin la cual no puede haber teatro nacional, como se ha dicho antes. Esta falta de libertad no nace del sistema de gobierno, sino del público; nace en parte de la situacion política de la nacion, y en parte de cierta hipocresía que ocupa el lugar de los sentimientos que se han debilitado. El poeta dramático español no puede pintar las costumbres políticas; y nótese cuanto abrazará esta prohibicion ahora que la política lo contamina todo: el poeta español no puede escarnecer ni anatematizar los vicios de mas bulto y que mas dañan á la sociedad, porque para esto es necesario pintar al vicioso, y esto no lo sufre el público español en un cuadro de costumbres modernas; ya porque, siendo nuestras ciudades poco populosas y habiéndose entrado en una vida

de publicidad que hace que todos los convecinos se conozcan, puede creerse que el poeta cuando pinta un vicioso hace una sátira personal; ya porque á medida que las costumbres se corrompen, se quiere hacer alarde mayor de hombría de bien: de cualquier modo el hecho es cierto, y los pocos dramas de costumbres modernas que se han representado, han sido mal recibidos. De aquí resulta que en España es imposible que el poeta aspire á correjir las costumbres; verdad es que entonces serian los maestros de la moral los poetas, y en España muy pocos han tenido esa pretension, conociendo los demas que á ellos no pertenecia tan noble encargo. De aquí resulta tambien que solo se puede bosquejar la superficie de la sociedad, y por consiguiente que la comedia española no puede tener un carácter filosófico y profundo, ni presentar caracteres cómicos pronunciados, sino matices de caracteres; debiéndose advertir aquí tambien, que hasta ahora no ha existido en España, en las clases media y superior, gran variedad de ellos con el realce suficiente para el teatro. Cierta gravedad, cierta honradez y cordura han dominado siempre en la sociedad española, y han hecho que hasta los personajes ridículos españoles sean mucho menos ridículos que los de otros paises. Asi no se puede tampoco exijir de la comedia española lo que la sociedad no le presta.

Con tales inconvenientes, es claro que ahora no puede haber un teatro nacional; pero puede haber un teatro de transicion, de preparacion, que abra el camino á los que escriban cuando las costumbres y el gusto se hayan fijado. ¿Qué medios deberán emplear los autores modernos para acercarse á este fin? Los únicos que les quedan. Si los espectadores para quienes escriben son tan delicados que no sufren la censura, acudir al elojio; si les repugna el vicio, presentarles la virtud; si no quieren verse á sí mismos en la escena, traer á la escena á sus antepasados; todo lo cual se reduce á restablecer en el teatro los principios constitutivos del caracter español: relijion, patria, honor, valor y galantería. ¿Cómo y en qué forma se han de restablecer estos sentimientos en el drama moderno? Aqui entra la dificultad.

En mi opinion es preciso adoptar hasta el punto posible la estructura del drama francés porque está en posesion del gusto, y sobre esta armazon estranjera (que para el público ha de quedar oculta) modelar un grupo de fisonomia y actitudes españolas. El drama francés es casi una obra de mecánica; el español

ha sido una obra de poesía, y de mucha poesia: ahora es forzoso dar al drama español menos poesía, mas pasion, mas llaneza en el lenguaje, mas movimiento; y para que todo esto quepa en sus límites ordinarios, una distribucion de partes mas acertada, mas órden, mejor economía. La pasion y el interés dramático deben ser los mas poderosos elementos del drama moderno, porque cuando se habla al corazon todos los públicos ceden á un mismo impulso: los pensamientos grandes, los afectos nobles, las acciones heróicas de los personajes de la edad media serán muy bien recibidos en el teatro dentro de una accion interesante, y aquí cabe aun bastante poesía. El drama de pasion moderno es mas dificil, porque tal vez será necesario escribirlo en prosa, y porque debiendo ceñirse á la lucha entre la virtud y la desgracia ó el vicio, la pintura de este es peligrosísima, pues jeneralmente no se juzga del drama por el todo, sino por el uso de tal ó tal medio, y se considera inmoral toda composicion en que no se adula á la sociedad; acaso por esto convenga escojer argumentos en que se interese el honor nacional, á favor del cual pasa todo. El drama puramente de intriga es mas fácil de componer, pero si se escribe en prosa y se imita en su estructura la forma francesa, de temer es que tambien se imite el estilo y corrompa el idioma: este jénero de fábula se deberá escribir en verso, y cuidar mucho la prosa del anterior: en las comedias antiguas tenemos escelentes modelos del drama de intriga, que pueden aprovecharse, salvas las modificaciones que exije nuestro estado social. La comedia moderna, que es la parte del teatro mas importante para la posteridad, porque ella es la que ha de consignar nuestras costumbres, es la mas dificil de manejar porque nosotros resistimos el retrato. Hay sin embargo modelos que indican la senda que puede seguirse. Si ciertos defectos de la sociedad actual no pueden censurarse, cabe representar otros, como está ya hecho en *Los dos sobrinos*, *Un año despues de la boda*, *El amigo mártir*, *El cuarto de hora*, *Todo es farsa en este mundo*, *A Madrid me vuelvo*, *El Pelo de la dehesa* y *Del mal el menos*, en cuyas composiciones hay caracteres cortesanos, provinciales (y aun alguno político) y pintura de costumbres nacionales hasta el punto posible. Tambien tenemos algunos dramas históricos y caballerescos, á quienes quizá solo ha faltado para conseguir un éxito duradero, el ser algo menos españoles en la

forma y tener menos poesía. Si haciendo todas las modificaciones indicadas se consigue que las obras dramáticas vayan siendo mas populares; si se va aumentando su número (como es de esperar) hasta el punto de que apenas se vean traducciones en la escena española; los autores que vivan entonces escribirán como sientan, y serán nacionales; mientras tanto nuestro teatro tendrá, como hasta ahora, una fisonomía indeterminada, porque en la época todo es transitorio y vacilante, y por consiguiente los autores escriben á ciegas.

(El Corresponsal.)

241

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES.

HISTORIA

de dos bofetones.

1839.

PRIMERA PARTE.

De la iglesia de San Sebastian de Madrid salia á la calle de las Huertas un dia de pascua de Pentecostés, hará siglo y medio con poca diferencia, un mendigo tan andrajoso como lucio y colorado, con un ojo y un pie de menos, una joroba de mas, dos muletas, cien remiendos y cien mil marrullerías. Bajaba resueltamente la calle, harto desigual y barrancosa entonces, avanzando seis pies burgaleses de cada tranco, y deteniéndose alguna vez á escitar la conmiseracion de los fieles que subian á la parroquia, hiriendo sus oidos con mil estudiadas fórmulas de pordiosear, articuladas

en voz aguardentosa y aguda. Brincando y pidiendo, bendiciendo á unos, renegando de otros y estorbando á todo el mundo, llegó á las últimas casas de la calle vecinas al Prado, y se paró delante de una de buena apariencia, como recien construida, limpio aun el desnudo ladrillo de la fachada, sin orin todavia los clavos de la puerta, blanca la madera del ventanaje, y acabada de esculpir sobre el friso de la portada en caracteres lejibles á la media hora de estudio, esta inscripcion que trasladamos al pie de la letra y que parece queria decir: *Resucitó al tercero dia, año mil seiscientos, Maria, Jesus, José, setenta y ocho.*

RRESSVR REX Y TTERCIA DIE
AN. 16 MAR. IHS. IPH. 78.

(Entre paréntesis, esta fecha de la resurreccion del Señor me parece algo atrasada.) Alli el astroso pordiosero esforzando la robusta voz de que estaba dotado, comenzó á demandar limosna pasando lista á todos los santos del calendario; y cabalmente al nombrar al glorioso fundador de la venerable órden *tercera*, se oyó un suave ceceo detras de las espesas celosías de una reja correspondiente á la casa flamante que observaba el cojo, el cual oido el reclamo, atravesó de un brinco la calle, echó un papel y tomó otro por debajo de la celosía, recojió por delante de ella unas monedas, soltó un: «el señor la corone de gloria,» y emparejó calle arriba listo como un cohete, clamando á grito pelado: «por la invencion de San Esteban, hermanitos, una caridad á este pobre lisiado.»

Pocos momentos despues los postigos de aquella reja se cerraron con estrépito, se oyeron voces de mujeres, unas humildes como de quien pide silencio, y otras imperiosas como de quien manda obediencia; y al cabo de un rato se abrió la puerta y salieron dos damas limpia y honestamente vestidas; pero sin paje, ni dueña, ni rodrigon, ni criada. Cubiertas con sus mantos, no era fácil adivinar su clase por lo señoril ú ordinario del rostro; el hábito del Cármen que llevaban, lo mismo convenia á la rica que á la pobre, á la tendera que á la titulada; pero el rosario devanado á la mano izquierda de cada una de las dos tapadas, labrado de filigrana de oro, con medallas preciosas y una cruz sembrada de diamantes, revelaba la riqueza que se encubria en el modesto

atavío de la persona. Santiguáronse las dos al atravesar el umbral, y la que venia detras dijo á la primera con voz grave y no muy recatada: «cuidado, doña Gabriela, con lo que te he prevenido; tú ya debes considerarte como casada, por que el señor D. Canuto de la Esparraguera debe llegar muy pronto á recibir tu mano: basta de devaneos; que si llego á cojerte otro papel, allá de tu injenioso Gonzalvico, por el siglo de mis padres que le he de dar ocasion para que encarezca en veinte sonetos la grana de tus mejillas.» Doña Gabriela respondió con voz tan sumisa y apagada á esta amorosa insinuacion en forma de apercibimiento, que solo se le pudo entender la palabra *madre*, tras un suspiro ahogado entre los pliegues del velo. Y con esto la madre y la hija se encaminaron á San Gerónimo donde tocaban á misa mayor, dejando adivinar el desabrido silencio que una y otra guardaban, la poco airosa celeridad del paso y el violento manejo de los mantos, que si los hubiesen alzado entonces, hubieran dejado ver dos caritas ajenas de toda consonancia con la festividad de aquel dia, que ya hemos dicho era de *pascua*.

¿Qué habia sido entre tanto del ájil correo con joroba y muletas? El cojo mientras tanto habia ya dado cuenta de su encargo en el átrio de San Sebastian á un caballero muy atildado de bigotes, pero algo raido de ropilla; y mientras el galan, vista la carta de Doña Gabriela, iba á su casa y escribia la urjentísima respuesta que su enamorada le pedia, ya el correveidile habia evacuado tres ó cuatro negocios de igual especie, habia visitado media docena de tabernas, y antes que principiase el sermon en San Gerónimo, ya se hallaba á las puertas del convento aguardando ocasion de cumplir con un nuevo mensaje para Gabriela, encontrándose con ella al tiempo que saliese del templo el numeroso concurso que asistia al santo sacrificio.

Era entonces la iglesia de los padres Gerónimos inmediata al Prado que de ella tomaba el nombre, mucho mas concurrida que lo ha sido en estos calamitosos tiempos que hemos alcanzado. En aquella época en que habitualmente se combinaba la holganza con la piedad, se iba á misa á San Gerónimo como si dijéramos: «por atun y ver al duque,» porque antes ó despues, ó despues y antes, se pascaba el Prado, el cual á la sazon merecia este nombre lejítimamente, pues no era su suelo como ahora un tablar de monótona infecun-

da arena, sino una vistosa alfombra de lozana yerba salpicada de frescas flores. Agolpábase la muchedumbre de curiosos á las puertas del templo para ver entrar y salir á las hermosas, y aprovechar una sonrisa, una palabra ó cosa de interés mas alto, y agolpábanse por consiguiente allí los que acuden siempre adonde se reune gran jentío: vendedores, ociosos y pedigüeños. Naranjeras despilfarradas, bolleros sucios, alojeros montañeses harto mas á propósito para terciar la pica que para portear la garrafa, demandantes para monjas, para frailes, para hospitales, para presos, para una necesidad, para una dote, para mandar pintar un ex-voto, para comprar un cilicio, todos se apiñaban á las puertas del convento; y estimulados los unos por su interés, los otros por un santo zelo (que viene á significar lo mismo) disputaban sobre el puesto, lo defendian ó usurpaban á fuerza de juramentos y cachetes, cuando acabada la funcion, la gótica puerta vertia prietas oleadas de pueblo, confundiendo en completa anarquía sexos, edades y condiciones, un grito jeneral compuesto de mil se elevaba por el aire, y penetrando por las prolongadas naves del lugar santo, parecia al oir aquel ruido sordo bajo la empinada bóveda que las venerandas efijies, inmóviles pobladores de altares y nichos, murmuraban entre sí ofendidas de aquel escandaloso estrépito, codicioso y profano.

Apenas doña Gabriela y su madre, menguado el ímpetu de la multitud que las habia llevado á gran trecho de la puerta, pudieron caminar por voluntad propia y se detuvieron á reparar el desórden de los mantos y vestidos, fueron al punto conocidas de la turba postulante; y en un abrir y cerar de ojos se formó en torno de ellas un triple muro de chilladores espectros. Afamada por su caritativo corazon doña Lupercia (que no es justo se ignore el nombre de una mujer benéfica), asi acechaban los necesitados su manto, su rosario y su vestido, como una enamorada pescadora la vela del barco de su marinero. Era de ver la grita, el ahinco, el afan con que los pobres acosaban á la madre y á la hija. Un ciego, apisonando con su palo los pies de sus colegas á título de reconocer el terreno, se empeñaba en que le comprase Gabriela un romance de un ajusticiado; otro le ofrecía una jácara á lo divino donde, sin que la inquisicion se escandalizase, se calificaba al pan eucarístico de *pan de perro*; otro mas sagaz le presentaba la historia de los amores del

conde de Saldaña, y conseguia ser atendido el primero. Doña Lupercia mientras tanto reñia al uno, preguntaba al otro por su mujer, limpiaba la moquita á una muchacha, tiraba á un chicuelo de las orejas, y distribuia el bolsillo segun las leyes de la equidad y de la justicia. Daba un real de á ocho á un infeliz que medio escondido entre los demas apenas se atrevia á implorar un socorro con la mirada de la necesidad y del encojimiento; pero al ver á un ex-trompeta, que apestando á tabaco y zumo de vides decia con harto mal modo: «distinga voacé de personas, y acuérdese, voto á Bruselas, de que ricos y pobres, todos los hijos de Adan somos hermanos,» la discreta señora buscaba el ochavo mas ruin del bolsillo, y entregándoselo al grosero con aire, le replicaba: «tome, señor soldado; que si todos sus hermanos le dan otro tanto, millones puede regalar al rey de España.»

Un grupo de damas y caballeros, de cuya alta gerarquía daba testimonio otro grupo de lacayos poco distante, se acercó en esto á las dos misericordiosas tapadas, cuyos nombres habian oido entre las bendiciones de los desgraciados á quienes socorrian. Abriéronles paso los mendigos, y la madre y la hija se levantaron entonces los velos. La madre contaba ya cuarenta y cinco otoños, y aun era hermosa: la hija era lo que la madre habia sido á los veinte abriles, una preciosa joven. Al ver Gabriela entre las damas que llegaban á saludarlas algunas de sus amigas, asomó á sus labios una sonrisa, graciosa sí, pero insuficiente á disipar cierta nube de tristeza que empañaba su semblante, animado antes y rubicundo, y ya pálido y ojeroso. Los recien venidos, despues de los comedimientos ordinarios, dirijieron á Gabriela repetidos parabienes de su próximo enlace, que ella oia clavados los ojos en el suelo, no sabemos si de modestia ó de disgusto. Uno de los caballeros que allí se hallaban atormentaba su escasa imajinacion buscando hipérboles y piropos con que encarecer la felicidad de una novia, cuando en mala hora para ella descubrió su madre un brazo envuelto en una manga, toda rasgones y zurzidos, que penetrando el corro, buscaba la mano de la confusa y distraida desposada, la cual á pesar de su confusion, recibia disimuladamente un papel que procuraba ocultar en el pañuelo. Arrojóse Doña Lupercia á su hija con la celeridad del águila, quitóle el billete, miró el sobrescrito, conoció la letra, y dejándose arrebatar de la cólera, en nadie mas violenta que en una mujer devota, levan-

tó furiosa la mano y descargó sobre Doña Gabriela el mas recio bofeton que han soportado jamás mejillas femeniles. «Se lo habia prometido (perdóneme el Señor el enfado),» decia Doña Lupercia, mientras la triste jóven casi muerta de rubor, se tapaba con el velo para ocultar su llanto. Y despidiéndose apresuradamente de aquellos señores, cojió á su hija del brazo, y se la llevó de allí, todavia mas aprisa de lo que habian venido. Los mancebos del corro se rieron de la madre, las doncellas se burlaron de la poca destreza de la hija, las madres dijeron que estaba bien hecho lo que no sabian á punto fijo por qué se habia hecho; y al cabo de cinco minutos en que se habia hablado de salmon, de comedias, de peinados, del flato y del gran turco, ya nadie se acordaba de una cosa tan insignificante como un bofeton dado *coram populo* á una niña casadera.

¿Y creerán nuestras amables lectoras (á quienes libre Dios de tan duros trances) que la severísima Doña Lupercia se contentó con la afrentosa correccion que habia impuesto á la apasionada doncella? Nada de eso; asi que llegó á su casa, y antes de quitarse el manto, pidió la llave del cuarto oscuro y encerró en él á su hija, retirándose sin decirle ni una sola palabra; pero dejándole sobre una mesa una luz, un rosario, sus capitulaciones matrimoniales, y un tratado de agricultura. No hay que pensar que doña Lupercia tomase un libro por otro: el tratado de que hablamos, obra de un relijioso sapientísimo, á vueltas de las instrucciones para el cultivo de la zanahoria y la chirivía, contenia escelentes consejos de moral para las jóvenes, llegando á tal punto el esmero y minuciosidad del reverendo autor, que les prescribia lo que debian hacer cuando les aconteciese hallarse á solas con un hombre mal intencionado, y les aconsejaba que al salir de casa mirasen si les colgaba algun hilacho, ó si llevaban mal atadas las ligas. La lectura, pues, de algun capítulo de d cha obra era muy del caso en tal ocasion.

Aquella noche entre doce y una penetró con mucho sijilo una criada en la prision de Gabriela, y le entregó otro billete de su amante, instruido ya por el cojo del doloroso suceso de la mañana. Gabriela se apoderó con ansia de la pluma y del papel que le traia la sub-comisionada del cojo, y de un tiron escribió estas palabras: «Líbrame del poder de mi madre, Gonzalo mio, porque jamás seré esposa de un hombre, que aunque honrado, discreto y rico, tiene una ci-

catriz en la cara, no es capaz de escribir una redondilla, y se llama don Canuto.» Aquí llegaba, cuando acordándose del bofeton y temiendo que podria no ser el último, rasgó el papel y dijo con resolucion á la mensajera: «Vete, y dí á Don Gonzalo que ni me escriba, ni me vea, ni vuelva á pensar en mí en toda su vida.»

Quince dias despues, mientras su madre estaba en el jubileo, se halló doña Gabriela en su cuarto al anochecer con el mismo don Gonzalo en persona. «Sígueme,» prorumpió él: «todo está dispuesto para la fuga: dineros me faltan; pero arrojo me sobra: viviremos pobres en una aldea, pero felices.» Gabriela seguia maquinalmente á su galan, el cual habia ya pasado el umbral de la puerta, cuando recordando el tremendo golpe de la mano materna, recuerdo que llevaba consigo el de la promesa solemne hecha al caballero de la cicatriz, se paró, retrocedió, y cerrando de pronto el postigo, se quedó la dama dentro, y en el portal el desventurado amante.

Otros quince dias despues el cura de S. Sebastian rodeado de una turba de curiosos, tapadas y muchachos, y asistido de sacristan y monacillos, preguntaba en la sacristía de la parroquia á doña Gabriela si queria por su lejítimo esposo á don Canuto de la Esparraguera. Y aunque es de ley que todas las que se oyen dirijir tan tremendas palabras las escuchen con los ojos bajos, ello es que Doña Gabriela, ó porque oyó alguna tós ó chicheo, ó sonó en el techo algun ruido que llamó su atencion y temió que se le desplomase encima, levantó contra el ceremonial la vista, y su mirada se encontró con la de don Gonzalo. Tuvo ya la novia en los labios la primera letra de un *no* claro y redondo, que no diese lugar á interpretaciones; pero acordándose en aquel momento del bofeton del dia de pascua, miró á las manos de su madre, y pronunció sin titubear el fatídico *sí quiero*.

Cuatro años despues subia á San Gerónimo una señora bizarramente vestida de terciopelos y encajes, con diamantes en la frente y perlas al cuello, vertiendo salud y alegría su semblante lleno y colorado, emblema de la paz y la dicha, apoyando su carnoso brazo en el de un caballero con un chirlo en el arranque de las narices, y acompañada ademas de dos dueñas, dos pajes, dos niños y dos pasiegas con dos criaturas de pecho. Traia la feliz pareja una conversacion secreta, aunque al parecer muy festiva, y habiéndose

parado un instante, dijo el caballero: «¿fué por aquí sin duda?» «Aquí fué,» respondió la noble matrona, fijando con amorosa espresion sus ojos hermosísimos en el semblante de su esposo. El caballero estrechó vivamente la mano de la virtuosa consorte, y le dijo en voz baja: «no me podrás negar que fué un bofeton bien aprovechado.»

SEGUNDA PARTE.

Era de noche, y un sereno de Madrid anunciaba las dos y media. Esto anuncia que hemos dado un salto superior al de Alvarado en la calzada de Méjico; y si añadimos que el sereno llevaba pendiente del chuzo un farol numerado, nuestros lectores conocerán que hablamos de estos felices tiempos de libertad y de estados escepcionales, de liceos y de represalias, de poesía y de miseria. Eran las dos y media de la noche, y dentro de un gabinete profusamente adornado con estampas de la Atala, del Ivanhoe, de Bug-Jargal y del Corsario, una interesante jóven de negros ojos y negra cabellera, el rodete en la nuca y los rizos hasta el seno, se deshacia al amor de la lumbre en amargo llanto que inundaba sus mejillas medianamente flacas y descoloridas. Es comun decir que cuando llora una niña tiene algun hombre la culpa de su lloro; y esto era puntualmente lo que se verificaba con doña Dolorcitas del Tornasol aquella noche, porque hombre era el que habia escrito no sé qué cuento, novela ó drama que tenia en el regazo, y al héroe de aquella soñada historia, oprimido de imajinarios males por gusto del autor, iban consagradas las lágrimas de la sensible lectora. Por lo demas ningun hombre habia dado á Dolorcitas hasta entonces motivo de pesadumbre, porque á todos los 26 amantes que habia tenido hasta la edad que contaba (sin incluir en aquel número ningun galan del tiempo en que la niña iba á la maestra) á todos 26 habia dado calabazas, al uno por joven, al otro por machucho; al uno por rico, al otro por no serlo; al uno por elegante, al otro por záfio. Aguardando que la suerte le deparase algun Arturo ó caballero del Cisne, todos le pa-

recian Frentes-de-Buey y Cuasimodos. Esparcidos por el suelo estaban todavia los pedazos de un billete color de rosa, perfumado y con orla y sello y canto dorado, primera entrega del vijésimo séptimo galan, hecha furtivamente aquella noche en una academia de baile; pero téngase entendido á pesar de esto, que sin llegar el amante novísimo al modelo ideal que existia en la cabeza de la melindrosa niña, tenia sin embargo cierto aire ó traza novelera que agradaba algun tanto á la pretendida. Mientras ella se acongojaba por la infelicidad ajena á falta de la propia, el libro estacionado en los pliegues de la amplísima falda que se escapaba de un talle de sílfida, cayó repentinamente en el brasero, cuyas ascuas devoraron en un punto la inocente márjen de las mentirosas pájinas. Acudió Dolores á salvar á su héroe favorito del suplicio de la inquisicion; pero acudió tan tarde, que convertida ya en brasa gran parte de las hojas, el rápido movimiento de la mano libertadora al sacarlas del fuego solo sirvió para hacer que brotase del libro consumidora llama que envolvió el brazo de la niña defendido solo por una delgada tela de algodon, fácil de inflamarse. Soltó Dolores asustada el libro, cayó este ardiendo sobre la falda, prendió en ella, y vióse en un momento rodeada de fuego y humo la señorita, que aturdiéndose entonces de todo punto, principió á correr por la casa como una loca, pidiendo auxilio con tan desaforadas voces como la ocasion requeria, y un poco mas, si cabe. Al estrépito que armaba, despertó no solo la única persona que vivia con ella (que era una anciana, tia suya), sino la vecindad entera: quien creyó que los facciosos estaban ya cantando el *Te Deum* en Santa María, quien que estallaba en Madrid un pronunciamiento en regla, quien que sus acreedores habian descubierto el undécimo asilo que habia mudado en cuatro semanas. Conmovióse toda la casa; los milicianos nacionales de ella se echaron las correas encima y salieron á los corredores á paso de ataque y haciendo la carga apresurada: y fué ciertamente un espectáculo notable el ver abrirse unas tras otras todas las puertas y ventanas que daban al patio y á la escalera, y asomar por ella viejos y viejas, mozos y mozas, chicos y chicas, cada cual con su luz en la mano; envuelto en un cobertor el uno, el otro en una capa, ellos sin calzones y ellas en enaguas; habiendo llegado á tanto la curiosidad de una vecina coja y medio cegarra, que al salir á informarse olvidó

su muleta, y no se olvidó del anteojo. Mientras todos preguntaban y ninguno respondia, los gritos habian cesado, y por consiguiente la perplejidad era mayor. Era el caso que la respetable doña Gregoria (la tia de Dolores) puesta en pie al primer grito que oyó, habia saltado de la cama, y encaminándose hácia donde sonaban los alaridos, se encontró al atravesar la cocina con la atolondrada joven, que ya no estaba para conocer á nadie; y gracias á las nueve arrobas que pesaba la buena anciana, pudo resistir el recio envion sin venir al suelo, y la que cayó hecha un ovillo fué la sobrina. La tia aprovechando aquella feliz coyuntura, hizo un esfuerzo para verter sobre Dolores un barreño de agua, y en un santiamen apagó el fuego y puso á la niña mas fresca que una lechuga. Desnudóla, llevóla á la cama, apaciguó el tumulto vecinal con dos palabras, volvió á la autora de él, vió que todo el daño que habia sufrido se reducia á un lijero chamuscon de rodillas abajo, y un rizo menos; con lo cual la prudente doña Gregoria se sosegó y principió á indagar la causa del incendio. «Ha de saber usted,» decia Dolores ya recobrada de su turbacion, «ha de saber usted, tia de mi alma, que de aquel lienzo que me regaló mi padrino, estaba haciendo yo unas camisitas que pensaba dar á los niños de la pobre viuda de la guardilla, que están los anjelitos que dá lástima verlos, cuando...» Al llegar aquí la relacion que, como vé el lector, no prometia mucha fidelidad histórica, salteó las narices de doña Gregoria un tufo á chamusquina que le hizo salir de la alcoba al gabinete, temerosa de nueva catástrofe; y casi debajo del brasero halló el lomo de un libro en rústica, cuyas hojas habian sido reducidas á pavesas. Apareció entonces toda la verdad del caso; amostazóse sobradamente la buena señora y apostrofó á su sobrina con los epítetos de embustera, desobediente, perturbadora del sosiego público, y romántica amen de esto, que le parecia peor que todo. Ella, para disculparse, habló de subterfujios inocentes y de irritabilidad de nervios[1], de consideraciones justas y de arbitrariedad doméstica, soltando de aquella boca tan copioso raudal de bachillerías, formuladas en la peregrina fraseolójia moderna, y acompañadas con tales suspiros, ayes y lágrimas, que la grave doña Gregoria, mas por ver si conseguia hacerla callar que por otra cosa, se atrevió á poner su mano irreverente y prosáica sobre aquellas mejillas de alfeñique.

¡Nunca tal hiciera la mal aconsejada tia! Allí los chillidos de Dolores cual si la mataran, allí el arrancarse frenética los cabellos, allí el caer en un soponcio de media hora de duracion, y salir de él para entrar en una convulsion espantosa, en medio de la cual invocaba á todas las potestades del infierno, desgarraba las sábanas y aporreaba á su tia, que no tuvo mas remedio que pedir favor á los vecinos. Nuevo alboroto, nueva encamisada. La habitacion de Dolores se llenó de jente: unos se destacaron en busca de facultativos, otros por medicinas. «Sinapismos,» decia uno; «friegas,» replicaba otro; «darle á oler un zapato,» decia un señor antiguo; «darle con él en las espaldas,» decia una desenfadada manola. Por último, como todo tiene fin en este mundo, menos las miserias de España, á las dos horas y media de brega y barahunda cesó el síncope, y volvió en su acuerdo la irritable señorita, á tiempo que se desgajaban tocando á fuego las campanas de la parroquia, donde engañado uno de los vecinos, habia ido á avisar asi que oyó las voces del primer alboroto, sin haber podido conseguir hasta entonces que el sacristan despertase. Poco despues comenzaron á sonar las demas campanas de Madrid; acudieron las bombas de la Villa, los serenos, los celadores, los alcaldes, la guardia con dos docenas de aguadores embargados, los milicianos que estaban de imajinaria; y guiados todos por el dilijente vecino, ocuparon la casa; y poco satisfecho el zelo de los peritos de la Villa con la declaracion unánime de los interesados, invadieron los desvanes, subieron al tejado, descubrieron dos ó tres carreras, echaron una chimenea abajo y rompieron los vidrios de un tragaluz, con lo cual se retiraron plenamente satisfechos de haber cumplido su obligacion.

Pocos dias despues, el vijésimo séptimo galan de Dolorcitas recibia una carta en que la chamuscada niña le decia que era el único hombre que habia encontrado el camino de su corazon, y le rogaba que tendiera su mano protectora hácia una huérfana infelice, víctima de una tia bestial.

Tres meses despues anunciaba un periódico chismográfico de la Corte que una agraciada jóven de ojos negros, peli-negra y descolorida, se habia fugado de la casa de su tutora en compañía de un peluquero, llevándose equivocadamente él ó ella cierto dinero y alhajas qu no pertenecian á ninguno de los dos.

Dos años despues en la feria de Jadraque obtenia los mayores aplausos una cómica de la legua llamada como nuestra heroina, representando en un pajar el papel de la infanta doña Jimena; y al dia siguiente su alteza la señora infanta dormia en la cárcel de la villa por disposicion de un alcalde celoso de la salud y de la moralidad pública.

Mes y medio despues un alguacil que habia traido de órden de un señor juez una ninfa de ojos negros á Madrid, como pueblo de su naturaleza, contaba á un colega suyo en un figon de la calle de Fuencarral, que la ninfa mencionada habia preferido una habitacion en el hospicio á vivir bajo la custodia de cierta parienta suya que no gustaba de monerías.

Otro mes y medio despues faltaba una noche una persona en el dormitorio mujeril de la casa de Beneficencia de esta Corte, y los dependientes del Canal de Manzanares á las 48 horas sacaban de aquellas cenagosas aguas el cadáver de una jóven con las manos puestas delante de la cara.

La jóven era la desventurada Dolores. Un castigo imprudentemente impuesto la condujo á la carrera del vicio; el mismo castigo hizo á Gabriela entrar en la senda del deber. A otros caracteres, otro modo de manejarlos: otros tiempos, otras costumbres.

(El Panorama.)

El Lunes.

1839.

LUNES 17 DE JUNIO.

Por aciago jeneralmente reputan al dia que los jentiles distinguieron con el nombre del Dios de la guerra; pero yo, aunque tengo particulares motivos para no emprender la apolojía del martes, creo que si puede ser considerado como fatal y funesto alguno de los dias de la semana, tan triste privilejio corresponde al lunes sin duda. Y no alegaré en apoyo de mi opinion el influjo del planeta á quien este dia está consagrado: no diré que Venus hace mas víctimas que Marte, pues el númen de las batallas solo ejerce sus estragos en tiempo de guerra, y la Diosa de Chipre domina lo mismo cuando se alzan *pretendientes*, que cuando se espulsan jesuitas: no, señores; ya no solamente no hay quien crea en las deidades del paganismo, sino que hemos llegado á tiempos tan calamitosos, que ni aun los partes militares insertos en la Gaceta nos merecen entera fé y crédito. La fatalidad del lunes proviene de que para muchos es dia de pereza, de ociosidad y de holganza, y dia por consiguiente de propension al vicio, que asi enerva el espíritu como enflaquece el cuerpo.

Pero real y verdaderamente, ¿no se necesita una resolucion punto menos que heróica para decidirse á saltar de la cama un lunes, despues de haber pasado la noche del domingo en un baile ó el dia en el campo, bien de caza, bien

de broma y jaleo? ¡Levantarse uno á trabajar cuando se le agolpan á la imajinacion los placeres de la víspera! ¡Cuando se acuerda uno tan deliciosamente de su pareja de rigodon ó de banquete, del salto que dió la ninfa al pasar el arroyo donde se le quedó el zapato, y donde hubiera caido sin el oportuno socorro de nuestros brazos que por primera vez estrecharon su talle aéreo! ¡Cuando nos parece sentir aquel pisoton eléctrico, cuando resplandece á nuestros ojos aquella celestial mirada, cuando nos hacen tan dulce guerra, en fin, tantas otras frioleras, que aun con serlo, bastan á constituir la felicidad mayor que cabe disfrutar de tejas abajo! ¿Quién no se embebece en ideas tan gratas, lo bastante para que el ánimo rehuse entrar en el penoso círculo de sus tareas cotidianas?

Memorias de distinta naturaleza suelen ocupar tambien á numerosos individuos de la sociedad católica en la madrugada del lunes. El honrado menestral madrileño recuerda que la mañana del domingo trabajó hasta la una para satisfacer el antojo de un parroquiano ó de un maestro exijente, que fué luego corriendo á misa á la iglesia que dá frente á la plaza con nombre de puerta (1): que marchó despues á someterse á la mano seglar de un barbero, poco dispuesto ya para aguzar el cansado filo de sus navajas: que regresó á su guardilla, que comió la olla ganada con el sudor de su frente, y que á la hora precisa de disfrutar la dulzura de una siesta plácida... á esa hora fué cuando tuvo que echarse á cuestas la patriótica cruz de ante, la cual es tan pesada como otra cualquiera, menos la del matrimonio. Ahora bien, un hombre que ha empleado toda la tarde del dia consagrado al Señor en atravesar la pradera de los Guardias en todas direcciones con el chopo al brazo; este hombre, aunque haya pasado despues parte de la noche en una de las ermitas de Baco, ¿no habrá de acordarse á la mañana siguiente de que Dios descansó al séptimo dia, y este dia ha sido para nuestro menestral siete veces de mas afan y molimiento que los seis anteriores? ¿No dará una vuelta en la cama cuando vea entrar la luz por el postigo entreabierto, y dirá con soñoliento labio: «ya que nos roban el domingo, trasladémoslo al lunes?»

(1) La del Sol.

¡Con qué enviones, con qué porrazos, de qué mala gana abren los horteras y aprendices las puertas de la tienda ó taller despues del dia de huelga! ¡Qué caras se ven por las calles tan mústias, tan tétricas y abatidas! No parecen sino de ministros en minoría ó de poetas silbados por ese público, que no porque silbe deja de ser benigno, induljente y sobre todo ilustrado. Dijérase que á todos pone de mal humor la precision de volver al trabajo. Un teólogo que escribia versos endecasílabos tan bien medidos como aquel de *templa, Filandro, tu lira y cantaremos* (1), veia en este fenómeno la prueba mas convincente del pecado del primer hombre. «Si el trabajo no fuese un castigo,» repetia con frecuencia, «¿cómo sentirian los hijos de Adan esa fuerte repugnancia á ocuparse en él, una vez interrumpido?» Aseguraba tambien cierto profesor de cirujía preciado de observador filósofo, que por espacio de cuarenta años apenas habia dormido tranquilo una noche de sábado, no porque le atormentasen brujas, sino porque le despertaban hijas, madres ó mujeres de jornaleros que le buscaban llorando para que acudiese á curar fracturas, heridas ó contusiones, que tuvieron su oríjen en las tabernas en aquellas noches en que tantos trabajadores se desquitan de la forzosa abstinencia de una semana. Yo confieso que un cachete y un navajazo suelen muy facilmente brotar al riego de una copa; pero sospecho que aun con mas facilidad los enjendra un bostezo; y el lunes es el dia en que mas se bosteza. Èl Esculapio consabido dormiria fuera de su casa los lunes, y asi no sabia las veces que sonaba aquella noche su campanilla.

El lunes no hay cocinera que no ahume el chocolate, ni doncella que acierte á peinar á su señora, ni vírjen romántica que no se impaciente con su doncel querido, y aun tal vez hasta con su faldero. Las damas que salen á revolver almacenes en lunes, no hallan tela de buen gusto, ni mercader que se ponga en razon, ni amigo que se encargue de pagar lo que compren. El lunes es cuando las sesiones de los cuerpos lejislativos son mas borrascosas, cuando se les descuadernan las galeradas á los impresores, cuando los ca-

(1) Es el primero de una composicion dedicada á la reina Amalia, que si no me acuerdo mal ha de titularse: *Ramillete de mística fragancia para la noche de S. Juan, dedicado á las señoras que no tienen fruto de bendicion.*

jistas levantan á los orijinales mas testimonios, y aun dicen malas lenguas que no hay en periódico alguno folletin de lunes que se escape de ser desabrido, chapucero é impertinente. (Eso ya lo habrán conocido en este nuestros lectores.) Lunes era, segun conjeturas fundadas, cuando se dieron de cintarazos los dos grandes amigos Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe; y en lunes mandó el rey D. Enrique el bastardo que encerrasen á su hija Doña Isabel en un convento, la pelasen y la encapucharan de grado ó por fuerza, solo porque se habia enamorado sin el real permiso (1). Si un rey, si un ministro se ha divertido un domingo, ¿pobre del que vaya á pedirle gracias un lunes?

El caracter avinagrado de este dia tiene en España un testimonio vivo, una espresion animada, grandiosa y terrible, un espejo donde se retrata con todos los rasgos que le distinguen: los toros. Diversion es una corrida de toros; pero es diversion lunática, y sobra con esto para que sea cruel, bárbara y sangrienta. Trasládese esa fiesta á otro dia, y se la verá al punto desvirtuada (aunque la virtud que tiene que perder no es mucha que digamos). Aquel manolo que ha vendido su chaqueta de alamares para llevar á los toros á su Curra, ¿creen ustedes que se hubiera mostrado tan ruinosamente galan en otro dia de la semana? No por cierto: cualquier otro dia no se hallaria su cabeza en aquel estado de entontecimiento en que se hallan en el lunes. Aquellos dos individuos que disputan en el palco, que se insultan en correcto lenguaje, y que parece que van á darse correctamente de mojicones, ¿son dos carreteros disfrazados de diplomáticos? No señor: son dos personas de categoría y de un carácter amabilísimo; pero no pueden menos de ceder á la influencia del lunes. La otra señorita, que rie como una loca de ver rodar por la plaza á un chulo, ¿tiene tan malignas entrañas, que se complace en el mal del prójimo? ¡Qué disparate! Cuando matan en su casa un pollo, aturde á la vecindad á gritos. Vé la autoridad presidente que un toro marrajo se coloca en medio del circo, y no hay fuerzas humanas capaces de hacerle desocupar el puesto; y á pesar de ello envia al picador un alguacil con el

(1) Recuérdese la leyenda sobre este ásunto, página 19 de este volúmen.

recado de «dice su señoría que vaya usted al toro.» ¿Querrá el alcalde que le suceda una desgracia al torero? De ningun modo, sino que en lunes no sabe uno lo que se manda. El picador que responde al alguacil: «diga usted á su señoría que busque él allí á la bestia si quiere,» ¿lo hará con ánimo de insultar á una persona á quien debe respeto? Tampoco, sino que en lunes no sabe uno lo que se dice. Por fin, ese pueblo que silba, que brama, que arroja á la arena cáscaras de frutas, palos y bastones, que se pone de pie furioso, apostrofando entre horrorosas blasfemias con los epítetos mas hediondos al lidiador que rehusa arriesgar desatinadamente su vida, ¿se ha convertido por arte diabólica en una reunion de caníbales sedientos de sangre humana? No: ese es un pueblo sensato y relijioso, bien que estraviado momentáneamente por el irresistible y maléfico influjo del lunes.

Conozcamos, pues, que en el dia en que se pasa del reposo al trabajo no es dueño el hombre ni de su corazon ni de su entendimiento, y sírvanos esta observacion para hacernos mas justos, mas induljentes con las flaquezas de nuestros semejantes. Si aparece en la Gaceta un decreto desacertado, averigüemos, antes de enfurecernos contra el que lo firma, si el dia anterior habia celebrado una fiesta; si nos sentimos en el teatro acometidos de la tentacion de silbar un drama, reflexionemos que quizá lo habrá escrito el autor de lunes en lunes. Para convencernos completamente de que este dia es fatal y aciago, pregúntese en Madrid á los toreros y á los que juegan á la lotería antigua. Todas las desgracias, todas las pérdidas que unos y otros han sufrido, regularmente se han verificado en lunes.

(El Corresponsal.)

El Madrileño en la Aldea. (1)

Un hijo de Madrid que ha llegado á la edad de mayoría, si, como á muchos sucede, no ha pasado en sus escursiones juveniles mas allá del Pardo ó de la Alameda, claro es que necesita correr tierras, ver mundo. El mundo se estiende por un lado mas allá de las lindes del que principió á ser *canal* y ha parado en cenagal, y por otro mas allá de las tierras que ostentan en sus mojones el sobrenombre de *Rio*: el mundo es tan grande, que saliendo por la puerta de Santa Bárbara, se llega á Mahudes y aun no se descubre donde remata. Esta espresion se atribuye en una crónica inédita del siglo pasado á un paisanito nuestro, mayorazgo, por mas señas, y arrogante chico. Lástima es que Baena no nos haya conservado en su diccionario el nombre de ese hijo ilustre de Mántua: yo solo he llegado á rastrear que era el mismo que preguntaba si llegaban á ser muy recios los árboles que producian la fresa, y si *barbecho* era la clase de papel mas á propósito para que luciesen los rasgos de una firma, fundándose sin duda en la vulgar espresion de *firmar como en un barbecho*. D. Alfredo Ricardo Hugolino del Mirabel y los Colibríes, que es el viajero de quien nos proponemos hablar en este artículo, no es mayorazgo ni buen mozo siquiera; y falto por consiguiente de toda disculpa para

(1). Este artículo pertenece al año 1830, aunque se publicó en 1839 algo distinto de como aquí se inserta.

ser majadero, se ha visto en la dura precision de instruirse. Alfredo sabe buscar en el mapa la posicion de *Colonia Agripina*, solo con que le digan que tiene su asiento á orillas del Rin; sabe que al nombre trasmarino de *Walter* corresponde en español el de *Gualtero*, y que *Urraca* es un disfraz del de *Maria*; sabe, en fin, historia, economía política, frenologia, pirotecnia, y hacer escelente charol de botas; distingue sin titubear un peral de un naranjo, y un garbanzal de una haza de algarroba. Alfredo, pues, en su viage sabrá sostener en su punto el honor de la heróica villa donde rodó su cuna.

Demos por supuesto que el descendiente de los Colibríes se ha ajustado con un ordinario, porque no hay diligencia para el punto donde él se encaminaba; que ha presentado al señor alcalde de barrio, para sacar el pasaporte, uno, dos, ó tres fiadores exentos de toda tacha legal; que ha regalado al corsario para que le dé el mejor asiento, y que al subir al carruaje se lo ha usurpado una Maritornes antojadiza: cosas indispensables ó comunes en todo viaje. Hechas estas suposiciones, tomemos desde luego con él la ruta que pasa por Vallecas.

Los compañeros de Alfredo, que son un ex-mancebo de tienda, un tratante en carnes y una sirviente dimisionaria, harta de ser doncella, comienzan á blasfemar de Madrid, donde han hecho su fortuna, y por poco se tragan á Alfredo, que se opone á sus invectivas. Es menester que sepan los estranjeros que á cualquier individuo de la discorde familia española le toleran sin dificultad sus hermanos que haga la apolojía de su pueblo natal; pero el pobre madrileño que emprenda la vindicacion de su patria, bien puede contar con que se pronunciarán en masa contra él todos los provinciales que le oigan. Un leonés ponderará la suciedad de las casas de la corte, un manchego la escasez de sus fuentes, un valenciano la inconstancia de carácter de sus hijos, un andaluz la bambolla de sus palabras. El exámen crítico de los usos y costumbres de los madrileños se prolonga de suerte, que ya se hallan nuestros viajantes cerca de Arganda, y todavía no llevan trazas de concluir conversacion tan gustosa.

Cansado Alfredo de sufrir y callar, baja del carro para dar una ojeada á la campiña: nota que las mulas caminan despacio, y saca la cartera para trazar con cuatro rasgos de lapiz el aspecto general del paisage que observa. En el momento en que los caritativos censores ven á Alfredo entretenido en su

obra, aconsejan al mayoral que aguije á las caballerías para tener el inocente gustazo de ver correr á un elegante de la corte con zapato de tela y pantalon de pliegues. Alfredo no repara en el carro, y por consecuencia no corre. Dirígese despues sosegadamente á la villa, y á la entrada encuentra unos muchachos con el traje de Adan en estado de gracia, los cuales entre horrorosos gritos se dan recíprocamente furibundos porrazos. Les dice algunas palabras para ponerlos en paz, y suspenden en efecto sus hostilidades; pero es para cantar en coro al reconciliador, luego que les ha vuelto la espalda, una coplita, que no copiamos aqui por justos respetos á nuestros lectores. Alfredo piensa que con no hacer caso de aquellos malos bichos, cesarán de insultarle: pronto se desengaña cuando siente pasar zumbando junto á sus oidos sendas peladillas que le arrojan los anjelitos argandeños. Regla general: cuando una persona grosera ó mal intencionada se proponga incomodar á un hombre sufrido, no le retarde aquella satisfaccion ni un momento; riña con él, aunque sea sin gana; porque si no, ya encontrará medios el necio provocativo para hacer al prudente que se desazone de veras.

Alfredo habia obrado muy cuerdamente en no apresurarse para alcanzar el carro: el carro habia volcado en la cuesta que hay al otro lado de Arganda para subir á los llanos, desde donde se descubren en un horizonte polvoroso y confuso los innumerables chapiteles de la capital de la monarquía; y para levantar el carruaje, habia sido preciso alijerar la carga. El carromatero habia achacado la caida á los viajeros que le habian inducido á correr; estos, resentidos del batacazo, se habian quejado ágriamente de la torpeza del conductor; y él y ellos habian convenido al fin en que el madrileño tenia la culpa de todo, pues que por él se habia corrido.

La tarde pasa mas tranquila que fué la mañana. Ninguna discusion peligrosa ocupa á los viajeros. Alfredo respira, sus compañeros nada le dicen: verdad es que cuando se duerme, por lo comun no se habla. Pero el monótono ruido del carro, junto con el de los resoplidos del vendedor de buey cansino por vaca, fastidian pronto á nuestro paisano, que se halla bajo un toldo con demasiados respiraderos para que no tengan entrada los rayos abrasadores del sol, y sentado sobre un rollo de sogas, que no le ofrecen una poltrona muy blanda. El

recurso de retratar á los dormilones, lo que equivaldria segun la originalidad de sus fachas á dibujar otras tantas caricaturas, no se puede intentar cuando se camina en un carruaje cuyos vuelcos y mala construccion recuerdan el siglo de Eríctonio: componer versos, tampoco es ocupacion propia de aquellas horas, porque cuando Apolo le abrasa á uno el cuerpo, no le inflama la mente. Pero una especie de instinto guia la mano de Alfredo hácia su bolsillo, donde halla un número de la Gaceta, plagado de providencias judiciales, prospectos y anuncios; y á favor de la amenidad de la materia, en breve el lector forma parte del soñoliento grupo que ocupa el carro. Entonces no habia mas periódico de política en España que la Gaceta del Gobierno: los de hoy no hacen dormir, antes para quitar el sosiego son cuanto cabe.

Termina la jornada: Alfredo habia ajustado su manutencion con el conductor, y por eso cena; no habia ajustado la cama, y por eso se queda sin ella: habia gran concurrencia y sus compañeros han tomado por asalto los últimos colchones. Sospéchase que bien se hubiera podido todavia arreglar en la posada un lecho en que descansase Alfredo; pero una imprudencia de este le atrajo la ojeriza del dueño de la mansion hospitalaria. Era el caso que un buen ciudadano que caminaba filosóficamente á pie, ni mas ni menos que un Tales ó un Pitágoras, se habia presentado á la puerta del meson pidiendo hospedaje, por supuesto por su dinero, y el huésped, en vista de que el viajante filósofo no podia hacer gasto de pienso, por no traer consigo cabalgadura, no habia tenido por conveniente admitirle bajo el techo destinado á dar asilo á todo el que lo pagase. Habíale sorprendido á Alfredo mucho la especie de que en las posadas de España se diese la preferencia á los cuadrúpedos sobre la especie humana, imájen del ser que la hizo, y habia declamado vigorosamente en favor del caminante de infanteria. La declamacioncita le costó al orador pasar aquella noche sobre el suelo de la cocina, dando con sus carnes abundante cebo á una falanje de vámpiros en miniatura, y que á la mañanita cuando empezaba á quedarse dormido, el cortesísimo posadero se llegase á despertarle revolviéndole con el pie á un lado y otro como si fuera un perro, diciéndole á gritos «¡eh! levántese usted, *tio suyo*, que ya es hora de echar el aguardiente.» Entre los animales selváticos el mesonero es el mas indisciplinable de todos.

A otra jornada llega Alfredo á su destino. Ninguna perso-

na de la casa donde ha de parar le conoce; pero va á ella bien recomendado. Recíbele con los brazos abiertos un buen anciano, padre de dos doncellas que le saludan sin alzar los ojos del suelo, porque antes de saludarle ya le han dirigido una ojeada capaz de satisfacer la doble curiosidad, mujeril y aldeana. Un enjambre de chicos y chicas, ya talluditos, se ha agrupado á la puerta del tio Garrones á presenciar el recibimiento del forastero: sus madres los llaman de lejos, los riñen en alta voz, porque escuchan lo que no les importa; y les preguntan en secreto quien es el recien venido. Media hora despues ya ha habido diez disputas en el lugar sobre el motivo de la venida de Alfredo, y le han casado con todas las solteras del vecindario. Mientras tanto, el objeto de las cuestiones disfruta de una cena abundante si no delicada: las dos niñas se empeñan en regalar al huésped en términos que tiene que pedirles por Dios que pongan límite á su furor gastronómico si no quieren que reviente de ahito. Al otro dia el interés que Garrones y sus hijas manifestaban á Alfredo, ha menguado mucho. Alfredo se ha levantado á las nueve, hora en que hace ya una que ha almorzado el cura del pueblo: Garrones se ha escandalizado de que su huésped haya perdido la misa, y las muchachas se han picado de que no haya tenido la curiosidad de ir con ellas á ver la iglesia.

Hace aquel dia una visita al señor alcalde: la señora alcaldesa se enfada tanto de que el señorito de Madrid venga á visitarla en traje indecente, es decir, sin capa, que para castigar una groseria con otra, se abstiene de sacar un plato de magras al forastero, creyendo herirle en lo mas delicado de su amor propio. El alcalde, menos reparon que su esposa, ha sostenido la conversacion, llevando la bondad hasta el punto de sufrir, hablando de libros, que le dijese Alfredo que los *Sueños de Torres*, lectura favorita de todos los que leian en aquella casa, no valian un comino. En cambio de esta condescendencia, el prudente alcalde quiere saber el voto de Alfredo sobre una composicion poética manuscrita, en la cual entre otros versos se hallaban los siguientes:

Como galan de la fragante rosa,
el clavel boquirubio
ámbar respira, bálsamo derrama,
de púrpura vestido,
por sacar la librea de su dama.

Alfredo desde que ha oido el primer endecasílabo de este

trozo, presta la mayor atencion á la lectura. El alcalde que lo observa, continúa leyendo con entusiasmo; la alcaldesa, á cuyos ojos desaparece el frac del madrileño luego que advierte en sus labios la sonrisa con que escucha á su esposo, iba ya á levantarse con direccion á la despensa, cuando en Dios y en hora buena, el petulante Alfredo interrumpe al lector diciéndole: «permítame V. que vea si tengo buena memoria.» Y prosigue en estos términos, remedando el énfasis del alcalde:

Si bien sobre las sienes de escarlata
le brotan de la rubia cabellera
dos cuernecillos de lucida plata;
porque aun entre las flores,
á cuya guarda asisten
próvidos jardineros y guardianes,
no escapan de estas armas los galanes.

«¿Con que ya tenia V. noticia de estas *décimas*?» esclaman á un tiempo el alcalde y su esposa. «¿Las ha leido V. escritas de mano?»—«No señor» responde ingénuamente Alfredo, «las he visto en un libro impreso casi doscientos años hace (1).»—«Impresas dos siglos há las coplas de mi chico, que es el pasmo de Salamanca!» replica la alcaldesa. Alfredo conoce que ha descubierto una superchería estudiantil, y coje su sombrero y se va sin decir palabra, pensando ya qué clase de armas ha de elejir cuando el hijo del alcalde le desafie, de vuelta de Salamanca. Ya se sabe que las cuestiones literarias se deciden á porrazos.

Se trata aquella tarde de dar un paseo: el viejo insta, sus hijas lo desean, y con todo la hora se pasa, y las dos hermanas no cesan de proponer escusas para retardar la salida. Alfredo comprende que las chicas tienen que decirle alguna cosa y no se atreven. ¡Qué de melindres hasta conseguir que hablen! Primero tratan de ovejas, y luego de esquileo, despues de lana, luego de paños, y por último de ropa de hombre: todo para venir á parar en que el frac ó la levita es un traje impropio y ridículo en aquel pueblo. Las dos niñas han cobrado aficion á Alfredo; las dos gustan de pasear con él; pero por lo mismo quieren que salga á la calle con el vestido que en su entender es el mas airoso, con el que está mejor, con el que nadie se reirá del forastero. El complaciente Alfredo se pone una chaqueta de majo y el calañés de que se

(1) Véanse las *Selvas del año* al fin de las obras de Lorenzo Gracian.

sirvió en el camino, con lo cual desaparecen las dificultades para la marcha, y la tarde corre agradablemente, sin mas disturbio que el haberse cariacontecido Garrones al oir que hablando de un olivar hermosísimo suyo, dijese Alfredo que valia sin duda un par de *talegas*. Las niñas no pudieron menos de reirse tambien á socapa, echándose las manos á las narices, y creyeron que Alfredo se burlaba de ellas cuando les esplicó que *una talega* eran mil duros.

Una noche no puede dormir Alfredo, y se le antoja dar una vuelta por los alrededores del pueblo, persuadido de que no encontrará una alma á aquellas horas. Al doblar una calle, se le echan encima cuatro gañanes que le descoyuntan para sujetarle, y se le llevan en volandas á una especie de caverna subterránea. El pobre Alfredo cree que ha llegado su última hora. Sus conductores encienden unas astillas de tea, y el temor de Alfredo se disipa: se halla en una bodega rodeado de todos los mozos del pueblo, que le piden la patente de costumbre: es decir, que pague la licencia de salir á rondar. El paseo nocturno, la primera ronda que ha hecho sin pensar en ello, le cuesta ademas del susto, pagar un pellejo de vino.

Llega en esto la fiesta de la Vírjen titular de aquella parroquia, y hay iluminacion de hogueras, misa de tres en ringla, predicador vitoreado, danzas y procesion por las calles, enramadas á costa del arbolado del vecino menos bien quisto. Hay rifa tambien, siendo el objeto mas raro de ella un castillo de mazapan, construido por las monjas de un convento inmediato. Empieza la rifa del castillo, que allí corre con el nombre de torta: todo el pueblo asiste al acto solemne: las mozas ponen los ojos en la golosa fortaleza; los mozos sondean la profundidad de sus bolsillos. Alfredo quiere obsequiar á sus huéspedas, y hace una puja considerable; conocen los ladinos labriegos que el forastero tiene gana de llevarse la torta; y algunos van subiendo las puestas tanto mas, cuanto menos esperan pagarlas. Repara Alfredo que el último postor es un sujeto cuya pinta no ofrece grandes garantías de posibilidad pecuniaria, y tiene la malicia de finjir que desiste de su empeño. Queda, pues, adjudicada la torta al tio Matavelas, que lejos de poder gastar en mazapanes, se daria por muy contento si pudiera hartarse de pan de centeno. Llévansela, pídenle la paga, y al declararse mi hombre insolvente, ¡allí de las risotadas de todo el concurso! La rifa se dá por nula, vuelve á hacerse de nuevo, y la

obra maestra de las relijiosas recae sin disputa en el madrileño, con gran satisfaccion de las señoritas Garrones, mientras que Matavelas se muerde los labios de rabia.

Preséntanse despues los danzantes que vienen en cuerpo á poner en contribucion la jenerosidad de los que han gozado de sus habilidades. Alfredo, á quien en la segunda rifa habia salido la torta dos duros mas barata, regala los cuarenta del pico á los bailarines. ¡Gran sorpresa de los beneficiados! Cunde la voz entre la jente, y aparece que ninguno de los magnates de la Villa se ha estendido á dar la tercera parte de aquella suma. ¿Qué resulta de aquí? Que toda la poblacion en masa se dá por ofendida y afrentada de la vana prodigalidad del madrileño.

¿Qué efectos produce la torta que Alfredo triunfante pone á disposicion de las dos hermanas? Que de vuelta á casa, la mayor dá á Alfredo espontáneamente un abrazo, y la menor se deja dar un beso sin resistencia.

¿Qué resulta del abrazo y del beso? Que dos mozos, pretendientes de las hijas del tio Garrones, llevan aquella noche calabazas en debida forma, y que Alfredo, sorprendido á la tarde siguiente detras de unas tapias, recibe una magnífica paliza de manos de los dos zelosos rivales. Alfredo se levanta del suelo cuando puede, echa mano, aunque algo tarde, á dos cachorrillos, y los apunta hácia los que acaban de aporrearle. Dispara, yerra los tiros, vuelven á acometerle los apaleadores; pero la descarga ha llamado jente, y el alcalde, el digno projenitor del asombro de Salamanca, tiene que tomar conocimiento de tan grave asunto. Matavelas jura á Dios y una cruz que Alfredo ha querido asesinar á los dos mejores muchachos del pueblo; la alcaldesa sostiene que el madrileño es enemigo de toda la juventud de la villa; los poco bizarros caciques de la rifa susurran que hombre que gasta dinero con tal despilfarro, lo debe adquirir muy fácilmente, y que su conducta dá lugar á que se sospeche que es un ajente de los emigrados del año 23, un *Negro*; los bailarines que ya se han bebido la propina, no se acuerdan de quien se la ha dado. Alfredo es conducido á la cárcel entre las aclamaciones del vecindario, mientras las dos hermanas se abofetean sobre quien ha de poseer el cariño del preso.

El negocio se enreda en términos que Alfredo no consigue su libertad sino al cabo de muchos dias y de dar pa-

labra y mano de esposo á las dos hijas del tio Garrones; promesa que como es de creer, no la cumple luego á ninguna, dejando en el pueblo la opinion mas triste de la moralidad madrileña.

Diga lo que quiera Melendez en alabanza de la vida del campo: á menos de ser sordo, pescador de caña, ó valetudinario, dificil es que un madrileño pueda vivir á gusto arriba de quince dias en un pueblo corto de España.

(El Corresponsal.)

El Lugareño en Madrid.

«Pues, señor, vamos á los Madriles,» dijo un dia entre pesaroso y alegre el tio Pescuño, ciudadano labrador, vecino de un lugar de la Alcarria, de cuyo nombre no quiero dar cuenta. Ver la capital de la monarquía siempre es cosa lisonjera para un aldeano; y esto es lo que al sacar el pasaporte servia de satisfaccion á nuestro alcarreño; pero emprender un viaje que le habia de obligar á gastos crecidos, templaba esta satisfaccion considerablemente. Sabido es que los alcarreños no suelen pecar de pródigos: bien que ahora (1) no hay labrador en España que pueda quebrantar por este lado las leyes de la prudencia, como no sea con el pensamiento. Si es cierta aquella máxima de que

ser bueno, se halla de balde;
ser malo, dinero cuesta;

preciso es confesar que por espacio de un siglo, jamás ha habido en España tantas virtudes, es decir, tanta pobreza como ahora. ¿Quién sabe? Quizá ha decretado el destino que la felicidad futura de España nazca de su miseria misma. Ello es que al pobre nadie le teme, ni le envidia, ni le hace caso; nadie se mete en los asuntos del que nada

(1) 1839.

tiene. Sin protectores y sin enemigos, disfruta del bien mas apreciable, la quietud, la paz. Ya poco podemos tardar en tenerla nosotros.

. . . . . ¡Oh afortunados
españoles, si nadie os conociera!

Tambien infunde algun recelillo al honrado Pescuño la probabilidad mas ó menos remota, segun circunstancias accidentales, de tropezar por esos caminos de Dios con una banda... de ladrones, no: afortunadamente en nuestro país ya no se roba en despoblado. De puertas adentro, sí señor, cuanto se puede, cuanto hay; pero en los caminos, lo mas que arriesgan los que viajan sin una division por escolta es el pagar alguna contribucion estraordinaria de guerra. Recaudar este impuesto puede ser tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño; pero al fin una exaccion marcial no es un robo. Es menester que todos vivan; aunque maldita la falta que hace á los mas la existencia de algunos.

Nuestro alcarreño ha llegado felizmente, á mujeriegas sobre su macho romo, hasta la puerta de Atocha. Vé los altísimos paredones del hospital inmediato, y esclama con tanta boca abierta: «¡qué barbaridad!» En su lenguaje esta espresion significa sencillamente: «¡qué edificio tan alto!» Pero el viajero filósofo que al llegar á Madrid pregunta cual es el destino de aquella fábrica, prorumpe al saberlo en una esclamacion idéntica á la del patan de la Alcarria. Barbaridad es y grande, en un clima tan caluroso, reunir millares de enfermos en un edificio. Pasa la puerta; sale libre, aunque no sin costas, de entre los Cerberos del resguardo; repara en la fuente de la Alcachofa, y desde la acera de las Panaderías, vá descubriendo sucesivamente á un lado y otro, el jardin botánico, la platería de Martinez, el Museo, las cuatro fuentes, la de Neptuno, el Tívoli, la estátua de Cervantes, el monumento del Dos de Mayo, el Apolo, la Cibeles, la calle de Alcalá en fin, donde está el parador que busca, y á la derecha y en el fondo las verjas del Buen-Retiro y el arco soberbio que lleva el nombre de la ciudad ilustre, patria del autor del Quijote. Atónito el pobre Pescuño con tanta magnificencia como se agolpa á sus ojos, no ha cesado de esclamar desde la puerta de Atocha á su posada «¡qué hermosura! ¡qué asombro.! Madrid vale mas que una lluvia de Mayo: desde Madrid al cielo.»

Va luego á comer á una fonda, á una hostería si se quie-

re; aun el precio ínfimo de la lista le parece caro; pero ya sabe Pescuño á cuanto vendió en el lugar los garbanzos de su cosecha y los carneros de su manada; sabe lo que cuestan portes, puertas y portazgos, y que todo el que ejerce una industria debe sacar ganancias de ella. Ademas, que á Madrid no se viene para economizar, sino para echarla de rumboso y satisfacer en cuanto se pueda los caprichos de este pícaro cuerpo. Al traerle un mozo con mucha cortesía un plato, cuyo olor solamente vivifica todo el sistema nervioso del buen alcarreño, se acuerda de los bien ponderados avisos que le dió por despedida la tia Mastranzos, la Sibila del pueblo. Ella que en su vida habia salido de potaje de almortas, le aseguraba haciendo ascos que los madrileños comian mil suciedades; que lo de gato por liebre era tortas y pan pintado, porque caballo y mulo y aun carne humana sabian dar á sus parroquianos los hostereros de la Corte. Pescuño, sin embargo, engancha con el tenedor de plata, que maneja por primera vez, un buen tasajo de ternera, y.... adios razonamientos de la tia Mastranzos. « ¡Dianche!» decia el buen labrador relamiéndose; «mas quiero piltrafas de ahorcado aquí, que pechugas de perdiz en mi lugar, guisadas en la taberna de la Sidora. Cuando me acuerdo de las veces que la he visto partir magras encima del mandil de cordellate...»

Acude al dia siguiente á una funcion de iglesia, y mi hombre se queda estático: vé representar una comedia de májia, y para él cada actor, cada actriz, y sobre todo cada bailarina, es un ser sobrenatural que le encanta: asiste á una corrida de toros, y goza mas, si cabe, que el dia que se libró de la quinta. Se embelesa delante del avestruz en el gabinete de historia natural, y se hace mil cruces al descubrir el dromedario y la elefanta del Retiro, sitio que como tiene su iglesia particular, su campo santo, sus huertas y tierras de labranza, le parece una poblacion, una villa distinta de la Villa y Corte. En esto se fundaria sin duda un geógrafo aleman del siglo pasado que designó al Buen-Retiro como una de las principales ciudades de Castilla la Nueva.

Todo le agrada, le admira y seduce en Madrid á nuestro aldeano. Si vá á comprar una tela para que su mujer se haga una saya, si ajusta unas cabezadas para sus mulas, si quiere feriarse una hoz de podar ó un pico, los depen-

dientes de las tiendas respectivas sufren sus regateos interminables sin echarle enhoramala; si se estravia á deshora de la noche por las calles, halla serenos que le dirijan á su posada; si pone su cara en manos de un barbero, sale de entre ellas sin barbas y con pellejo, todo al contrario de lo que en su lugar le sucede. Pero en la naturaleza se observa siempre la ley del equilibrio, y el tránsito del bien al mal es tan pronto como inevitable: no hay, pues, que estrañar que el tio Pescuño, tendiendo á la manzana la mano, adquiriese la ciencia del bien y del mal de la Corte.

Un dia pregunta en la calle de la Comadre por donde habia de ir á la puerta del Sol: el sujeto á quien se dirije, le hace el obsequio de acompañarle por un buen rato, y le encamina despues con tanto acierto, que el buen Pescuño se encuentra sin saber cómo en el patio de San Bernardino, donde quieren tomarle la filiacion y hacerle comensal de aquella santa casa. Otro dia, cabalgando en su macho, se lo espantan unos pillos: desbócase la bestia y arroja al jinete, acude á levantarle del suelo un caritativo transeunte, le limpia la chupa, le trae el sombrero, y en seguida saca el incógnito del bolsillo un ejemplar de un bando y exije en términos enérjicos al aporreado patan la multa en que ha incurrido por correr por las calles con su caballería: caridad de alguacil, por fuerza habia de ser costosa.

Pescuño ha venido á Madrid con una comision del ayuntamiento de su pueblo, en virtud de la cual tiene que entregar cierta cantidad de papel moneda en una de las oficicinas de la hacienda pública. El sencillo alcarreño contaba con despachar brevemente su encargo, porque para recibir dinero creia que los dependientes del gobierno no opondrian tantas dificultades como para darlo. ¿Quién lo pensara? Desde el primer dia le dicen que el asunto es complicado y grave, que hay que liquidar, comprobar, ver espedientes y correr trámites, que lejos de correr, van á paso de tortuga. Un dia el infatigable Pescuño se llega quedito á la mesa del oficial encargado de evacuar su asunto, y tiene la desgracia de sorprenderle *in fraganti*, dibujando una danza de monos. Amostázase el lugareño, y pide con algun retintin al caricaturista, que no le haga perder mas tiempo en Madrid, porque han sufrido ya sus in-

tereses bastante perjuicio: «venga usted pasado mañana» le responde el oficial secamente. Pescuño tiene la imprudencia de preguntarle si necesita nada menos que dos dias para dar la última plumada á sus mamarrachos. ¡Tú que tal dijiste! El funcionario público se pone hecho un poeta inspirado (quiero decir, un energúmeno), tira de la campanilla, aparecen cuatro ó cinco sayones, los cuales al oir la orden enfática de «quítenme de delante á ese hombre indecente,» se apoderan del paleto, se lo llevan en volandas hasta la escalera, hartándole de improperios, hijos del amor y respeto que profesan á sus superiores; no dándose por satisfecho el zelo porteril hasta que descargan sobre el mal aventurado Pescuño un razonable número de mojicones.

Jura y reniega á ¿qué quieres, boca? el honrado alcarreño contra Madrid; como si Madrid tuviese la culpa de que él hubiese cometido una cerrilada. Vuelve dos dias despues á las oficinas, recházale el portero, pide auxilio á la guardia, y las bayonetas de los ciudadanos, á la voz de un galopo, amenazan á un hombre de bien que viene á depositar en las arcas del tesoro el fruto de los sudores de una porcion de individuos pertenecientes á la clase mas útil al estado. Desespérase el alcarreño: pasan dias, sus dilijencias son vanas, su bolsa disminuye, su angustia crece. Por fin, halla una mano benéfica que le saque de tan duro aprieto; pero esta mano que se tiende hácia la suya, se tiende abierta y es menester que no se retire vacía. Una ribeteadora, parienta (por Adan) de un barrendero de la oficina impenetrable, se encarga mediante una gratificacion prévia, de zanjar el asunto del alcarreño. El pobre Pescuño tuvo que comprar un protector con faldas para conseguir que el erario nacional recibiese su dinero.

«No mas Madrid en mi vida,» decia al bajar la calle de Alcalá, dirijiéndose á la puerta de Atocha, fijos los ojos en la tierra, y tan embebecido en el cómputo de los gastos del viaje, que ni siquiera al pasar por la casa de los duques de Villa-Hermosa le merecieron una mirada de despedida el Dios de los mares, ni el príncipe de los injenios españoles. Con todo, al cenar en la posada aquella noche, se acordó de las ollas de Egipto, ó sean las de la hostería donde consintió que le diesen gato por liebre; al reñir con la patrona por la cuenta, hizo memoria de que en Madrid se regateaba sin insultarse; al salir, ya en su pueblo,

de la casa del desuella-caras con título, echó menos la mano suave del barbêro que le rasuraba cuando habia de visitar al oficial dibujante; y pasado algun tiempo, y olvidadas las aventuras de San Bernardino, del alguacil y de los porteros, cuando le preguntaban sus convecinos acerca de la Corte, respondia el imparcial alcarreño: «Madrid es una poblacion grande y hermosa, donde puede vivir cómodamente un hombre, si tiene dinero para gastar, y cordura para conducirse.»

(El Corresponsal.)

El Mercader de la calle Mayor.

Eran en Madrid dos siglos hace las gradas de San Felipe lo que ahora la puerta del Sol, es decir, el punto de reunion de los holgazanes y el mentidero de la Corte. Bajo este postrer concepto, sin embargo, cada café de la capital, cada gabinete de lectura, cada redaccion de periódico es una puerta del Sol hoy dia (1). Afirmar se puede sin escrúpulo de conciencia que son al presente mucho mas copiosas que en lo antiguo las trasgresiones del octavo mandamiento que se cometen dentro de los muros de la muy heróica villa, por la razon sencillísima de que hay ahora en ella mas andaluces que antes, mas diplomáticos, mas pretendientes, mas hambre, mas vendedores, mas poblacion en fin, y por consiguiente mas que mientan.

Una mañana, pues, en aquellos tiempos en que contaba Madrid menor número de mentirosos que en la época que alcanzamos, subia pausadamente las gradas de la lonja de S. Felipe un hombre de *edad provecta y duros espolones*, medio escondido el rostro con el ala de un sombrero sin toquilla, pero con mugre, la capa de bayeta, la ropilla de paño negro de recia calidad, y el calzon de lo mismo con un

(1) 1839. Ya (1842) no existen San Felipe ni sus gradas.

remiendo en cada rodillera, muy bien echado. Pidiéronle limosna unos cuantos pordioseros que ocupaban los lados de la escalera; socorrió al mas anciano, y él se lo agradeció entre dientes; de los otros pobres el uno le llamó ladron, el otro judío, y los demas le cantaron á coro una letanía de maldiciones. Calló el de los remiendos y prosiguió su camino, dirijiéndose á un corro de mozalvetes, donde se hablaba del mérito de una comedia de Calderon que dos dias antes se habia estrenado en el palacio del Buen-Retiro. Acercóse el buen hombre seis ó siete veces con el sombrero en la mano á uno de los caballeros del corro, jóven de mejor presencia que vestidura, y se hubo de retirar otras tantas, convencido de que ó no le veian, ó no querian escucharle. Iba en esto el jóven analizando los primores de la comedia, y señalando en ella á la par tantos defectos por lo menos como rasgos injeniosos celebraba, para lo cual repetia algunos versos que habia aprendido de los cómicos; y queriendo imitar la accion del galan en uno de los pasajes del drama de mas efecto, dió dos pasos atrás, y estendió violentamente el brazo derecho en ademan de desenvainar la espada; pero con tan fatal acierto para el pobre diablo que aguardaba el fin de la disertacion crítica, que le plantó encima de un pie el tacon de una bota, y entre barba y narices el puño cerrado. Volvió la cara el mancebo al advertir que habia tropezado con una persona, conoció al paciente, y echando un voto, le dijo: «¿ahí estabais, Mondragon? Válgaos el diablo. ¡Siempre con la vara de medir á vueltas, y todavia no habeis calculado la distancia que debe mediar entre nosotros!» Ahogó un suspiro Mondragon al oir estas palabras de doble sentido, contentándose con responder al caballero lo mas sumisamente que pudo: «si me dijérais, señor Don Gaspar, dónde y cuándo me seria posible abocarme con vos, sin que os causara molestia, me hariais una merced que os estimaria en el alma.»—«Yo habia pensado haceros una visita hoy mismo,» contestóle Don Gaspar, «porque necesitaba cien ducados para esta noche.»—«Os los tendré prevenidos,» replicó Mondragon, lanzando esta vez el suspiro anteriormente sofocado. «Supongo que ireis de noche, porque de dia ya sé yo que nunca os dejais ver por mi casa.»—«Iré á la noche,» repuso el caballero volviendo á Mondragon la espalda, «y decid á Beatriz que gustaré de oirla cantar un tono nuevo.»

Mondragon hizo una cortesia á cada uno de los jóvenes

del corro, que habian estado algo distantes mientras duraba este corto diálogo, y se apresuró á dejar un sitio donde su presencia era una aparicion estraña. «Gracias á Dios, me ha dicho que irá,» esclamó con el acento de la esperanza; y para mostrar su agradecimiento al Señor, dió un maravedí á cada mendigo de los que antes le habian insultado, los cuales, consecuentes en su carácter, le insultaron tambien entonces, aguardando solamente á que estuviese algo apartado de ellos para aplicarle los epítetos de logrero, de ruin y de jiboso por añadidura.

¿Quieren saber mis lectores quien era este hombre remendado y mugriento, con toda la sumision de un pobre, y con ciertos visos de poderoso? Sigámosle los pasos, y á pocos saldremos de duda. Véanle ustedes entrar en una tienda de la calle Mayor, abriéndose paso entre los compradores con tanta grosería, como atencion y encojimiento manifestaba no há mucho en la lonja de San Felipe. Aquella tienda, aquella casa era la suya. Equivocaríase mucho quien para formar idea de la tienda de Mondragon escojiese por tipo alguna de las que ahora vemos en el mismo paraje. No se hable de banquetas elegantes y cómodas, no se piense que alli habria lámparas magníficas, ni espejos, ni columnas, ni dorados, ni esculturas, ni pavimento de mármol: una pieza baja, estrecha, oscura, con las paredes denegridas; tres escalones que descender para llegar á un piso mal entablado; y por mostrador una mesa larga de pino sin pintar, como la destartalada anaqueleria; esto era en aquella época un almacen de modas en la capital de España, señora de dos hemisferios.

Damas de guardainfante, escoltadas de rodrigon y dueña, caballeros de hábito, doncellas de labor; sastres y novios ocupaban la tienda: todos al ver á Mondragon, le gritan que los despache, y él con un desabrido *aguárdense* responde á todos, y se entra á dejar el sombrero y la capa. Preséntase despues á la concurrencia calándose un gorro sucio y descolorido, reparte unos torniscones á los mancebos que manejan los lios, y empieza á preguntar á cada uno de los parroquianos qué es lo que quiere.—*Estufillas de martas*, dice una señora: *medias de pelo*, dice un pisaverde.—*Raso*, *rasilla*, *chamelote*, *cotonias*, *sempiterna*, claman á un tiempo los demas.—«Vayan á chillar á un lavadero, noramala para sus lenguas,» prorumpe Mondragon hecho la segunda parte de

su apellido: «á cada uno le llegará su vez.—Que tengo priesa.—El compañero de mas arriba está mano sobre mano: pase usarced allí y se lo agradecerá, y yo tambien que me deje.» Toda esta amabilidad y dulzura empleaban para despachar sus jéneros los antiguos mercaderes de España. Por fin riñendo y contestando, satisface brevemente á todos, les hace pagar lo que quiere; desocúpase la tienda, y el mercader se sube á ver á su hija.

Mondragon era un comerciante rico; pero la misma magnificencia se observaba en el atavío de la hija, que en el mostrador y el menaje de casa del padre. Beatriz vestia un hábito de anascote: en su habitacion no se veia, como en las de las comerciantas de ahora, piano ni harpa, ni tocador con espejo movible, ni dibujos ó bordados de la señorita puestos en lujosos marcos, ni en su mesa habia mas libros que un *Ordinario de la Misa*, impresion de Amberes con viñetas, regalo de un canónigo, y el *Flos Sanctorum*, en letra de tortis. Sábese empero por tradicion fidedigna que la niña conservaba ocultas en su baul la *Diana* de Gil Polo, las novelas de Montalvan, y un tomo de comedias del Maestro Tirso de Molina.

Beatriz se ocupaba en una labor, en la cual apenas ponia los ojos, porque á la primera mirada que fijó en su padre, conoció que traia que decirla, y asi esperaba con ansia el momento en que Mondragon desplegase los labios. No se atrevia á dirijirle una pregunta; pero procuraba dejar advertir su impaciencia. Mondragon, despues de un rato de silencio, le rompió diciendo:

—He hablado á D. Gaspar.

—¡Bendita sea la bondad de Dios!

—Le tendremos aqui esta noche: pensaba venir á verme.

—¡Ah! bien os decia yo.

—Sí, necesitaba cien ducados.

—¡Para eso viene!

—¿Para qué ha de acudir á la casa de un mercader un boquirubio de la corte? Para estafarle su dinero, para afrentarle su hija.

—Padre, por Dios... Yo no merezco....

—¿Cuando te persuadirás de que á una doncella no le basta ser honrada, si da lugar á sospechas su poco recato? Te han visto hablar á ese hombre que puso en tí los ojos en hora menguada, y has perdido tu reputacion, como si hubie-

ses cometido una culpa grave. Él propio, para satisfacer su vanidad, se habrá alabado de favores que no ha conseguido... Para el mundo, Beatriz, estás desconceptuada, deshonrada; y si D. Gaspar no te da la mano, no hay mas asilo para tí que una clausura.» Beatriz se deshacia en llanto al escuchar estas terribles palabras. Mondragon prosiguió: «Vendrá tu galan esta noche, y si me atrevo á decirle: sois un aleve si no os casais con mi hija, me responderá: vos sois un villano, y yo no quiero viciar mi sangre mezclándola con la vuestra. Si le recuerdo que le he librado de sus acreedores, y que me he dejado engañar de intento con promesas y firmas que nunca serán satisfechas, para ver si su pundonor le escitaba á reparar el daño que habia hecho su loco amor á mi honra, me replicará entonces que todo el oro que encierran mis arcas es mezquino premio de tan alto enlace, y que no es culpa suya que tú hayas sido crédula, y que yo en medio de la ruindad de mis pensamientos haya hecho un cálculo desacertado sobre la elevacion de su espíritu. Porque, hija mia, yo que fui pobre y que á fuerza de industria lejítima y de constancia soy ya opulento, lejos de haberme granjeado el aprecio de los hombres, me he atraido su aborrecimiento y su envidia; y ese jóven insensato, disipador del caudal de sus padres, ese nada ha perdido de su opinion y lustre por su disolucion y por su imprudencia. La carrera de los honores está abierta para él, y nadie le hace cargo de haber sumido en la miseria á veinte familias; y yo que mantengo en una cómoda mediania numerosos dependientes en varios puntos del reino, soy un hombre despreciable para las jentes. Él, que vive entrampando á todo el que no le conoce, inspira respeto hasta á sus mismos acreedores, y grandes y pequeños se le quitan la gorra; á mí me escarnecen hasta los mendigos.»

Hay quien afirme que Beatriz, en tanto que su padre ensartaba esta relacion tan prolija de lástimas, decia interiormente que si los mercaderes se veian tan despreciados á la sazon, tal vez era la causa principal de este desprecio la rusticidad insufrible de sus modales, su ignorancia supina en aquellos ramos que dan cierta blandura y jovialidad al carácter, su avaricia sórdida que les privaba de todos los placeres honestos, y les hacia recrearse en la suciedad y el desaliño, y en fin, la falta absoluta de verdadero espíritu mercantil, que hacia de una profesion útil y honrada un arte de grosera engañifa.

Vino la noche, y D. Gaspar, gracias al estado de su bolsillo, cumplió su palabra y acudió á la tienda. Encerráronse en un cuarto la hija y el padre y el caballero; y hubo allí reconvenciones y jemidos y voces y ratos de hondo silencio, y por último abrazos y lágrimas de la mejor especie. A los dos dias Don Gaspar salia de Madrid en posta con un bizarro traje de camino, y Beatriz cantaba á la vihuela en su cuarto un sentido romance con el tono de la mas dulce y amorosa melancolía.

Algunos meses despues se casaba Don Gaspar secretamente en una villa junto á Palermo con una hermosa jóven, y la tienda de Mondragon en la calle Mayor de Madrid habia desaparecido. La esposa de Don Gaspar se llamaba Beatriz, y el administrador de la casa del caballero era un español de espalda encorvada que se firmaba M. y Carreño.

Todo esto fué necesario para que un caballero de aquella época se casase con la hija de un mercader que gastaba calzones remendados.

En el dia un noble hubiera sido mucho menos escrupuloso, porque comerciantes como el suegro de D. Gaspar ya no se usan. Jeneralmente en las preocupaciones que han reinado contra tal ó tal clase ha intervenido alguna razon justa, fundada en los vicios ó ridiculeces de los individuos de ella, y por eso la preocupacion se ha desvanecido en el momento en que la clase menospreciada se ha hecho acreedora á mas ventajoso concepto.

(El Corresponsal.)

ARTESANOS ESPAÑOLES.

EL JORNALERO.

1839.

Quien tiene oficio, tiene beneficio. Esto se decia en España siglos há, cuando por otra parte la opinion y las leyes habian envilecido á los que ejercian ciertas profesiones útiles; cuando un hidalgo hambron de lugar hubiera ahogado entre sus manos á una hija suya si la hubiese visto enamorada de un molinero, aunque la niña tuviera, amen de pobre, la falta de un ojo y la sobra de una jiba, y el galan fuese acomodado, rubio como unas candelas, y hombre de bien por añadidura. Entonces, si hemos de creer á nuestros mayores, habia en este país mas virtud y relijiosidad que ahora; y á pesar de que la primera virtud del hombre social ha de ser la justicia, y que la fé del Salvador tiene por base la caridad, la humildad y la mansedumbre, el artesano era jeneralmente despreciado cuando no fuese aborrecido. ¿Podia un zapatero corto de vista haberse atrevido, en la relijiosa épo-

ca del hipócrita Felipe II, á cruzar las calles de una populosa ciudad con las tijeras en el cinto, bajo el brazo un lio de tela, y un par de anteojos cabalgados en las narices? Ya le hubiera costado cara la broma. No hubiera andado tres calles sin que le hubieran apedreado los muchachos ó le hubiese hartado de puntapies algun lindo D. Diego, ó conducido á la cárcel algun corchete celoso del decoro público. Solo tenia derecho á ver artificialmente entonces algun letradazo de hosca y cetrina catadura, capaz de formar un alegato encima de la veleta de santa Cruz, ó bien algun predicador que se hubiese desdentado en el púlpito, donde con citas del moro Rasis, de Lucrecio y de Raimundo Lulio habia probado mil veces al pio y estúpido auditorio, que le aclamaba tirando los sombreros al aire, que S. Bernardo fué hermano de leche de Jesucristo. Traje, habla, trato y diversiones á parte, como raza proscrita, tenian á la sazon en medio de una sociedad holgazana y vanagloriosa los únicos que cumplian en ella con la eterna ley impuesta por el Criador al hombre, la de ganar el sustento con el sudor de su frente.

Hoy no es así: en la iglesia, en los paseos, en los teatros se vé al artesano al lado del título, y á guante puesto, dificil es que por el traje se acierte á distinguir al uno del otro. Quedan sin embargo aun rezagos de la opinion que dominó un dia, como escombros de un edificio árruinado á orillas de una senda, cuyo libre paso embarazan. Todavia un meritorio de oficina que escribe *huérfano* con G, y *embrion* con H, se burlará de quien califique á un carpintero de persona apreciable. Examinemos las causas de este desvío, y prevengamos antes de todo que los jornaleros de quienes vamos á tratar en este artículo son únicamente los que ejercen las artes mecánicas; no sea que alguno tenga por comprendido en aquella denominacion á todo el que recibe un tanto por cada dia que trabaja: entonces entrarian en el número de los jornaleros muchos que no son artesanos.

¿Qué es un artesano en Madrid? ¿Quienes son los artesanos ya? Un zapatero es todavia un menestral; un sastre y un peluquero son artistas: un tornero capaz de armar el aparato para tornear óvalos, es un artífice: pues ¿dónde están los artesanos? Harto será que encontremos mas que los carpinteros, los panaderos y los albañiles, y esto porque los unos labran y los otros usan *artesas*.

Madrastra la suerte con los artesanos, les negó favores

que ha concedido á los que emprenden otras carreras. Sentíase antes un jóven llamado por el espíritu de abnegacion, ó por el deseo de la holganza, á la cómoda austeridad del cláustro: con pelarse la cabeza y echarse el saco encima, cátate á Periquito hecho fraile. Un estudiante de retórica tropieza una mañana con el diccionario de la rima; y esclama *ex abrupto*: «yo soy poeta:» y en prueba de lo que es, emborrona cartapacios, remite composiciones á los periódicos, lleva los dramas de tres en tres á la empresa de teatros, y anda á moquetes con sus compañeros si le echan en cara que ha rimado *andaluz* con *virtud*, y *crezco* con *tudesco*. El artesano para llegar á ejercer un arte, tiene forzosamente que ser aprendiz primero, y emplearse en labrar un palo, pegar mangas, moler almazarron ó machacar suela, operaciones (¿quién lo creería?) mas dificiles de desempeñar atinadamente que escribir un drama en media docena de jornadas, histórico, patético, simbólico, sistemático, drolático y circunlóquico: lo uno es necesario aprenderlo, y lo otro se hace sin necesidad de aprender nada: véase si es moco de pavo la diferencia.

Un aprendiz en España contrae al abrazar un oficio dos obligaciones: la de instruirse en él *á ratos perdidos*, durante cierto número de años, y la de emplear lo demas de este tiempo en servir al maestro, á su mujer, á sus hijos y oficiales en todo lo que les ocurra. ¿Ven ustedes en el verano esos grupos de muchachos que juegan al chito en las inmediaciones de una fuente, aguardando *vez* para llenar sus botijos? Pues casi todos los actores de aquella escena de laboriosidad son artesanos de primera tonsura. En esta singular posicion tiene una gran ventaja el artesano sobre el alumno de las musas: el uno gasta tiempo y papel sin fruto, y al otro se le paga lo que huelga y lo que estropea en el obrador de su maestro. Fuera de España parece que pasa todo lo contrario: allí el que aprende paga al que le enseña; por lo cual se han empeñado en decir jentes cavilosas que mas allá de los Pirineos se aprende y se enseña mejor y mas pronto.

Hubo una época en que los aprendices componian, por el tiempo que duraba el aprendizaje, parte de la familia de su maestro: con él comian, bajo su techo habitaban, con él iban á misa los domingos por la mañana y á paseo por la tarde, y él vijilaba su conducta y aun era en cierto modo responsable de ella. Aquel tiempo de austeridad pasó; los apren-

dices de ahora en el hecho de pasar de la casa paterna al taller se emancipan de la autoridad doméstica, y los dias y horas que están fuera del poder majistral no conocen ni rey ni Roque. Este hábito de independencia que cobran desde el momento en que ganan un real diario, se fortifica á medida que van adquiriendo alguna destreza en la profesion, por lo cual, si no se les aumenta el sueldo, pronto dejan al primer maestro y buscan otro que les haga mejor partido. Asi, corriendo de taller en taller, temidos de los maestros que casi se ven precisados á contemplarlos, tratados á baqueta por los oficiales que se desquitan en ellos de lo que sufrieron cuando aprendian el arte que ejercen, pasa el tiempo, desentorpecen las manos, desenvuelve cada uno su habilidad respectiva, y llegan á la feliz época en que pueden encargarse de un destajo ó ganar un jornal decente, es decir, que llegan á ser declarados ó considerados oficiales. En todo este intervalo ya han tenido tiempo mas que suficiente para olvidar la instruccion primaria; y es cosa harto frecuente entre los artesanos tener á veinte años ó mas que dedicarse á cursar la lectura, á restaurar la letra, á recordar la aritmética y el dibujo que abandonaron en la edad en que no presumian cuan necesarios les habian de ser estos conocimientos mas adelante.

Entonces es cuando la fisonomía moral del jornalero toma todos sus caracteres propios y distintivos: entonces es cuando suele hacerse desabrido con sus iguales, atrevido con los que mira como inferiores, envidioso de los que gozan mas que él, tosco y grosero con todos. Olvidó la gramática de *Naharro* y se divorció con los libros, y cuando llega el caso, ni sabe escribir una carta, ni formular una cuenta, ni esplicar á un parroquiano una operacion mecánica ó el plan de una obra. Esta rusticidad es la que repugna á los individuos de otras clases en que hay mas cultura, aunque no mas virtudes que en la clase fabril. Reunidos casual ó frecuentemente hombres de distintas categorías, cada cual gusta de hablar con quien pueda entenderle, y guarda silencio con los demas. La induljencia y la cortesía deben reinar en toda conversacion, pero principalmente cuando la conversacion es entre personas que ó no se conocen, ó se rozan poco: y á fé que las dos prendas mencionadas nó son muy comunes entre artesanos, y sobre todo entre jornaleros. Un menestral se irrita si advierte una lijera sonrisa en los labios del que le oye decir *nesecidad*, *correspondiencia*, *fan-*

tesia, *quizaes*, *escorruto*; pero si advierte que algun profano emplea la voz de *cerraja* en lugar de la de *cerradura*, ya tiene ocasion de mofa para una semana. Acude á una oficina del gobierno para que le despachen un asunto; le cuesta dos ó tres viajes la dilijencia, y ya le basta esto para decir que todo empleado es un gandul que se complace en entretener al pobre que solicita: sin acordarse mientras tanto de las infinitas palabras que ha dado de concluir sus obras para un dia fijo, sin haberlas cumplido nunca.

El jornalero en Madrid gasta frac ó levita como el elegante; pero un gran número de individuos de la clase no han podido renunciar á su distintivo peculiar, la vara. Y ¿cómo han de abandonarlo, si es para ellos un instrumento absolutamente preciso? Llega un dia de fiesta. Paco Tarugo se acicala para ir á Chamberí á ver á Maruja la bordadora: el domingo anterior mientras la daifa ocupaba una silla en la máquina jiratoria del supuesto *tio Vivo*, la miraba un terne á lo zaino: buena y aun indispensable es la navaja; pero como es chisme que se reserva para las altas ocasiones, forzoso es llevar en la mano un retoño de fresno; y si se atisba al rival presunto, se cuadra uno, se pone la izquierda en jarras, se ajita con la derecha el palo, se tose, se escupe por el colmillo luego; y el galan á quien se dirije la intimacion indirecta ó se escurre prudentemente haciéndose el sueco, ó se arma la broma y se luce un hombre á los ojos de su dama, sin que haya efusion de sangre. A favor de diez ó doce varazos por activa, pasiva, ó participio, tal vez un gaché vence los rigores de una manola esquiva, y tal vez aplicados sobre la carnosa espalda de una beldad inconstante, fija un hombre para siempre aquel corazon jamás rendido al apacible halago de un cariño tierno.

El jornalero de Madrid concurre al teatro, principalmente las tardes de invierno, y por lo comun guarda compostura, escucha con atencion, aplaude muchas veces y silba pocas: los que silban de oficio, los que alborotan, los que ni oyen ni dejan oir, no son jornaleros. Gusta mas de los toros, porque allí se divierte con mas desahogo; pero al paso que vamos, pronto le divertirán igualmente ambos espectáculos, porque pronto veremos en el teatro tanta algazara como en la mas estrepitosa corrida. Las óperas le apestan; las comedias de ahorcados y de májia son su delicia. Suele casarse joven: su mujer para ser feliz necesita principalmen-

te saber dos cosas; dominarse á sí los sábados por la noche, y dominar á su marido en el resto de la semana. Por fin, en España hasta ahora los jornaleros trabajaban menos que los jornaleros de otros paises, comian mejor, y aunque vestian con mas desaliño, se portaban con mas honradez, y un gran número de ellos moria en su cama sin haber hecho gasto de un maravedí al hospital y sin haber tenido que declarar nunca su nombre á los porteros del *palacio de provincia*. Hoy su suerte ha variado mucho: hoy no tienen que trabajar... con esto está dicho todo.

(El Corresponsal.)

TROPIEZOS

DE

una escalera.

No hay que asustarse: la escalera de que voy hablar no es de aquellas oscuras y laberínticas, sijilosamente buscadas á ciertas horas de la noche en Madrid, las cuales si dijeran lo que pasa por ellas, nos obligarian á taparnos los oidos, apurando todas las interjecciones de la gramática. *Las paredes oyen*, dice el refran; pero la esperiencia nos enseña que callan, y mas vale asi. Por lo demas, ¡cosa chusca seria el oir hablar á una pared, ya fuera del gabinete de una beldad, ya del despacho de un Sr. ministro! Los muros de la portería de una cárcel podrian tambien contarnos anédoctas interesantísimas. ¡Tremendo es el umbral de una cárcel! Solo es mas terrible el de la vicaría.

Yo habito en un cuarto tercero de una casa nueva: tengo por consiguiente una habitacion, reducida (porque soy huésped) á una pieza sola, no muy larga, á la verdad, pero sí muy angosta. Cabe en ella, sin embargo, una cama allá en el fondo; y desde las cortinas que la rodean hasta el balcon, hay primero un aguamanil y luego un armario y despues una mesita para escribir, y en el lienzo de enfrente cuatro sillas y un cofre. Cuando me vienen á ver hasta seis amigos, casi podemos estar sentados. Ya ven mis lectores que tengo una vivienda por el estilo de la de Sócrates, y eso que

no puedo compararme con Sócrates sino en lo feo. Me parece, con todo, que mi patrona es mas fea que yo. Una bendita de Dios á parte de esto; muger tan mortificada y penitente, que lo mas del año me trae penitenciado á mí, sin consultar con mi gusto. Cuando no se le olvida echar en la olla el chorizo, me suprime los postres: su memoria es tan infeliz que no se acuerda de cojer los puntos de mis calcetas, y tal vez equivoca el dia 21 con el último del mes. A pesar de todo, yo no pienso en mudar de posada: algo será ello.

Suenan tres golpecitos suaves en la pared donde apoya la cabecera de mi cama, pared que es medianería entre mi casa y la del vecino: contesto inmediatamente y corro al balcon; el balcon es lo que yo pago á mi huéspeda. Por pronto que me asome, ya se halla en el balcon inmediato una linda jóven que me dice: «estamos solas y vamos á salir; si pasa V. á casa, puede que mamá le permita que nos acompañe.»—«Mercedes, niña, ven aqui,» grita la mamá desde adentro, y Mercedes tiene que escapar para que no la pillen en el garlito. Su mamá doña Gregoria es una madre con toda la severidad del siglo XV, todo el saber del siglo XVIII, y toda la desconfianza del XIX: ¡vaya V. á averiguarse con tres siglos juntos! Asi es que solo he conseguido besar la mano á mi hermosa una tarde que paseábamos en un sitio donde no parecia un alma; y fué porque habiéndose levantado una fuerte ventisca, el polvo habia cegado momentáneamente al Argos que nos vijilaba. ¡Triste sagacidad la de los mortales, cuando una ráfaga de viento se burla de ella!

Vístome apresuradamente; pero con esmero, porque bien lo necesito: ya he dicho que no soy nada galan, y que mi dama es muy linda. No hay que escandalizarse de que una jóven hermosa se prende de una figura de tapiz; porque las mujeres suelen por lo comun escojer lo peor; y porque mi adorada, entre sus muchas perfecciones, tiene la faltilla de ser coja. Con las damas sucede lo contrario que con las composiciones poéticas; son menos *dificiles* las de pie quebrado. Bajo á brincos la escalera de mi casa, salgo á la calle, entro en el portal de Mercedes, y pongo el pie en el primer escalon al mismo tiempo que una criada sacude desde el último piso un felpudo, no removido quizá en dos meses; y la puerca me cubre en un santiamen desde el sombrero á las botas con una capa de polvo un dedo de gruesa. Juro y reniego copiosamente; pero la broza no huye de mi vestido espantada

con mis juramentos; y por no dar que reir á Doña Gregoria y quizá á su amable hija, vuelvo á mi cuarto para limpiarme, y por lo pronto tengo que ponerme en camisa. Terminada la operacion, salgo nuevamente de casa; pero tomo mis precauciones antes de internarme en la fatal escalera. Ya habia subido sin tropiezo hasta el cuarto segundo, cuando un inmenso rollo de esparto, una movible columna, una torre inclinada, sostenida en los hombros de un robusto gallego, me ataja el camino. ¡Maldiga Dios á quien tan inoportunamente desestera! Resuélvome á retroceder, no pudiendo avanzar; mas ni aun esto me permite mi pícara suerte. Mientras yo calculaba si el rollo de estera me dejaria paso, otro mozo de cordel que sube con un estante me corta la retirada: cósome contra la puerta del cuarto segundo, y la puerta se abre y caigo á la larga, besando casi las faldas de la respetable Doña Casilda, que salia acelerada de su habitacion á reñir al mozo que subia el estante. Nunca dije con mas propiedad *á los pies de V.* á una señora; nunca lo dije tampoco de peor gana ni con mas sentimiento: habia caido en manos de la mujer mas habladora que produjeron jamás padre sangrador y madre ropera.

«¿Se ha asustado V? ¿Se ha hecho V. daño? Tome V. un vaso de agua.» Y que quieras que no, me encaja en la cocina. «Venga V. donde le dé el aire.» Y me lleva sin mas ni mas á su balcon, perpendicularmente colocado debajo del de Mercedes. «Lo mismo que á V.», continua, «le sucedió á D. Telesforo Quincoces el año que fué tesorero de la hermandad de San Lucas evangelista, quince dias antes del que habiamos señalado para casarnos. Cuando digo que le sucedió lo mismo, quiero decir solamente que se dió una costalada en una escalera; pero el pobrecito D. Telesforo se desnucó del golpe.—«¡Mal rayo parta las escaleras!» replico yo.—«Amen,» contesta Doña Casilda: «en una escalera fué donde reñimos mi Telesforo y yo la última vez.» Y la buena señora me ensarta la relacion de un altercado ocurrido el año que se incendió la plaza Mayor de Madrid. Cuando me refiere las razones de D. Telesforo, baja la voz misteriosamente; cuando me da cuenta de las suyas, se enajena, habla en primera persona, y todos los que la oyen se figuran que riñe conmigo. «V. es un pérfido,» esclamaba como una energúmena, «V. hace cocos á la vecina y luego dice que me quiere; no piense V. que á mí me satisface con decir que se

correrán el domingo las primeras amonestaciones.» Una pelotilla de papel que me da en la cabeza, me hace mirar al balcon de arriba, y de entre los hierros veo escaparse la falda de raso de mi bella coja: conozco que nos ha oido, recelo una equivocacion que puede ser fatal á mis amores; despídome de la novia del difunto cofrade de San Lucas; pero la desapiadada Doña Casilda se ha apoderado de mi sombrero, y tarda en limpiarlo todo el tiempo que basta para que el golpe de la muleta de Mercedes deje de sonar en los peldaños de la escalera.

Recobro por fin el sombrero, salgo aceleradamente.... ¡Otro nuevo obstáculo! Un astroso mendigo, tuerto por mas señas, me saluda militarmente con la mano izquierda, me dice que cayó prisionero en Aragon *en la Peña de Orduña*, y me pide una limosna con un modo que da gana de contestarle sacando del bolsillo no una moneda, sino una pistola. Conténtole, ó creo contentarle, con una columnaria, y logro por último verme en la calle; pero ni en la calle ni en las inmediatas descubro á mi querida; su muleta parece que se ha convertido en el baston alado del correveidile de los Dioses. Cabizbajo y melancólico me restituyo á mi palomar, y al desnudarme echo de ver que mi reloj y mi dinero se han ido sin mi licencia con el prisionero de la accion de Orduña, dada en los campos de Aragon.

Ardiendo vea yo tan peligrosa escalera, luego que Mercedes se mude á otra casa, y antes que de e su cuarto la habladora de Doña Casilda.

(El Entreacto.)

Un Entreacto.

Cada dia hay cosas nuevas,
que el injenio todo es pruebas.

Esto dijo años há uno de los escritores dramáticos españoles mas injeniosos, que era fraile de la Merced y por mas señas maestro en teolojía, por lo cual estaba en obligacion de decir verdad; y á mí se me antoja que la invencion del *acto*, y la del *entreacto* por consecuencia, fué una prueba grande de injenio, asi como fué una gran novedad en su época. Apostaria yo, si fuese amigo de apostar, que al bellacon de Aristófanes, al sublime autor de los Edipos, ó al desconocido Menandro, de quien se nos dice que valia por dos Terencios; si les hubiese indicado álguien, ya que á ellos no se les habia ocurrido, la idea de dividir sus dramas en varias partes, dar un descanso en ellas al espectador, y suponer que en aquel intervalo pasaban algunas horas y se verificaban sucesos que no debian presentarse en accion, les hubiera parecido sumamente feliz este pensamiento, y lo hubieran aprovechado, dando las gracias al inventor, aunque fuese un mendigo de aquellos que para no perecer de frio en el invierno, acudian á calentarse á la lumbre de los baños públicos. Los griegos no conocieron los entreactos, porque sus obras escénicas se representaban de un tiron; pero los dramáticos modernos han adoptado la juiciosa y cómoda division de los latinos; aunque hacia trescientos años que en España se eje-

cutaban comedias divididas en actos ó jornadas, sin que para la idea que espresamos ahora con la palabra *entreacto* empleasemos esta voz de reciente fecha, y á la cual han precedido las de *intermedio* y *blanco*, y quizá alguna mas de que yo no me acuerdo. Verdad es que antiguamente no descansaban en el espacio de un acto á otro los cómicos ni los espectadores: los entremeses primero y las tonadillas despues ocupaban aquellos huecos. Concluíase una jornada con una escena de zelos ó con la tierna despedida del galan y la dama, y un instante despues salian al tablado dos ó tres figuras grotescas, se insultaban recíprocamente, ya con leve motivo, ya con ninguno; decíanse desvergüenzas de grueso calibre, sacudíanse, en fin, á vejigazos el polvo, se retiraban, y seguia adelante la comedia, de la cual acaso el espectador ya no se acordaba. En las tonadillas, por lo comun, no se hacia mas que gorgoritear, sabe Dios cómo, un enfadoso altercado de los actores, disfrazados con sus propios nombres, sobre asuntos particulares suyos, tan interesantes para el auditorio como para el Preste-Juan de las Indias. Estos eran los entreactos en el tiempo de las golillas y de las coletas: veamos lo que son en este tiempo de progreso literario, en que para ver morir á *Macias*, es necesario ir á la plazuela de la Cebada.

Cae el telon, y una parte de los concurrentes al teatro se marcha al café. Esto no podia suceder por varias razones en tiempo de Lope: principalmente porque no habia cafés á la sazon. Entonces tanto los mosqueteros como los papamoscas, permanecian dentro del *corral*, y mientras atendian á las gracias del *vejete* ó del *bobo*, se atracaban de avellanas, nueces ó limas, guardando las cáscaras con algun pepino ó zanahoria de buen tamaño traidos de reserva, para arrojárselos á la cabeza al actor que tuviese la desgracia de merecer la desaprobacion del patio. Ahora aunque el mayor número de los espectadores se queda durante el entreacto ocupando su asiento, charlan allí, miran, rien, hacen guiños, talarean, duermen tal vez; pero no comen. Apenas ha caido el telon, empiezan á prepararse los violines para regalarnos con una pieza que mil veces hemos oido: el fastidio que vá á esperimentar el oyente se apodera con anticipacion del músico; cada arco parece que arranca un bostezo á las sonantes cuerdas, cada Orfeo se convierte en un Dios, anteponiendo á su nombre una M. Pero este ruido

es necesario: el silencio es aun mas fastidioso que una sinfonía traqueteada.

Una dama rubia de la cazuela que todo el acto ha tenido, no sin incomodidad, flechado el anteojo en un asiento de luneta desde donde un caballero aplaudia con interés á una de las actrices, se vuelve á su compañera para preguntarle en qué pais se figura la accion de la comedia; y cuando va á responder la preguntada, la dama del anteojo la interrumpe diciendo que no se puede venir al teatro porque las actrices son detestables. Dos abonados del patio traban una fuerte disputa sobre si el pantalon del primer galan es obra de Picon ó de Utrilla: un tercero en discordia, persona de gravedad porque lleva gorro, y mas aun por su enorme barriga, los pone en paz, hablándoles, no sin enternecerse, de los tiempos de García Parra, y ponderándoles la májica espresion de la voz de aquel actor insigne, mientras no se le llenaba la boca de saliva. Hácia el medio dia de la luneta se disputa acaloradamente en un grupo compuesto de personajes que no deben ser muy linces, porque todos gastan anteojos y empuñan jemelos: los nombres de Metternich, Wellington y Guizot, que se les oye pronunciar á cada paso entre las espresiones de *equilibrio social*, *movimiento de las masas* y *tendencia de los protocolos*, nos manifiestan que son actores de otro teatro. Algunos de ellos que se habian dado la mano cordialmente al principio del intermedio, son enemigos irreconciliables antes que se vuelva á alzar el telon: un jesto de placer ó de desagrado, hecho al oir una noticia, es lo que ha producido tan rápida y completa metamorfosis.

¿De qué tratarán aquellos elegantes bigotudos? de modas: están en el artículo de los prendidos. ¿Y aquellas damas del palco que cuchichean sin cesar? De bigotes: los buenos bigotes llaman la atencion de ambos sexos. Y de la funcion que se ejecuta, ¿quién se acuerda? Esos dos jóvenes de abultadas guedejas á lo conde de Rebolledo. — « Es una composicion magnífica, » dice el uno, -«Es un plajio, » replica el otro, «esa rapsodia con que hace ocho dias que nos fastidian, es una miserable imitacion de un sainete del teatro dinamarqués. Que lo diga sino este caballero que nos escucha.—Yo no estoy al corriente de la literatura danesa. — Pero usted no dejará de ver...-Lo que yo he visto es que usted estuvo divertidísimo mientras duró el acto primero.—Ya; pero no se debe tolerar que el público sufra un engaño.—Hombre,

deje usted al público en un engaño que tanto le gusta: para que le engañen aquí, paga su dinero.»

El espectador cuyos aplausos incomodaban á la dama rubia, le ha dirijido una mirada significativa, y se dispone á salir: la señora sigue su ejemplo. Reúnense á la entrada de la cazuela. El caballero ofrece la mano á la dama de dorados cabellos, para bajar los escalones, y ella la rehusa con altivo desden: esta negativa produce una esplicacion. Vienen primero los raptos de furor y la formal protesta de rompimiento, despues las quejas amorosas, y llegaba la celosa dama al paso de llevarse el pañuelo á los ojos, cuando interrumpe la patética situacion una pareja procedente de la tertulia. Emparejan unos con otros, se ven, se miran... ¡Dios mio! ¡qué sorpresa!-«¡Mi mujer con un romántico!» esclama el caballero que bajaba.- «¡Mi marido con una manola!» grita la dama que no habia querido bajar. El elegante y la manola se escurren uno tras otro, y se dan el brazo al revolver la esquina. Al alzarse el telon, todo ha vuelto al estado normal: la rubia aparece en la delantera de la cazuela, el romántico en la luneta, el clásico (quiero decir, el marido) está en la tertulia: solamente á la manola no se la descubre por ningun lado: tendria sin duda que hacer á aquellas horas. Todo se ha esplicado, todo se ha creido, y terminada la funcion, los tres personajes se reunen y marchan juntos, y el pisaverde no tendrá en adelante necesidad de acudir al teatro para ver á la dama rubia: el marido le ha dicho que en su casa, facultades y personas están á su disposicion.

Todo esto y mucho mas pasa en un entreacto: episodios independientes de la accion que se figura en las tablas, cada uno de estos lances puede servir de base á una composicion dramática trájica ó cómica, casi siempre de *intriga*, *de costumbres* siempre, pero rara vez ó jamás de costumbres..... *ejemplares.*

(Entreacto.)

Un viaje en galera.

1842.

Cada dia va haciéndose el mundo mas viejo, y por consecuencia cada dia va descubriendo mas las manías de la vejez. Los viejos (y las viejas sobre todo) son muy aficionados á cuentos, y el mundo de hoy dia no es mas que una vieja curiosa y parlanchina que rabia por contar lo suyo y averiguar lo ajeno. La ancianidad del mundo es la que hace á los mundanos de hoy desvivirse por saber todo lo que pertenece á la vida privada de las jeneraciones que les precedieron, y divulgar la suya para instruccion de las razas venideras. De aquí los cuadros y escenas de costumbres, las biografías de todo bicho viviente, las novelas históricas y las historias novelas, las relaciones de actos públicos y los públicos actos de relaciones, las memorias de viajes y los viajes de memoria. Pero si la curiosidad del mundo va, como es de creer, aumentándose con el tiempo, quizá la mayor parte de los artículos de costumbres que se escriben ahora dejen mucho que desear á los curiosos de otras edades. Reflexionarán, y con razon, que estos artículos fueron escritos mas bien para deleitar con la amenidad de la narracion que con la verdad de los lances; que es enteramente gratuito el modo de presentarlos, y que no es facil distinguir en ellos la línea que separa lo posible de lo caprichoso; y en esta duda, erudito habrá que prefiera una relacion de fiestas reales, aunque sea la de aquellas que hizo Madrid en Octubre de 1823 (que es pieza de gusto), á las

mejores pájinas que trazó la pluma del Curioso Parlante. Nuestro erudito podria decir de la relacion mencionada, como cierto santo varon alabando un poema histórico: «que el autor de aquella obra tenia el mérito de no haber inventado nada.» El elojiante no era el inventor de la pólvora.

Todo este preámbulo viene á parar en resúmen en que será inútil buscar en la narracion de este viaje la chispa y el interés de un cuento de invencion verosimil, porque no es sino la pintura exacta de un hecho comun: es crónica, no es novela; se escribe para los que intervinieron en él, y para que de aqui á 400 años, cuando se haya perdido en España la memoria de lo que fueron galeras (pérdida que será ganancia envidiable), pueda un autor de aquella época traducir estas notas en lenguaje corriente; y dirijiéndose á los que no hayan conocido medios de comunicacion tan fatales, ponga por epígrafe á su escrito, como el autor de cierta novela fantasmagórica (1): «leed y estremeceos; nada hay aquí de fabuloso.»

Yo tuve... (Otro diria *nosotros* á la moderna; pero yo creo que tal manera de hablar solo es propia de los que escriben en compañía con alguien, y de las personas múltiples ó dobles, como periodistas y embarazadas). Yo tuve precision de salir de Madrid á un pueblo de Castilla la Vieja; me importaba marchar pronto, y los billetes de la dilijencia estaban tomados para muchos dias anticipadamente; habian de ir conmigo doña N. N. y don N. N. que no son caballistas, ni yo tampoco; y asi fué necesario recurrir á una galera, de lo que me arrepiento como del mayor de mis pecados. Suponga el lector hechos todos los preparativos de marcha; pero permítame no pasar en silencio el mas impertinente de todos, el pasaporte. El pasaporte para dentro del reino me ha parecido siempre la invencion mas estúpida de la civilizacion moderna; y en un país que se dice libre, es un ataque directo á la libertad de los ciudadanos. ¿Qué le importa al poder que manda, que esté yo en Cádiz ó en Barcelona? Donde quiera que yo necesite su amparo, allí debe tener él quien me proteja; donde quiera que yo quebrante la ley, allí debe tener él quien me reprima. Pedirme un fiador porque salgo del lugar de mi residencia equivale á suponer que forma cada poblacion un estado distinto, por lo cual el gobierno, impotente para espiar á cada via-

(1) La Familia de Vieland ó los Prodijios.

jante, exije que le dé otro ciudadano en rehenes, para que si se escede el que marcha, pague el que se queda: ¡sagaz y admirable política! El dichoso documento me costó dos visitas al abonante, tres al alcalde del barrio y una al ayuntamiento: seis dilijencias y cuatro reales en todo. En cambio de tantas molestias, el gobierno ofrece al que viaja un camino descuidado é inseguro, donde la vez que los carruajes no vuelcan y los ladrones no roban, es por un favor especial de la divina Providencia.

Hétenos pues N. y N. y yo en el umbral de una posada, calle de la Montera, esperando el momento de la partida, que segun la costumbre de los ordinarios, no llegó hasta unos cinco cuartos de hora despues de lo tratado. Lo público del sitio y el ser ya media tarde hicieron que me encontraran alli algunos amigos, lo que dió lugar á despedidas afectuosas y á estorbar el paso á los transeuntes. El abrazo de despedida y el de tornada son lo mejor de un viaje; solo por ellos deberia caminar todo el mundo. Encaramado en la galera, cuando fué mi vez, registré su disposicion interior, y ví que nuestros hábiles conductores habian reunido los cofres de los viajeros y puéstolos de canto, sujetos á lo largo de las varas de la galera, formando asi dos líneas de asientos medianamente blandos, por estar cubiertos con mantas; pero siendo todos los baules de diferente anchura, resultaba de uno á otro un escalon de algunas pulgadas, incomodísimo para el pobre á quien tocara sentarse encima. Los mejores puestos se hallaban ya ocupados por algunos consocios prudentes, que habian querido esperar dentro del carruaje y no á la puerta de la posada. Fui á sentarme, y al enderezar la cabeza, me dí un razonable coscorron contra uno de los aros que sostenian el toldo: pregunté al mayoral si pensaba conducir á los pasajeros doblándolos como quien cierra un compás, y me tranquilizó respondiendo que á las tres ó cuatro horas de camino (¡una friolera!) la carga bajaria por su propio peso, y podriamos alzar la cabeza impunemente. Me consolé reflexionando que yo seria el de menor estatura de todos, y por tanto el que menos derecho tenia para quejarse. Arrancó en esto la pesada máquina, sin embargo de que faltaba, segun dijeron, la mayor parte de los compañeros de camino, porque unos esperaban en la puerta de Bilbao, y otros habian preferido pasearse hasta Fuencarral, acaso por no ir hechos una C debajo del toldo. Yo ob-

servaba que apenas habia en la galera lugar vacío, y no podia atinar dónde ni cómo habia de embanastarse tanta jente. Mis temores eran fundados: llegó el terrible y apretado instante de que subieran los que caminaban á pie; y cuando nos vimos juntos adentro y pasaron cinco minutos sin que nadie rebentara, sospechamos que nos habiamos convertido en sacos de algodon, capaces de estenderse por ancho prensados por el grueso. Quise entonces conocer qué compañeros me habia deparado la suerte, y advertí con satisfaccion que podriamos ponernos en buena armonía. Veinte y tres individuos componian la galerada, la mayor parte jóvenes y de buen humor: seis estudiantes de medicina, uno de arquitectura, un empleado en no sé qué diputacion provincial, un ex-sarjento recien casado en Madrid, una jóven que iba á casarse á Durango, un comerciante, una propietaria, dos niños delicados y enclenques, el padre del uno, la madre del otro, otra señora mayor achacosa de una pierna, una señora de menos edad, casada ya tres veces segun dijo, y apalabrada para el cuarto matrimonio, mis dos anónimos consabidos y yo: la mayoría de los viajantes se componia de individuos naturales de las provincias del Norte, y se dirijian á ellas. Desde Fuencarral hasta san Sebastian de Alcobendas donde paramos, la pobre señora de la pierna doliente fué la que hizo el gasto de la conversacion, siendo la víctima en que se cebó la mordacidad de los estudiantes, á mi juicio porque les pareció la persona de mas sufrimiento. Uno la desahuciaba asegurándola que era imposible llegase á Bilbao ni aun á Burgos; otros ofrecian celebrar una consulta gratis aquella noche y practicar la amputacion de la pierna con una sierra de carpintero: la infeliz mujer unas veces les replicaba de firme y otras les dejaba desatinar. El sarjento, el arquitecto futuro y otros procuraban cortar la broma; la de los tres maridos defendia con valor á la paciente; el comerciante y el padre de uno de los niños se miraban uno á otro escandalizados y atónitos; la novia bajaba los ojos como si la estuvieran leyendo la epístola de S. Pablo; el un niño que iba mareado, nos mareaba á todos, y el otro que estaba cabalmente medio tullido de otra pierna, oia con espanto las predicciones aciagas que hacian á su compañera de mal los desapiadados alumnos de Hipócrates.

Con la llegada á S. Sebastian acabó todo, y por lo pronto no pensó cada cual sino en la cena; prometímela mala por-

que noté que habian parado en el meson otras dos galeras, y se juntaban á cenar mas de 50 personas: me equivoqué; no fué mala en cuanto á la calidad; pero en cuanto á la cantidad fué tan escasa, que solo en fuerza de que tal era la voz jeneral, pude persuadirme de que habia cenado. Colocaron á las señoras en mesa aparte; los estudiantes de nuestra galera y algunos mas que venian en otra, se pusieron todos juntos y pidieron el primer plato con tales voces y con un repique de cucharetazos sobre los platos y la mesa, tan sostenido y ruidoso, que indudablemente debió quitar á las Maritornes del parador todo el buen deseo que pudieran tener de servirnos. Con igual estrépito fueron marcados los intermedios de cada entrada, añadiéndose despues la cancion vascuence del *Irudamacho*, entonada á grito pelado por la turba escolástica. Alzados los manteles y quitadas las mesas, aparecieron allí como por encantamiento sendas guitarras, una flauta y una pandereta, indicios de que si Dios no lo remediaba, ibamos á tener baile para descanso de las pasadas fatigas. En efecto, nuestro mayoral trataba de enganchar á la una, y los estudiantes se propusieron, ya que el rato de sosiego habia de ser muy breve, no dormir ni dejar dormir á ninguno. El sarjento, que estaba á mi lado, me propuso que antes que el baile finalizase, nos escurriéramos bonitamente hácia los cuartos con el loable fin de asegurar una cama. Hicímoslo asi nosotros, y á muchos les debió ocurrir igual pensamiento, porque cesado que hubo el baile de allí á poco, y acomodadas las viajeras en su distrito, los bailarines se desparramaron por los cuartos para los hombres, y los menos listos no encontraron donde tenderse. Acudieron á reclamar á las mozas de la posada, y ellas respondieron que todos los aposentos estaban ocupados, y por consecuencia no habia camas que darles: replicaban ellos; y ellas para escusar contestaciones se metieron en su guarida, cerrando con llave. Aporrearon fuertemente la puerta los sin cama, haciendo renegar desde las suyas á los que las tenian: sosegóse la bulla con la cesion de algunos colchones hecha por los poseedores á beneficio de los desposeidos, que se arrojaron en ellos tendiéndolos en tierra. Preparábase todo para gozar un rato de silencio, cuando en hora aciaga se le ocurrió á nuestro mayoral hacer la cuenta con la huéspeda: discordaron en las partidas, y ni la barahunda del baile, ni el golpeo de las puertas, ni el trasiego de las camas produjeron ruido de tan

desagradable efecto como los chillidos de la posadera que no queria pasar por los cálculos del mayoral, ni era fácil que quisiera, porque segun se dejaba entender, él sustraia y ella multiplicaba. La disputa se prolongó hasta que vino á despertarnos una de las fregatrices: dilijencia inútil, pues harto despiertos nos tenia su maldecida ama, cuyo tiple infernal penetraba hasta en el rincon mas retirado. La noche aquella hubo de correr bajo el influjo de algun astro enjendrador de trabacuentas y embrollos: seria el astro que preside en España á la administracion de la hacienda. Uno de nuestros engalerados tenia que recibir en S. Sebastian 25 pesos: envió un recado atento al deudor; respondió este con igual atencion que al punto iba á entregar la cantidad referida; alegre el acreedor recompensó jenerosamente al comisionado; el deudor no se dejó ver, y el acreedor que contaba ya con aquel dinero, tuvo que proseguir la ruta con el que sacó de Madrid, menos la propina de la comision.

Eran cerca de las dos de la madrugada: metíme en la galera suspirando como reo que entra en el cuarto de la tortura: la misma tristeza reinaba en todos. El mayoral sufrió agrias interpelaciones por haber cargado con mas jente de la que permitia su carruaje; él juraba que aun habia conducido mas otras veces. «Vamos á sofocarnos hoy de apretura y calor» era la voz jeneral que se oia: «la culpa tiene quien no aguarda á alcanzar asiento en la dilijencia, aunque para ir solo hasta Burgos tenga que pagar el billete hasta Bayona.» Sostenia el mayoral que no habia en verano carruaje mas cómodo que la galera: á ser en invierno hubiera dicho lo mismo. «En la galera,» proseguia, «el toldo quita el sol, y por las esteras de los costados penetra el aire; en la dilijencia, como no tiene esa ventilacion, se asa uno cuando le toca un dia de chicharrero como el que tendremos hoy.» No sé qué barómetro habrian consultado el mayoral y los que aseguraban como él que habia de ser caluroso el dia: ello es que todos estaban en la creencia de que ibamos á sufrir en él un bochorno grande, y que el siguiente seria fresco por entrar en el puerto de Somosierra: cabalmente fué todo lo contrario. A todo esto, la galera presentaba un espectáculo singular. Un mugriento candil que pendia del toldo en la delantera, medio alumbraba los semblantes pálidos y ojerosos de los que por no querer ó no poder no habian reposado: corria un vientecillo medianamente recio que hacia os-

cilar al candil y ondear á la llama, la cual aunque apenas prestaba luz, nos regalaba en cambio con tufo abundante. No estaba allí el odorífero candil á humo de pajas: iban á darnos el chocolate, pasta enciclopédica que de todo tenia, menos cacao. La jarra del agua y un vaso de los que se nos trajeron fueron secuestrados por los estudiantes, con el beneplácito del mayoral, en desquite de haberles faltado camas. Principiaron las mulas á andar, el aire á arreciar, mis compañeros á dormir, yo á tiritar de frio: por entre las esteras y el toldo soplaba un céfiro (*sáfiro* decia nuestro zagal) que me hizo maldecir mil veces la ventilacion del carruaje veraniego. El niño de los mareos se indispuso de manera, que daba lástima verle; la elegante capita del maestro sastre recibió copiosas señales de los padecimientos del niño. Almorzóse en la galera, comimos en Cabanillas lo peor que puede imajinarse: sirvientas, mantelería, loza, cocido, asado, pan y agua, todo fué allí sucio y mal acondicionado. El frio nos obligó á caminar algunos ratos á pie, luego subiamos á la galera, y partiendo unos con otros la ropa de abrigo, era de ver á dos ó tres juntos rebujados en una capa: nadie podia figurarse que estábamos á mediados de julio. Llegados á Buitrago y sorbido el chocolate, que era verdaderamente de otra fábrica que el de S. Sebastian, salimos á ver la villa, y con motivo de su nombre no faltó quien recordara el famoso romance de

El caballo vos han muerto,
montad vos en mi caballo.
. . . . . .
Esto el valiente alavés
señor de Fita y Buitrago
dijo al rey don Juan primero,
y entróse á morir lidiando.

Allí tuvimos buena asistencia de plato y cama, prontitud, abundancia y aseo. Los alborotadores de la noche anterior eran ya otros, ó por mejor decir, entonces empezaron á manifestarse con su caracter verdadero. El de los provincianos mas bien es formal que bullicioso: creyeron que el título de estudiantes les imponia la obligacion de decir y hacer locuras; pero cansados luego moral y fisicamente, volvieron á su ser natural, y el fondo de honradez y decencia propio de jóvenes de buenas casas, hizo desaparecer la petulancia postiza. Asi al dia siguiente dieron la mas comple-

ta satisfaccion á la anciana, cuya edad y achaques hubieran respetado si hubiesen caminado solos con ella: la juventud en jeneral ama el escándalo, y donde no halla testigos no se propasa. Era este dia, tercero del viaje, aquel que temiamos que refrescara demasiado por la subida del puerto: determinamos los mas por esta razon caminar á pie las primeras horas, y cojimos una buena solana. Uno de los colejiales que era cazador y llevaba escopeta, hizo varios tiros al paso; quiso matar algo tambien el alumno de Vitruvio, y al disparar se le entró una hojuela de cobre de un piston en un dedo; los Esculapios se la estrajeron, dando á la operacion tanta solemnidad como si se arriesgara en ella la vida del herido. Juntos á media mañana en la galera para tomar el almuerzo, se renovó y jeneralizó sobre literatura española una conversacion suscitada durante el paseo á pie entre algunos de los compañeros y yo, la cual aun continuó por la tarde, despues que comimos en Somosierra tan mal ó peor como en Cabanillas. Lástima que la parte que yo recuerdo tenga el inconveniente de referirse á personas cuya amistad me honra, y respecto de las cuales mi lenguaje no podria menos de parecer apasionado; reproducido exactamente aquel diálogo, se hubiera visto en él cómo juzgan de los escritores contemporáneos, las personas indiferentes, que sin roce con los autores leen sus obras y las críticas que de ellos se hacen. Porque no se puede negar que fuera del público facticio y pequeño que suele juzgar del escrito sin entrar en las ideas del autor, principio sin el cual no hay crítica posible, hay otro público menos presuntuoso é incomparablemente mas grande, que para formar su opinion no hace caso ni de las insolencias del satírico que le escandalizan, ni de las declamaciones del pedante á quien no comprende, ni de la hiel del envidioso que se deja comprender, ni de los elojios que se pagan, ni de las rechiflas que se compran; abandonándose á su instinto y á su fé, tiene sobre el círculo melindroso la ventaja de poder sentir las bellezas, cuando el otro no repara sino en los defectos: el uno posee la ciencia del sentimiento, y el otro solo tiene el sentimiento de su ciencia; en el uno el sentir suple por el saber, y al otro el saber le priva de sentir. A muchas reflexiones diera lugar la opinion favorable ó contraria de los que hablaron respecto á las obras que conocian; muchas mas pudieran deducirse de que solo conocieran aquellas y no otras.

Iba el sol á ponerse, y llegaba el punto de separarme de mis camaradas de viaje, cuya compañía me era ya muy gustosa: desde Boceguillas tenia que tomar la direccion de Sepúlveda. Se acordó por voto unánime que se estendiese una relacion de nuestra viajata, y que se imprimiera en un periódico á fin de que pudiese llegar á manos de todos los interesados, no importándonos nada que al público le fastidiase un artículo que no se escribia para él, sino para nosotros. Fuéronme diciendo todos su nombre, y quisieron que apuntase hasta los de las mulas: «pastora, capitana, gallarda, bandolera, jenerala, el macho peregrino, portuguesa y beata.» (Póngolas en primera línea, porque las bestias siempre van delante del carro.) Tambien me refirió cada cual los daños y perjuicios que le costaba ya el viaje, y resultaron tres abanicos y un paraguas rotos, dos pantalones y un casaquin rasgados, una navaja y un trozo de flauta perdidos: en el capítulo de pérdidas creo que debia entrar la paciencia de todos. Autorizóseme para que, fiel historiador, no disimulara las faltas de nadie; por cuya razon, y en desagravio de la urbanidad ultrajada, es fuerza revelar que fueron D. Ceferino Garaygorta y D. Sebastian Córdoba los que mas escarnecieron á la respetable doña Manuela Fernandez, ayudándoles algo á la broma D. Federico Ondarreta y Don Bonifacio Blanco: los otros dos colejiales D. Claudio Unamuno y D. Ramon Zamarripa no tomaron parte en el pesado juego; antes el último y el empleado de la Diputacion D. José Alvarez Carvallo fueron los mas comedidos y juiciosos entre los jóvenes de la cuadrilla. Igual elojio merece el sarjento D. José de Torres, y principalmente los dos niños D. Antonio Ballesteros y D. Gerardo Hernandez: aquel ni siquiera desplegó los labios, y este si los desplegó, no fué para hablar. La novia doña Justa Iturriaga con las meditaciones propias de su situacion, y D. Francisco Ballesteros, padre del Antonio, con el afan de conservar y defender el puesto mas cómodo, tenian demasiado á qué atender para prestar atencion á nada. La propietaria en Madrid, doña Juana Jimenez, D. Pedro Meñaca el comerciante, y doña Josefa Hernandez, la madre del niño mareado, constituian la parte senatorial de la galera: D. Anjel Revuelta el arquitecto *in spe*, y otro sujeto que por modestia no se nombra, hablaron por todos los que callaban: D. Valentin Guinea, el maestro sastre, durmió por todos los desvelados; por el con-

trario, doña Juliana Alfonsea, la de las tres bodas y pico, se mostró muy despierta siempre. De las dos personas próximas á la mia no me toca hablar. Por conclusion, despedidos nosotros cortés y amistosamente de todos los que pasaban adelante, me encaminé á la posada, volviendo de vez en cuando la vista á la galera, como temeroso de verme todavia bajo las cañas de su toldo. Harto son de temer, en efecto, pues con ese carruaje se emplean dos dias y medio para menos de veinte leguas; se ahoga uno de calor porque no habiendo número fijo de asientos, el conductor embute allí á cuantos se le antoja; se pasma uno de frio, porque no tiene contra él defensa de ninguna especie; pagando el pasajero bien la asistencia de las posadas, le sirven mal porque viajando en galera se pierde el derecho de comer limpio y sazonado; y en fin son tantos y tales los inconvenientes que tiene, amen de los dichos, que todo el que estime su individuo en algo, debe procurar librarse de viajar en galera como de ser condenado á galeras.

(El Pasatiempo.)

QUERER DE MIEDO,

Drami-cuento á galope;

ES DECIR QUE LA ACCION VA Á CORRE-QUE-TE-COJO.

Entran en ella (en la accion) los actores siguientes:

UN NOVIO.
DOS NOVIAS.
UNA VIUDA, *con deseos de noviaje.*
UNA MADRE, *persona de gravedad (9 arrobas de peso).*
UNA CRIADA, *que no habla mas que una vez, ente inverosimil.*
UN LORO, *alias papagayo.*
UN RELOJ.
TRES CARTAS.

Acompañamientos de muecas, sollozos, carcajadas, etc.

(En una sala con buenos muebles y dos balcones á una calle principal de Madrid, aparece una jóven muy peripuesta, que parece acabadita de sacar de un escaparate: está leyendo una carta, con visibles muestras de desden y melindre. Cerca de un balcon hay una jaula de un loro, el cual charla que se las pela.)

La Señorita. (*Acabando de leer*). «Su fiel y rendido amante Crispin Crispiniano Cabrejas.» - ¿Se dará igual presun-

cion? ¡Cierto que era un novio á pedir de boca! ¡Mamá, mamá!

La Mamá. (*Respondiendo desde las profundidades de la despensa.*) Voy, mujer, voy.

La Señorita. ¡Yo con diez y seis años, y él casi de treinta! Calabazas mas solemnes que las que va á llevar el señor don Crispin, ni tampoco. ¡Mamá, mamá, mamá! (*Acercándose á una puerta.*) Pero, mamá, ¿tiene usted la bondad de venir?

La mamá, saliendo...(*Nota bene.* En lenguaje de teatro, *salir* significa siempre *salir á*, no *salir de*: por consiguiente decir que la mamá *sale* es lo mismo que decir que *entra* en la sala donde está su hija.–Y dice la consabida mamá, saliendo á la susodicha sala, ó sea entrando en ella): Pero, Pepita, ¿á qué vienen esos alaridos que aturden la casa? Mas bulla metes que el loro.

Pepita. No es el caso para menos, mamá.

La mama. ¿Y cuál es el caso?

Pepita. Que he recibido una carta.

La mamá. Por supuesto, de amores.

Pepita. Por supuesto; pero ¿á que no adivina usted de quién?

La mamá. ¿A que es de don Crispin?

Pepita ¿Cómo lo ha acertado usted al golpe?

La mamá. Porque ayer me envió una esquela á mí previniéndomelo. Mírala.

Pepita. (*Leyendo el sobre.*) «Señora doña Paz Valvidares.» (*Desdobla y repasa el papel.*) En efecto, le pide á usted mi mano, y á mí la mano y el corazon. Pues ni uno ni otro.

Doña Paz. ¿Con que no te gusta?

Pepita. ¿Cómo me ha de gustar un hombre tan sério, tan adusto?

Doña Paz. Contigo bien jovial anda.

Pepita. Es feo.

Doña Paz. Pero buen mozo.

Pepita. Alto y recio sí, pero desgarbado, estrafalario.

Doña Paz. Es rico.

Pepita. Sin elegancia ni gusto.

Doña Paz. ¿Sin gusto? Para escojer novia no le he tenido malo.

Pepita. (*Dando una mirada al espejo y sonriéndose.*) Lo

que es eso, vamos, puede perdonársele; pero ¿y el haber querido ya nada menos que á tres antes de conocerme? ¿Estoy yo para suplefaltas de nadie?

Doña Paz. Es que tú, por mi cuenta, ya has querido á cuatro.

Pepita. A mí se me figura que no quise á ninguno.

Doña Paz. ¿Por dónde has sabido los galanteos de don Crispin?

Pepita. Por él mismo: yo le estreché y él confesó.

Doña Paz. Sinceridad que le honra.

Pepita. Si tiene unas estravagancias el santo varon... Oiga usted las necedades que ensarta aquí. (*Lee.*) «Sí, Pepita hermosa, usted es el único bien de mi vida.»

Doña Paz. ¿Es necedad eso?

Pepita. ¡Válgame Dios! no lo digo por estas espresiones, sino por lo que sigue. (*Continúa leyendo.*) «Yo no me atrevo á presentarme á usted para saber mi sentencia de palabra ó por escrito; y sin embargo desearia salir al momento de tan penosa incertidumbre. Usted, á eso de las doce, acostumbra poner en el balcon á su favorito el loro, y siempre le hace repetir unas mismas palabras entonces; yo estaré en la calle á esa hora; y si veo y oigo al ave que ha de anunciar mi destino, subo á postrarme á los pies de usted; si el balcon está desierto, corro en derechura á la casa de postas á tomar un carruaje que me aleje de Madrid para siempre.»—¡Ocurrencia mas ridícula!

Doña Paz. Las palabras á que alude, creo que serán las de ese estribillo que no se le cae del pico al loro: «Dueño mio, ¿quién te quiere? yo, yo.»

El loro. (*Repitiendo.*) Dueño mio, ¿quién te quiere? Yo, yo.

(*Pepita se abalanza á los postigos de los balcones y los cierra precipitadamente, dejando la sala á oscuras y gritándole al loro*: «calla, maldito, calla.»)

El loro. Calla, calla: ¿quién te quiere? yo, yo, yoooooo.

Doña Paz. No te asustes, mujer; aun no son las once, y por consiguiente don Crispin no estará en la calle.

Pepita. El reló de los amantes siempre adelanta. Me desesperaria si hubiese acudido al reclamo.

Doña Paz. Con que definitivamente, ¿no quieres casarte con él?

Pepita. Definitivamente, mamá. Don Crispin es un buen su-

jeto; pero no es lo que yo apetezco para marido. La que se case con él, tal vez será dichosa; pero me temo que yo tal vez no lo sería, porque eso de amor y matrimonio, segun he visto en todas las novelas de folletin, cae bajo el dominio tiránico y esclusivo de la fatalidad. Ya ve usted lo que sucede con Marianita, la que está depositada en casa de órden superior. Era la muchacha mas obediente á sus padres; y de pronto se ha enamorado de su don Tomasito, y ni consejos, ni lágrimas, ni amenazas, han podido quitarle el capricho de la cabeza. ¿Qué es lo que ha trocado á Marianita de dócil en terca? La fatalidad. Yo no soy capaz de hacer daño á nadie; yo sé que voy á dar á don Crispin una pesadumbre que le puede costar la vida, si no saco al balcon el loro; y ¿en qué consiste que me encuentro con ánimo para ello, sin sentir el menor escrúpulo de conciencia? En la fatalidad: en que yo no he de ser de ese hombre. Crea usted, mamá, que ni la pólvora, ni la imprenta, ni el dinero, ni aun la moda misma, tienen la fuerza irresistible que el reciente invento de la fatalidad.

Doña Paz. Basta, hija, basta, porque entre el número de las fatalidades debe contarse la de que no me hagan mella tus argumentos; pero yo me he propuesto casarte á tu gusto, y asi tu voto es inviolable. Abre esos balcones: yo llevo el loro al retrete.

(*Doña Paz coje y se lleva la jaula; doña Pepita hace un mimo á su madre con la amabilidad propia de una niña que se sale con su gusto: abre los balcones, y luego se llega á la puerta del gabinete, y dice en voz baja:* «Marianita, ¿puedes oirme?»)

Mariana. (*Que sale enjugándose los ojos.*) Aquí estoy, Pepita: ¿qué ocurre?

Pepita. Parece que has llorado.

Mariana. ¡Soy tan desgraciada!

Pepita. ¿No vas á casarte con el hombre á quien amas? ¿con el hombre que adora en tí?

Mariana. ¡Adorar! Catorce quimeras hemos tenido ya en quince dias. Te aseguro que el tal don Tomás va sacando un jeniecito..... Y luego, cuando una reflexiona sobre el porvenir..... Enemistada con mis padres, amenazada de la miseria...

Pepita. ¡Ay Mariana! ¡y te casas!

Mariana. ¿Y qué hé de hacer? Mi reputacion lo exije. Ademas que todo lo que sufra me lo tengo bien merecido. Si yo no hubiese desechado un partido escelente... Di para qué me llamas.

Pepita. Era para decirte que tengo un novio.

Mariana. Para bien sea.

Pepita. No hay motivo de parabienes; que aunque le tengo, no le quiero tener.

Mariana. ¿Vas á darle calabazas?

Pepita. Hoy mismo.

Mariana. ¿Tiene mala conducta?

Pepita. No;

Mariana. ¿Es viejo? ¿es achacoso?

Pepita. No.

Mariana. ¿Es pobre?

Pepita. No.

Mariana. ¿Es feo? ¿Es tonto?

Pepita. ¡Eh! puede pasar. Tal vez tú le conozcas: don Crispin Cabrejas.

Mariana. ¿Don Crispin? ¡Y desprecias á ese hombre!

Pepita. ¿Te casarias tú con él?

Mariana. ¡Ojalá me hubiera casado!

Pepita. ¿Te ha pretendido?

Mariana. Me pretendió, le desdeñé, pensé que no me acordaria de él en mi vida, y desde que miro cercano mi enlace, no se me aparta el tal don Crispin de la memoria. Yo no sé en qué estaba pensando cuando le dí su pasaporte. ¡Fatalidad que la persigue á una!

Pepita. ¡Fatalidad!

Una criada. (*Anunciando.*) Doña Dolorcitas Raspon.

(*Pepita y Mariana corren á recibir á la ciudadana Dolores, que viene de luto, y mas flaca y ojerosa que el espíritu de la golosina. Se besan, se abrazan, hablan las tres á un tiempo cinco minutos antes de sentarse y otros cinco despues de sentadas, y se pasan otros cinco primero que se entiendan; en limpio, un cuarto de hora de guirigay.*)

Pepita. ¿Y cómo te va, Dolorcitas? ¿Cómo te sientes de tus achaques? Mas aliviada, ¿eh? Se te conoce. (*Aparte.*) Debe ya estar ética en tercer grado.

Dolores. ¿Qué sé yo como estoy? Dos años de matrimonio he pasado, que han sido dos años de infierno: ya se llevó Dios por fin á aquel maldito carcamal que me arruinó

mis bienes y mi salud: pensaba respirar en mi nuevo estado; pero, amigas, con achaques y acreedores, de nada sirve la satisfaccion de ser viuda.

Mariana. ¡Oh! tú te pondrás buena.

Pepita. Podrás casarte.

Dolores. ¡Casarme! Eso se queda para vosotras; lo que es yo, viuda moriré.

Pepita. ¿Siendo tan jóven?

Dolores. Veinte y cuatro años tengo; pero ¿y si no cumplo los veinte y cinco?

Mariana. No seas aprensiva.

Pepita. Debes procurar distraerte. No te faltan amigas ni amigos.

Dolores. ¿Amigos? ¡Sí, buenos desengaños va una recibiendo! Conocí yo á un sujeto á quien tenia por la misma bondad, y acaba de darme un chasco... ¡de mi flor!

Pepita y Mariana. ¿Cuál? ¿Qué? Esplícate.

Dolores. Es un jóven que trataba mucho á mi tutor, que se me mostraba muy fino, y... Vamos, parecia que...

Mariana. ¿Fué amante tuyo?

Dolores. Lo fué: hice el disparate de despedirle, y ¡bien me he arrepentido! Alguna maldicion me debió echar, porque desde entonces han llovido calamidades sobre mí. No olvidaré las palabras que me dijo, no. «Usted no me quiere por esposo; pero se halla en poder de un tutor astuto que tiene puesta la mira en usted, y lo que vá á hacer es ir espantando á esos mocitos elegantes que rodean á usted y en cuya comparacion pierdo yo; aprovechará alguna circunstancia favorable, y usted será de ese hombre libertino, malgastador y viejo.» Palabras de profeta: punto por punto lo que despues aconteció.

Pepita. ¿Y cuál ha sido el chasco?

Dolores. Luego que enviudé, le fuí á ver casualmente á una casa donde concurria: nos hablamos, le indiqué mi situacion apurada, me ofreció verse con mis acreedores y conmigo; y desde entonces... échale un galgo.

Pepita. ¿No cumplió su palabra?

Dolores. Las palabras fueron dos: ha hablado á mis acreedores, ha obtenido de ellos una espera de dos años, y aun creo que les haya dado maravedises...

Mariana. Hasta ahora el petardo no es muy de sentir.

Dolores. Sí lo es, vaya: vosotras no quereis entenderme.

Ha visto á esas jentes; pero no me ha visto á mí.

Pepita. ¡Ah! ya.

Mariana. Dolorcitas, ya sabes el refran: «cuando quise no quisiste, y ahora que quieres, no quiero.»

Pepita. Una cosa parecida he oido contar hace poco.

Dolores. Con todo, yo tengo sospechas de que eso ha de ser un artificio para ver si doy mi brazo á torcer. A la casa en que le ví, ya no vá; he sabido que concurre á esta, y quisiera que le echáseis alguna indirectilla sobre el particular.

Pepita. Todavia no nos has dicho su nombre.

Dolores. ¿No lo he dicho? Estaba en que sí: es don Crispin Cabrejas.

Mariana. ¡Don Crispin!

Pepita. ¡Don Crispin!

Mariana. Ese condenado de hombre tiene la fatalidad de hacer infelices á todas las que no le quieren.

Pepita. ¡Fatalidad diabólica! (*A Dolores.*) Aquí viene mi madre, que podrá encargarse de tu comision.

(*Sale Doña Paz con una carta en la mano: se repiten los cumplidos y los besos de la escena precedente.*)

Doña Paz. (*A su hija.*) Toma esta carta de tu prima, que ha venido inclusa en otra que acabo de recibir.

Pepita. ¡Carta de Pilar! ¡Cuánto me alegro!

Dolores. Mientras la lees, voy á decir á tu mamá dos palabras.

Doña Paz. Tenga usted la bondad de pasar á mi cuarto, y de camino verá los vestidos de Marianita: la modista acaba de traerlos.

Mariana. ¿Ha venido la modista? Vamos allá.

(*Y se van en efecto la mamá, la viuda ética y la novia, con la celeridad y ansia que es de suponer entre mujeres, cuando se trata de rejistrar sus trapitos. Pepita no las sigue, porque ha desdoblado la carta, y su contenido le ha llamado fuertemente la atencion. La primita Pilar, despues de pedirle cuentas acerca de los perifollos que se usan en la corte, se espresa en los términos siguientes. «Aquí en Fraga tenemos un puente de madera, que á pesar de que lo construyen haciendo uso de la célebre maza, cada año se lo lleva el rio. Dias pasados se ha hundido, al tiempo de pasar un carruaje procedente de Madrid; el carruaje ha caido; las personas que iban dentro han recibido fuertes porrazos,*

y una de ellas ha muerto, que era una amiga mia. Admirate de la desgracia de esta criatura. Jamás habia querido salir de Madrid; tuvo un novio establecido en la corte, y este no le gustó; los que la obsequiaron despues fueron todos de las provincias; casó al fin con un catalan, y al venir á esta tierra ha encontrado en ella su sepultura. Si se hubiera casado con el de Madrid, quizá no hubiera tenido necesidad de pasar el puente de Fraga. Yo conocia al tal novio: era un don Crispin Cabrejas, de quien no sé si tendrás noticias.»)

Pepita. (*Suspirando.*) ¡Ay! demasiadas tengo.

El reló de la sala, que es de los que anuncian la hora unos minutos antes, interrumpe el soliloquio de Pepita, diciendo en su lengua: «tiruli-ruli: tin, tin; ton, ton.»

Pepita. ¡Dios mio! las doce menos cinco, y ese hombre ya estará acechando: hay que decidirse. ¿Se dará apuro mayor? A tres mujeres ha querido; las tres le han dado calabazas, y las tres han sido ó son infelices: si yo se las doy tambien, voy á correr igual suerte. Marianita, mal casada (porque ya como si lo estuviera); Dolorcitas, mal casada, tambien, y amenazada de muerte próxima: si sus acreedores han consentido en no molestarla por dos años, es porque saben que antes de uno la heredarán; á la otra que no conozco, le ha caido encima la maza de Fraga. Pues, señor, ¡estamos bien! ¡Qué maldita fatalidad! O ser mal casada, ética ó difunta, que no sé qué es peor: ó casarse con él, ó renunciar á la felicidad ó á la vida. No, ¡caramba! yo quiero vivir y vivir feliz; para eso soy jóven y bonita y amable y honrada y qué sé yo cuantas cosas mas: asi lo dicen todos, principiando por el espejo.—¡Eso es! un pimpollito como yo se ha de casar por fuerza con aquel zanquilargo, con aquel!.... Pues bien está: ya que la fatalidad lo ordena, me casaré con él por no morirme; pero prometo aborrecerle con mis cinco sentidos.—El caso es que si le aborrezco, vivo infeliz tambien; y de todos modos él es quien triunfa, y yo la que peno. Está visto: no hay mas remedio que casarse con él y quererle; es preciso quererle... de miedo.

El Reló. «Tin, tin, tin, etc.»—Una docena de campanadas.

Pepita. ¡Las doce! ¡La hora fatal, la hora que fija mi suerte! Ea: valor. La Vírjen Santísima me favorezca. ¡Ay, que no está aquí el loro!

(*Parte como una exhalacion á buscar el animalito, quedando la sala vacia contra todas las reglas de la comedia clásica. Mientras viene, invitamos al lector á que se asome á uno de los balcones de Pepita, y verá en la calle á un caballero de buena estatura, que inmóvil y fijos los ojos en la repisa donde se coloca la jaula del loro, no repara que los transeuntes, de cada encontron que le pegan, le hacen bailar como una peonza. Pepita llena de azoramiento y vergüenza vuelve con la jaula, alarga el brazo y retira el cuerpo para que no la vean al poner al loro en su sitio; agáchase luego y dice bajito al que ha de ser su intérprete:* «dueño mio, ¿quién te quiere? yo.

El loro se rasca, haciéndose el sueco.

Pepita. (*Mas recio y con ansia.*) Dueño mio, ¿quién te quiere?

El loro calla y alarga la patita á la apuntadora.

Pepita. (*Dando un pellizco al loro.*) ¿Quién te quiere? yo.

El loro. (*Sacudiendo un picotazo á Pepa.*) Que no, que no.

Pepita. ¡Maldito animal! ¿Será seña bastante el que vea al loro? Acaso no, porque el pobre don Crispin es tan suspicaz y modesto.... Tendré que asomarme al balcon y hacerle otra seña que no deje duda.

(*Pepita con la cara hecha un fuego se coloca en el balcon, y su bochorno y aturdimiento han llegado á tal punto, que al dirijir la vista hácia abajo, no distingue ningun objeto. Resuélvese á mover la mano á bulto, en ademan de quien llama, y se entra en seguida tapándose el rostro con ambas manos.*)

Pepita. La cabeza le he de escaldar á ese pícaro bicho que me ha chasqueado á la mejor ocasion. ¡Y qué daño me ha hecho del picotazo! Siento pisadas en la escalera; suena la campanilla: él es. Tratemos de aparentar serenidad y alegría, de hacer por quererle. (*Ensayando una sonrisa al espejo.*) ¡Huy! si se me están saltando las lágrimas.

Don Crispin. (*Saliendo con el encojimiento propio de un amante calabazeado por tres veces, por cuya razon á la cuarta no las tiene todas consigo.*) Amable Pepita, ¿puedo fiar en la bondad de usted?...

Pepita. (*Sin mirarle ni saber lo que se pesca.*) Sí señor, fiese usted. Siéntese usted. ¿Cómo está usted?

Crispin. En el cielo viendo esos ojos. Pero la turbacion que

observo en usted, aun (si cabe) mayor que la mia, me llena de sospechas, de miedo.

Pepita. (*Entre dientes.*) ¡Sí, miedo! ¿quién tendrá mas?

Crispin. Le tiembla á usted la mano, Pepita. (*Esto equivale á decir que se la ha cojido sin oposicion.*) Está usted toda trémula. ¡Ah! no se anuncia así el cariño, no. Lo veo: es preciso separarnos.

Pepita. (*Aterrada.*) ¡Ay! No, por Dios! No se separe usted nunca de mí.

(*Maquinalmente ha abierto los brazos para detener á su amante, que ajeno ya de dudas la estrecha en los suyos, mientras la pobre chica llora como una Magdalena, y recibe en la frente unos cuantos pares de besos con la resignacion de una mártir; en cuya patética situacion sorprenden al interesante grupo la mamá, la novia y la viuda.*)

Doña Paz. (*Como quien riñe de chanza.*) ¡Eh!

Dolores. (*Como quien se sorprende de veras.*) ¡Ah!

Mariana. (*Como quien se escandaliza de envidia.*) ¡Oh!

Crispin. Soy feliz, doña Paz.

Las tres recien venidas. Ya, ya lo vemos.

Crispin. Pepita me quiere: ¿no es verdad?

Pepita. Sí señor.

Crispin. Pepita va á casarse al punto conmigo: ¿no es verdad?

Pepita. Sí señor, sí señor.

Crispin. Pepita hará feliz á su esposo: ¿no es verdad?

Pepita. Sí señor, sí señor, sí señor.

Dolores. Pero observo que Pepita llora y que tiembla como una azogada, cual si cediese á la violencia, cual si no le quisiera á usted.

Pepita. (*Vivamente.*) ¿No querer yo al señor? Le quiero como á mi felicidad, como á mi salud, como á mi propia existencia. Si lloro, es que me ha picado el loro. Vean ustedes ¡cómo me ha puesto la mano! (*Por supuesto que don Crispin estampa un beso en ella para que se pase el dolor.*)

Doña Paz. Pues, hija, no podias elejir marido mas á mi gusto. Sé feliz con él y con mi bendicion.

Mariana. (*Reconcomiéndose como si le hubiese picado el loro á ella.*) Amen.

Dolores. (*Con jesto de catar vinagre.*) El señor don Crispin hará un escelente casado.

El loro. (*Con tono profético.*) ¡Ajajay, qué regalo!

Crispin. Si Marianita ó Dolorcitas quisiera servirnos de madrina.....

Dolores. Tengo que salir á tomar aires á Málaga.

El loro. Buen viaje.

Mariana. Yo tengo tambien que pasar á Malagon.

El loro. Buen pasaje.

Doña Paz. Pero siempre quedaremos tan amigos todos.

Dolores y Mariana. Sí, sí.

Crispin y Pepa. Ya, ya.

El loro. (*Desgañitándose.*) ¡Ay qué risa, qué risa me dá!

Y sin mas pormenores
del casamiento,
aquí acaba, lectores,
el drami-cuento.

(La Risa.)

ERRATAS.

Pájina.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
3	2	desprendiendo se	desprendiéndose
3	16	ardiente	ardiente;
3	27	envidia.	envidia,
43	5	tu	su
84	21	sin ti.	por sí.
111	37	en un punto	sin escrúpulo
120	12	del	de
131	3	presumido:	presumido
161	11	efectiva	física
175	33	debió ser	debió de ser
181	penúltima	mapitié,	ma pitié,
182	7	c est	c' est
182	23	iamge!	image!
233	20	prohibida:	prohibida,
244	17	, cuando	; y cuando
256	26	se hallan	se halla
276	24	porque ɐ	porque á

En algunos ejemplares.

1	2	a ventana	la ventana
89	8	de a	de la
89	9	ve cida.	vencida.
96	18	hi os	hijos
288	penúltima	de e	deje

BINDING LIST DEC 15 1934

LS
H 238e

310131
Author Hartzenbusch, Juan Eugenio
Title Ensayos poeticos.

DATE.
NAME OF BORROWER

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED